



VORÁGINE

*PREPÁRATE PARA ACEPTARTE
PREPÁRATE PARA LUCHAR*

ESTEFANÍA BLANCO

Vorágine

Estefanía Blanco Reyes

VORÁGINE

*A ella, que construyó una familia entera con su fuerza y coraje.
Que, si tuviese forma, sería la del amor y la bondad.
Por quien soy todo lo que hoy soy.
Mi fiel cómplice.*

“Ellos me convirtieron en el monstruo que jamás quise ser”







Prólogo

Recuerdo aquel momento en el que nos despedimos de nuestro distrito natal para ir ``hacia un lugar mejor'', como dijo mi padre. Mis ojos no dejaban de buscar los rostros de mi madre y mi hermana entre todas aquellas personas. Papá me dijo que todos nos reuniríamos allí para partir juntos. También recuerdo a unos soldados de uniforme negro y armaduras blindadas que rodeaban cada parte de sus cuerpos. Sentí miedo cuando registraron el vagón y a todos los que nos encontrábamos en él. Y cuando mi padre sujetaba mi mano con fuerza y su sudor me enfrió los dedos. Recuerdo que había personas que, por alguna causa desconocida, tuvieron que bajar del vagón. Me dijo que cerrase los ojos y tapó mis oídos, pero eso no impidió que escuchase fuertes estruendos provenientes del exterior.

El vagón comenzó a moverse y por una pequeña ventanilla vi cómo el triste paisaje también se desplazaba. Mi madre y Vicky nunca subieron a él. Recuerdo cómo las gotas tintineaban, tropezando con la velocidad del tren y fijándose en las ventanas del mismo. En ese momento, entramos en un túnel que inundó el vagón en una inmensa oscuridad, y todo lo que mis ojos llegaron a ver en aquellas paredes fue un mensaje que anunciaba una vil posteridad escrita en carmesí:

``El Paraíso de los Demonios ha despertado''

Mi frente estaba sudorosa y no podía dejar de jadear. De nuevo aquel retorno a mi pasado. No sabía si considerarlo ya una pesadilla.

—¿Otra vez? —me preguntó, al despertar y encontrarme con su mirada.

Asentí. De hecho, era una de las escenas del pasado con las que más solía soñar. Niels me observaba preocupado, como todos los días que dormíamos juntos y se percataba de lo malas que eran algunas de mis noches. Los últimos rayos de un sol de agosto atravesaban la ventana y hacían resaltar sus finos cabellos dorados. Los mismos que al rozarme provocaban un ligero estremecimiento en mi cuerpo desnudo.

Me estiré hasta alcanzar su camiseta, que sería como dos tallas por encima de la mía, y me levanté a por un vaso de agua tras ponérmela. Desde la ventana de la cocina se podían observar todos aquellos verdes árboles que rodeaban la cabaña. Era un paisaje precioso, aunque había pequeños detalles que delataban su verdadera naturaleza artificial, como casi todo lo que yacía sobre nuestro continente. También el canto de los pájaros era bastante real. Me encantaba aquella sensación de paz y armonía que hacían creer a uno que, por pocos segundos, podía ser libre. Una mentira fatal.

Niels se acercó por detrás sigilosamente y me rodeó con sus moldeados brazos. Un escalofrío recorrió toda mi espalda.

—Quiero que hoy estemos las veinticuatro horas juntos, así que no tardes tanto en ir a por un vaso de agua.

Sonreí y me giré para besarlo. De hecho, era su veinteavo cumpleaños, por eso nos habíamos escapado un fin de semana entero a esa cabaña. Sus padres la tenían en alquiler, pero pocas veces era alquilada. Me preguntaba por qué.

Aún recuerdo el olor a carbón de aquella chimenea cada vez que la encendíamos. Nos acurrucábamos junto al fuego y nos inventábamos historias de terror con los sucesos reales que estaban ocurriendo dentro de los distritos. También solía recordar los bonitos meses que llevábamos juntos y el color de sus ojos, tan verdes como aquel bosque digital.

Sin embargo, aquel día sentí el ambiente diferente, quizá más distante. A ratos era igual de cariñoso que siempre, a ratos permanecía en silencio con una seria expresión muy poco común en él. No quise darle demasiada importancia e inconscientemente le abracé con más miedo que amor. Brotó en mí ese miedo involuntario de que algo pasase algún día y no pudiese ver de nuevo su cálida sonrisa.

Al caer el sol, en un lago cercano a la cabaña, nos consumimos el uno al otro. Jamás olvidaré la compenetración que existía entre nosotros en todo

aquello que hacíamos. Pero, como de costumbre, comencé a experimentar los efectos adversos: frío, calor, frío de nuevo, náuseas, dolores que recorrían todo mi cuerpo y un sinfín de torturas irracionales. Recuerdo el susto que nos llevamos al hacer el amor por primera vez. Siempre me rogaba que fuese al Hospital Central de nuestro distrito, pero él no sabía casi nada acerca de mí. Sólo podía creer lo que veía y lo que yo podía dejarle ver. La situación del continente siempre fue complicada tras la Tercera Guerra Nuclear.

Ya recogiendo nuestras pertenencias y dejando la cabaña tal cual la encontramos, Niels recibió una llamada. Salió de forma precipitada al exterior y volvió a entrar a los pocos minutos con un rostro pálido y sudoroso. Con la mirada aterrada.

—Es mi madre. Está en el hospital. —Pausó para respirar hondo—. Ha vuelto a sufrir un ataque esquizofrénico y ha intentado suicidarse.

Mi corazón se encogió al escucharlo. Había ocurrido más veces, aunque cada vez con más frecuencia. Aun así, nunca supe cómo consolarle. Le di un fuerte abrazo y, permaneciendo en silencio, seguimos haciendo nuestro equipaje.

Casi sin percatarnos de lo rápido que pasó el tiempo, ya nos encontrábamos en el vagón apreciando el paisaje que dejábamos atrás. Nunca supe por qué, pero comenzaron a invadirme sentimientos de soledad, tristeza y angustia. Quizás sentí lástima por el chico del que estaba enamorada. Quizás fue mi intuición que ya se había dado cuenta de lo que me esperaba. Fui tan ingenua al ignorar todas aquellas advertencias.

Dejé caer mi cabeza sobre su hombro y cerré los ojos para no ver pasar aquel falso panorama lleno de vegetación y lugares que dejaron de existir décadas atrás.

Una voz aguda me hizo despertar. Era la misma que anunciaba los destinos en todos los trenes del distrito. Habíamos llegado al nuestro. Ambos bajamos con una mano sujetando el equipaje y la otra sujetándonos a nosotros mismos. Antes de despedirnos me miró fijamente a los ojos.

—Nunca podría perdonarme ver sufrir a la chica que más quiero, ¿comprendes?

—Sí, claro.

La verdad es que no comprendí a qué venían aquellas palabras ni su mirada, colmada de tanta oscuridad y sentimientos encontrados. Simplemente sonreí, apreciando sus palabras. Nos dijimos nuestro último “te quiero” y cada uno desapareció entre la multitud.

Al llegar a mi piso encendí todas las luces y el sistema de visión holográfica. No me gustaba recordar lo sola que estaba día y noche en aquel lugar. Habíamos sido una familia de cuatro: mis padres, mi hermana mayor, Vicky, y yo. Sin embargo, un día desaparecieron y nos quedamos mi padre y yo solos. Al cabo de unos años de mudarnos a este distrito, ante mis innumerables e incansables preguntas, me confesó que mi madre y mi hermana fueron asesinadas la misma noche que intentamos escapar. Mi intuición no me había fallado. Me lo contó inundado en lágrimas, ya que no pudo protegerlas. Estaba segura de que él se culpaba por ello. Lo abracé y terminé llorando en su regazo toda la noche.

Por otro lado, viajaba constantemente de un distrito a otro, por lo que no pasaba apenas tiempo en casa. Era demasiado solitario llegar y que un silencio ensordecedor me abrumase por completo. Cogí una bebida energética de fresa y me dispuse a terminar de leer un libro que me regaló la última vez que pisó nuestro hogar.

El tono de mi dispositivo móvil me hizo pegar un brinco. Me había quedado dormida y eran las 2:47 a.m. cuando desperté. Desbloquéé la pantalla y accedí a los mensajes; uno de Papá y otro de Niels. Pulsé primero el de mi padre y se proyectó el holograma:

“Cariño, espero que hayas llegado bien a casa. Papá está terminando algunas cosas por este distrito. Llegaré el jueves. ¡Espero que me prepares algo rico de comer!”

Tenía el mismo rostro de felicidad de siempre, aunque no podía evitar verse cada vez más exhausto. En aquel momento, estaba llevando a cabo una investigación en Cunningham, uno de los distritos más peligrosos. La idea de que pudiese pasarle algo me provocaba ansiedad, así que siempre prefería pensar en qué postre preparar para su bienvenida. Lo siguiente que hice fue pulsar el de Niels, recibido a las 00:57 a.m. Solo se escuchaba su voz, sin imagen.

“Hola Rika. Estoy ya en casa con mi madre. Aunque no está recuperada le dieron el alta porque necesitaban la habitación para otra persona que pudiese pagar por los servicios médicos. Ya sabes cómo va esta mierda. Mi madre necesita un tratamiento y ayuda para poder seguir adelante, pero no se interesan en los pobres. Pensé que quizás te importaría saber su estado,

aunque este mensaje es para explicarte otra cosa. Lo siento. Aunque dije que no quería hacerte sufrir, yo... La verdad es que he dejado de quererte. Necesitaba este viaje para confirmar mis sentimientos. No me vuelvas a llamar o a escribir mensajes. No tengo ninguna intención de ser tu amigo y quiero seguir con mi vida sin que entorpezcas en ella. Últimamente, Rika, me he preguntado —resopló. Parecía nervioso—. ¿Puede existir el amor entre un monstruo y un humano? Adiós.”

Creo haber escuchado cómo se resquebrajó algo en mi interior mientras el exterior se volvió sordo y oscuro. ¿Qué acababa de ocurrir? Puse de nuevo el mensaje como una necia con la esperanza de que aun siguiese medio dormida. Al comprender que era real, lo llamé un centenar de veces, pero ni siquiera hizo la señal. Había bloqueado mi número. Pensé en salir a buscarlo, pero probablemente no habría llegado con vida ni a la mitad del camino. Era un distrito medianamente seguro, aunque también con sus relativos asesinatos.

Sentí un horrendo dolor por todo mi cuerpo. ¿Había sido descubierta? Si no, ¿por qué me haría tal pregunta? Me odié y más aún a mi naturaleza. Era normal que fuese rechazada una vez revelada la verdad. Lo peor era que, a mis dieciocho años, ni siquiera yo sabía algo acerca de mí misma. Y, a pesar de todo, mi mente aun creía que era humana.

Mi último recuerdo de aquellos días es haber llorado sin cesar entre las sábanas de mi dormitorio.

**PRIMERA
PARTE**

Capítulo 1

18:43 — Días después — Distrito de Crawford.

Mi móvil había estado sonando todo el día, así como el telefonillo de mi piso desde hacía un buen rato. Llevaba desde la noche del domingo tirada en uno de los sofás que tenía mi espacioso salón. No sentía ganas de nada. Me levanté y respondí al telefonillo. Era Sue. Introduje el código para dejarla entrar y caminé a paso rápido hasta el baño antes de que ella subiese las escaleras del edificio. En el espejo pude observar mi demacrado rostro con todo el maquillaje esparcido sobre las mejillas. La ropa arrugada y mi estómago pegado delataban qué había hecho en los últimos días: nada. Me di una ducha rápida, cepillé mi larga melena e intenté tapar con maquillaje aquellas ojeras oscuras que parecían haber cobrado vida.

Sue estaba sentada en el sofá con un paquete de patatas en su regazo, como siempre. Se limitaba a cocinarme, comer aperitivos y ver series. Se giró y me observó con los ojos entreabiertos.

—Oh, Rika, ¿qué te ha pasado?

Agaché mi mirada antes de poder responderle. No conseguí resistir y mis lágrimas se desbordaron, echando a perder todo el maquillaje. Cuando conseguí recuperar un poco la compostura, le enseñé el mensaje y me abrazó. Aunque intentó hacerlo fuerte para que sintiese que estaba ahí conmigo, su cuerpo era muy frágil.

Había sido mi mejor amiga desde antes de que coincidiéramos en la misma carrera de Ingeniería Genética Humana. Y ya estábamos en el segundo año. Era una chica de piel clara, estatura media, delgada y rostro inocente, con rasgos redondos y dulces. Sus días se basaban en pelear con su flequillo para que permaneciese lo más recto posible. Su cabello era lo que más destacaba. Rosa pálido, liso y por encima de los hombros. Creo que siempre la consideré mi hermana menor.

Estuvimos conversando durante horas acerca de todo tipo de temas. También preparamos el pastel favorito de mi padre y vimos una película de terror. Estaba sentada con la cabeza de Sue dejada caer sobre mi regazo cuando me miró con intención de preguntar.

—¿Crees que los metahumanos existan?

—No lo sé, nunca he visto uno. —Mentí—. Además, el Estado aún no ha declarado su existencia.

—Mi padre me contó que Lex fue atacado por uno de ellos y por eso está en esa condición.

—¿Odiabas a los metahumanos?

—A muerte. Si de verdad existen, jamás perdonaré a ninguno. ¿Acaso tú no?

—Claro, yo también. —Volví a mentir.

Quizá sólo me odiaba a mí misma y nada más.

La respuesta de Sue a mi pregunta fue directa y punzante. Ella jamás habría respondido así a cualquier otra pregunta, pero cuando se trataba de ese tema su mirada realmente se oscurecía. Lex era su inseparable hermano mayor. Lo amaba con todo su ser. Sin embargo, unos años atrás, al parecer, fue atacado por un metahumano y quedó en estado grave para luego entrar en coma. Aún no había despertado.

Sin apenas percatarme, Niels había desaparecido de mi cabeza por varias horas. Todo fue gracias a Sue, aunque ya se había quedado dormida y eso me sumía de nuevo en mis pensamientos. La llevé como pude al cuarto de invitados e intenté conciliar el sueño. Me resultó imposible, así que aposté por respirar un poco de aire fresco desde mi ventana. Podía observar la gran ciudad de Crawford inmensa en resplandecientes luces. El cielo era oscuro, solitario, sin estrellas. Sentí que reflejaba el sentido de mi vida en aquellos momentos. Una voz aguda me sobresaltó. Era la que usaban para cualquier anuncio, al igual que la de los trenes. Provenía del mismo aerodeslizador que, cada día y cada noche, anunciaba el Proyecto Génesis.

—¡Ciudadanos de Crawford, concédanse la oportunidad de vivir sin miedo a la pobreza! En estos tiempos de crisis...

No me apeteció volver a escucharlo así que me metí de nuevo en la cama. No sabía realmente en qué consistía el proyecto en cuestión, pero supuestamente prometían encontrar cura a las extrañas enfermedades que se estaban originando por la degradación de la Tierra tras la Tercera Guerra Nuclear, analizando y experimentando con el ADN de los ciudadanos que se atrevían a participar. A cambio, éstos recibían una determinada paga mensual de por vida. “Algo tan bueno no puede ser real”, pensé muchas veces.

La población se veía más feliz que de costumbre, pues contemplaban la posibilidad de subsistir a las difíciles situaciones cotidianas, así como al peligro nocturno. Connor, el presidente del distrito de Crawford, era el padre

de Sue y el mayor representante del Proyecto Génesis. Quizá el hombre más admirado por el continente en aquel entonces, ya que el verdadero creador del proyecto, el Gobernador sin rostro, jamás mostró su identidad.

06:51 — Agosto — Distrito de Cunningham.

El cielo se despejó para dar paso a un aerodeslizador que estaba aterrizando en las pistas de la Central Científica Nacional. Tras finalizar la maniobra, salieron de él una gran cantidad de personas que, en su mayoría, eran pobres, mayores o sustentadoras de familias. Fueron recibidas por un grupo de doctores e investigadores que les guiaron hacia un recibidor donde debían desnudarse para vestir unas batas blancas higienizadas que les iban proporcionando. Seguidamente eran llamadas por edad y orden de procedencia, es decir, por distritos. Curiosamente, los mayores o con menos esperanza de vida parecían ser los primeros.

Una mujer, aparentemente horrorizada, de unos treinta años aproximados fue nombrada. Mientras se dirigía a la sala, acarició su vientre un par de veces intentando calmar a su futuro bebé hambriento. Necesitaba conseguir alguna subvención que le facilitase alimentos diarios o su embarazo correría peligro. Aun sabiendo que, para ello, tendría que engañar al Estado. Una vez dentro, uno de los doctores le ofreció una fría silla de metal con soportes para ambos brazos. Se situó frente a ella, buscando su mirada gacha, y sonrió. Era un anciano delgado y desvaído, con una enorme nariz de la que sobresalían numerosos pelos canosos. Su expresión revelaba cuánto podía llegarle a gustar su trabajo: una oscura mirada brillante y una sonrisa maquiavélica que dejaba al descubierto su deformada dentadura.

—Buenos días, ciudadana del mundo. Soy el doctor Cox. Le agradecemos cordialmente que haya decidido colaborar con nosotros para crear un mundo mejor. Un mundo libre de enfermedades e imperfecciones. Para ser beneficiaria de la manutención es imprescindible que introduzcamos un diminuto dispositivo bajo su piel, el cual nos indicará su condición física y psicológica en todo momento. —Sonó como si estuviese recitando algo que

había leído cientos de veces. Hizo señas a sus ayudantes para que les facilitase unos informes y prosiguió—. Necesito que conteste a una serie de preguntas para que podamos colocarlo junto al gotero en su brazo izquierdo y así procedamos a trabajar con usted. Límitese a responder sí o no. ¿Tiene algún familiar que haya sido afectado por la Tercera Guerra Nuclear?

—No.

—¿Ha presentado usted algún tipo de enfermedad contagiosa o anomalía?

—No.

—¿Alguna extraña habilidad?

—No.

—¿Tiene descendencia?

—Sí, dos hijos —dijo la mujer, bajando la mirada hacia su vientre. Algo se movía dentro de él. El doctor no tardó en sospechar.

—¿Y, por casualidad, está usted esperando un tercero en este momento? — La futura madre permaneció en silencio ante la evidencia—. Sabe usted que uno de los pocos requisitos que demandamos es no estar en estado en el momento de trabajar con su cuerpo.

—¡Por favor, mi familia necesita el dinero urgentemente! ¡Mi embarazo corre peligro y mi hijo de tres años ha perdido la vista por no poder ser internado en el hospital! —contó desesperada, rompiendo a llorar.

—Está bien. Está bien. —Repitió. Nada estaba bien. El doctor tenía la mala costumbre de odiar a los débiles—. Solucionaremos esto.

Cox apretó la mandíbula en un intento de sosegar su repulsión hacia la mujer y se dirigió a los auxiliares.

—Deshaceos de ella y mandad un parte a su familia notificando que su cuerpo no soportó el tratamiento inicial.

La mujer, aterrorizada, se arrodilló para suplicar perdón por el incumplimiento y comenzó a llorar mientras contaba cuánto necesitaban el dinero sus hijos. Sin piedad alguna, los auxiliares se la llevaron a rastras mientras el doctor Cox se preparaba para llamar al siguiente “afortunado”. Tiró los guantes y suspiró.

El estruendo que ocasionó las puertas al abrirse de par en par sin previo aviso le sobresaltó. El intruso, un hombre serio de gran altura y uniformado, saludó formalmente.

—Lamento interrumpir, pero es imprescindible que acuda a la reunión que está a punto de celebrarse en la *Centralita*.

—¿Eres imbécil? ¿Me pides que abandone a mis futuros sujetos de

experimentos para asistir a una maldita reunión más? —giró su muñeca para echar un vistazo a la hora en su holopulsera y le hizo señas con el dedo—. Lárgate.

—No es una petición, sino una orden.

—Sois todos unos bastardos. —Susurró Cox al pasar por su lado, emitiendo un aliento tóxico. El hombre hizo un gesto que vacilaba entre la repugnancia y la irritación mientras sujetaba la puerta para dar paso al anciano.

La *Centralita* era la sede del Grupo Jaeger, una organización privada encargada de llevar a cabo los asuntos más nefastos del país. En ella, se podía encontrar toda clase de personas importantes y de alto rango, desde científicos experimentados hasta políticos frustrados. Los Jaeger hacían el trabajo sucio que estas personas no podían permitirse a cambio de diferentes remuneraciones que, mayoritariamente, no eran pagadas con dinero.

El aerodeslizador aterrizó en una de las ciento de pistas de aterrizajes de las que disponía el lugar. El doctor Cox, escoltado por diez hombres y guiado por aquel señor irritado, accedió a la *Centralita* tras permitir que unas máquinas de última tecnología le analizaran. La aglomeración que yacía en el interior le asestó algún que otro empujón y pisotón. Todos corrían de un lado a otro más ajetreados de lo usual.

—Parece que nunca hayas estado aquí, Cox. —Vociferó un individuo que apareció de entre la multitud.

—¿¡Por qué diablos hay este alboroto!?! —preguntó malhumorado antes de volver a ser empujado—. ¡Os voy a matar, pequeños desgraciados!

—Sígueme. Lo entenderás muy pronto. —Tendió el brazo, cediéndole el paso, y se giró hacia los escoltas—. Vosotros desapareced hasta que sepáis hacer vuestro trabajo.

Ambos caminaron hasta llegar a la sala de reuniones. Era una habitación de unos tres metros de altura, pared blanca y techo acristalado. Al fondo había una plataforma elevada sobre la que conversaban unos pocos de hombres y mujeres, soltando carcajadas comprometidas y secretos con disimulo. Mientras, los espectadores cuchicheaban y especulaban acerca de qué trataba la gran noticia que iban a dar.

Una mujer morena y esbelta se acercó al borde de la plataforma, sacó del bolsillo de su americana una especie de canica negra y la lanzó hacia arriba. Se trataba de un minibot con forma de insecto que alzó sus alas para mantenerse en vuelo y actuar como micrófono.

—Bienvenidos. —Dijo tras aclarar su voz y dar unos pequeños toques al insecto robot—. Hoy, en este preciso momento, hemos requerido de la presencia de todos vosotros para encomendaros una nueva misión. —Se detuvo y suspiró—. Como no me gustan las formalidades, iré al grano: el Libro de Identidades ha sido robado.

La revelación provocó un gran alboroto entre los investigadores, políticos, economistas y científicos. Todos sabían lo que eso podía significar. Conocían las consecuencias.

—Esta es la peor mierda que he escuchado. —Le susurró Cox al individuo que le había recibido. A cambio, recibió una mirada que le insinuaba que lo mejor estaba por llegar.

—Connor, sube a la plataforma. Es necesario que estemos todos los presidentes de los distritos. —Exigió la mujer frente al minibot y señalando con su índice al hombre que acompañaba al doctor Cox.

—Tranquilos, tranquilos. La presidenta de Cleveland quizá ha sido demasiado dramática. Si bien es cierto que ha sido robado, también lo es que conservamos una copia exacta del original. Sin embargo, —pausó unos segundos para inhalar aire y aflojar el nudo de su corbata— la misión de la que hablaba es simple. No se trata de encontrar el artefacto en cuestión, sino de encontrar al traidor: nuestro investigador mejor cualificado, Roger Miller.

Dentro de aquella sala faltaron palabras para expresar la conmoción que había causado dicha noticia. Algunos comenzaron a abuchear. Roger había sido un hombre de gran admiración del que nunca se esperó una traición de esa envergadura. Connor aclaró su voz y continuó.

—Más importante aún. Tras recibir la noticia de la emboscada que Roger tendió a nuestros compañeros en la misión que estaban llevando a cabo, nos vimos obligados a investigar a fondo todo lo relacionado con él. Para nuestra sorpresa, su nombre real es Roger Ayers. Sin embargo, la peor noticia no es esa, sino la existencia de una descendiente de él de la que no teníamos ni la menor idea. Su nombre es Erika Ayers. Me temo que este antiquísimo apellido corresponde a uno de los linajes metahumanos más peligrosos que creíamos extinguidos.

—¡Debemos exterminarlos junto con su apellido! —vociferó una señora mayor desde el grupo de los investigadores.

—Ahora mismo están desaparecidos. No hay absolutamente algún rastro de él o de su hija. No obstante, hemos extraído fotos de él desde la copia del Libro de Identidades para facilitar la búsqueda. También se le ha visto

frecuentar una serie de distritos en los que no solo aumentará la vigilancia, sino que serán enviados aerodeslizadores con nuestros mejores soldados. A cada grupo de investigadores os asignaremos un distrito. Tenéis un trabajo que hacer y no terminará hasta que su apellido sea aniquilado.

Después de que las fotos fueran mostradas en un holograma proyectado en la pared, la multitud aplaudió con euforia mientras que a Cox se le iluminó la mirada de tal manera que pareciese estar viviendo el mejor momento de su vida. El hecho de pensar que existiese un metahumano tan poderoso sobre la faz de la Tierra con el que pudiese experimentar le hacía la boca agua.

—¿Ves, niño? Esto sí es dicha. Me haré una sopa con sus sesos cuando los extermine. —Gritó el viejo al oído de un joven investigador que permanecía a su lado.

—La próxima vez que me hagas oler tu apestoso aliento serán tus sesos los que acompañen mi sopa. —Le contestó el chico al pasar por su lado—. Ah, y no vuelvas a llamarme niño o te quedarás sin dientes, desgraciado. Mi nombre es Logan.

El ambiente era pesado y también las intenciones de todos aquellos privilegiados que estaban al tanto de la presencia de los metahumanos por el continente. El chico abandonó la sala para hacer una llamada que no tardó ni dos segundos en ser atendida por una voz desquiciada.

—Erika Ayers sigue viva.

Capítulo

2

El día anterior — Distrito de Crawford.

“Como llegue tarde me doy un tiro”, pensé. Estaba de camino a la estación de autobuses cuando me percaté de que había perdido el último y tuve que darme media vuelta para dirigirme hacia los andenes. Vi la hora en uno de esos hologramas publicitarios y mi corazón se aceleró. Apenas tenía treinta y cinco minutos para llegar a la estación de trenes, recargar la tarjeta de transporte, montarme en el tren correcto y llegar al trabajo.

Hacía casi un mes desde que había empezado a trabajar en una cafetería de la periferia de Crawford. No tenía una clientela monumental, pero era bastante conocida por los originales cafés que el dueño preparaba. Tenía una peculiar forma de prepararlos, y es que hacía cada uno de ellos atendiendo a las necesidades de las personas. La primera vez que pisé esa cafetería fue con mi padre meses atrás. El dueño y él se saludaron como si se conocieran de toda la vida. Luego, le dijo: “has cambiado, ya no puedo prepararte el mismo de siempre”. Comenzaron a hablar asuntos de adultos y nos sirvió un café a cada uno. “No sabes qué café quiero; ni siquiera me has preguntado”, le dije. “No hace falta muchachita, puedo saberlo con sólo mirar a tus ojos”, me contestó. Pensé que estaba realmente loco y que terminaría dejando la bebida sin apenas dar tres sorbos.

Quedé fascinada.

Era un café oscuro con una pizca de crema de *baileys*. Mi padre se limitó a observarme satisfecho después de dejar escapar una sonrisa satisfecha. Al cabo de un tiempo, el dueño me llamó y me ofreció un trabajo como mesera.

Siempre me pregunté que vio en mí y qué significaba ese café tan exquisito, pero con un trasfondo agridulce.

Desde entonces, había estado dedicándole mi tiempo libre al trabajo. En unos días, decidiría si me incorporaba a la plantilla o me volvía parte de los empleados que no superaron el mes de prueba. De manera que llegar tarde al trabajo o no sería un punto decisivo. La estación estaba sorprendentemente vacía, pero comenzó a llenarse de una forma escandalosa cuando un tren procedente de Cunningham arribó. Cientos de personas bajaron de él precipitados por la hora que marcaba el reloj. Se me vino a la cabeza el rostro

sonriente de mi padre cada vez que llegaba a casa después de sus viajes de negocios cuando un joven tropezó conmigo de repente. Su cartera cayó al suelo y él no se percató en absoluto. Menudo despistado.

—¡Perdone! —grité, pero mi voz no obtuvo su atención—. ¡Logan! —se giró bruscamente para contemplarme anonadado.

Era un chico alto y parecía mayor que yo. Su rostro serio e impetuoso, con su cabello azabache y sus ojos afilados pusieron mis vellos de punta. Vestía una gabardina negra y tejanos oscuros. ¿Hacía tanto frío en Cunningham a pesar de ser Agosto?

—¿Te conozco? —preguntó, tornando los párpados como si me estuviese analizando.

—Se te cayó la cartera al chocar conmigo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Tu cartera estaba abierta de par en par cuando la recogí. No era mi intención curiosear. —Levanté las manos remarcando mi inocencia.

—Bueno, como sea.

Cuando la arrebató de mis manos, se giró y siguió su camino. La verdad es que me importaba bien poco si me creía o no, tampoco es que tuviese mucho tiempo que perder con desconocidos. Aunque sí que le eché un ojo antes de devolvérsela. Su apellido me llamó la atención: Crow. Vagamente familiar. Además, el escudo de su tarjeta de identificación era el mismo que el de mi padre, lo que revelaba que era un investigador que pertenecía a la misma organización. Quizá eran incluso compañeros.

Una aguda voz anunció la llegada del tren con destino a la periferia.

15:14 — Agosto — Distrito de Crawford.

Bajé del tren y caminé varios metros hasta llegar a la parada. Encendí la pantalla de mi dispositivo móvil para comprobar la hora. El bus estaba al llegar. De hecho, no pasaron ni dos minutos cuando escuché cómo se aproximaba hacia la parada. Subí a él y me senté en uno de los asientos traseros, donde apenas había personas. Se trataba de un vehículo de veinte metros de largo y asientos incómodos. No era conducido por nadie, como hacía décadas atrás, sino que dependía de un mecanismo de redes de comunicación interconectadas extendido por todo el distrito. Según me contaba mi padre, cuando él era pequeño, existían vehículos de cuatro ruedas que los humanos manejaban a su antojo, provocando accidentes de tráfico y

una gran contaminación. Eran tantas las historias extrañas que contaba que nunca sabía qué creer de verdad. Lo cierto es que en aquel entonces no existían esos vehículos y lo único que podíamos utilizar como medio de transporte urbano eran nuestros pies y los buses híbridos programados.

No pude evitar volver a pensar en Niels. ¿Qué estaría haciendo en ese instante? Esa misma mañana lo había estado buscando por todas partes sin encontrar rastro alguno. Ni siquiera asistió a sus prácticas de baloncesto días atrás. La incompreensión de todo lo ocurrido y de cómo había hecho las cosas me estaba matando. Un calambre en el estómago me devolvió a la normalidad e impidió que comenzase a llorar. Ya casi habíamos llegado. La cafetería en la que trabajaba casi diariamente se encontraba en la cima de una montaña de considerable altura, junto a un gran acantilado que ofrecía vistas hermosas a los clientes más exigentes. Era inusual contemplar la naturaleza real y no la digital, por lo que la cafetería era muy famosa en Crawford.

—¡Rika! —exclamó mi compañera de trabajo al entrar en el vestuario—. ¿Cómo sigues con el tema de tu novio?

—No sé nada de él y eso me está volviendo loca.

—Venga ya, tía, pasa de ese chico. Es un cobarde. Yo lo hubiese buscado, pero para partirle la cara.

—Quizá tenga sus razones. No sé, estoy muy confundida.

—En fin. No te merece —concluyó, haciendo un gesto como de “no tienes otra que aguantarte con lo que te ha tocado”—. Por cierto, tenemos a un nuevo sustituto.

Cerró su taquilla y salió. Ella y otro chico más eran mis compañeros en aquel trabajo. Mi compañera era un poco más alta que yo y, aunque estuviese delgada, tenía bastante fuerza. Siempre iba con una cola de caballo castaña a juego con sus ojos penetrantes y sus largas pestañas. Era bastante sencilla, pero realmente guapa. Todos los hombres la observaban. Es más, me atrevía a pensar que muchos clientes iban solo para recibir su atención. Respecto al chico, no sabía mucho de él, pues intermitentemente se ausentaba por bajas médicas.

La puerta del vestuario se abrió repentinamente y, pensando que se trataba de Bryanna, me giré para preguntarle acerca del nuevo empleado. Para mi sorpresa, era él mismo en persona frente a mí en ropa interior. Dejé escapar un grito mientras mi cara se ponía roja como un tomate.

—¡Lo siento! No hay carteles que señalen qué vestuario es el de los chicos y supongo que hice una mala elección. —Se rascaba la nuca avergonzado,

plasmando una sonrisa forzada en un rostro.

Lo comprendí. Y le creí, pero solo porque me pasó exactamente lo mismo el primer día que comencé a trabajar. Me estaba cambiando cuando entró el sustituido para explicarme que tenía que volver a vestirme y desvestirme en el vestuario del frente. También hice una mala elección, pero me estaba matando de la rabia que todos mis compañeros me conociesen en ropa interior.

—No te preocupes, pasé por lo mismo. —Le dije. Agité las palmas en el aire para que no se preocupase y algo cautivó su atención. Entrecerró su mirada como si intentase ver con mayor claridad.

—¿Y esa cicatriz?

—No lo recuerdo. —Balbuceé y escondí mis manos. No me gustaba la cicatriz. Nunca me había gustado.

—¡Ah! Supuse. Siento el atrevimiento de mi pregunta y mi confusión con los vestuarios. Nos vemos en el curro.

Por un momento, tuve la sensación de que su mirada se había iluminado. Nunca alguien había mostrado esa admiración por mi imperfección, pero tampoco me agradó su reacción. Se trataba de una cicatriz horrible, que iba desde la parte inferior del dedo índice hasta casi la muñeca. Y ni yo misma sabía de dónde había salido. Le pregunté muchas veces a mi padre, pero nunca obtuve una respuesta clara. Algo extraño a lo que no quise darle importancia.

Vestí el uniforme, hice un nudo en la parte trasera de mi delantal y salí a la sala. El olor a café, alcohol y cigarrillos disipó cualquier pensamiento que me estuviese perturbando.

Eran las nueve aproximadamente cuando anocheció por completo y los aerodeslizadores comenzaron su paseo. El sonido perturbaba la sala que había quedado completamente vacía y hacía temblar las finas cristaleras que mostraban a través de ellas el profundo océano más allá del acantilado. No tenía ni idea de por qué, pero aquel paisaje me aturdía y oprimía el pecho. Como si su belleza me rompiera el corazón. Como si un recuerdo quisiera brotar de la nada y salgo se lo impidiese. Bryanna pulsó un botón que había bajo el mostrador y cerró todos los ventanales. En el fondo se lo agradecí.

—¿Ya vamos a hacer el cierre? —preguntó el nuevo.

—Odio las fantasías que propagan esos aerodeslizadores. ¿¡Oportunidad de vivir sin miedo a la pobreza!?! Y una mierda.

—Quizá tengan algo de razón. —Recalcó el chico.

—¿Quieres que te dé una hostia?

Sabía que estábamos tocando un tema delicado para ella, pero realmente quise ser egoísta y aprovechar la ocasión para enterarme de cosas que mi padre evitaba mencionar. Busqué con cautela la chapita del nuevo para recordar su nombre: Drake.

—¿Sabes algo de la Guerra, Drake? —pregunté.

—No mucho. —Respondió intentando convencernos, aunque no surtió efecto ni en él mismo.

—¿Y tú? —pregunté esta vez señalando a Bryanna. Yo sabía que ella tenía conocimientos acerca de más cosas de las que querría.

—Más de lo que me gustaría.

—¿En serio? ¡Cuéntanos! —se entusiasmó Drake. Demasiado superficial.

El estruendo de un aerodeslizador pasando sobre la cafetería me puso la piel de gallina. Bryanna estrujó lo poco que le quedaba del cigarrillo contra el cenicero y resopló. Estaba preparada para conocer la historia que mi padre jamás quiso contarme.

—Hace aproximadamente doscientos años, se desató la Tercera Guerra Nuclear a nivel mundial. Por supuesto, afectó a nuestro continente. Miles de personas murieron en combate, fueron asesinadas o detenidas y se exiliaron en busca de un lugar más seguro. Sin embargo, hubo un problema mayor del que nadie se pudo salvar: la exposición a la radiación. Todos los habitantes del mundo comenzaron a experimentar enfermedades extrañas, deformaciones y mutaciones. Aquellas personas afortunadas, capaces de aceptar las alteraciones genéticas que se produjeron en sus cuerpos, adquirieron habilidades especiales de las cuales el ser humano comenzó a temer. Fueron llamados metahumanos y tratados como monstruos, lo que provocó la existencia de una gran brecha entre humanos y metahumanos. Fruto de esto, nació el odio entre ambas especies. La humanidad, mayoritaria, llevó a cabo un plan de exterminio que consistió en asesinar a todos aquellos metahumanos y humanos que tuvieran capacidad para mutar. Esto hizo que se cometieran atrocidades e injusticias y un mayor enfrentamiento entre estos. En función de lo "seguro" que se volvió cada rincón de este continente, el único habitado ahora, se produjo la división de distritos... —Pausó para bostezar y rascarse la punta de la nariz—. Se dice que todos los metahumanos que consiguieron cazar fueron desechados. Sin embargo, también se rumorea que fueron utilizados para experimentos secretos. Hoy en día, aún existen metahumanos

que rondan por las calles y viven en la clandestinidad, temerosos a ser descubiertos y cazados por los Jaeger. Otros mutan y olvidan quiénes son, perdiendo el control, ocasionando caos y siendo atrapados. Y, aunque esta maldita sociedad se crea que la existencia de esos seres es un mito, no somos imbéciles. Yo sé que están ahí fuera. Y que algún día la humanidad se atreverá de nuevo a declarar que existen con certeza.

—¿Todo eso que dices es cierto? —pregunté, pues rondaban rumores de todo tipo por el continente, pero estaba dispuesta a creerla.

—Qué va, palabras necias. Mi abuelo contaba tanto esta historia que conseguí aprendérmela de memoria. Si quieres creértela, hazlo.

—Es la típica leyenda urbana. Tampoco sabes tanto—. Recalcó el nuevo.

—Menos mal que no sabías mucho. —Bryanna se acercó y apuntó con su dedo índice al pecho del joven—. La mitad de la población ni siquiera está enterada de que ocurrió una guerra nuclear, básicamente porque son demasiado pobres. Así que no lo compares con una leyenda urbana de mierda. ¿Qué sabes tú?

Por un momento, todo quedó en el aire. El silencio invadió la sala en los pocos segundos que Drake intentaba recrear una respuesta creíble. Bryanna estaba alterada y no podía evitar sentir cómo había sido desafiada. Me sentí el árbitro del campo de batalla.

—No mucho. —Repitió—. Es solo que suena a leyenda. Es una buena razón para excusar todo lo que pasa actualmente, pero supongo que nunca sabremos cómo ocurrió todo... o si los metahumanos existen. —Drake sonrió de una manera tan exagerada como falsa al pronunciar las palabras.

—Es igual, chico. No me importan las opiniones externas. Somos compañeros de trabajo y vamos a llevarnos bien.

La conversación concluyó antes de lo que esperaba y antes de saber lo que quería. No me atreví a abrir la boca y dejé que el ambiente se suavizara. Me interesaba saber acerca de esos experimentos, acerca de quién eran los Jaeger. Se me congeló el corazón cuando recordé el emblema de la empresa para la que trabajaba mi padre. La empresa de la que nunca me hablaba y por la que viajaba tanto por todo el continente: Jaeger.

Capítulo

3

23:41 – Agosto — Distrito de Crawford.

Tras la charla que tuvimos en la cafetería, no pude dejar de preguntarme si mi padre era un cazador de metahumanos. Era ilógico, como ir contra sí mismo. No entendía nada, pero supuse que tendría sus razones y decidí obviar el tema por el momento.

Estaba en la bañera, cubierta hasta la barbilla por agua caliente y con los ojos cerrados. Los latidos irregulares y fuertes evadían mi tranquilidad. Los cristales empañados reflejaban la luz de la luna. Necesitaba relajarme, pero no podía sacar de mi cabeza a Niels. Cada vez que pensaba en él, mi pecho se encogía y un nudo ahogaba mi garganta. Fue tan cruel la manera en la que decidió dejarme que estaba comenzando a preguntarme si realmente era el chico que yo creí que era. Me sentía utilizada, abandonada una vez que dejé de servirle. Tenía ganas de ver su cara, sus ojos, su cuerpo, y abrazarlo. Besar sus labios. También tenía ganas de insultarle y golpearle por capullo. Por ser un insensible y un mentiroso. Por decirme que nunca me haría daño y que me amaba solo para hacer el estrello aún más fuerte. Quería odiarle, pero era inútil.

Los calambres en el estómago me despertaron de él. Sentí cómo mi cuerpo se desgarraba por dentro y mi cabeza se turbaba. No podía respirar y mi angustia crecía cada infinito segundo que pasaba. Los dolores eran más fuertes de lo habitual. Casi incontrolables. Me iba a volver loca. Alcancé la toalla y caminé hasta la habitación, donde guardaba mi medicación. Abrí el frasco y coloqué muchas más pastillas de lo normal en mi mano. No quería despertar. No quería. Bajo ningún concepto. Me negaba a vivir en una sociedad enmascarada, atroz e injusta.

Antes de poder tragármelas, sentí como mi cuerpo aflojó y mi cabeza rebotó contra el suelo.

Unas horas antes – Periferia de Crawford.

El abandonado instituto de Crawford se fusionaba con la neblina y los árboles del frondoso bosque. Un joven alto, con el cabello rojizo y sonrisa de burla caminaba hacia él tarareando una canción de victoria. El ruidoso portazo de la puerta principal apenas se notó debido al bullicio que yacía en el hall.

—Hombre, pero si es Drake. —Dijo con entusiasmo una chica que se encontraba desempacando cajas.

—Días sin verte, tío. —Exclamó otro que desplazaba un gran sofá.

—Estaba esperando a que os instalarais para condecoraros con mi presencia. —Bromeó Drake.

—Tan chistoso como siempre. —Comentó una joven que se acercaba desde la izquierda. Cabello oscuro y mirada penetrante—. Acompáñame. Amaya quiere verte.

Ambos subieron unas escaleras de madera vieja y caminaron hasta un gran despacho. Tras la puerta se encontraba una mujer hermosa, de larga cabellera plateada y ojos carmesí. Sus labios estaban cubiertos de sangre y sus manos sujetando a la presa. Hizo un gesto para permitir que entrasen.

—Drake, entra. —Tragó y se limpió la boca con la muñeca—. Zora, tú lárgate y asegúrate de que mañana esté la mudanza terminada.

—Le veo más joven de lo usual, señora. —Comentó el joven pelirrojo con cierto atisbo de repugnancia.

—Buena genética. —Afirmó rudamente.

—Y ese niño que tiene entre sus manos, ¿afianza su buena genética?

—No te sobrepases, Drake. O acabarás como este dulce niño. ¿Qué hay del metahumano que buscamos? ¿Trabaja allí?

—Quién sabe. —Vaciló él, mientras rodeaba el sofá de cachemira en el que se encontraba la víbora con su presa—. No estoy seguro de quién puede ser, pero estoy seguro de que allí trabaja alguien que a usted le conviene incluso más. Alguien con una cicatriz inconfundible: la razón por la que usted y todos nosotros nos hemos desplazado hasta Crawford.

—Ayers... —Murmuró. Dejó caer el cadáver del niño al suelo para ponerse en pie y estrellar contra la pared al muchacho—. Debe desaparecer. YA.

—Me gustaría saber, ¿cómo acabamos con la heredera de uno de los linajes más poderosos?

—Utilízalo a él. Es tu mejor amigo y lo conoces incluso mejor que yo, su propia madre. Sabes lo que tienes que hacer en este caso y, cuando lo hagas, seré yo quien haga el movimiento definitivo.

—¿Y si ella es el metahumano que buscamos?

—Asegúrate de que no lo sea. Mientras tanto, sigue con el plan.

Aflojó el cuello de Drake y se sentó sobre el escritorio. Con los brazos cruzados y una mirada furtiva, observaba cómo el joven se marchaba del

despacho. Sus pensamientos eran tan amenazantes como sus palabras.

—Cuento contigo. No me defraudes por segunda vez o esta vez serás tú quien pague el castigo.

Las palabras de Amaya hicieron abatir el corazón del chico. Parecía conocer su mayor debilidad y era algo que a él no le gustaba para nada. De no haber testigos, juró en sus pensamientos que habría matado a aquella desgraciada mujer sin corazón.

Días antes — Distrito de Hammonds.

Un hombre de mediana edad corría desesperadamente entre los escombros y la bruma. Sus jadeos hacían eco en aquella oscuridad. Se trataba de uno de los distritos legales más peligrosos del continente, donde se escuchaban alaridos procedentes de todas las direcciones. Alaridos de tormento, angustia y furia. Donde la existencia de metahumanos y monstruos desgarradores era real. La densidad de la noche avecinaba peligros y riesgos que no dejaban de aumentar con cada segundo que se escapaba del reloj. De pronto, algo se abalanzó sobre él en un intento de despedazar su cuello. El hombre, sujetando firmemente un libro bajo su brazo derecho, sacó el revólver que escondía en el bolsillo de su abrigo y le disparó justo en la sien. Tapó sus oídos mientras aquel ser daba vuelcos en el suelo, gritando sin parar, hasta que cerró sus ojos carmesíes.

—¡Roger! ¿Se encuentra usted bien? —susurró un nobel investigador, probablemente su ayudante, mientras se acercaba con cautela.

—Llegas tarde, chico.

—Lo siento, señ...

Un disparo desconocido atravesó su corazón antes de lo que tenía planeado. El joven cayó de bruces sin aliento a medida que otro investigador se abría camino entre la neblina amenazantemente.

—Entrega el libro electrónico ahora mismo, Roger.

—Asesíname, pues. Como has hecho con tu compañero ahora mismo.

—Es mi deber. Habéis incumplido muchas normas de la organización. Entrévalo ahora mismo y te aseguro que no serás condenado a muerte.

—Me estás diciendo que, si me capturáis, no experimentaréis conmigo después de saber que soy un metahumano, ¿no es así? —rió a carcajadas—. Apártate, no quiero hacerte daño.

—Te aprecio, Roger. Eres uno de los grandes, pero no puedo dejarte ir. —
Bajó la mirada con suavidad, cargó una bala antimeta y apuntó al hombre.

—Estáis conduciendo a la humanidad al exterminio con vuestros propósitos egoístas. Eres un canalla como todos los demás.

—Somos unos canallas y vosotros unos monstruos. Jamás debisteis haber existido.

Un estruendo hizo volar los pocos cuervos que moraban la zona. El atravesado pecho de Roger comenzó a sangrar sin pausa. Sus ojos se tornaron de un rojo profundo. Antes de que el investigador volviese a dispararle, esta vez en la sien, desapareció a una velocidad insólita.

Capítulo

4

10:31 – Agosto – Distrito de Crawford.

El olor a tortitas irrumpió escandalosamente en mi habitación y no tuve más remedio que renunciar al sueño. El gusto por la comida ganaba con creces al gusto por dormir, al menos en ese momento. Me incorporé con cuidado y me acerqué al espejo para observar el nuevo amigo que tenía en mi frente. Era un chichón del tamaño de mi pulgar, estaba rojo y hacía que me doliese con cualquier gesticulación. Pensé en buscarle un nombre para cuando la gente me preguntase por él, pero preferí colocarme un poco el flequillo para salir a la cocina y descubrir el grandioso desayuno que me esperaba. No sé por qué, pero creí que sería Sue cuando me llevé la alegría del día. Era mi padre. Me acerqué lo más rápido que pude a él para darle un buen abrazo.

—¡Ay! —exclamé. Me dolía todo el cuerpo.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Me duele un poco la tripa. Debe ser algo que comí anoche y me sentó mal.

No podía decirle que me había desmayado. Mucho menos que, a mitad de la noche, tuve que arrastrarme desde la bañera para poder llegar a mi cama.

—Te he echado mucho de menos.

—Siento no haber podido volver antes. He hecho todo lo posible, de verdad.

—Tranquilo, papá. Al fin y al cabo, se trata de tu trabajo.

En ese mismo instante, recordé para la empresa que trabajaba: la organización privada *Jaeger*. Sentí la tentación de preguntarle directamente a qué se dedicaba y si era un cazador de metahumanos, pero me callé. Coloqué los cubiertos sobre la mesa mientras él terminaba de preparar las tortitas con chocolate y nata. Nos sentamos en la mesa para desayunar y hablamos de muchísimas cosas. Entre otras, recordamos los buenos momentos que habíamos pasado en familia cuando aún estaba mi madre y mi hermana. Estuve a punto de llorar en varias ocasiones, pero conseguí aguantar. Mi padre, sin embargo, tenía un aspecto devastado. No me había dado cuenta hasta entonces. Tenía ojeras, mal color de cara y apenas comía.

—¿Estás bien, papá?

—Sí, cariño. Me encantaría que mamá y Vicky siguiesen con nosotros. —
Murmuró antes de pegar un mordisco a la tortita.

—Recuerdo a Vicky practicando artes marciales como si fuese ayer.
Cuando ganó su primer trofeo.

—Realmente admirabas a tu hermana. La seguías a todas partes con
devoción.

—Sí. Así era.

Antes de que brotasen mis lágrimas, me levanté y me dirigí al baño. Me di
un par de palmaditas en la cara y tiré de la cadena para disimular. No quería
que supiese cuánto me afectaba aún. Era un asunto que jamás habíamos
superado ninguno de los dos, sin contar lo derrumbada que me había dejado
Niels. Al tirar de la cadena, me fijé en cómo varias gotitas de sangre llegaban
hasta el cesto de la ropa sucia. Me impresionó encontrar todas las prendas de
mi padre cubiertas de sangre dentro de él. De pronto, había desaparecido
cualquier pizca de apetito que me pudiese quedar. Salí del baño decidida a
preguntarle.

—Papá —dije, mientras buscaba cualquier signo de herida que pudiese
tener por el cuerpo.

—Lo sé, lo sé. Tengo que mejorar mis dotes culinarios. —Comentó al
mismo tiempo que recogía la mesa.

Él sabía lo que yo le preguntaría y no me lo quiso permitir.

—Cariño, vuelvo a irme el domingo.

—¿En dos días? ¿Tan pronto?

—Rika, compréndeme. He venido para despedirme, no para quedarme. —Mi
corazón dio un vuelco.

—¿Despedirte?

—Voy a viajar durante un buen tiempo y estaré incomunicado.

Fue en ese mismo momento en el que, a través de una apertura en su túnica
aflojada, pude observar las gasas que rodeaban su pecho. Me estremecí.

—Quédate, por favor.

—No puedo. No puedo permitirme perder a lo que más quiero.

Se acercó y me abrazó más fuerte que nunca. Esa vez, mi cuerpo hizo caso
omiso al dolor. No quise preguntar qué significaban esas palabras. ¿Por qué
iría yo a estar en peligro? Al fin y al cabo, era él quien parecía haber vuelto
de una batalla. Le devolví el abrazo con mucho cuidado y solo alcancé a
decirle cuánto le quería antes de coger mi sudadera y salir de casa.

Me encontraba caminando por la calle cuando un gatito callejero chocó conmigo. Era blanco con rayas grises y marrones. Precioso. Me encantaban los gatos, aunque si me hubiesen dado a elegir entre ellos o los perros, jamás habría podido decantarme. Ser indecisa se había vuelto una de mis mejores cualidades. Lo acaricié y seguí mi camino. Pensé que sería una mala decisión llevarlo conmigo a casa, pues los animales estaban en peligro de extinción y, desgraciadamente, la esperanza de vida de los supervivientes no alcanzaba el año. Así que dejarlo vivir en libertad fue lo más generoso que podía hacer por él.

De vez en cuando, me acercaba a la Universidad para comprobar si Niels se dignaba a aparecer en sus clases de baloncesto. Era un gran jugador e incluso tenía trofeos. Recuerdo su estantería repleta de insignias y fotos nuestras. Él me decía que nuestra relación era el mayor trofeo que había conseguido en su vida y, por eso mismo, colocaba nuestras fotos junto a ellos.

Menuda estupidez.

Increíblemente, empezó a chispear a finales de agosto. Me puse la sudadera que llevaba entre mis brazos e hice un buen uso de su capucha. Iba caminando cabizbaja, con las manos en los bolsillos y con la esperanza de que el chispeo no se convirtiera en lluvia cuando pateé una piedra que había en medio de la acera. Justo eso me hizo levantar la vista y ver a Niels en las canchas de baloncesto como un lobo solitario. ¿Estaba loco? Era obvio que las clases se habrían cancelado por la lluvia. Su cabello rubio y largo estaba húmedo, más liso de lo normal. Y allí estaba, encestando como si nada. Sentí una mezcla de furia y debilidad. E hice la peor tontería que pude haber hecho. Salí corriendo hacia él y le abracé desde atrás. Niels pegó un brinco y dejó caer el balón. Recuerdo cómo apreté mi rostro contra su espalda. Me dolía el chichón. Y mi corazón aún más. Recuerdo también sus latidos, fuertes y atropellados. La lluvia no hacía más que empeorar.

—¿Qué haces? —preguntó secamente.

—Cuéntame la verdad. No me creo lo del mensaje. —Mi voz temblaba.

—Suéltame.

—No hasta que me lo cuentes. Aceptaré la verdad, pero no me dejes así. Por favor, Niels, te conozco muy bien y sé que no haces las cosas de esta manera.

—Pues tienes un gran problema. —Comenzó a explicar mientras agarraba mis muñecas para apartarme de él—. Para empezar, no hay nada que contar. Y segundo, no me conoces en absoluto. Ahora, márchate y déjame seguir con las

prácticas. Eres un estorbo.

—Por favor.

—¡Joder, compórtate como una adulta y acepta que te he dejado de querer!

—gritó agresivamente.

Nunca tuve miedo de él, hasta aquel día.

Supuse que así era. Me dejó de querer y ya está, fin. Mis esperanzas habían sido una mera estupidez. El hecho de que me tratase tan mal en ese momento quizá me abrió los ojos más de lo que esperaba. Visto de esa forma, me alegré. Sería más fácil olvidar a un capullo que al amor de mi vida. Opté por alejarme corriendo bajo la lluvia y llegar a casa empapada. Estaba a dos metros de mi piso cuando recordé al gatito callejero y lo imaginé bajo la lluvia, tiritando. Mis piernas se movieron solas.

Pero el felino ya no estaba. Quise creer que lo habrían recogido. “Ojalá hayas tenido suerte”, pensé. Caí de rodillas en el asfalto y las lágrimas se entremezclaron con las gotas saladas que salpicaban mi rostro.

Capítulo

5

15:48 – Agosto – Distrito de Crawford.

Subí al bus para ver cómo mi padre me despedía con el ceño fruncido y los brazos cruzados desde la parada. Por lo visto, no le había gustado nada que llegase a casa muerta de frío y con las ojeras hinchadas. No tuve otra opción que decirle que me había caído por el camino y que, como una cría, empecé a llorar. Yo sabía que era demasiado viejo para creerse algo tan disparatado, pero tenía que salvarle la vida a aquel capullo.

Llegué a la cafetería y entré por la puerta para el personal. Me puse el uniforme y salí a la sala. Con suerte, el maquillaje ocultaría mi grandioso día.

Serían las ocho de la tarde cuando me tocó atender a un grupo de ancianos. Tuve que repetir cada frase unas cinco veces porque, los pobres, no se enteraban de nada. Tomarles el pedido me tomó media hora. Por suerte, no se enfadaron cuando se me inclinó la bandeja y tiré un par de bebidas. “Tranquila, guapa. Cuanto más tiempo nos atiendas, más afortunados nos sentimos”, me dijeron. Sentí asco en vez de agradecimiento. Cuando terminé de servirlos, un hombre de mediana edad pidió el café más exquisito del lugar. Tuvo que venir el gerente personalmente a prepararlo. Me lo entregó como si de un tesoro se tratase y yo, con todo el cuidado del mundo, me giré para tropezarme con alguien y tirárselo encima. La cazadora de cuero y la camiseta del joven estaban cubiertas por la bebida más apreciada y cara de la cafetería. El cliente no se dio cuenta y siguió esperando muy pacientemente, pero me esperaba la mirada asesina del gerente y pedir mil disculpas al chico por haber echado a perder, al menos, su camiseta.

Levanté la mirada para disculparme. Unos afilados ojos azabaches vagamente familiares me pusieron la piel de gallina. ¿Me habría asesinado ya en sus pensamientos? Eso parecía.

—¡Lo siento muchísimo! Ahora mismo le limpio...

—Apártate. Y aprende a llevar una taza sin derramarla. —Dijo en tono alto, dejándome en evidencia ante todos los clientes que estaban alrededor.

Se sentó en la barra y comenzó a hablar con Drake. Parecían cercanos. Mi compañero le aconsejó mejorar sus modales a lo que él respondió que había tenido un mal día. Entonces, lo recordé. Era ese tal Logan Crow. El mismo

estúpido que chocó conmigo en la estación de trenes estaba dándome la espalda después de haberme avergonzado frente a mis clientes.

—Oye, tú. —Le dije, sin pensarlo dos veces. Él me miró esperando una disculpa—. La próxima vez que derrame una taza de café espero hacerlo en tu cara de amargado. Lo siento por haberte manchado sin querer. —Le dije—. Ojalá hubiese sido queriendo. —Añadí.

No podía creerme lo que le acababa de decir a un cliente, ni a mí diciéndole eso a alguien. Ni siquiera quise mirar al gerente o al chico. Le encargué el pedido a Drake y entré a los vestuarios para calmarme. Bryanna me siguió.

—Ostias, tía. ¿Estás bien? De repente te tengo miedo.

—Un mal día. —Resoplé—. Son todos unos capullos.

—¿Niels?

—Se acabó todo con él.

—Menudo imbécil. Algún día se dará cuenta de lo que ha perdido. —Le entró la risa floja—. Todavía no me creo que le hayas pronunciado esas palabras a un cliente y, menos aún, frente al gerente. Jamás te he visto hablarle así a alguien en tus peores días.

Volví a resoplar al mismo tiempo que comprobaba la temperatura de mi frente. Bryanna empezó a reír aún más cuando vio mi frente descubierta y el chichón que la habitaba. Me preguntó por el nombre, a lo que le respondí que aún estaba decidiendo uno. Bromeamos un poco y cambió su gesto a uno un poco más serio.

—Vete, anda. Ya son las nueve, apenas hay clientes y necesitas descansar. Mañana quiero verte animada y con fuerzas para trabajar como se debe.

—Creo que lo mejor será que me marche. Dile al gerente que lo siento por todo, y gracias. Mañana me disculparé como es debido.

En otra ocasión me habría negado, pero estaba demasiado cansada de aquel día que no hacía más que mejorar. Entré al vestuario y agarré mi mochila sin siquiera cambiarme. De camino a la parada del bus, mi cuerpo se paralizó y cayó al suelo. Me arrastré como pude y me escondí entre los pinos digitales que rodeaban la cafetería. No me apetecía que alguien viese mis convulsiones. Busqué las pastillas desesperadamente en mi mochila, pero recordé que las había dejado en la mesita de noche. Nunca me hizo falta llevarlas encima, ya que mantenía un horario como cualquier otro medicamento. Los calambres empeoraban y mis manos perdían fuerza. Sentí como si me estuviesen aplastando los sesos. Vi la luz que anunciaba la llegada de mi bus, pero mi

cuerpo era tan pesado que apenas podía moverme. Quise gritar de dolor, de ansiedad y de ira. Quise, pero mi garganta había perdido la voz. Se me ocurrió que sería mejor morir que padecer estos efectos. Me atemorizaba aceptar mi destino. Más aún, me atemorizaba despertar siendo yo. Entre pensamientos, cada vez más perturbadores, perdí el conocimiento.

Horas más tarde – Distrito de Crawford.

El sonido de una respiración entrecortada no dejaba conciliar el sueño a la chica, que se encontraba apoyada sobre la camilla en la que yacía su hermano. Sus finos dedos sujetaban con firmeza los del joven. De repente, la habitación fue invadida por el silencio y abrió sus ojos angustiada. En el holograma se podía observar cómo las pulsaciones de su hermano habían cesado.

—¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor! —gritaba sin cesar—. Lex, quédate conmigo. Vas a salir de esta como has salido de todas las anteriores. Quédate conmigo. —Repetía entre sollozos y apretando su mano con más fuerza.

La puerta de la habitación se deslizó para dar paso a las enfermeras computarizadas. Eran como un programa informático que se iniciaba cada vez que el chico no daba signos de vida. Entonces, una vez iniciado el programa, desde el ordenador central se creaban personas digitales con distintas profesiones adaptadas a las necesidades del momento. Reanimaron su corazón mediante la máquina a la que estaba conectado.

—¡Sue! —exclamó Connor al entrar en la habitación.

—¡Padre! Me he asustado mucho. Han tardado más de lo normal en traerlo de vuelta.

—No digas eso, princesa. Él nunca se irá. —Intentó calmarla acariciando su cabeza, pero fue en vano.

—Voy a vengar a Lex. Lo juro, padre. Voy a vengar los años que lleva en coma por lo que aquella metahumana le hizo. No hay nada que me determine más que el exterminio de esos malditos monstruos.

La mirada de la chica expresaba un inquebrantable odio. Ya no salían lágrimas, sino un rencor que cada día se arraigaba en sus pensamientos con más poder. Un poder que advertía futuros peligros. Connor besó la frente de su hijo, luego la de su hija y ambos salieron de la habitación, quedando ésta completamente oscura. De repente, el holograma percibió un pico en las pulsaciones del joven. Sus párpados se abrieron con sosiego en medio de la

opacidad del lugar, mostrando cómo el anillo de su iris se tornaba escarlata.

Capítulo

6

9:04 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Había quedado a las nueve con Sue para asistir juntas a la presentación del segundo año de carrera, pero estaba tardando en aparecer. Normalmente, era yo la que se distraía con pequeñeces y terminaba llegando con diez minutos de retraso. Aquel día era su excepción. También habíamos planeado ir de compras después de aguantar la hora de charla del director. Era la apertura del mayor centro comercial que existía en Hampton, el distrito contiguo al nuestro y casi el más rico de todo el continente. Nunca había estado allí, excepto un día que acompañé a mi padre a la periferia y pude observar a través de los alambres de la defensa que separaba ambos distritos.

Una punzada en la sien me atemorizó. “Otra vez no, por favor”, me imploré a mí misma. Había estado aumentando la dosis de la medicación, pero los efectos no cesaban. Al contrario, cada vez eran más agresivos y continuos. Un escalofrío recorría todo mi cuerpo cada vez que recordaba cuando me desmayé al salir de la cafetería. No tenía ni idea de qué hice esa noche, pero llegué al piso con el uniforme cubierto de sangre. Agradecí que mi padre no se despertase antes que yo y viese todas las huellas carmesíes que dejé desde la entrada hasta mi cama.

—Rika. —Aclamó desde atrás.

Pegué un buen brinco y lo noté en la risita de Sue. No pude evitar abrazarla después de haber pasado varios días sin saber nada de ella. Era la misma de siempre, aunque con el rostro algo consumido y la mirada apagada. Le miré fijamente y me devolvió una de sus dulces sonrisas.

—Tranquila, no me pasa nada. Es solo que Lex ha estado teniendo más dificultades de lo normal para seguir viviendo.

—¿Y? —sabía que tenía algo más que decirme.

—Y me he obsesionado un poco con los estudios. Apenas he dormido estos días intentando comprender las mutaciones. —Colocó su flequillo recto y levantó la vista hacia el cielo—. Espero encontrar algún día la cura.

—Seguro. Ese día estaré observándote y aplaudiéndote, orgullosa. —Su gesto se tranquilizó. A pesar de tener la misma edad, yo me volvía protectora en su presencia. Era una chica de apariencia tan vulnerable que hacía que

cualquiera quisiese cuidarle—. Vamos, se nos hace tarde.

En el fondo, me sentía mal cada vez que le veía sufrir por su hermano. Yo era una de las pocas personas que conocía la historia verdadera. La única que conocía su mayor debilidad y por lo que daría su vida. La única persona externa a la familia que sabía que su hermano había sido atacado por una metahumana años atrás. Era una extraña condición, pues se suponía que un metahumano no podía hacer mutar a un humano normal y corriente. Sin embargo, algo pasó aquella noche de invierno que dejó a su hermano en coma. “Dicen que jamás han visto algo igual. No se explican cómo ha podido modificarlo genéticamente y hacerle mutar de esa manera”, me explicó ella. Me contaba cuánto miedo le producía pensar en que su hermano pudiese despertar siendo un mutante o una persona totalmente distinta. La comprendí porque yo tenía el mismo temor acerca de mí misma. Sin embargo, no podía permitírmelo. Sue era tan importante para mí como mi familia y no quería perderla por nada del mundo.

La charla acabó más pronto de lo esperado. Todos vestíamos el mismo uniforme: falda o pantalón de cuadros, camisa, calcetines altos y mocasines ordinarios. Todo de tonalidades grises y verdes aceituna, ya que a nuestro querido director le gustaba revivir generaciones pasadas con nuestras vestimentas. Un chico esbelto, de oscura cabellera y rostro serio al otro lado de la sala llamó mi atención. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo. “Joder”, pensé. Era el idiota de la estación y la cafetería. Agarré el brazo de Sue y salimos pitando. Ni loca quería volver a encontrármelo o que supiese que estábamos en la misma universidad.

Ya en el tren, Sue y yo optamos por relajarnos lo que quedaba de camino. El paisaje digitalizado había desaparecido y todo lo que se podía observar era la oscuridad del túnel. Sue apoyó su cabeza en mi hombro y se quedó dormida enseguida. Cuando llegamos, nos registraron y exigieron nuestra documentación. Presionaron el antebrazo y la nuca de todos los que habíamos viajado en el tren hasta casi provocar un moratón. Me preguntaba si había sido buena idea ir a ese distrito.

—Tranquila, Rika. Son medidas de seguridad.

—¿Medidas de seguridad?

—Después te lo cuento. —Sue me hizo un gesto de silencio apoyando el dedo índice sobre sus labios.

Había una mujer con un bebé que se opuso al apretón del antebrazo. Recuerdo cómo le arrebataron a su hijo, la agarraron entre dos guardias y un

tercero presionó el lugar exacto. Se hicieron señas entre ellos y la llevaron por un camino distinto al de los pasajeros. El llanto del bebé que había sido separado de su madre no salía de mi cabeza. Todos parecíamos no entender nada, excepto Sue. Ella parecía comprender a la perfección ese tipo de situaciones. Supuse que era consecuencia de que su padre tuviese poder sobre Crawford y sobre las decisiones políticas y científicas que se tomaban en aquel entonces.

—Esa mujer era una mutante.

—¿¡Que!?! —exclamé ante el atrevimiento de sus palabras. A menudo, era ficción eso de que los metahumanos y los mutantes existiesen, y no todo el mundo lo creía.

—Las personas que se someten a los experimentos a cambio de un salario para toda su vida, etc. Es decir, al *Proyecto Génesis*, tienen que aceptar la instalación de un dispositivo en sus antebrazos que las controlen. Además, también se instala un dispositivo en la nuca para, en caso de que saliese algo mal, poder controlar a la persona en cuestión.

—Era una mujer normal y corriente que viajaba de un distrito a otro con su hijo.

—Era una mutante. Los que se someten al Proyecto Génesis deben aceptar una serie de condiciones y una de ellas es no pisar ciertos distritos.

—Qué horror. Es como si vendiesen sus vidas. —Expuse.

—Toda recompensa requiere un sacrificio, Rika. Es un proyecto que está mejorando la vida de miles de personas.

—¿A dónde la han llevado? ¿Qué harán con su bebé?

Estaba aterrorizada de la crueldad que habían ejercido sobre ella. Y de las palabras de Sue. Nunca me dijo que creyese firmemente en la existencia de metahumanos o mutantes.

—Recibirá su castigo. Ha incumplido una de las condiciones. Quién sabe cuántas más intentará incumplir.

La escuchaba hablar y era como si viese a su propio padre explicándole a la población las razones que justificaban sus actos. Ví en Sue una perfecta obsesión por la ciencia y el poder. Eso me estremeció. Decidí hacer caso omiso a lo ocurrido para poder disfrutar del lindo día que hacía en Hampton. Cuando observé a mi alrededor, fui testigo de una utopía. Un paisaje indomable, amplio y artificial. Las calles flotaban en el aire y había vehículos personales similares a los aerodeslizadores de mi distrito. Eran de menor tamaño, quizás para dos o tres personas. Los edificios eran tan altos como

profundos. Saqué mi cabeza por el precipicio que aguardaba la calle que transitábamos y pude contemplar un infinito abismo bajo nosotras. Era tan bello como simulado. Me pregunté si terminaría siendo todo el continente igual y, por alguna razón, quise que la respuesta fuese un no rotundo. ¿Eso hacía el dinero? ¿Exterminar a la naturaleza? ¿A los animales también?

Uno de esos pequeños aerodeslizadores nos recogió y llevó hasta el centro comercial. El conductor era una imagen digitalizada conectada al sistema operativo del vehículo que te intentaba hacer sentir lo más cómodo posible. A mí me incomodaba bastante. Podía simplemente callarse y me haría la chica más feliz del mundo. Sue notó mi actitud reacia al avance tecnológico y sujetó mi mano.

—Vamos a pasárnoslo bien. —Me dijo con una sonrisa.

Lo intenté. De verdad. Pero cada vez me preguntaba más si en realidad las mutaciones genéticas eran el verdadero peligro para la humanidad. Todo aquello que los seres humanos estaban construyendo estaba acabando con lo real, con la esencia de ellos mismos. Jamás olvidaré el pavor que agujereó mis entrañas. Ni la pulsera que me regaló Sue al volver a Crawford. En ella ponía “Por siempre”.

Capítulo

7

18:52 – Septiembre – Distrito de Crawford.

La cafetería estaba repleta de clientes de todo tipo: ancianos, jóvenes, familias, grupos de amigos y solitarios. Tanto Drake, como Bryanna y yo no paramos ni un segundo. El gerente tuvo que salir para ayudarnos con el apretón. Era curioso cómo siempre los clientes salían contentos de allí. Siempre. Quizá eran las vistas al océano, que relajaban cualquier tensión que pudiesen traer de sus vidas ajetreadas. A mí también me calmaba. Se trataba de un lugar mágico. Cada vez me sentía más orgullosa de trabajar allí.

Hacia las ocho de la tarde, a media hora del fin de mi turno, apareció él. Su melena estaba despeinada y su mirada reflejaba frialdad como siempre. Tenía un aspecto más desenmarañado de lo usual, como si se acabase de despertar. Se quitó su chaqueta de cuero y puso una bolsa sobre la barra.

—¡Logan! Al final has venido. —Dijo Drake, saliendo de la cocina para atenderle.

—¿Dónde está la chica esa? —preguntó.

Quise escapar, pero fui señalada por un maldito dedo índice antes de que pudiese hacerlo.

—Allí. —Dijo el pelirrojo. Le odié.

—¿Qué quieres? —interrogué, caminando hacia la barra y sacudiendo mi delantal.

—Toma. La quiero pulida. Ni una sola mancha. —Detalló. Extendió su mano con la que sujetaba la bolsa y la acepté solo para ver qué había en ella: la camiseta.

—¿Eres tonto? —pregunté enfadada. Sacaba lo peor de mí, de verdad—. Lo siento, mi turno ha acabado. Ve a molestar a otra persona. —Dejé caer la bolsa al suelo y me marché.

Alcancé a escuchar cómo Drake le volvía a reñir sobre sus modales con las personas como a un niño de cuatro años. No había acabado mi turno, pero no me quedó otra que ponerme a limpiar la cocina y hacer cosas varias para dejar pasar esa última media hora.

Me despedí de Bryanna y de Drake, que hacían el cierre, y fui a los vestuarios para cambiar el uniforme del trabajo por el de la universidad.

Había ido directamente de Hampton a la cafetería, así que no tenía ninguna otra muda de ropa. Me maldije. Una punzada atravesó mi sien y varios calambres me obligaron a encogerme unos minutos. Luego, me dispuse a salir por la puerta trasera para empleados. Estuve a punto de plantar una patada cuando noté que alguien sujetó mi muñeca desde la oscuridad. Era ese tipo. ¿Qué hacía esperándome?

—¿Ha acabado tu turno ya?

—Sí. —afirmé con aspereza. Él miró el emblema de mi uniforme y me maldije una vez más—. El uniforme es de una compañera. No voy a esa universidad.

—Te vi esta mañana.

—Estaba acompañando a mi compañera.

—Está bien. No soy bueno en esto. —Se detuvo y resopló. De pronto, el tono de su voz cambió completamente—. Siento haberte hablado mal frente a todos. Tuve un día horrible y encima me echaste a perder la camiseta que estrenaba esa tarde.

—No necesito excusas. Yo también tuve un día grandioso que no dejaba de empeorar y ahí estuviste tú, para hundirlo aún más. —Me sentí mal. Estaba disculpándose y, aun así, yo seguía encabezada en dar contestaciones bruscas—. Lo siento. No has aparecido en mis mejores momentos tampoco.

—¿Cómo te llamas?

—Rika.

—Yo Logan. Te acerco a casa y saldamos mi deuda. ¿Te parece? —señaló un vehículo negro con dos ruedas que parecía muy peligroso—. Es una moto. Una de las pocas que quedan en el continente.

—En Crawford están prohibidas, ¿verdad?

—No, pero pronto lo estarán. —Explicó mientras se acercaba a ella, subía la cremallera de su chaqueta de cuero y se colocaba el casco.

—¿Por qué tienes una?

—Porque soy de Cleveland. ¿Subes?

Era un distrito un par de grados más peligroso que Crawford y se trataba de mi antiguo hogar, donde crecí junto a mi familia. No sabía si aceptar su oferta o no, pero lo que sí sabía es que necesitaba llegar a casa antes de que las punzadas empeorasen. Me ofreció otro casco y terminé aceptando. Jamás había montado en una moto, así que tampoco sabía abrochar el cacharro que cubría toda mi cabeza. Rio con amabilidad y lo ajustó él. Me preguntó la dirección y no fui del todo sincera. No con él, que era un completo

desconocido al que había detestado hasta ese momento. La velocidad golpeaba con violencia el cristal del casco. “Este es el fin”, pensé un par de veces, cuando mis manos resbalaban al coger curvas pronunciadas. Con su mano izquierda me indicó que me sujetase a su cintura. Eso hice. Sin apenas darme cuenta, la velocidad se transformó en pequeñas dosis de adrenalina entremezcladas con el peligro de la noche.

Días después – Septiembre – Distrito de Crawford.

Un sonido anunció el descanso de media mañana para aquellos que nos encontrábamos en la Universidad. Los pasillos se inundaron de estudiantes hambrientos como si de una avalancha se tratase. Sue y yo teníamos la filosofía de que con calma todo se hacía mejor, así que nos tomábamos nuestro tiempo en pasear por el centro hasta llegar a la cafetería. Hacía casi una semana que mi padre había partido y no sabía nada de él. Eso me inquietaba mucho, más aún después de ver aquellas prendas en el cesto de la ropa y las gasas en su pecho. Me pidió que lo comprendiese, que era su deber, y quise confiar en sus palabras. Sue interrumpió mis pensamientos.

—Mira, Rika. ¿No es ese Niels? —preguntó, señalando las canchas de baloncesto.

No miré.

—Supongo.

—¿Conseguiste hablar con él acerca del mensaje?

—Sí, pero creo que fui bastante incrédula al pensar que quedaban esperanzas. La última vez que hablamos quedó clarísimo que todo había terminado entre nosotros.

—Tranquila, me tienes aquí para lo que necesites.

—Sí... Es hora de pasar página. —Suspiré. Mi pecho dolía de solo pensarlo.

Sue apretó mi mano y señaló la frase de la pulsera. Sonrió. La quería, de verdad. Era una chica adorable. Su cabello había crecido y ya rozaba sus hombros, aunque no había perdido ese color rosa pálido que lo caracterizaba. Muchas veces pensé en cambiar mi estilo, ya que era bastante simple: melena por debajo de los hombros del color de la miel y flequillo hacia el lado. Al final, siempre me rehusaba a cualquier cambio por miedo a perder esa coincidencia de colores entre mi cabello y mis ojos.

Llegamos a la cafetería y no sabíamos si alegrarnos porque apenas había cola de espera o deprimirnos porque todas las mesas estaban ocupadas. Pensamos en comprar algo para llevar y comer fuera, sentadas en el césped.

Cuando fue nuestro turno, pedimos exactamente lo mismo: bollos rellenos con chocolate y un cacao con leche bien caliente. “Las viejas costumbres no se pierden”, me dijo la señora mayor que nos sirvió. Supuse que se trataba de un desayuno típico entre estudiantes de antiguas generaciones. Nos estábamos dirigiendo hacia la salida cuando Logan y yo cruzamos miradas.

—¿Acompañas uniformada a tu compañera todos los días a la universidad? —me preguntó al oído con burla, mientras se le escapaba una sonrisa traviesa.

—Coincidencias. Puras coincidencias. —Respondí antes de que compartiésemos unas risas. Mi mentira había quedado al descubierto, así que mejor tomárselo con humor.

—¿Estás mejor? —asentí a su pregunta.

—¿Y tú? ¿O corro peligro de que me vuelvas a asesinar en tus pensamientos? —me sonrió.

Puso su rostro a centímetros del mío y plantó una sonrisa victoriosa. Era más alto de lo que parecía y su mirada se volvió atrevidamente peligrosa.

—Es mejor hacer ese tipo de cosas en la realidad, ¿no crees? —me preguntó como si estuviese hablando en serio.

—Logan, vámonos. —Exigió una chica que apareció de la nada.

Aquel día, mi piel se erizó de tal manera que dolía con el roce de la ropa. Algo en sus palabras no terminaba de encajar. Me quedé observando cómo Logan desaparecía entre la multitud con aquella chica que iba agarrada a su brazo. Era de baja estatura, delgada y con un cabello tan azabache como el de él. No pude sacarme de la cabeza aquella mirada violenta.

—¿Y ese chico? Parecéis llevaros muy bien. —Sue estaba sorprendida.

—Un cliente. —Me limité a responder.

Capítulo

8

17:52 – Septiembre – Distrito de Crawford.

No se me iba de la cabeza que había perdido la pulsera que me regaló Sue. Al llegar a casa, mientras cocinaba, miré mi muñeca y había desaparecido. Recuerdo que salí corriendo a buscarla por todos aquellos lugares en los que podría haberla perdido. Pero jamás la encontré.

Eran cerca de las seis cuando Logan entró por la puerta de la cafetería con su chaqueta doblada en el brazo izquierdo. Vestía una camiseta de mangas cortas que hacía notar su musculosa figura y unos tejanos oscuros. Su cabello despeinado le caía por la frente, remarcando aquellos ojos negros y rasgados. Se sentó en la barra, como de costumbre, y se puso a charlar con Drake. Más tarde, cuando el flujo de clientes aflojó, entré al interior de la barra para limpiar el tumulto de tazas que se iba acumulando. Drake estaba atendiendo a unos clientes de lo más exigentes y Logan seguía sentado, concentrado en su lectura y los pequeños sorbos que daba a su bebida. Levantó la mirada y chocó con la mía.

—¿Qué lees? —pregunté, intentando disimular.

—A ti. —Ante mi cara de asombro abandonó la broma—. Son artículos de mi trabajo.

Se me había olvidado por completo: el día de la estación, su cartera y tarjeta identificativa con el emblema de los Jaeger. Y su peculiar apellido. Cambió de taburete para sentarse frente a mí y mantuvo la mirada unos segundos en la mía. Una taza resbaló de mis manos y cayó en mi pie. Agradecí que no se rompiese porque el gerente me habría matado.

—Pareces distraída.

—He perdido la pulsera que...

—¿Esto? —preguntó mientras sacaba algo de su bolsillo. Era la pulsera.

—¡Es esa! —me emocioné y se la arrebaté de las manos, a lo que él respondió con pequeñas carcajadas.

—¿Qué es esa reacción de cría?

—No te imaginas el tiempo que la estuve buscando hoy. Pensé que no la volvería a encontrar.

—¿Es tan importante para ti?

—Es la pulsera que me regaló mi mejor amiga.

—¿La chica del pelo corto que te acompañaba en la cafetería?

—Sí. Ella es muy importante para mí. Le habría roto el corazón descubrir que perdí su regalo.

—No lo has perdido. Lo tienes aquí mismo. —Tomó la pulsera y la colocó en mi muñeca—. ¿Ves?

—Muchas gracias, Logan. —Le dije antes de volver a salir para atender a los clientes que acababan de llegar.

Poco después, él se marchó. Por cosas de la vida, me vino a la mente la cuestión de cómo diablos habría encontrado la pulsera si él se había marchado antes que yo de la cafetería. Había ciertos detalles que no encajaban. Me estremecí. Quizás no debí haberme acercado nunca a él para entregarle su cartera. Quizás no debí haberme montado en su moto jamás. Pese a todo, elegí la felicidad de tenerla de vuelta en mi muñeca.

—Chica, despierta. Estás trabajando, ¿recuerdas? —susurró Bryanna al verme con la mirada perdida. Miré alrededor, pero tampoco había nada que hacer.

—¿Necesitas ayuda con algo? —pregunté, a ver si me explicaba por qué había irrumpido en mis pensamientos.

—Sí. Necesito que mañana me acompañes a una fiesta.

—¿Una fiesta? No estoy para fiestas.

No me apetecía nada.

—Venga, Rika. Tenemos que aprovechar los viernes de cada semana antes de que empiecen los exámenes.

—Pero si tú no tienes exámenes, mentirosa.

Las dos reímos. Terminé aceptando y no supe ni por qué lo hice. Drake, que estaba al lado, preguntó si podía unirse. “Obviamente, cuantos más mejor”, respondió ella. “Genial, ya tienes con quien ir”, pensé yo, pero no iba a dejarla sola con Drake y Logan, que aposté cualquier cosa a que también vendría.

22:48 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Última hora del día. La ciudad estaba tan viva como siempre. Los edificios reflejaban miles de luces parpadeantes y pantallas holográficas con anuncios que promocionaban las nuevas tecnologías. La voz aguda procedente

de los aerodeslizadores iba disminuyendo a medida que se alejaban de Crawford. Las carreteras estaban alumbradas por pequeños farolillos incandescentes que flotaban en el aire. Una brisa fresca hizo que el movimiento de mi cabello me provocase cosquillas en la nariz. Lo coloqué tras mis orejas y apoyé mis brazos sobre la barandilla del mirador. Eran unas vistas que apenas solía apreciar, ya que el salón de mi piso era el sitio en el que menos me gustaba pasar tiempo cuando me encontraba sola. Aquel día, los resplandores de la ciudad captaron mi atención. Realmente precioso. El silencio y la soledad eran mis mejores aliados cuando sentía el cansancio del día a día; el estrés consecuente de las responsabilidades que cargaba. No sabía por qué, pero sentí que mi vida se había vuelto un tanto vertiginosa. Levanté la vista y observé la opacidad del cielo. Podía imaginar su furia sobre la humanidad al ésta haberle robado su luz. No tintineaba ni una sola estrella debido a la inmensa contaminación que nos inundaba. Me pregunté cómo habría sido la vida siglos atrás, cuando observar estrellas no era un privilegio o cuando el canto de los pájaros era real. Me encantaría haber tenido la oportunidad de que una mariposa se posase sobre alguno de mis dedos. Me encantaría haber sentido la brisa de los prados en mi piel. Imaginé que algún día sería capaz de viajar al espacio y robar una estrella.

Un sonido intermitente procedente del interior de mi piso me desveló. Miré el reloj y marcaba dos horas más tarde. Estaba tendida en la alfombra del salón, iluminada por las luces del exterior. Me incorporé con cuidado de hacer el mínimo ruido posible y caminé lentamente hasta la cocina para sujetar algún utensilio que me permitiese defenderme. Opté por un cuchillo largo y afilado, que era el que mi padre utilizaba para seccionar los trozos de carne. Me orienté a oscuras, recordando la disposición de cada mueble de la casa, y conseguí llegar al lugar del que procedían los sonidos. Por alguna razón, mis sentidos estaban más agudos de lo usual. Muchísimo más. Era capaz de escuchar la conversación que mantenían los vecinos y cómo daban las buenas noches a su pareja o a sus hijos. Otros discutían. También era capaz de olfatear las crepes que preparaban en un puesto nocturno a dos manzanas de mi piso. Palpaba cada mezcla de materiales y relieves del que se componían las paredes de mi casa. Asumí que estaba comenzando a volverme loca.

Decidida a defender mi vida bajo cualquier circunstancia, pulsé el interruptor que abría las puertas deslizadoras para dar paso al despacho de mi padre. Estaba completamente vacío. Era extraño, pero lo era aún más que mi padre se hubiese marchado dejando el despacho abierto. Se trataba de la

primera vez, en mis dieciocho años, que entraba en ese lugar. Solté el cuchillo ante la ausencia de amenaza y encendí la luz. No pude evitar quedar estupefacta al observar aquel escenario. Las paredes estaban repletas de artículos de los *Jaeger* y noticias que no habían sido reveladas nunca a la humanidad. Con mi mano derecha arranqué uno de los que se encontraba más alto y no alcanzaba a leer.

La imagen me revolvió el estómago. “El éxito del nanobot detonante”, leí. Aquella página relataba con entusiasmo que, tras experimentar con más de mil personas, habían conseguido fabricar el nanobot perfecto: un imperceptible dispositivo instalado en la nuca que detonaba la cabeza del mutante con solo presionar un botón. Al parecer, tenían que controlar a las personas que se sometían al *Proyecto Génesis*, a sus consecuentes experimentos y mutaciones, y no idearon otra alternativa que fabricar aquel artefacto que pudiese acabar con sus vidas en caso de que se revelasen contra la organización. Sentí náuseas.

Otro de los artículos contenía imágenes de las personas que no soportaron las crueldades que hicieron con ellos. A su lado, una noticia revelaba el primer humano convertido en mutante. Sobrevivió a los experimentos, pero perdió la conciencia como persona. La imagen exponía a un científico con una sonrisa de oreja a oreja y el pulgar hacia arriba mientras el humano se encontraba dentro de una jaula con la mirada perdida y sangrando. “¿Mutante o monstruo?” era el título.

Un par de lágrimas resbalaron por mis mejillas. ¿Cómo podían hacer tal cosa? Las personas significaban un mero número más para ellos. El último artículo que leí antes de salir del despacho era actual. Su título era “Más cerca que nunca del soldado perfecto que acabará con la metahumanidad”. Fue ahí cuando lo empecé a comprender todo. El *Proyecto Génesis* no buscaba cura a enfermedades extrañas que estaban naciendo en nuestro continente ni intentaba acabar con la pobreza de los distritos. El *Proyecto Génesis* buscaba fabricar un mutante perfecto e invencible que fuese capaz de exterminar a la metahumanidad. Ellos sabían que nosotros existíamos. No éramos ninguna ficción para los *Jaeger*. Sin embargo, también entendí que, si necesitaban algo tan potente para acabar con nuestra raza, era porque existíamos más de lo que cualquier persona podría imaginarse. Se trataba de una futura guerra que estaba por desencadenarse y el Gobernador sin rostro lo sabía.

Conmocionada, salí del despacho olvidando por qué había entrado a él.

Capítulo 9

Sobre esa misma hora – Periferia de Crawford.

Una mujer de aspecto juvenil yacía tendida sobre una enorme cama con mantas de cachemira. El dormitorio estaba repleto de colores carmesíes y azabaches. A su lado, una chica cepillaba su extensa cabellera plateada.

—¿Dónde está Drake?

—De camino, señora. —Contestó la chica.

—Lame mi dedo. —Le ordenó. Obedeció sin decir una sola palabra o permutarse—. ¿Está rica?

—¿De dónde es esa sangre?

—Del plato más exquisito que he comido hoy: carne de bebé.

La chica comenzó a convulsionar en un intento de vomitar, pero la mujer le cubrió la boca. En ese momento, Drake entró al dormitorio. No pudo evitar expresar su repulsión.

—¿Qué necesitas, Amaya?

—Necesito noticias, observar progresos. ¿Por qué no me cuentas nada?

—Deja que Zora salga.

—¿Por qué? ¿Se sentirá celosa? Ya sabemos cuánto ama a mi hijo, pero deja que sufra, para eso es una Villín, hija de desertores de nuestra raza. ¿Verdad, cielo? —la chica asintió, ocultando su asesina mirada.

—Está bien. Creo que se quién es el metahumano que necesitas, pero no estoy seguro. Hay cosas que no encajan del todo.

—Pues asegúrate. ¿Y la chica Ayers?

—El plan sigue progresando.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues desapareced los dos de mi vista. Quiero a mi hijo aquí. Ya mismo.

Ambos salieron del dormitorio y bajaron las escaleras de madera hasta llegar al *hall*. La chica tenía una expresión tan apagada como el color de su cabello.

—Zora, que tu apellido sea Villín no significa nada para los demás. Anímate.

—Cualquier día mato a esa víbora.

—¡Ey, Zora! No te sobrepases. —Gritó Vicky, una joven esbelta que se acercó por las espaldas—. Seré yo quien haga eso. —Dejó escapar una risa forzada con la intención de que no tomaran en serio sus palabras, aunque no les importase demasiado.

—Haremos un buen grupo entonces, Vicky. —Comentó otro chico de cabellos plateados que se encontraba a su lado.

—Damon, sabes que contigo no comparto ni el aire.

—No digas eso, ¿has olvidado que soy tu futuro esposo? —bromeó.

Parecían cercanos. Drake ya se había pirado mientras Zora les observaba con asco. De pronto, la puerta principal se abrió de par en par y su mirada se iluminó. Se acercó corriendo a él y se aferró con firmeza a su antebrazo. Aproximó sus labios al rostro del joven y besó su mejilla. Luego, los llevó hacia el oído y le susurró:

—Tu mamá te busca, Logan.

22:32 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Los nocturnos edificios debían tener una treintena de pisos como mínimo. A lo largo de las aceras por las que transitaba había dispersos mendigos durmiendo sobre cartones humedecidos. Tuve la tentación de regalarles algo de dinero para que, al día siguiente, pudiesen desayunar decentemente. Sin embargo, a menudo decían que los mutantes y metahumanos se camuflaban para capturar a sus presas con mayor facilidad. Giré la esquina hacia la calle contigua, donde cientos de peatones transitaban acelerados por la noche, el lugar de las fiestas y de los estupefacientes. Mi pulso se aceleraba a medida que iba llegando al local que me indicó Bryanna. Por el camino, perdida en mis pensamientos como de costumbre, choqué con un chico de mi edad que tenía una cabellera plateada bastante llamativa. Me ignoró y siguió su camino, aunque tuve la sensación de escuchar cómo gruñía para sí mismo. A lo lejos, un letrero de color rojo neón parpadeaba sin cesar:

BROKEN ANGELS

Era el lugar que me había indicado, sin duda. Empecé a cuestionarme seriamente si debía quedarme o no cuando me percaté de la gente que me rodeaba. “¿Dónde me he metido?”, pensaba mientras ojeaba mi reloj con impaciencia.

—Dime que no tenemos que esperar toda esta cola.

—Tú me dirás, chica. La genial idea de venir fue tuya. —Recalcé irritada. Bryanna había aparecido de la nada.

—¿Y si charlamos con el gorila? Puedo ponerme escote y guiñarle un ojo.

—No digas tonterías.

Sujeté su muñeca y la arrastré hasta la cola de casi veinte personas. Esperamos cerca de una hora y, cuando por fin llegamos al gorila, nos exigió unas supuestas entradas que debíamos tener para acudir a la fiesta. Lancé una mirada asesina a Bryanna, pero ella estaba haciendo los preparativos para disponerse a flirtear. El guardia medía unos tres metros de ancho por dos de largo y no parecía muy contento. De repente, alguien nos sobresaltó poniendo sus manos sobre nuestros hombros.

—Has tardado mucho, pelirrojo. —Le dijo Bryanna.

—Lo siento chicas. —Drake sacó algo de su cartera y lo mostró—. Vienen conmigo.

El gorila nos abrió paso enseguida y un manto de humo nos abofeteó de lleno. El decorado mezclaba lo excéntrico con lo tétrico. Había sofás de cachemira violáceos en cada esquina, luces de neón, niebla artificial, cuadros multicolores con caras desconocidas que nos seguían con la mirada e incluso androides paseándose y repartiendo copas y aperitivos que jamás en mi vida había visto. Pasamos por la primera sala, donde preferían quedarse los aficionados al póker y al billar. Allí estaba Logan, totalmente perdido en su partida. Drake y él compartieron un gesto de complicidad y seguimos de largo. Yo apenas había salido de fiesta y mucho menos a sitios como aquel, así que no podía abrumarme más aquel lugar. Las paredes estaban insonorizadas y tenían un aspecto acolchado. Pasamos a la siguiente sala donde había cientos de personas saltando al ritmo de la música. Al fondo, un escenario con neblina y luces fluorescentes acompañaban a la banda que tocaba. Los cinco sentidos me gritaban que saliese tan pronto como pudiese de allí, pero estaba tan agotada del ritmo de vida que había estado llevando últimamente, que solo pensé en disfrutar y desconectar del mundo. Las dos primeras copas entraron como el agua.

—Voy a por otra copa. —Grité a ambos, de los cuales solo Bryanna me escuchó.

—¿No vas demasiado bien ya?

Ignoré su comentario y salí de allí. No iba a admitir que tenía los ojos entrecerrados y los reflejos ralentizados. Me dirigí a la barra y pedí otra copa, pero esta vez de las recomendadas. La chica que me atendió puso un vaso

sobre la encimera y vertió cuatro bebidas distintas. Al final, dejó caer un par de gotas de un fluido viscoso y luminoso.

—De un trago. —Me gritó sobre la música.

—¡Es demasiado!

—Lo tomas así o nada.

Estaba retirándome el vaso cuando se lo arrebaté de las manos y lo bebí de un trago. Se rio y guiñó su ojo derecho como aprobación. Un ardor recorría todo mi cuerpo cuando, sin pensarlo, ya me dirigía hacia la sala de juegos. Logan seguía en la mesa de billar con la misma cara de concentración. La bola negra fue golpeada por su taco hasta caer en la esquina correcta. Acto seguido, se irguió para clavar sus pupilas en las mías. Sentí como si nuestros ojos se pudiesen reconocer entre cualquier multitud. Eran negros como el océano, afilados y temerarios, y parecía que podrían cautivar todo aquello que se les antojase. Pudo haber sido el efecto del alcohol o la excitación de la música que acompañaba a la noche, pero me sentía intensa. Quizá con ganas de sentirme más viva que muerta, de explayarme y romper todos los límites que me detuviesen.

—¿Qué apostáis? —pregunté al apoyar una mano sobre la mesa de billar.

—Nada. Simple diversión. —Se giró hacia su contrincante y se dieron la mano antes de que se marchara—. Nos vemos luego.

—No vuelvas a llegar tarde, Logan. —Advirtió. Era el chico de cabello plateado con el que choqué, así que bajé mi mirada a fin de que no me reconociese—. Aparta. —Gruñó al pasar por mi lado.

Menudo grosero.

—¿Apostamos nosotros algo? —preguntó Logan.

Estaba empezando a marearme, así que decidí sentarme sobre el filo de la mesa.

—Secretos. —Dije con firmeza. No sabía en qué momento lo había pensado. Ni si era la mejor idea.

—Es buena idea. —Expuso, como si leyese mi mente.

La partida comenzó con tensión. ¿Qué secretos iba a contarle? Tenía pocos, pero los que tenía eran demasiado importantes como para contárselo a un investigador Jaeger. Solo tenía que ganar. No había jugado muchas veces al billar; quizás un par de ellas. Sin embargo, era buena previendo sus movimientos. Estaba a punto de hacer un buen tiro cuando, de repente, me pareció ver a Niels salir del local. Solté el taco y salí a paso rápido tras él, pero fuera no había nadie, excepto un par de borrachos y el gorila. ¿Por qué no

podía simplemente olvidarlo? Todas las copas que había tomado me estaban surtiendo efecto de golpe. Casi no podía mantenerme en pie sin tambalearme. El gorila se acercó a mí y me obligó a sentarme en el filo de la acera hasta que me relajase. “Así no entras”, me dijo. Creo recordar que Logan y Bryanna venían a comprobar si estaba bien de vez en cuando, pero ni siquiera les contesté.

Sobre una hora más tarde, desperté con la cabeza entre mis brazos, apoyados en las rodillas. Miré la hora y marcaban casi las dos de la madrugada. Me pregunté si se habrían marchado sin mí. “Bryanna no haría eso”, pensé. Un chico se acercó a mí y se puso en cuclillas justo en frente.

—¿Qué hace una chica tan guapa aquí sola?

—No estoy sola. —Ni le miré.

—¿Tienes novio? —mantuve el silencio para comprobar si se marchaba. —. Te estuve observando en la fiesta. ¿Por qué no te vienes conmigo? Vamos a pasarlo bien.

—¿Estás sordo? Te acaba de decir que no está sola.

Era Logan y parecía bastante irritado. Sentí cómo se ruborizó todo mi rostro, así que lo volví a esconder entre mis brazos. Aquel pesado se fue en segundos y Logan se sentó a mi lado.

—¿Voy a tener que hacer de guardaespaldas desde aquí? —mantuve el silencio ante su sarcasmo—. ¿Cómo sigues, chica de los secretos?

—Mejor... Mejor. —Repetí—. ¿Y Bryanna?

—Se encontraba mal y tuvo que irse. Hace una media hora. —Explicó. ¿Significaba que había estado desde entonces esperándome?

—Lo siento. Por desaparecer antes, digo.

—Bryanna me contó por encima qué podría haber sido, así que estás perdonada.

—¿Qué te contó?

—La historia con aquel chico. Tu mal de amores.

“La mato”, pensé. Luego, supuse que estaría borracha y se volvió algo bocazas. No me gustaba que las personas se enterasen de mis asuntos personales y mucho menos que se compadecieran de mí como para “perdonarme”.

—Supongo que fue tu amiga la que contó el secreto en tu lugar.

—Lo veo justo. —Respondí. Igual no iba a ganar la partida.

—Vamos, te llevo a casa. Se está haciendo tarde y esta zona no es segura.

Sin rechistar ni decir una sola palabra más, me puse en pie con cuidado y

dejé que me abrochase el casco. No tenía ánimos, así que ahogué mi voz y nos alejamos del centro de la ciudad a través de la antigua autopista casi en ruinas que bordeaba Crawford. La oscuridad de los pinos que nos rodeaban y la carretera recta que parecía no tener fin ahogaron mis sentimientos. Lloré. Lloré y esperé que fuese la última vez que derramaba lágrimas por Niels. La excitación de la velocidad me tentó a soltar los brazos y sentir la libertad, el viento contra mí. Por el contrario, me agarré con más fuerza a Logan. Con una de sus manos sujetó la mía para meterla en su bolsillo y yo decidí refugiarme tras su espalda frente al peligro de la noche.

El último recuerdo que tuve de aquella noche fueron las inmensas ganas que tenía de no llegar a casa.

Capítulo 10

02:08 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Sue se encontraba recostada al lado de su hermano segundos antes de que éste despertase y la inmovilizase contra la pared. La tenía agarrada por el cuello a medio metro del suelo cuando el padre entró y le inyectó un sedante. El joven cayó al suelo y su iris se volvió añil. Sue tosía saliva sin cesar mientras palpaba su cuello ensangrentado y se restregaba sus ojos llorosos. Connor se dirigió a ella y le plantó una bofetada.

—¿¡Eres idiota!?! —gritó.

—Lo siento. Esperaba que me reconociese esta vez.

—¿Cuántas más tendrán que ser hasta que te mate? ¡Está inconsciente!

—Padre, ¿qué puedo hacer para salvarlo? —le preguntó a punto de romper a llorar.

—Convertirte en la mayor científica que haya existido. Quizá entonces descubras un antídoto.

—¿Y si lo hiciese?

—Salvarías a tu hermano. El continente sería tuyo. Todos tendrían que plegarse a tus pies y podrías gobernar todo un ejército de mutantes.

—Lo conseguiré. —Hizo una pausa para recomponerse y aclarar su voz—. Y seré tu sucesora. —Declaró como si sus palabras se trataran de una sentencia indudable. Su mirada se iluminó lunáticamente.

—Ojalá, princesa. El sedante debería dejar de hacer efecto en cuestión de una hora. No te demores. —Le dijo antes de marcharse de la habitación.

Sue se sentó junto a su hermano y colocó la cabeza sobre sus piernas. Mantuvo unos minutos su mirada sobre su rostro, observando cada pequeño detalle. Le acarició el cabello y comenzó a cantarle una nana. Poco después, los ojos de Lex volvieron a abrirse.

—Sue... —murmuró.

—Sabía que reconocerías la canción que mamá nos cantaba todas las noches. No sabes el tiempo que he deseado volver a verte, Lex.

El joven acercó su rostro al de su hermana pareciendo, por un momento, que iba a besarla. Ella no se apartó. Sin embargo, Lex desvió sus labios a uno de sus oídos.

—Tienes que ayudarme a salir de aquí.

03:21 – Septiembre – Distrito de Crawford.

Un grupo de personas yacían en lo alto de un edificio, observando en medio de la oscuridad. Solo las pantallas holográficas de anuncios iluminaban la zona. Se oían alaridos de agonía a lo lejos. Un joven se unió a los demás y se sentó en el filo del edificio.

—Te dije que no llegaras tarde, tío. —Gruñó uno.

—Tu madre estaba muy enfadada y lo pagó con nosotros, Logan. — Refunfuñó Zora.

—¿Queréis algo? Callaos y haced vuestro trabajo. —Respondió él ásperamente—. Vosotros cuatro bajad y cazar a esos humanos. —Ordenó, señalando a Damon y a tres personas más—. Zora y yo nos quedaremos aquí, observando cómo lo hacéis.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella una vez se quedaron solos.

—No es de tu incumbencia.

—Venga, no seas así, Logan. —Se abalanzó intentando sujetar su cara para besarle.

—Te he dejado aquí para que observes. Así que observa. —Espetó él, apartándola y poniéndose en pie. Comenzó a caminar por el filo del edificio tentado a su inquebrantable sentido del equilibrio e intentando obviar lo que sus compañeros estaban haciendo.

—Mira, tenemos compañía. Y nos está dificultando el trabajo. —Señaló ella con su dedo índice.

El grupo de metahumanos habían bajado a una calle donde había una pareja moribunda y cubierta de sangre, atacada anteriormente por otros mutantes. Normalmente, se veían obligados a salir de caza cada noche para alimentar a la madre de la organización: Amaya. Sin embargo, la sangre de aquellos humanos llamó la atención de alguien más. Zora observó durante unos minutos cómo esa persona les propinaba una paliza a sus cuatro compañeros.

—Voy a bajar. —Dijo antes de saltar al vacío.

La inoportuna parecía ser una chica. Tenía cabellos inmensamente largos y azabaches como la noche. Damon aún se mantenía en pie, aunque magullado por todas partes. Zora lo apartó e hizo uso de sus habilidades metahumanas para propinarle una golpiza en segundos. Si algo destacaba en ella, era la

velocidad a la que podía moverse. La chica desconocida yacía de rodillas en el suelo, tosiendo sangre y sin apenas fuerzas para seguir peleando cuando apareció Logan para comprobar la situación.

—¿No podéis con una simple estudiante o qué? —se burló mientras caminaba hacia ella.

El chico sujetó la barbilla de la joven y apartó su cabello para distinguir su rostro. Sus labios estaban cubiertos de sangre. La mirada, totalmente perdida. Sus ojos color miel se habían tornado de un color carmesí ardiente. Logan quedó estupefacto durante unos segundos.

—Tú... has vuelto. —Susurró.

La chica estaba inconsciente.

—Voy a matarla, Logan. Apártate.

—No. No vas a matar a nadie. Recoge a tus inútiles compañeros y largaos de aquí.

—¿¡Estás loco!?! ¡Voy a matar a esa zorra! —gritó Damon furioso, limpiando la sangre que goteaba de su ceja y acercándose a paso ligero hacia ella.

—¿Te apetece morir? —Logan lo sujetó por el cuello a la vez que cubría a la joven. Su ojo izquierdo se tornó rojo. —Lárgate.

El grupo de metahumanos desapareció al instante. Zora se detuvo y se giró para grabar en su mente el rostro de la chica que volvió irreconocible a Logan. Con un odio recomiéndole por dentro, no tuvo otra opción que abandonar el lugar.

Una vez Logan consiguió llevarla al edificio que ella misma le había indicado horas antes, buscó su nombre en los buzones, la cargó en la espalda y subió hasta el piso correspondiente. El manajo de llaves estaba en el suelo y su bolso también. Había rastros de sangre alrededor. Parecía como si la chica nunca hubiese llegado a entrar en el piso. Ya dentro, la colocó con cuidado en el sofá y limpió sus heridas con un paño que encontró en la encimera de mármol. Su cabello iba encogiéndose y regresando a su color miel inicial a medida que sus constantes vitales se moderaban. Comprendió entonces que ella no estaba aceptando el cambio y que su cuerpo estaba enloqueciendo. No podía apartar la mirada ante aquel extraño fenómeno. Al igual que Rika, él tampoco se aprobaba a sí mismo. Por unos segundos, su mundo dejó de ser tan solitario. Apagó las luces, cubrió su delgado cuerpo con la chaqueta de cuero que siempre llevaba puesta y besó su frente.

Capítulo 11

11:53 – Octubre – Distrito de Crawford.

Miré el reloj y volví a resoplar. Aún faltaban casi diez minutos para el descanso de media mañana y mi estómago no paraba de rugir. Estaba desesperada. Las últimas clases de biogenética habían sido las más aburridas desde que comenzó el curso. Desvié la mirada hacia la izquierda para contemplar el iluminado rostro de Sue, totalmente concentrada en cada palabra de aquel científico, Cox. Ese señor había venido para explicarnos cosas insólitas acerca de la genética humana y sus mutaciones durante unos días. Volví a desviar mi mirada hacia él y, por un momento, sus ojos de lunático hicieron recorrer un pequeño escalofrío por todo mi cuerpo.

Aquella misma mañana había sido toda una caja de sorpresas. Para empezar, recibí un mensaje de mi padre que consiguió quitarme el apetito:

“Cariño, soy yo, papá. Sé que prometí proteger tu vida con la mía si hiciese falta, pero apenas me queda tiempo. Necesito tu ayuda y para ello tendrás que ponerte en peligro. Lo siento... Lo siento mucho, mi niña. Mis cálculos fallaron y me acorralé yo mismo en el distrito al que hui. Quiero que prestes mucha atención a lo que voy a explicarte. En mi despacho hay un artefacto al que la organización Jaeger llama Libro Electrónico de Identidades. Dentro de él, están registradas todas las personas humanas sometidas al Proyecto Génesis. Con él, se pueden activar y desactivar unos mecanismos que podrían liberar la vida de millones de personas. Además, sin el artefacto, Jaeger no podrá seguir reclutando a la humanidad para llevar a cabo su plan. Quiero que entres en mi despacho y eches un ojo a todos los artículos que hay colgados en la pared para que entiendas todo lo que necesitarás saber. El Libro Electrónico está bajo la balda falsa que hay en uno de los cajones de mi escritorio. Alguien se presentará muy pronto para ayudarte y explicarte todo mejor. No te asustes, pero no confíes en nadie más que en ti misma. Deja el tratamiento y recuerda quién eres. Tu nombre es Erika Ayers, cariño. No lo olvides.”

Era tarde para sorprenderme de lo que encontraría en su despacho. Sin embargo, aquel asunto acerca de ese artefacto me dejó atónita. Pude comprender que, si yo tenía el Libro Electrónico, la organización para la que

había trabajado mi padre no tendría otro fin que venir a por él y acabar conmigo. Por suerte, el tratamiento había dejado de tomarlo hacía días y podría defenderme en condiciones si fuese necesario. Me asustaba la idea de que llegase ese momento, pero simplemente aquel bote de pastillas se quedó vacío antes de tiempo debido a mis ataques intermitentes. No sabía qué era, pero algo estaba cambiando en mí. Ya no me estremecía el mensaje de mi padre ni lo que pudiese venir tras él.

—¡Rika! —gritó Sue mientras movía su palma de un lado a otro frente a mis ojos.

El aula estaba casi vacía, lo que significaba que llevaba unos minutos ahí pasmada y la cafetería estaría a rebosar. Aun así, fuimos. Sue se puso a comentarme cada detalle que le había parecido interesante de la explicación que dio aquel tipo, Cox. Por mi parte, estaba más pendiente de no cruzarme con Logan por los pasillos que de ella.

Finalmente, encontrarme con aquella silueta me sobresaltó. Era inconfundible: alto, espalda ancha y relajada, cabello azabache y, a su lado, la chica que siempre lo acompañaba agarrada al brazo. En lo más profundo de mi ser, me preguntaba si era tan inconfundible porque realmente lo era o porque mi mirada lo quería encontrar. Aquel día me aterraba enfrentarlo. No quería pensar siquiera en el momento en que me desperté con su chaqueta por encima, días atrás. Mucho menos quería imaginar qué habría visto, ya que lo último que recordaba eran los inmensos dolores que sentí y el sonido de mi cabeza golpeándose contra el suelo antes de poder abrir la puerta de mi piso.

Agarré bruscamente el brazo de Sue para salir a los jardines del exterior y esperé que no me viese. Mis esperanzas cayeron en picado cuando nuestros ojos se encontraron al yo girarme para comprobar si mi huida había sido eficaz. Más importante, había tirado toda mi bebida sobre el brazo de Sue.

—Estás increíblemente despistada hoy, Rika. ¿Qué te pasa? ¿Es por Niels?

—No lo sé. —Respondí de forma dudosa.

La verdad es que hacía días que Niels no rondaba por mi cabeza. Tampoco se lo merecía.

—Vamos a limpiar tu brazo. —Dije al mismo tiempo que remangué la manga del uniforme. Mi corazón se encogió cuando vi todas las heridas y hematomas.

—No me toques como te dé la gana. —Gruñó, apartando el brazo con rapidez—. Ya lo limpio yo.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Me caí.

—¿Sue? —pregunté de nuevo, esperando una respuesta sincera. La sangre hervía por todo mi cuerpo.

—Preocúpate de tus asuntos, Rika Miller. —Respondió con retintín. Fue la primera vez que ella se dirigía hacia mí con tal frialdad y supe que algo aterrador le estaba ocurriendo.

—Sabes que me tienes aquí para lo que haga falta, ¿verdad? —ella asintió y yo la abracé. Rompió a llorar.

—Mi hermano ha despertado.

—¿¡Qué!?! —pregunté exaltada.

Durante unos segundos, todos volvieron sus miradas hacia nosotras.

—Me dijo que tenía que encontrar a alguien antes de que sus dolores de cabeza acabasen con él. Cada vez que los padece, pierde el control y rompe todo lo que hay a su alrededor.

—Incluida tú. —Añadí. Tenía ganas de matarlo.

—Él es lo que más quiero en este mundo. Si lo pierdo ahora, después de tantos años... ¡Pero estoy estudiando mucho para encontrar una cura! —dijo con la voz alzada.

—Tranquila, Sue. Te protegeré de lo que haga falta. Te lo prometo.

Ella asintió y me lo agradeció con una de sus dulces sonrisas. Su ánimo parecía inestable. Más bien, bipolar. A lo largo de la mañana, me fijé en cómo se comía las uñas despintadas y en cómo su mirada estaba cambiando poco a poco. Comprendí que el amor hacia su hermano perdonaría cualquier cosa que le hiciese, pero yo no podía soportar ver su cuerpo golpeado y magullado. Jamás me imaginaría el daño que Lex estaba por hacerle a quien, por entonces, fue mi mejor amiga.

20:34 – Octubre – Distrito de Crawford.

Faltaba menos de media hora para acabar mi turno de trabajo. Probablemente el más largo de mi vida. Sufrí la entrada de cada uno de los clientes a la cafetería creyendo que podía tratarse de él. Me propuse limpiar todas las tazas que quedaban antes de irme, hasta que la puerta se abrió de nuevo. Sentí una terrible angustia. Me faltaba el aire. Sabía que vendría, al menos, a mofarse de mí. Por otro lado, si me había descubierto no quería pensar qué querría de mí. Formaba parte de *Jaeger*, después de todo.

—¿Te pongo algo? —le pregunté cuando se sentó en la barra, justo enfrente mía.

Tenía un cigarrillo estrujado entre los dedos y no levantó la cabeza hasta que di un toquecito en la barra, justo entre el arco que formaban sus brazos. Entonces levantó la vista. Irises negros centelleantes y una sonrisa de lo más condescendiente.

—Me pones mucho. —Susurró buscando mi mirada. Chocaron y yo me ruboricé.

—¿Qué quieres, Logan?

—¿Me estuviste evitando en la Universidad?

—¿A qué has venido? —pregunté de nuevo. Mantuve mis ojos apartados de él hasta que se puso en pie.

—A recoger mi chaqueta. Espero que no la hayas manchado de nuevo. — Se burló, como esperaba de él.

—¿Vas a darme caza? —espeté de repente.

—¿Me estás interrogando? —arqueó la ceja y se cruzó de brazos después de aplastar el cigarrillo contra un cenicero.

—No evadas la pregunta. Sé que trabajas para los *Jaeger*.

—Tú no sabes nada de mí. —Su sonrisa se transformó en un gesto frío y áspero al instante—. Devuélveme la chaqueta cuando puedas.

Se giró y caminó hasta la puerta para desaparecer de nuevo de mi vista. Aquella vez no caminaba con aspecto relajado como siempre. Pisaba con fuerza y rabia contra el suelo y los clientes evitaban hacer contacto visual con él. Caí en la cuenta de que no había mencionado nada acerca de mí y eso me alivió. Tampoco parecía tener intenciones de acabar con mi vida en ese momento. Tras darle vueltas y vueltas en mi cabeza, me comencé a sentir mal. Quizá solo había venido a por su café de siempre y yo me limité a interrogarlo. Me limité a ponerme a la defensiva después de él haberse preocupado por mí. Quizá fuese así, pero me espantaba no saber qué ocurrió desde que perdí el conocimiento hasta que llegué a mi sofá, herida y nada menos que con su chaqueta, tapando mi ropa cubierta de sangre.

Eran las nueve y cuarto cuando entré al vestuario. Al cambiarme de ropa observé en el espejo de la taquilla la cicatriz que yacía en mi mano. Me pregunté por qué nunca había desaparecido, pues nuestra genética facilita la regeneración y, por lo general, nunca queda marca, pero no le di demasiada importancia. Al fin y al cabo, el único médico que podía examinarme se encontraba a miles de kilómetros, huyendo por haber robado el Libro

Electrónico de Identidades. La toqué con cuidado y pude apreciar su relieve: áspero y arenoso. Sentí como si existiesen recuerdos en lo más profundo de mi memoria a los que no tenía acceso.

Bryanna dio un portazo al entrar en el vestuario. Suspiré. Me puse la camiseta que había traído, unos pantalones negros y recogí mi cabello en una cola alta con el flequillo hacia el lado.

—Cómo se nota que ya es otoño. He salido a fumar un cigarrillo y hay escarcha, ¿te lo puedes creer?

—Supongo. —Dije mientras me ponía la cazadora.

—Tu chico te está esperando fuera.

—¿Se puede saber a quién llamas “mi chico”? —pregunté, un poco harta de todo.

—Logan, tía. Ese angelito atractivo y fibroso del que no te despegas últimamente. Aunque tiene más pinta de diablo con esos ojos que te atraviesan el corazón.

Ella siguió hablando sola. Estaba muy animada por lo que pude ver. Bryanna era una chica muy guapa y llamativa, pero a veces lo que soltaba por la boca le perdía. No había nada que le gustase más que un chisme o un drama. Recuerdo que, cuando llegaban clientes conocidos, ella se ponía a charlotear hasta que el Gerente le llamaba la atención. Sabía secretos de todo el mundo. Incluso del mundo en sí que nunca me atreví a preguntarle en aquel entonces. Recuerdo cómo los clientes la miraban baboseando mientras se paseaba por el Café en los momentos de prisa. Cuando sus pechos iban por delante de ella y yo me reía. A pesar de todo, el tiempo que pude conocerla en la cafetería fue suficiente para darme cuenta de que era una persona a la que le cogería cariño con mucha rapidez.

—Bueno, ahí te quedas con tus fantasías. Nos vemos.

—¡Eh, tú! —me cogió del hombro—. Cuida ese mal genio que tienes últimamente. —Me dijo antes de besarme en la mejilla—. Cuídate mucho, cielo.

Minutos más tarde reaccioné a lo que me había dicho. “¿Logan está fuera esperándome? Es el fin”, pensé. No tenía ni la más remota idea de por qué habría esperado después de haberle echado de la cafetería con mis modales.

Capítulo 12

21:33 – Octubre – Distrito de Crawford.

El aire que respiraba era inusualmente frío. Podía sentir cómo mis zapatos pisaban una tierra que estaba a punto de congelarse. Mis dedos, entumeciéndose. ¡Y yo que pensaba que Bryanna estaría exagerando como siempre! Acerqué las manos e intenté calentarlas con mi aliento, pero no fue de gran ayuda. Mi cuerpo temblaba de frío al mismo tiempo que de nervios. Caminé lentamente hacia la fúnebre moto del chico que no conseguía sacar de mi cabeza. Y, cuando le vi, no supe qué era más fúnebre, si la moto o su dueño, pues cuanto más me acercaba a él, más peligro sentía que corría.

Estaba apoyado sobre ella con los brazos cruzados, esperando con paciencia a que me acercase. Levantó la mirada y resopló.

—Menos mal.

Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Antes de que su suela lo volviese polvo, el cigarro ya se había fundido en la nieve. Se puso en pie y sacó el segundo casco de su mochila, negro con llamas rojas y grises en los laterales.

—¿Qué quieres de mí, Logan? —sonrió pícaramente.

—De momento, que vengas conmigo.

—Lo siento, pero no voy a ir contigo a ningún lado.

Tenía miedo, no voy a negarlo. Tenía miedo de que me hiciese daño, no solamente físico. Cuando estaba con él, me sentía en la boca de un lobo, a un ritmo frenético, como si todo se volviese impredecible. Cómo una extraña impotencia corría por mis venas. Luego, estaba el hecho de que él fuese un *Jaeger* y de que me había descubierto, aunque no lo hubiera mencionado. Estornudé. Se acercó y cogió mis manos. Estaba helado y, si bien intentaba disimularlo, también tiritaba. Sin pensarlo, puse mis palmas sobre sus mejillas.

—¡Estás helado! —exclamé sorprendida. ¿Cuánto tiempo se habría llevado esperándome?

—Qué atrevida. ¿Primero me tachas de asesino y ahora te preocupas por mí?

—Déjate de tonterías, Logan. Me voy. —Dije irritada. Me ponía de los

nervios que siempre se burlase de mí. Agarró mi muñeca y tiró de ella hasta acercarme a él—. Me pones de los nervios. —Murmuré. Estábamos a centímetros.

—Pero te pongo.

—De los nervios.

—Ven conmigo.

—No soy una suicida.

—Ya lo eres al no aceptarte a ti misma. —Me estremecí con aquellas palabras—. No te haré daño, Rika. Si quisiese matarte, podría haberlo hecho en muchas ocasiones.

—Quizá no te veías capaz de asesinar a una chica indefensa.

Se limitó a fruncir el ceño mientras me miraba y a estirar su brazo para ofrecerme el casco. Entre miles de pensamientos confusos y contradictorios, no hice otra cosa que chasquear los dientes y arrebatárselo de la mano. Su misterio y aquel sentimiento extraño que había comenzado a provocarme me tentaba más que el hecho de que intentase eliminarme del mundo. Además, me sería relativamente fácil defenderme de él si las cosas se torciesen. “Al fin y al cabo, es un humano”, pensé.

Tras más de una hora a cien kilómetros por hora en aquel vehículo mortal, llegamos a un lugar desierto y oscuro. Se podían apreciar edificios enormes tras los pinos que los rodeaban. No había rastro de luces o vida en absoluto. El viento zarandeaba las hojas de los árboles creando sombras confusas y extrañas. Desconfiada, miré de reojo a Logan, quien estaba guardando tranquilamente mi casco en su mochila. ¿Por qué actuaba tan relajado siempre? No entendía nada.

Me giré bruscamente al creer que había una sombra detrás de mí, pero fue mi imaginación. Al menos, eso quería creer. No lo vi, pero sabía que estaría riéndose de mí. El viento volvió a resoplar, esta vez con más fuerza, y un escalofrío me recorrió de la nuca a los tobillos. Cerré mi cazadora con fuerza, sobreponiendo la parte izquierda sobre la derecha.

—¿Dónde estamos? —pregunté impaciente.

—Acabamos de cruzar el muro de Crawford. Se podría decir que es ilegal estar aquí.

—¿Y aquellos edificios?

—Formaban parte de la ciudad antes de que construyeran las murallas para separar unos distritos de otros. El Estado pensó que no era conveniente que los humanos conociesen el lugar, pero tampoco podía destruirlo ya que es la

única prueba de lo que una vez existió.

—Entonces, esta zona está totalmente abandonada e incomunicada.

—Algo así.

—Logan, no te tengo miedo. —Rio a carcajadas y solo me dieron ganas de matarle.

—Deja de decir tonterías. Vamos.

Cogió mi mano y nos adentramos entre los densos pinos que inundaban aquel inhóspito territorio. Mi corazón iba a estallar en cualquier momento y ni siquiera sabía por qué. ¿Era la situación? ¿El peligro? ¿Su mano sujetando la mía? El crujido de las hojas bajo nuestros pies me confundía y las brisas que corrían entre nosotros parecían voces susurrándonos. “Estás muy susceptible”, me insinuó con una de sus sonrisas traviesas y su mirada desafiante, como si supiera lo nerviosa que me ponía aquella situación.

Frente a uno de los edificios con un techo semicircular, paró en seco y me pidió que cerrase los ojos. Era una estupidez seguir negándose a todo después de acceder a ir a un lugar desconocido con un tipo profesional en aniquilar a mi especie, así que los cerré obedientemente. Me guio hacia el interior y soltó mi mano sin previo aviso. Mi seguridad se desvaneció.

—No los abras. —Susurró a mi oído.

Un escalofrío recorrió toda mi espalda. Le gustaba jugar y yo lo sabía. Le gustaba jugar al gato que persigue al ratón. Y yo era su ratón. Escuché como una piedra caía desde lo más alto del techo antes de que chocara con el suelo, soltando arenilla durante su trayecto. Tenía los sentidos más sensibles que nunca y las acciones de Logan no ayudaban para nada. El sonido de sus pasos alejándose me estremeció; no tenía ni idea de qué iba aquello. ¿Estaba abandonándome allí o había ido a por esa arma letal que tendría escondida? Si había algo que, en momentos como esos nunca me fallaba, era la imaginación. A lo lejos, se escuchaban traqueteos y unos pasos que empezaron a acercarse a mí. Tenía miedo, pero presentí que si provocaba algún ruido al llamarle sería aún peor.

—Puedes abrirlos, chica obediente.

Quedé pasmada ante aquella escena. El interior del edificio estaba repleto de sillas rojas cubiertas de polvo. Todas juntas formaban un círculo sobre el que había una pequeña plataforma donde, seguramente, el guía explicaba algunos detalles antes de comenzar la observación. Se trataba de uno de esos planetarios que salían en los libros que contaban cómo era el mundo antes de la Tercera Guerra Nuclear. Levanté la vista al cielo proyectado y mi

respiración se entrecortó. Había millones de puntitos encendidos formando constelaciones, parpadeando y cayendo en forma de deseos. Siempre escuché hablar de las estrellas como si se tratasen de una leyenda, idolatrándolas en fotos e incluso en animaciones creadas por los más profesionales. Aquel momento fue como estar en un sueño. No podía creer que Logan me hubiese llevado a ese lugar tan hermoso mientras yo creía que solo quería acabar conmigo. Me sentí avergonzada.

—Lo siento. —Susurré tapando mis ojos con el flequillo. Seguro que mi cara parecía un tomate.

—¿Por qué?

—Por desconfiar de ti.

—¿Te gustan las estrellas? —preguntó complaciente.

—Sí. Son preciosas. —Suspiré.

—¿Obligarías a una de ellas a dejar de brillar por ser diferente a las demás?

—¿Por qué haría algo así? —hice una pausa—. Es más, creo que la diferente tendría algo de especial que las otras no.

—¿Y por qué tenemos que dejar de brillar nosotros por la especie humana? ¿Tenemos que dejar que nos extingan como hicieron con la naturaleza, con las estrellas y la vegetación?

Mi corazón dio un vuelco. Todo a mi alrededor se volvió sordo y apenas podía pensar en darle una respuesta. Mis manos temblaban al son de los latidos. No había entendido la primera pregunta hasta que mencionó lo de la especie metahumana. Cuando estaba preparada para defender mi posición, hubo algo que me detuvo: la formulación de su pregunta en tercera persona, ese “nosotros” casi imperceptible. Dirigí mi mirada hacia él. Recuerdo aquellos ojos chispeantes, impacientes.

—¿Nosotros?

—Soy híbrido. Madre metahumana y padre humano. —Especificó mientras retiraba una lentilla de su ojo izquierdo. Su iris era rojo. Rojo como la sangre—. ¿Tenemos que escondernos por ser especiales?

No pude responder porque, si lo hacía, sabía que titubearía. Un nudo ahogó mi voz. Jamás un monstruo me había parecido tan hermoso. Jamás una mirada me sería tan inolvidable. Tenía el fuego y la oscuridad en sus ojos y, por un momento, le robó por completo el protagonismo al planetario. Comprendí que debía sentirse tan vacío como yo, ya que solo habían existido un par de híbridos en la historia de nuestra raza y todos habían sido asesinados

y traicionados por el riesgo que suponían para la humanidad. Sin embargo, no podía comprender cómo un híbrido formaba parte de los *Jaeger*. Tenía tantas preguntas que no hice ninguna. ¿Era miedo a descubrir algo que no quería o estaba cansada de indagar en asuntos que no eran míos?

Sujetó mis mejillas con sus manos y elevó con suavidad mi rostro, apartándome el flequillo hacia un lado. Nuestras miradas se clavaron como si tuviesen su propio idioma de complicidad. Por primera vez en la vida, sentí que podía ser yo misma sin miedo a nada. Sin miedo a ser rechazada o insultada. Sin miedo a ser asesinada. Logan bajó su mirada y por acto reflejo hice lo mismo, contemplando cómo mi cabello crecía y se tornaba azabache. “Me gustas más así”, murmuró. Supuse que mis ojos también se habían tornado carmesíes por cómo luego los observó y sonrió. Estaba tan sumamente feliz de ver mi forma física real por primera vez, que no pude ahogar el llanto. Él me abrazó con fuerza y la impotencia que había estado invadiéndome desde que le conocí se acrecentó.

—No estás sola. Tranquila. —Me decía mientras acariciaba mi cabeza intentando consolarme. Era como si supiese todo lo que había sufrido.

—Gracias, Logan. —Dije, estrechándole con fuerza—. Tú tampoco lo estarás a partir de ahora.

Sentí cómo, en la inmensa oscuridad, su rostro cada vez estaba más cerca del mío. Notaba su respiración entrecortada acercarse y mi corazón a punto de estallar. Seguro que oyó mis latidos al igual que yo escuchaba los suyos. La mirada afilada que mantenía siempre se había vuelto triste e indefensa. Esperaba algo más de lo que yo no tenía ni idea. De pronto, un estruendo nos sobresaltó. Escuchamos pasos correr hacia nosotros y unas voces preguntándose quién había ahí. Supusimos que eran los escoltas de la zona abandonada y decidimos huir.

—¿¡Y las estrellas!?! —pregunté emocionada.

—¡Volveremos!

Recuerdo que corrimos hacia la moto cogidos de la mano, como dos niños pequeños, riendo nerviosos por no ser descubiertos. Recuerdo la adrenalina que corría por mi cuerpo y la presión que noté en mi pecho al ver su espalda delante mía. Recuerdo el miedo que me invadió por unos segundos al percatarme de cuán familiar era él para mí. Recuerdo que no podía recordar.

Capítulo 13

23:49 – Octubre – Periferia de Crawford.

<<La niebla que rodeaba aquella mansión era la oportunidad perfecta para adentrarse en ella y reencontrarse con su amado. Él había mandado decenas de cartas donde explicaba que estaba incomunicado y prisionero. La joven, enamorada, no contempló otra opción que ir a salvarlo, aunque le pesara en el alma tener que despertar después de haberse contenido toda su vida. En medio de la solitaria neblina que comenzaba a humedecer su piel, su cabello negro se tornó blanco y sus ojos verdes fueron consumidos por el fuego. En pocos segundos, los escoltas de la mansión habían sido derribados. Con heridas sobre su cuerpo, emocionada por darle la gran noticia al amor de su vida después de tantos meses sin ver su rostro, subió las únicas escaleras que los separaban. Al abrir la puerta de su dormitorio, la sonrisa que había estado manteniendo se esfumó junto con todas aquellas esperanzas que la habían mantenido viva. El hombre del que estaba enamorada se encontraba besando el cuerpo de otra mujer sobre la cama.

—¿Connor?

—¿¡Amaya!? ¿¡Cómo has entrado aquí!? —gritó desesperado, mientras se apartaba y abrochaba sus pantalones.

—¿Quién es ella, cariño? —preguntó la esposa de él ante la extraña de cabellos blancos.

Connor guardó silencio mientras barajaba sus opciones y las distintas consecuencias que podrían tener. Sin embargo, olvidó la más importante debido a su terrible arrogancia: que la muchacha que tenía frente a él, aquella a la que le acababa de destrozar el corazón, era metahumana.

—Soy su... —Amaya hizo una pausa y secó sus lágrimas—. No puedes hacerme esto.

—¡Tienes que marcharte de aquí ya mismo, te lo ordeno!

—Pero estoy embarazada. —Murmuró ella.

De repente, tras Amaya, apareció la silueta de un niño de apenas cinco años que no hizo otra cosa que acudir a los gritos de su padre. Víctima de la inocencia, se atrevió a recitar la palabra que le condenó de por vida:

—¿Papá?

—¡Lex, ve a tu cuarto ahora mismo y llama a seguridad! —se puso una camisa, susurró algo al oído de su mujer y caminó hasta muchacha en un intento de persuadirla—. Lo siento, Amaya. No quería decírtelo así, pero necesitaba sujetos para comenzar los nuevos experimentos y apareciste en el momento exacto. Eras la única metahumana que accedería a cualquier cosa por mí. Tienes que comprenderlo, es mi trabajo. En cuanto podamos realizar el aborto, lo haremos sin que te suponga ningún gasto o preocupación. Ahora, ven conmigo. Te llevaré a casa.

La joven del cabello blanco no paraba de repetir “no puedes hacerme esto” mientras su decepción iba transformándose en furia y su amor en odio. El niño la miró de soslayo y ambos hicieron contacto visual. Su gesto cambió por completo. Y su destino, también.

—Tu esposa y tu hijo serán suficiente por ahora.>>

—¡Amaya! ¡Oye, Amaya! —vociferaba una chica sin parar. La mujer abrió los ojos—. ¿Estás bien?

—Otra vez la misma pesadilla. —Suspiró. Hizo el intento de levantarse, pero un dolor agudo atravesó su sien. La forma en que miraba a su alrededor delataba su angustia—. Vicky. —Volvió a suspirar y a tocarse la frente—. Me están matando. Necesito hacer algo.

—¿Quiénes? —preguntó la chica.

—Los dolores de cabeza.

—¿Es él? ¿Ha conseguido despertar?

—Eso creo. Desde entonces, no hago más que tener pesadillas con aquella noche.

—Te entiendo.

—Tú debes saberlo mejor que nadie, Vicky. Admiro lo que hiciste para llegar a ser quién eres ahora. —Comentó antes de que entrase Drake al dormitorio—. Maldita sea, te he dicho mil veces que no entres sin avisar.

—Lo siento, señora. Tengo noticias importantes.

—Vicky, terminaremos esta conversación en otro momento.

—Señora, respecto a lo de antes, hice lo que tuve que hacer. Hay personas que no comprenden la envergadura del problema que existe entre la raza humana y la nuestra. —Contestó ella.

La joven se alejó de la cama y abandonó el dormitorio con un sonoro portazo que hizo caer cenizas de las grietas que conquistaban aquel oxidado lugar. Amaya se puso en pie y bebió de un vaso lleno de un líquido rojo y

viscoso. Las gotas de sudor que le enfriaban la frente habían empapado parte de su pelo. Se estaba volviendo inestable. Si ya era malhumorada, los dolores de cabeza no hacían más que empeorarlo. Cerró los ojos, inspiró todo el aire que pudo y se sentó en el filo de la cama.

—Tus noticias nunca son tan importantes como dices, pero escúpela y lárgate de aquí.

—El plan que acordamos ha llegado a su fin. Tu hijo se ha vuelto tan cercano a Erika Ayers como queríamos.

—¿Dónde está él?

—Los vi yéndose juntos en la moto.

—Qué asco. Mi hijo y esa niña sarnosa juntos, como en los viejos tiempos. —Balbuceó antes de soltar una escuálida carcajada—. Drake, convoca a todas nuestras tropas, a la élite y a Logan. Se castigará severamente a todo aquel que no acuda a la reunión.

—¿Algo más?

—Cuida de tu mejor amigo. Se acercan tiempos difíciles.

—¿No eres capaz de querer a tu hijo al menos un poco? —preguntó Drake mientras apretaba sus puños hasta volver blancos sus nudillos.

—Si lo quisiera, te habría matado por haberle traicionado ahora mismo. Lárgate.

17:56 – Octubre – Distrito de Crawford.

Eran casi las seis de un domingo cuando mi dispositivo móvil proyectó un pequeño holograma por encima de mi cabeza. Mi corazón se aceleró. “¿Será él?”, pensé por un instante. Tenía dos mensajes pendientes, pero no era el mejor momento para leerlos. Me había llevado el día entero estudiando biogenética con la esperanza de aprobar el examen del día siguiente. Decidí tomar un descanso y escuchar algo de música para celebrar la autodisciplina que conseguí conservar en mis únicas vacaciones de la semana. El ritmo de la canción me provocó unas ganas inmensas de bailar y lo hice. Estaba feliz. Caminé dando saltitos hasta el baño y me observé con detenimiento ante el espejo. Observé mi extenso cabello azabache y mis ojos llenarse de rojo como si estuviese siendo inyectado. Poco después, comencé a sentir la garganta seca y una sed que iba acrecentándose, lo cual me asustó lo suficiente para volver a ocultarme bajo la identidad de Rika Miller.

—Eres Erika Ayers. No lo olvides. —Me dije a mí misma, señalando con el índice a mi reflejo en el espejo.

La verdad es que lo había olvidado todo acerca de mi identidad real. No sabía qué habilidades tenía ni cómo usarlas. Tampoco recordaba mucho de mi pasado. Casi nada. Comencé a ponerme ansiosa. ¿Y si no lograba recordarlo? Volví a recibir un mensaje y lo abrí por acto reflejo. Me maldije cuando vi que era de mi jefe. Fue muy breve:

“Café a las 18:30.”

Sentía decepcionarlo, pero no iba a llegar a esa hora. Era imposible. Cambié mi pijama por unos jeans y una sudadera ancha con capucha. Utilicé la goma que tenía en mi muñeca y até dos pequeños mechones de mi cabello color miel en la parte trasera de mi cabeza, formando un pequeño rulo. Peiné mi flequillo hacia el lado y salí del piso.

Ya en frente del Café, comencé a sentir ansiedad al ver que estaba completamente cerrado. ¿Y si era una emboscada? Eché un ojo al reloj: 18:47. Era demasiado tarde para pensar si entrar o no. Mi trabajo podía estar en juego de escoger la segunda opción. Caminé hacia la puerta y se abrió sin ninguna complicación.

—Toma asiento. —Me ordenó el Gerente desde la barra.

—Ah, hola. —No se me ocurrió nada más que decirle a mi jefe.

Estaba tan nerviosa que perdí los modales. Tomé asiento justo delante de él y observé cómo preparaba el café. Él era un hombre esbelto de gesto frío y calculador. A pesar de sus cincuenta y tantos y su cabello canoso, se conservaba bastante bien. Levantó la vista y yo la bajé para que nuestras miradas no chocaran. No podía parar de mover los pies. ¿Qué quería de mí?

—Aquí tienes. —Me dijo, ofreciéndome la taza del café recién hecho. La acepté y di un sorbo que me quemó toda la lengua. Un sorbo insípido y oscuro.

—Es diferente al de siempre. —Expuse.

—Como tú.

Le miré enseguida.

Ambos sabíamos de qué estaba hablando. Extendió su brazo y yo retrocedí. Estaba preparada para defenderme cuando apretó un botón y me mostró un mensaje. Era de mi padre. Explicaba cómo estaba acorralado y se sentía exhausto de escapar. También le pidió que hiciesen lo que habían acordado y que contactase conmigo cuanto antes. El tiempo se les acababa. Supuse que él sería la persona de la que me habló mi padre, aunque no me tranquilizó en absoluto saberlo. Algo me decía que estaba a punto de meterme

en problemas.

—¿Y mi padre? ¿Sabes algo de él?

—Tu padre está en manos de los *Jaeger*. Desconozco su estado.

—¡Estará vivo! —grité al golpear la barra con mis puños.

—Erika, tranquilízate. Veo que ya has dejado el tratamiento. —Señaló el cabello que había comenzado a transmutar al ritmo de mi ira—. ¿Sabes algo de ti?

—Mantengo recuerdos vagos y no sé nada acerca de mis habilidades.

—El tratamiento te hizo olvidarlo casi todo. No te preocupes, es normal.

—¿Por qué querría mi padre ocultar mi identidad?

—Tu linaje era muy poderoso, Erika. El poder significa enemigos. Por suerte, tu padre y tú fuisteis capaces de escapar en el último momento. —Explicó. Un pinchazo atravesó mi estómago.

—¿Sabe alguien que estoy viva?

—Los *Jaeger* deben saberlo, de lo contrario no habrían comenzado a desplegar tropas y aerodeslizadores patrullas por todos los distritos.

—No me encuentro muy bien.

Apoyé mi codo en la barra y pasé mi mano por la frente. Fría como la nieve que caía del tejado y se esparcía por el aire. Todo me daba vueltas y no podía pensar con claridad. Mi cara debía estar blanca como aquella taza de café necia que el Gerente me había preparado. Me pregunté por qué diablos todos sabían acerca de mí antes que yo misma. Él puso su mano sobre la mía y yo la aparté con rudeza.

—Erika, tienes que ser fuerte. Los *Jaeger* trabajan con humanos experimentados y, entre ellos, habrán conseguido a algún telépata. Tampoco podemos descartar al clan de Orpheus.

—Orpheus... —susurré. Sabía que, en algún momento, había conocido algo acerca del clan, pero cada vez recordaba menos.

—Es por culpa de ese clan que te encuentras aquí ahora. Fueron ellos quienes traicionaron a tu familia para hacerse con el poder. —Se mantuvo en silencio unos segundos y me miró a los ojos fijamente—. Ellos asesinaron a tu familia.

El mareo empeoró. Sentí náuseas y mi respiración fallaba. ¿Cómo no podía recordar todo aquello? ¿Acaso yo sabía que mi madre y mi hermana murieron a manos de ellos? Porque de ser así y ni siquiera recordarlo, me daban ganas de golpearme. No sabía nada de lo que quería saber. Había algo que sí tenía claro en ese instante y era que mi vida corría demasiado peligro.

Por otro lado, me rompía por dentro solo imaginar que mi padre podría haber muerto. “No puede ser. No se desquitarían de un metahumano tan poderoso así de fácil”, pensé. El Gerente estaba en silencio con los dedos entrelazados, esperando una respuesta por mi parte.

—Mantendré mi identidad oculta, pero antes quiero saber qué poderes y habilidades tengo. Quiero saber quién soy y recuperar el pasado que me habéis robado.

—Erika... —Dijo en voz baja sacudiendo su cabeza. Soltó un suspiro debilitado—. Posees uno de los poderes más fuertes de los que tenemos conocimiento. Controlas la materia.

—¿Qué quiere decir eso?

—Por ponerte un ejemplo. —Suspiró de nuevo y pidió perdón a mi padre en su ausencia—. Podrías crear vida en un lugar radioactivo, romper la Tierra en trocitos o desintegrarla si quisieras.

—¿Qué?

—Desconozco cómo se manifestará en ti, pero lo sabrás una vez el cuerpo se vea forzado a luchar por tu supervivencia. —Se me puso la piel de gallina—. Pero esto no solo va de que ocultes tu identidad, Erika. Hay un plan.

—No sé si quiero saberlo, Gerente.

—Por favor, tutéame. Con Einar es suficiente.

Igualmente, me lo explicó. Detalló detenidamente todos los procedimientos: entrar en la Central Científica de Cunningham de los *Jaeger*, liberar a los prisioneros del *Proyecto Génesis* y hacer volar las instalaciones junto con sus armas nucleares y el artefacto que estaban a punto de terminar de fabricar. “Una sola onda de ese dispositivo acabaría con más de la mitad de los metahumanos y envenenaría las células de los restantes, provocando una muerte lenta, pero segura”, me advirtió temeroso. Todo me parecía una locura. ¿En qué momento había llegado a esto? ¿Cómo iba yo a luchar si ni siquiera sabía pegar un puñetazo sin desviar el brazo?

—Es imposible. De verdad, no sé pelear ni utilizar las habilidades que me caracterizan como metahumana. Solo sería un estorbo, Gerente. Digo, Einar. Y es lo que menos me gustaría ser. Además, me cuenta todo esto así, de repente, sin yo saber nada acerca de nada. Al menos, necesito tiempo para recobrar mis recuerdos y saber quién soy.

—No hay tiempo.

Me dio la espalda y se adentró en la cocina. Seguramente estaba decepcionado. Normal. Se suponía que yo debía ayudar con el plan porque era

la “chica del linaje poderoso” y me negué. No podía sentirme culpable porque todo aquello eran cuestiones que jamás me incumbieron. Sólo podía sentir pena por las personas que morirían si de verdad utilizaban ese trasto. Yo lo haría junto a ellas, pero no me importaba. Me sentía exhausta. Empachada de problemas. ¿Cómo iba mi cuerpo a intentar sobrevivir si ni a mi propia conciencia le importaba?

Einar salió de la cocina con un pequeño frasco en su mano derecha y lo escondió bajo el delantal cuando se percató de que yo lo seguía con la mirada. Era amarillo neón. Parecía que brillase entre sus dedos agrietados. Arqueó sus cejas y sonrió. Nunca me había fijado en sus dientes. Eran amarillos, pero no neón, sino más bien tirando a ocre.

—¿Quieres recuperar tu pasado?

—¿Es esa pregunta alguna clase de broma?

—Toma. —Dijo extendiendo el frasco hacia mí, pero cuando fui a sujetarlo, lo apartó con rapidez—. ¿Aceptarás el plan?

—No sé luchar.

—Los Renegados te enseñaremos. Aún tenemos unos meses.

—¿Quiénes?

Cada vez que decía algo, me confundía más. Estaba muy cabreada de que soltara información a trompicones.

—Si lo aceptas, te entregaré este suero recuperador de memorias y, más adelante, te iré explicando todo con más calma.

—Pues nada, no me queda otra. —Chasquéé los dientes como si se me fuera la vida en ello. Era el orgullo lo que me detenía entonces—. Tendré que convertirme en una terrorista para cooperar con vosotros.

—Con suerte, lograrás rescatar a tu padre.

—Lo haré.

Soné valiente, pero mis piernas no podían parar de temblar. No teníamos opción. Si no era asesinada por una de las organizaciones que podían estar buscándome, sería asesinada por aquel artefacto. Además, mi padre estaba ahí e iba a ir a por él, aunque me costase la vida. Y no sólo por él, sino por todas las personas que estarían sufriendo y soportando aquellos monstruosos experimentos. Me levanté del taburete y remangué las mangas de mi sudadera. Noté como si el Gerente estuviese esperando algún momento adecuado.

—¿Necesitas algo más? —pregunté expectante.

—El Libro Electrónico de Identidades.

Capítulo 14

21:13 – Octubre – Distrito de Crawford.

El sonido del bisturí abriendo en dos su antebrazo le puso los pelos en punta. Con una expresión de total desconfianza, el joven observó cómo le extraía un pequeño dispositivo que había bajo su piel.

—¿Estás seguro de que esa navaja está desinfectada?

—Eres un quejica, chico. Y no es una navaja, sino un bisturí. —Gruñó Bryanna.

Niels hizo una mueca de dolor mientras ella cosía su herida. Un pequeño felino que se posaba a su lado saltaba sin cesar intentando alcanzar los mechones rubios que rozaban su hombro. Intentaba esquivarlo, pero la sutura que tenía en la nuca se lo impedía. Por otro lado, Bryanna no dejaba de lanzar miradas asesinas cada vez que intentaba coser su antebrazo y el chico se movía. La habitación era fría, iluminada por luces blancas que destelleaban y sin una sola ventana. De pronto, un hombre serio entró en la habitación con una pantalla cuadrada y táctil en sus manos.

—¿Cómo ha reaccionado? —preguntó Bryanna.

—Supongo que bien. Acaba de traerme el Libro Electrónico. —Puso su mano sobre el hombro de Niels—. Ya eres libre, muchacho. Ahora mismo voy a piratear este maldito artefacto para que desaparezcas de él.

—Gracias, viejo. —Respondió el joven.

—¿Y ese gato? —preguntó el Gerente, extendiendo su mano para acariciarle el lomo. Salió corriendo.

—Lo encontré abandonado un día... Ese día estaba lloviendo y no pude dejarlo allí. —Bajó la manga de su chaqueta para cubrir el vendaje—. ¿Sabe Erika que llevará a cabo el plan con nosotros? ¿Conmigo?

—No pude decirle nada. Demasiado saturada con tanta información.

—Eh, vosotros, me piro a casa. Enhorabuena por haber recuperado tu libertad de esos hijos de perra, Niels. Me aseguraré de machacar este localizador.

Bryanna salió del lugar riendo a carcajadas. La sala se habría quedado totalmente silenciosa de no ser por los focos que no paraban de parpadear. Einar cerró la puerta principal y se sentó en una de las mesas con aquel

dispositivo, dispuesto a hackear la base de datos y así poder liberar al chico. Sus pupilas iluminadas seguían los procedimientos al ritmo del índice que los ponía en marcha. Niels se sentó justo en frente de él y, después de unos segundos, hicieron contacto visual.

—¿Le contaste que su hermana sigue con vida?

—Eso es algo que Erika no debe saber. —Indicó el Gerente—. Y tú, ¿vas a ir a por ella ahora que eres libre?

—Ella me odiará.

—Una reacción obvia después de que la abandonaras y desaparecieras, hijo. Necesitas una buena excusa.

—Lo hice para protegerla.

—¿Protegerla de los *Jaeger* o de ti? —sonrió.

—No podía permitir que estuviese con el monstruo en el que me iban a transformar y mucho menos después de notar su rechazo hacia ellos. Jamás imaginé que ella fuese metahumana.

—¿Sigues amando a esa chica? —El joven elevó su mirada con más firmeza que nunca ante la pregunta de Einar.

—Daría mi vida por ella.

23:09 – Octubre – Distrito de Crawford.

Las tormentas de viento que se producían con más frecuencia cada año salpicaron pequeñas piedrecillas contra las cristaleras del salón. Sin darme cuenta, me había quedado dormida en el sofá con el libro de Biogenética en las manos. Aquella conversación que tuve con el Gerente me dejó sin energías. “Tienes que aprobar mañana”, me repetí varias veces. Reuní fuerzas y me levanté para tomar una de esas bebidas energéticas que mi padre compraba. Un sentimiento de agonía recorrió mi cuerpo durante un instante. Le echaba de menos. También echaba de menos sentirme tranquila y a salvo, pero era algo de lo que, al menos por aquel entonces, tenía que olvidarme. Paz no era precisamente lo que iba a encontrar. Despejé la mesa del comedor y trasladé mis libros y materiales a ella. Abrí el libro mientras daba un último sorbo y coloqué el cabello que me estorbaba tras las orejas.

Apenas había pasado media hora cuando mi mente se negó a seguir aprendiéndose las diferentes técnicas que permitían manipular el material genético de un ser humano para alterar la información hereditaria de sus

células. “Este es el campo de Sue, no el mío”, mascullé. Y no mentía. Era ella quien quería ser científica, no yo. La curiosidad me llevó a estudiar una carrera que solo estudiarían mis enemigos. Era bastante irónico. Aunque, realmente, mi desconcentración se debió a que Logan invadió mis pensamientos. ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo tendría que actuar la próxima vez que lo viese? Tenía muchas preguntas, ya que nunca había tenido la posibilidad de conocer a personas metahumanas fuera de mi familia y, mucho menos, a un híbrido. Me comencé a emocionar, a querer saber más y más sobre todo aquello que tiempo atrás odiaba. ¿Qué poderes tendría? ¿Cómo sería ponerlos en práctica? “Es él, seguro”, me excusé conmigo misma. Estaba convencida de que Logan tenía algo que ver con muchos de los cambios que se estaban produciendo en mi manera de pensar. Quizá cuando no te sientes solo en algo, comienzas a aceptarlo de una forma diferente, más bonita y liviana. Sentí un impulso frenético de llamar a alguien pedirle consejo y no se me ocurrió nadie más que Sue.

—¿Rika?

—Em. —Me detuve, confundida.

Por primera vez, me costó reaccionar al nombre que siempre había utilizado.

—Sí, soy yo. ¿Te pillo en mal momento?

—Estaba en el laboratorio de mi padre, pero no pasa nada.

—¿A estas horas? —pregunté, totalmente sorprendida del afán que tenía Sue con la ciencia.

—Sí. ¿Te ocurre algo? ¿Para qué me llamabas?

—Necesitaba ayuda con una pregunta que puede entrar en el examen de mañana. —Mentí—. ¡Pero no te preocupes! En clase lo resolvemos. Buenas noches, Sue.

—Buenas noches, Rika.

Después de esa llamada me sentí desalentada. Sabía que estaba perdiendo a mi mejor amiga gracias a su obsesión por ser la mejor científica y encontrar la cura para revertir la mutación. Es absurdo, pero llegué a sentirme celosa. Ni siquiera tuve ganas de contarle lo que se me estaba pasando por la cabeza cuando escuché su fría y exhausta voz. Aquella conversación solo me dio más ganas de hablar con alguien que no tuviese pelos en la lengua y me dijese las cosas claras. Alguien transparente. Entonces, pareció como si se hubiese encendido una pequeña bombilla en mi mente: Bryanna. ¿Cómo no se me pudo ocurrir antes?

—¿Sí? ¿Hola? —preguntó al otro lado del dispositivo.

—¿Cómo evitar un sentimiento? —fui al grano.

—Ah, eres tú, Rika. ¿Qué te pasa? ¿Problemas existenciales en plena noche? —no pude contener la risa. Siempre era igual—. ¿De qué sentimiento hablamos?

—No lo sé. —Hice una pausa para pensar en qué sentimiento era el que me oprimía el pecho y me daban ganas de llorar—. No lo sé. —Repetí entre los mares de pensamientos que inundaban mi cabeza.

—Chica, cuando no sabes ni de qué sentimiento se trata, suele ser amor. Estás confundida por ese angelito, ¿verdad? Normal, es que está tremendo.

—De ángel tiene poco. —Agregué. No estaba consiguiendo tener la conversación seria que tenía planeada y eso me puso de los nervios—. Es igual. Buenas noches.

—Aléjate de él, Rika, por tu bien. —Su tono cambió drásticamente y sentí cómo quiso remediarlo—. Siento decepcionarte, cariño, pero jamás apoyaré un romance entre vosotros dos, por muy bueno que esté él. ¡Te veo mañana!

Hubiese sido mejor no llamar a nadie. ¿Quién le había pedido la aprobación? Además, jamás quise referirme a que quería algo con Logan. “Solo es un tío con increíbles habilidades de seducción que utiliza su moto para dar paseos y engatusar a las chicas”, justifiqué. En realidad, no. Logan era más bien un lobo solitario y serio, además de gruñón, con unos rasgados ojos azabaches a juego con su cabello despeinado. Su mirada afilada podría atemorizar a cualquiera. Al principio, lo detestaba porque todo lo que hacía era ponerme de los nervios, pero últimamente se había vuelto como un niño dócil. Una sonrisa de lo más tonta apareció en mi cara.

De pronto, un ruido procedente del despacho de mi padre desvió mi atención. Mi corazón se aceleró con la esperanza de que fuese alguna noticia buena, algún mensaje que comunicase que seguía con vida y que había escapado. Corrí hacia él y me acerqué al portátil que tenía sobre el escritorio. Los sonidos cesaron una vez alcé la pantalla. Era una notificación de la centralita *Jaeger* dirigido a todos los empleados inmiscuidos en el *Proyecto Génesis*. Mi mente se quedó en blanco. No podía creer lo que había leído:

“El sujeto de experimento nº 9837691198, denominado Niels Wagner, ha sido eliminado de la base de datos.”

Capítulo 15

10:01 – Octubre – Periferia de Crawford.

El antiguo instituto de Crawford jamás había estado tan animado. Se trataba de un territorio abandonado, oculto bajo las amplias ramas de los frondosos árboles que lo habitaban. Sus paredes resquebrajadas habían dejado de impartir educación bastantes décadas atrás y los pupitres de un color pistacho eran apilados al fondo de las clases para crear dormitorios en ellas. Ninguna sala se libraba del mal olor a orina que habían dejado los primeros hurtadores ni de los cristales rotos en las ventanas. Los graznidos de los cuervos artificiales que echaban a volar se entremezclaban con las estrepitosas motos que se dirigían hacia la zona. Sus faros formaban una estrecha, pero infinita fila de luces alrededor de la montaña. Iban soltando alaridos mientras esquivaban las rocas que entorpecían el camino, con sus irises carmesíes y una expresión similar en todos ellos. Una expresión que no anunciaba otra cosa que una frenética amenaza. Era Orpheus.

Una vez llegados al lugar de encuentro acordado, entraron por la puerta principal chocando los puños y haciendo muecas extrañas a modo de saludo fraternal. Vestían ropajes de cuero oscuros y algunas otras prendas de colores aleatorios que no dejaban de ser llamativas. Todos esperaban ansiosos en la sala de actos, donde habían sido convocados tan repentinamente.

—¿De qué mierda va esto? —preguntó Damon, el chico de los cabellos plateados. Vicky estaba a su lado con el pie levantado, esperando el momento para acabar con la vida de una cucaracha—. ¿Vicky?

—Puedo imaginar de qué va. Esto va a ser perfecto para ganar tiempo. —Hizo una pausa al perder el equilibrio—. ...Y aliados.

—Deberíamos aprovechar ahora que estamos casi todos los distritos reunidos para reclutarlos. —Murmuró el joven cuidando que nadie los escuchase.

—No con Amaya aquí. ¿Sabes? Escuché que nombrará al bastardo de Logan como el heredero del clan. Después de todo. —Sus uñas cortaron la palma de la mano al apretar su puño.

—¿Y qué esperabas, tía? Estamos hablando de Amaya.

—Escuché también que yo soy su brazo derecho. —Rio a carcajadas—.

Qué ironía. —Rompió a la cucaracha en dos con el tacón de su bota derecha, esparciendo un líquido viscoso por el suelo—. Ugh, ¿era real?

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Drake al llegar. Mantenía una expresión seria y distante mientras se acercaba. Ambos enmudecieron, pues sería un problema si su plan maquiavélico fuese descubierto—. ¿Aún no ha bajado Amaya de su cuarto?

—Ahí viene la perra. —Señaló Damon.

Bajaba las escaleras lentamente, sosteniéndose a la barandilla de mármol blanco y madera podrida. Zora sostenía su otro brazo con seguridad. No tenía buen aspecto. Más pálida, desvaída. Mantuvo su ceño fruncido hasta llegar a la plataforma que había al fondo de la sala de actos. Se dejó caer sobre un sillón de cachemira rojo y echó hacia atrás los mechones blancos que dificultaban su vista. El resto la observaba con desconcierto. Algunos murmuraban sobre su condición y otros hacían sus propias especulaciones. No faltaron aquellos que sonrieron en la penumbra. Amaya se aclaró la voz.

—Seré breve. —Dijo mientras apretaba su sien con los dedos—. Erika Ayers, la legítima heredera de nuestro clan y reina de nuestra raza sigue con vida. El linaje que nos traicionó aún existe. —El tono de voz de los susurros se elevó—. ¡Callaos! ¿Dónde está la élite? ¿Y Logan?

La élite permanecía de pie al fondo de la sala, con los brazos cruzados y un gesto calculador. Vicky, que se encontraba entre ellos, lucía con muy mal aspecto. Pálida y sin aliento. Era inevitable esconder la impresión que le había causado escuchar aquella noticia. Damon, que estaba a su lado, levantó la mano con la intención de facilitarle el trabajo y luego señaló hacia la izquierda. Logan estaba en la otra esquina junto a Drake, con los ojos cerrados y los auriculares inalámbricos puestos. El volumen estaba al máximo. Cualquiera hubiese interpretado eso como una de las mayores faltas de respeto a la actual reina del clan y hubiese tenido el derecho de cortarle el cuello, pero se trataba de su único e intocable hijo. Del único híbrido con vida sobre el continente. Su mejor amigo le dio un par de codazos para llamar su atención y éste abrió uno de sus ojos mientras pausaba la música.

—¿Qué quieres?

—Tu madre. —Susurró, ladeando la cabeza.

—No te lo preguntaba a ti, sino a ella. —Dirigió su mirada hacia Amaya y la mantuvo con osadía. Todos rieron. Otros sacaron sus armas.

—Sube aquí, hijo mío. Harás los honores.

El joven se dirigió hacia el cadavérico escenario sobre el que le esperaba

ansiosamente. Él sabía que nada bueno podía esperarse de su madre, pero no tenía ni idea de la responsabilidad que estaba a punto de cargar sobre su conciencia. El pasillo que separaba el lado derecho de las sillas del izquierdo estaba adornado por una andrajosa alfombra negra llena de virutas y granos de tierra húmeda. Las miradas chispeantes lo seguían con la esperanza de intimidarlo. Fracasaron. Se puso al lado de su madre, de pie y con las manos tras la cintura. Amaya señaló un botón que encendía un viejo proyector que había colgado en el techo. “Púlsalo”, le ordenó. Una foto de Erika trabajando en el Café ocupó la inmensa pared de la sala de actos.

—¡Ella es! —Indicó Amaya a todos sus vasallos.

—¡Esa es la puta que me dio una golpiza aquella noche! —gritó Damon entre el gentío que se había formado, pero nadie le hizo caso.

—Eres penoso. —Añadió Vicky antes de abandonar la sala para enfriar su cabeza. Le era casi imposible ocultar su desorientación en aquel lugar repleto de voces asesinas.

Amaya obvió la retirada de la chica y prosiguió.

—La quiero muerta. Y no estoy dispuesta a esperar, ¿entiendes, Logan? — el joven giró bruscamente su rostro hacia el de su madre—. Quiero decir, ya que eres el heredero de Orpheus y futuro rey de tu raza, es tu deber. Perdona, obligación.

—Jamás quise ser el heredero de esta mierda. Ni el rey. —Masculló con desprecio—. ¿A dónde quieres llegar?

—¡Orpheus! —aclamó—. ¿Qué opináis? ¿No debería ser el futuro líder, único híbrido sobre la faz de la Tierra, quien acabase con uno de los linajes más poderosos? —todos izaron sus brazos vociferando el deseo de matar a Erika Ayers—. Eres el único que podría con alguien como ella.

—Esa chica ni siquiera sabría defenderse. ¿Así es como quieres hacer las cosas? —habló entre dientes para que nadie más escuchase sus palabras.

—Más fácil aún.

Amaya hizo señas a Zora y ésta fue rápidamente a buscar una caja que guardaba bajo un mueble. Estaba llena de polvo y arañazos. Con una expresión de emoción en su rostro, se la entregó a Logan. Todo a su alrededor se volvió sordo al destapar el pequeño cofre y contemplar qué había en su interior: la única arma cuyas balas acabarían con cualquier metahumano.

—¿La recuerdas, Logan? Es el arma que te pedí que robaras de la Central. Ahora le darás un buen uso. —Amaya se puso en pie y acercó sus labios al oído del joven—. ¿O no puedes? —una sonrisa desdeñosa iba acrecentándose

en su rostro.

Antes de poder responder, un nudo en la garganta ahogó la voz de Logan. Se podía oír cómo el tintineo de la lluvia caía sobre la tierra escharchada tras las paredes de aquel refugio. ¿Y si acababa con todo en ese momento? Su madre nunca le quiso y él lo sabía. Siempre fue odiado y humillado por ella debido a que nació con sangre “mancillada” y no era un metahumano puro. ¿Y ahora pretendía hacer como si su hibridez fuera la perfecta excusa para acabar con la vida de Erika? Tomó el arma con sus manos temblorosas y lo apretó con fuerza, deformando levemente la culata. Apenas pudo notarlo, Zora zarandó su brazo. “No lo hagas, Logan”, balbuceó. La mirada perdida del chico volvió en sí. Había numerosas voces gritando “matémosla ya”. Un tipo robusto, de más de dos metros de altura y cubierto de tatuajes demoníacos comentó “Es atractiva, podría follármela y luego comérmela”. Logan apuntó a su sien con el arma.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó, dándole una segunda oportunidad antes de atravesar sus sesos.

—Eh, crío de mierda, ¿tienes algún problema?

No era un hombre, sino un titán. Ojos y nariz pequeños y una gran barbilla cuadrada. Era calvo, con la cabeza también tatuada y tenía dientes de plata y otros de oro. Desenvainó una falce recién afilada, lista para cortar carne. Toda su tropa desenvainó sus armas primitivas al son del que consideraban su verdadero líder. Si morían, preferían hacerlo por alguien a quien admiraban en vez de aquella mujer débil. Ella lo sabía.

—Logan, baja el arma. Solo deberías apuntar a tus enemigos con ella. —Aconsejó Amaya. Un consejo de lo más irónico. Dio un paso al frente—. Le ruego que aceptes las disculpas de este descerebrado, Yakal. —Hizo una reverencia—. El heredero del clan tiene una semana para cumplir con su cometido. Nadie más tocará a Erika Ayers. Sin embargo, no dejaréis de buscarla y cualquier acto de complicidad o encubrimiento será castigado con la muerte. —Volvió su mirada hacia Logan—. Va por ti también, Logan. Una semana.

Capítulo 16

00:38 – Octubre – Distrito de Crawford.

En la noche del segundo miércoles de Octubre, una advertencia proyectada sobre la gran mayoría de los edificios que ocupaban el centro extendió el pánico entre la sociedad del distrito, hasta el momento considerado uno de los más seguros:

“Ciudadanos del mundo, debido a que este distrito ha sido trasladado a la lista de los infectados, se ha establecido un toque de queda a las 19 horas. Por favor, mantengan la calma”

El sistema de visión holográfica instalado en la sala de estar de Sue no dejaba de anunciar los numerosos asesinatos que se estaban produciendo y que iban acrecentándose cada noche. Si la situación seguía así, tendrían que abandonar el distrito. Tendrían incluso que declarar la existencia de ciertos seres. Al fin y al cabo, solo los más pobres terminaban conviviendo con los metahumanos y mutantes hasta ser comidos o aniquilados. Algunos otros enloquecían y se suicidaban ante el pánico o la idea de ser devorados. Más allá de la pared que la mantenía a salvo, podía observar cómo nevaba serenamente, envolviendo la ciudad en un color puro.

El estruendo procedente de la entrada le sobresaltó. Sabía que su hermano lo había vuelto a hacer. Llevaba horas desaparecido y eso solo podía tener un significado. Por instinto, comenzó a roer sus uñas a la vez que su estómago se revolvía. Sin embargo, ya apenas le quedaba algo que mordisquear. Se levantó del sofá para coger un vaso de agua cuando resbaló y cayó al suelo, esparciendo aún más la sangre de las pisadas de Lex. A su derecha, se escuchaban quejidos y lloriqueos tras la puerta entreabierta del baño. No había lugar a dudas. Las pisadas llegaban hasta el interior, por lo que tenía que ser él. Otra vez.

Al asomar su cabeza por la puerta, contempló a su hermano mayor desnudándose de aquellas prendas empapadas de sangre que, precisamente, no era de él. Había un charco en el cuarto de baño que la hizo estremecer. El sonido del caudal del grifo abierto al máximo golpeaba sus oídos y atravesaba todo su cuerpo. Lex se metió en la ducha y empezó a golpear la pared sin cesar.

—¡No paran, joder! ¡No paran! ¡Joder, joder! —gritaba mientras se tiraba del pelo desesperadamente.

—¿Estás bien, Lex? —preguntó ella con miedo a ser descubierta tras la puerta.

Al no lograr su atención, Sue se atrevió a entrar y a interrumpir su ataque de ira. Sus piernas temblaban rozando la pérdida de fuerzas de los músculos que la mantenían en pie.

—Largo. ¡Lárgate!

—Por favor, dime al menos que no tienes nada que ver con todos esos asesinatos que salen en las noticias. Por favor, Lex.

—Me estás juzgando, ¿no es así? Estás juzgándome. —Murmuraba él a medida que salía de la ducha y se acercaba más a Sue. Con la misma mano que había arrancado su cabello anteriormente, sujetó el cuello de su hermana—. Todo esto es culpa tuya. Tú me diste acceso al sistema de seguridad de la casa y tú me dejaste salir de aquí. Eres una asesina, Sue. Una asesina. Ahora sal ahí fuera y limpia la sangre antes de que padre llegue, como haces todos los días.

—Lex, por favor. —Rompió a llorar—. Por favor, vuelve en ti. Tú no eres así.

Llevó sus manos hacia el rostro de él y le acarició las mejillas, esparciendo la sangre que caía desde su cabello avellanado.

—Voy a encontrar la cura a esta maldición, te lo prometo.

—¿Por qué? ¿Qué es toda esta sangre? ¿Por qué, Sue? ¿Por qué no paran los malditos dolores en mi cabeza?

De pronto, soltó su cuello y ambos cayeron al suelo. No podía seguir ahogando el llanto y lo dejó salir como la rabieta de un niño pequeño. Sus ojos volvieron a la normalidad y su pecho no hacía más que agitarse con irregularidad al son de su respiración. Sus lágrimas se mezclaron con la sangre de sus crímenes y la amargura de su existencia. Sue se agachó y, mientras acariciaba el cabello de su hermano, cantó la única nana que aún lo mantenía ligado a la realidad. El sonido de aquella corriente de agua escapando por las tuberías fue lo último que escuchó antes de perder el conocimiento.

Mis pensamientos estaban volando como de costumbre cuando escuché sonar la campana. Por fin, el descanso de media mañana. Cerré mis libros y los guardé junto con mis apuntes en la mochila que llevaba usando desde que entré en la carrera. Sue estaba esperándome con paciencia. Nos dirigimos hacia la cafetería y conseguimos un lugar en una de las mesas contiguas a las cristaleras de los jardines. Estaba rodeando mi bebida caliente con las manos y conversando con Sue cuando me percaté de que él estaba sentado en uno de los bancos exteriores junto a aquella chica de siempre. “¿Qué eres, una garrapata?”, pensé de ella.

—¿Te gusta ese chico? —me interrogó Sue.

—¿Cómo?

No pude procesar esa pregunta tan repentina. Tenía una hinchazón púrpura rodeando sus ojos y sus pómulos estaban más marcados de lo que jamás habían estado.

—Ese, el que está con su novia ahí fuera. —Señaló.

—No es su novia. Baja el dedo, Sue. —Contesté automáticamente y le aparté la mano.

¿Y yo qué sabía quién era ella? En realidad, nunca le pregunté algo así. Ni me importaba; al menos de eso intenté convencerme.

—Bueno, no lo sé.

—¿Te gusta entonces? Te he visto más veces hablar con él, como aquella vez aquí en la cafetería.

Justo cuando estaba entrecerrando los ojos para poder ver el rostro de la chica, hicimos contacto visual ella y yo. Recuerdo el sentimiento tan extraño que invadió mi cuerpo cuando su mirada chocó con la mía. Tan extraño como ella. Era bajita y delgada, con el cabello azabache hasta la cintura y una sombría expresión en su cara. Atractiva, pero tenebrosa y posesiva. Llegué a pensar que podía ser su hermana, pero se aferraba a él demasiado como para serlo. Después, se acercó al oído de Logan, él miró en mi dirección, la agarró del brazo y se marcharon. ¿Qué les pasaba a esos dos? Me enfadé conmigo misma por no entender la situación. Desde el fin de semana pasado no había conseguido hablar con él ni había aparecido por el Café. Tuve la sensación de que estaba evitándome.

—Te gusta. —Afirmó.

—Déjalo ya, Sue. Vamos.

Nos levantamos para tirar los restos del desayuno y nos dirigimos de nuevo a clase. Tocaba Biogenética y tocaba escuchar la nota que cada uno

había sacado en el examen. Nuestro profesor no vino para que asistiera en su lugar aquel tipo llamado Cox. Él decía que Cox sería capaz de darnos una explicación más científica e interesante sobre nuestros errores y yo decía que lo que quería era tomarse un buen descanso. Nos sentamos en nuestros pupitres y sacamos papel y bolígrafo, como siempre nos pedía aquel tío. No sabía por qué, pero daba muy mala espina. Y eso que yo no solía juzgar a las personas sin conocerlas.

Cox se paseó por cada uno de los pupitres soltando los exámenes y observando los rostros de los disgustados alumnos. A ninguno de ellos les gustó la nota que recibieron. Ni a mí. Recuerdo aquel círculo que rodeaba a ese dichoso cuatro que saqué. Recuerdo también que, enfadada ya de antes, fue la gota que colmó el vaso y que hizo que me dirigiese hacia aquel científico loco con más cólera que racionalidad. Puse el examen sobre su mesa y señalé mi nota.

—Yo no tengo un cuatro.

—Tienes un cuatro. Mira, niña, aquí lo pone. —Explicó, señalando mi nota y pisando mi dedo con su índice. Aparté mi mano enseguida. Lo decía con total convicción. ¿Era idiota?

—¿Por qué me has tachado dos preguntas sin corregirlas?

Empecé a desesperarme. No tenía ni la menor idea de por qué la sangre cada vez corría más deprisa por mis venas. Era un sentimiento enloquecedor que no me dejaba pensar con claridad ni permitía que escuchase los argumentos de aquella basura. Y es que la clase apestaba, podía oler el ambiente que me rodeaba con más precisión.

—Tu examen era uno de los últimos y me cansé de corregir. Considérate afortunada niña, los que iban después han sacado un cero. —Me dijo el desgraciado, soltando una carcajada con disimulo. Aquel tío no lo entendía, pero ese examen decidía si aprobaba o suspendía la asignatura.

—Corrígeme las preguntas ahora. —Ordené dando un manotazo en la mesa —. Por favor.

—Vuelve a tu pupitre, niña.

—¡He dicho que me las corrijas!

Grité. Grité con tanta fuerza que la clase enmudeció por completo. Tenía unas incontroladas ganas de romperlo todo, de pegarle una paliza a aquel científico inútil y de hacer añicos el maldito examen. Mire hacia atrás buscando la sonrisa tranquilizadora de Sue, pero la mayoría de mis compañeros estaban somnolientos. Algo punzó mi estómago cuando Cox se

acercó a mi rostro y observó mis ojos durante unos segundos. Era inútil, pero no estúpido, y en aquel entonces cualquiera podría adivinar lo que él adivinó al verme. Recuerdo lo horrendo que olía su aliento. Recuerdo el miedo que sentí cuando se acercó. Me maldije una y otra vez por haber caído en su trampa y dejar que me provocase. Observó mi mirada y sus labios comenzaron a extenderse dando forma a la sonrisa más perturbada que jamás había visto. Al oído, me susurró algo que revolvió mis entrañas e hizo que me marchara corriendo de la clase:

—*“Esa ira en los ojos también los tenía Roger Ayers mientras le torturábamos para dar con el paradero de su misteriosa hija y mira por dónde... Eres tú”*.

Estaba caminando por los pasillos de aquella Universidad cada vez más astrosa pensando en lo que me había dicho aquel tipo e intentando inventar una excusa razonadamente creíble, pero no existía nada que explicase cómo un iris cambia de color. Nada que explicase mi parentesco con el linaje Ayers. Mi padre... Tortura... No podía ser verdad. No podía ser sino una trampa, seguro. Tenía los ojos cerrados y estaba ladeando la cabeza de un lado a otro deseando que ese momento nunca hubiese ocurrido cuando me topé con Logan. Todos los informes que llevaba en sus manos para entregarlos en la Biblioteca cayeron al suelo. Ambos nos agachamos y empezamos a recogerlos. Él no me miró a los ojos ni por un segundo. Supuse que estaba molesto o que había tenido un mal día, como siempre.

—Qué hay. —Le dije. Le entregué los papeles que recogí y se puso en pie para marcharse—. Oye, lo siento, estaba distraída. —Excusé, pero él siguió su camino.

—Adiós. —Contestó él en voz baja. Fue una pena que llegara a mis oídos. Me dirigí a él y lo detuve agarrando su brazo.

—¿Te pasa algo?

Puse mi rostro frente al suyo y los ojos a la altura de los suyos de manera que no tuviese más remedio que mirarme directamente. Parecía furioso.

—Suéltame, Er... —Paró en seco lo que iba a decir—. No me apetece hablar contigo, Rika. —Dijo.

Lo juro, por un instante, pensé que iba a llamarme por mi nombre. ¿Que no le apetecía? “Vaya, hombre, qué chico tan delicado”, pensé. Supuse que al

igual era necesario coger cita o algo para poder hablar con él. Quizás se creía superior a mí por haber descubierto mi secreto, pero me trató tan bien aquella noche que descarté esa idea. Preferí pensar que era un condenado malhumorado y que no quería tener nada que ver con personas así en aquel preciso momento.

—Pues adiós. —Contesté.

Había tenido suficiente de sus cambios de humor sin venir a cuento. Debería haberme preocupado en vez de salir disparada hacia la salida con un nudo en la garganta, pero no lo quise hacer. Estaba harta de sentirme dolida por los demás. A mi izquierda, dos pisos más abajo, jugaba Niels en las canchas del patio exterior. “Todos iguales”, pensé. Estaba tan harta, que ni me paré un segundo a relacionar el mensaje que vi en el despacho de mi padre con mi exnovio. Ya me daba igual. Que cada uno hiciese lo que quisiese con su vida. Después de calmarme y tener la seguridad de que Cox no estuviese en mi clase, volví rápidamente para recoger mi mochila y caminar hasta la parada del bus con Sue.

La tierra escarchada crujía bajo nuestras pisadas. Había dejado de nevar y el Sol derretía la nieve acumulada de los días anteriores. Sue y yo caminábamos junto a las vías del bus en el que se montaban la mayoría de los estudiantes. Al llegar, la parada estaba repleta, algo totalmente inusual. Miré a todos lados, temerosa, recordando lo sucedido con aquel científico lunático y las palabras de Einar: “*Los Jaeger deben saberlo, de lo contrario no habrían comenzado a desplegar tropas y aerodeslizadores patrullas por todos los distritos*”. Y, por primera vez, me pregunté si llegaría a casa con vida.

—¿No ha pasado ninguno aún? —interrogué a un chico que estaba casi al principio de la cola.

—No, desde hace más de una hora. —Explicó—. Algunos ya se han ido andando. —Añadió, ofreciéndome la alternativa a seguir esperando.

—Gracias, pero seguiré esperando. Mi piso está bastante lejos. —Me encogí de hombros y el me devolvió un gesto de “qué le vamos a hacer”.

Me puse al final de la cola con Sue y, en un intento de olvidar mis perversas corazonadas, empezamos a conversar acerca de lo graciosa que era una niña de apenas diez años que había delante nuestra. Tenía dos coletas negras y le faltaban los colmillos. Ella agarraba con fuerza la temblorosa mano de su madre. Jamás entendí por qué temblaba de esa manera. Recuerdo que se inclinó para decir algo al oído de la pequeña. Recuerdo los rayos de sol que nos azotaban desde lo más alto del cielo cuando esa niña se dirigió

hacia las vías. Recuerdo que no entendí por qué justo en ese momento tuvo que aparecer el bus a lo lejos del trayecto. Todos comenzaron a gritar a medida que el vehículo automático se acercaba. Miré a la madre, confundida, y estaba llorando desconsoladamente, gritando que alguien salvase a su hija. Que alguien, por favor, salvase a su hija de aquellas letales vías. Sin temor a otra cosa que ver al bus pasar por encima de aquella niña, me lancé hacia las vías. No tenía tiempo para pensar ni fuerza de voluntad para calmar la impulsividad que estaba creciendo en mi interior. Mi cuerpo se encargó de actuar solo. La rodeé entre mis brazos y le susurré “tranquila, todo va a estar bien”.

Un golpe sordo hizo temblar el suelo.

El mundo había enmudecido. Pensé que, probablemente, yo ya estaría muerta, pero que la niña saliese corriendo de mis brazos hacia su madre me sacó de dudas. Abrí los ojos para contemplar cómo todos, incluida Sue, me miraban atónitos. A mi espalda yacía el deforme montículo de tierra con el que el morro del bus se hizo añicos. ¿Había sido yo? Los chillidos comenzaron de nuevo, pero esta vez eran para mí. Lo comprendí cuando vi que Sue no estaba viendo a su mejor amiga, sino a su mayor fobia. Leí en sus labios decir “eres un monstruo” y vi cómo se acercaban a mí un grupo de soldados armados. Aquel hombre, Cox, salió de la nada aplaudiendo la actuación de la pequeña y ofreciendo un asqueroso pañuelo a Sue. El hecho de que la protegiesen antes que a todas las demás personas solo significaba que siempre supo que me habían puesto una trampa y escogió no compartir el secreto conmigo por si algún día tenía que arrebatarme la vida.

—Es un sujeto valioso. La necesitamos con vida. —Recitó entre carcajadas.

Volví a la realidad cuando uno de los soldados me golpeó con una especie de vara iónica en la espalda. Caí al suelo encogida por el dolor aun sabiendo que era la mejor forma de dejarme capturar. Aquel chisme me dejó paralizada unos segundos, pero no los suficientes como para que todos los soldados se tirasen encima de mí con la intención de inmovilizarme. Propiné una patada en la entrepierna de uno de ellos y empujé a otro que salió despedido. Entonces aproveché para ponerme en pie y correr sin mirar atrás. Corrí con todas mis ganas y me escondí en un contenedor de basura cuando parecía que nadie podría haberme visto. Tenía muchísima sed. Tanta, que mi garganta sabía a sangre. No pude evitar sentir náuseas hasta vomitar dentro de aquel lugar claustrofóbico. Mi cuerpo estaba temblando de miedo, de asco y de dolor. Pero no era un dolor físico, era un dolor de traición.

Sue no volvió a clases después de aquel día.

Capítulo 17

21:43 – Octubre – Periferia de Crawford.

<<Una chica de extenso cabello azabache y mirada penetrante no hacía más que tirar de su mano en dirección al acantilado.

—¡Mira, Logan, es nieve!

Su sonrisa era lo que más resplandecía dentro de aquel escenario nevado. Una rama oculta entre la nieve cortó su palma izquierda y comenzó a tinter de rojo aquel blanco inolvidable. Él corrió desesperadamente hacia ella y le sujetó la mano mientras no dejaba de llorar.

—Tranquila, no es nada.

—Pero Logan, la cicatriz será fea. Nadie va a quererme.

—Yo te querré siempre.

La puesta de Sol en el horizonte, más allá del acantilado, se reflejaba en su iris escarlata, creando un paisaje aún más hermoso en sus ojos.>>

—¡Logan! Despierta de una endemoniada vez, Amaya quiere hablar contigo.

Pestañeó para volver a la realidad de la que había conseguido escapar. Estaba tirado sobre un sofá de cuero blanco desgastado, sujetando un arma con su mano derecha. Por las cristaleras de aquella habitación vacía irrumpían los rayos de la Luna llena. Suspiró y miró a Vicky con desprecio.

—¿Ahora eres tú la que se encarga de despertar a todos? —se puso en pie y guardó el arma en una cinta interior que rodeaba sus abdominales—. ¿Qué quiere mi madre?

—Que cumplas con tus obligaciones. Se te acaba la semana y aún no has movido ni un dedo.

—¿Qué pasa, te gustaría hacerlo en mi lugar? Ya sabes, eres especialista en este tipo de cosas.

—Disfrutaría haciéndolo. —Indicó ella mientras se acercaba, vacilante, por detrás—. Pero sabes, no utilizaría ese arma, sino que lo haría muy, muy lentamente. Si la encuentro antes, te invito al espectáculo. —Rio.

—Fuiste y serás igual de despreciable.

—Veo cuánto amas a la basura que me tocó por familia. Ya sabes, la mugre termina con la mugre. Avísame si pretendes ser un cobarde, así me ahorro

tiempo en buscarte y cortarte el cuello.

Logan la empujó hacia la pared de forma violenta y sacó su arma para apretarla contra la parte inferior de su barbilla. Era una buena manera de acabar con ella, pero no era lo más adecuado. Un caos dentro de su clan desestabilizaría por completo aquella situación. Y más tratándose de Vicky, la sucesora al “trono” en caso de que él muriese o fallase como líder. No iba a darle ese gusto. Gruñó y le propinó un rodillazo en el estómago antes de soltar su camiseta para patear y romper todo lo que había a su alrededor. Con su mirada afilada llena de rencor, guardó de nuevo el arma y salió de la habitación dando un exorbitante portazo.

—Eso, ve a que esa zorra te de la charlita como el heredero que jamás te dejaré ser.

Vicky sacó un mechero del bolsillo de su sudadera y encendió el cigarrillo que había puesto entre sus labios apagados.

11:30 – Octubre – Distrito de Crawford.

La campana recorría cada esquina de la Universidad de Crawford agujereando mis oídos agresivamente. Sentía mis ojos pesados después de haberme llevado llorando toda la noche a causa del incidente del día anterior y apenas podía mover la espalda en la que aquellos soldados marcaron sus armas. No tenía ni idea de cómo enfrentar a Sue. Obviamente, en cuanto me viese, me golpearía haciéndome sentir miserable o gritaría para que acudiesen a mi captura. Pensé que, tal vez, si me disculpaba con ella y le contaba la verdad, podríamos llegar a hacer las paces. “¿Por qué tendría que disculparme por lo que soy?”, pensé de repente y me sentí aún peor. Había una ligera voz en mis pensamientos que me contradecía a menudo. Era una voz determinada y atrevida que no sabía de dónde había salido, pero que en los peores momentos me hacía pensar con claridad. Era como mi otra yo. O la real yo que siempre quise esconder. Ya en ese punto, comprendí que Sue jamás me dirigiría la palabra y, sin pensarlo dos veces, me rendí. No soportaría ver aquella mirada una vez más. Ni tampoco que nadie me humillase por ser metahumana.

Me estaba dirigiendo hacia la clase cuando recordé que era precisamente de Biogenética. Era muy peligroso volver a asistir a la Universidad, pero necesitaba el dispositivo móvil que dejé bajo mi pupitre cuando salí corriendo de aquel lunático. No quería volver a encontrarme con aquel tipo. Solo con

recordar el aliento que emitía me dieron arcadas. Y con solo pensar que si me viese podría asesinarme o tenderme otra trampa, se me revolvieron hasta los sesos. Así que me volví hacia los jardines de la parte trasera del centro.

Un arco hecho por pequeñas hojas verdes y margaritas blancas daba la bienvenida al interior del pequeño laberinto que yacía en los jardines. Me agaché para acariciar una flor de color rosa intenso y suspiré. Era un lirio hermoso.

—¿Cuándo os extinguieron? —susurré.

Era muy triste cómo todo a nuestro alrededor había sido digitalizado de tal manera que parecía surrealista. ¿Podíamos fiarnos de qué era real y de qué no? ¿Qué pasó para que llegasen a ese punto? Noté cómo si, por unos segundos, fuera a recordar algo muy importante, pero la sensación se desvaneció enseguida. La cabeza me daba vueltas. A pesar del frío que hacía, comencé a sentir calor y presión en todo mi rostro. No podía pensar con claridad y mi pulso se aceleró.

Estaba saliendo del jardín a paso ligero cuando perdí el control del movimiento de mis piernas y caí al suelo. “Joder”, pensé. Mis rodillas se rasparon con aquella arena gruesa con la que formaban los caminos del exterior. En las palmas de mis manos tenía pequeñas piedrecillas agresivas incrustadas. Apenas volvió el sentimiento que últimamente estaba agujereando mi cabeza y perdí las fuerzas de nuevo.

Lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento es cómo los jugadores de baloncesto botaban su balón, luchando por encestarlo en las canchas del gimnasio que se encontraba a pocos metros de mí. Me preocupé por si algún estudiante me encontraba y me delataba. Una intensa voz que apretó mi corazón dijo “Qué chica tan problemática”.

11:43 – Octubre – Distrito de Crawford.

Todos los estudiantes estaban dando la penúltima clase del viernes y Logan aún seguía paseando por aquellos pasillos. Daba pasos lentos y marcados, sincronizados con sus pensamientos. Los rayos del Sol de mediodía se estrellaban en su mirada perdida. Fuera, se escuchaban gritos de personas que sudaban por ganar una partida de voleibol y cuchicheos de chicas que observaban cómo entrenaban los atletas. El ceño fruncido que mantenía mientras observaba todo a su alrededor atemorizaría a cualquier universitario

que se cruzase en su camino. De repente, una mano se agarró a su antebrazo.

—Hola, guapo, ¿qué haces por aquí solo? —murmuró Zora.

—Estoy reflexionando. —Le contestó al mismo tiempo que tiró de su brazo para apartarla. Ella tocó sus abdominales.

—Uh, veo que la llevas encima. ¿Está ella aquí? ¿Me la presentas? —bromeó. Logan se mantuvo en silencio—. Todavía me pregunto por qué Amaya te eligió para esto.

—Una madre siempre conoce los puntos débiles de sus hijos. Y más aún si los quiere utilizar en su contra.

—¿Y? ¿Acaso esa chica es uno de ellos?

Unos chillidos de felicidad que provenían del gimnasio llamaron la atención de Logan hacia el exterior. Un grupo de chicos atletas y entusiasmados salían de él, celebrando su victoria en el partido de baloncesto. A la izquierda, diez metros más lejos, yacía tendido el cuerpo de una joven. Los rayos del Sol hacían resplandecer su cabello color miel en aquel camino de tierra mojada por la nieve. Zora miró en la misma dirección que él, intentando averiguar qué observaba con asombro. Los pies de Logan corrieron automáticamente hacia las escaleras de emergencia y bajaron los dos pisos que los separaban hasta llegar a ella, afirmando la pregunta que Zora le había formulado segundos antes.

Un chico alto y cabellera rubia, con gesto de desesperación, se acercó mientras Logan la cargaba en sus brazos. Jadeaba sin parar.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —preguntó, limpiando el sudor de su cara con la camiseta del uniforme de baloncesto—. ¿A dónde la llevas?

Se acercó a ella para tocar su rostro, pero Logan sujetó su muñeca con dureza. No hacían falta palabras, pues su mirada lo decía todo. Niels dio un paso atrás sorprendido por su reacción. Aterrorizado por aquellos sombríos ojos.

—No te atrevas a tocarla. —Advirtió Logan—. No te atrevas a intentar preocuparte por lo que una vez abandonaste.

Aquellas palabras paralizaron el tiempo que los envolvía. Logan soltó su muñeca y siguió el camino hacia el interior de la Universidad, dejando a Niels atrás. Giró a la derecha y entró en una sala donde había un letrero que indicaba: “Enfermería”. El suelo y las paredes eran cubiertos por baldosas blancas y verdes. Las camillas estaban rodeadas por cortinas plegadas, pero aun así era obvio que la sala estaba completamente vacía. Recostó a Erika sobre una de ellas y limpió las heridas de las rodillas con los algodones que la

enfermera guardaba en un armario. Sujetó sus palmas y las desinfectó con un algodón nuevo y, antes de poder soltarlas, Logan empezó a acariciar con su índice la cicatriz que la chica tenía en su mano izquierda.

—Siempre haciéndome preocupar. Qué chica tan problemática. —Susurró mientras la tapaba con una fina sábana blanca. Una lágrima resbaló por su mejilla—. Lo siento, Erika.

Se puso en pie para sacar de su abdomen un arma y apuntó al corazón de la chica. Luego la dirigió hacia la frente donde descansaban finas hebras de color miel.

—Perdóname. —Murmuró una vez más antes de cerrar los ojos y colocar el dedo sobre el gatillo.

Capítulo 18

13:10 – Octubre – Distrito de Crawford.

En mi sueño vi cómo un Logan preocupado me cargaba en brazos y nuestros rostros quedaban tan cerca el uno del otro que sentía su oscuro cabello hacerme cosquillas en la frente.

Cuando abrí los ojos, me topé con dos irises color esmeralda a centímetros de los míos. Me percaté de que mis labios estaban siendo besados por los de esta persona y lo empujé con la mayor fuerza que mi espalda me permitió. Era Niels. Y era su cabello rubio ondulado el que me estaba haciendo cosquillas. Su mirada me decía que no sabía cómo reaccionar al haber sido descubierto en el acto, y yo no sabía cómo reaccionar porque mi cabeza no daba para más. ¿Por qué mi exnovio estaría besándome a hurtadillas en la enfermería? ¿Acaso me trajo aquí y aprovechó para confirmar que no tenía ningún sentimiento por la chica a la que destrozó? No pude hacer otra cosa que mirarlo con desdén y restregarme los labios en un intento de borrar ese asqueroso beso, aunque mi corazón todavía estuviese agitado.

—Vete por favor. —Le pedí, pero no movió ni un dedo.

—No. Tengo que hablar contigo.

Se acercó de nuevo y peinó su cabellera hacia atrás, aún húmeda. Parecía decidido. ¿Iba a disculparse? Porque yo no pensaba perdonarle nada. Absolutamente nada. Podía irse al infierno. Rascó su cabeza, desesperado.

—Joder, no sé cómo hacerlo.

—¿Hacer el qué? —pregunté.

—Explicártelo todo. De todos modos. —Dijo subiendo el tono de voz y levantándose del taburete con ruedas—. ¿Quién era el tío que te trajo?

—¿Me lo preguntas a mí? Te recuerdo que me acabo de despertar después de perder el conocimiento.

—Estás muy agresiva. —Su dulce risa me enfurecía—. Tiene el pelo como yo de largo, oscuro y una expresión de asesino.

“Logan”, pensé de inmediato. Nadie más con esa descripción, aparte de él, se podría haber preocupado por mí. Niels hablaba con tanta normalidad que me dolía el pecho. ¿Era así como lo hacía con sus amistades? Ya no recordaba ni cómo me hablaba cuando aún era especial para él. Qué triste.

—Es un amigo. —Respondí.

—Para ser un amigo, ni siquiera dejó que me acercase a ti.

De pronto, me ruboricé. Me puse nerviosa y mi corazón estaba mucho más agitado que cuando Niels me besó. La conmoción de pensar que aquel chico con humor de perros pudiese ser tan protector conmigo me sacó una suave sonrisa. Olvidé que tenía en mis narices a mi ex y que conocía todos mis gestos. Sus ojos se abrieron de par en par y apoyó sus manos en la camilla bruscamente, acercándose a mí.

—¿Te gusta ese tipo?

—¿De qué hablas? Aléjate, por favor. Me incomodas.

Soltó una risa sorda.

—No tengo ninguna posibilidad, aunque te cuente todo lo que ocurrió, ¿verdad?

—Niels, apártate. —Dije poniendo mis manos en sus pectorales con la intención de empujarle, pero ejerció aún más fuerza y terminó más cerca de lo que ya estaba—. Tuviste la oportunidad de contarme cualquier cosa en muchas oca...

Sabía que no iba a permitir que se excusase después de meses, así que me besó con fuerza y huyó. Su forma de andar a paso rápido por los pasillos hacía eco en la enfermería y retumbaba en lo más profundo de mis sienes. Estaba muy cabreada por lo que acababa de hacer. Muy disgustada. Con las manos frías intenté apaciguar la rojez de mis mejillas y el calor de mis orejas. Sus labios ya no provocaban en mí nada más que repudio. Pensé que no era el momento de llorar y aguanté las lágrimas que habían comenzado a brotar sin mi permiso. Mi vida era un desastre y no hacía más que empeorar. La ira que horas atrás me carcomía pasó a ser una súbita desesperación por encontrar algo que me diese alguna esperanza para seguir adelante.

La cola de caballo que me había recogido para ir de compras brincaba al son de mis pasos. Me hacía recordar mi infancia, cuando yo apenas era una cría y papá me llevaba al colegio. Me hacía recordar a Vicky porque era ella quien me peinaba así para que ambas llevásemos el mismo peinado. Aunque fuese solo por un instante, conseguí sentirme feliz y nostálgica.

Entré en el piso y saqué de la bolsa del centro comercial una caja pequeña de color rojo y blanco. Me había comprado un dispositivo móvil con mis

ahorros y era uno de los últimos modelos. Lo saqué de la caja y coloqué una especie de pulsera magnética en mi muñeca. Se adhirió a ella como si fuese una capa de agua, apenas imperceptible. Encendí el dispositivo y se proyectó un holo donde tenía que introducir mis datos y mi huella. Pulsar un botón flotante y listo. Sincronizando datos. Al terminar los procedimientos, el dispositivo me comunicó que mi anterior dispositivo móvil había quedado obsoleto. Me sentí libre. ¿Y si alguien lo hubiese cogido para conseguir información o hubiese visto los mensajes que papá me envió por último? Era un gran problema en el que no podría haber dejado de pensar.

Caminando hacia la cocina vi sobre la encimera aquel pequeño frasco de suero que el Gerente me entregó. Se suponía que debía tomármelo cuando estuviese lista para comenzar a recordar quién era realmente. Al principio, tras hacerme una idea de lo que podría descubrir, el miedo me invadió. Fue solo un atisbo de supervivencia y la curiosidad era algo incontrolable para mí. Bebí un vaso de agua con dificultad para tragar. Los nervios. Antes de que pudiese echarme atrás, agarré el frasco con fuerza y lo vertí por completo. Mi garganta comenzó a arder insoportablemente. Sentí que iba a perder la cordura de un momento a otro. Todo a mi alrededor se desvaneció.

Estaba convulsionando sobre el suelo.

Desperté en un parque donde jugábamos Vicky, un chico y yo. Por algún motivo, no podía ver el rostro de él. En aquel entonces, yo tenía seis años aproximados. Mi hermana mayor estaba sobre una torre, a punto de deslizarse por un tobogán, cuando él la empujó con travesura. Ella cayó más rápido de lo que se esperaba y no pudo frenar en la salida. Tenía las rodillas ensangrentadas, con pequeñas piedras clavadas en ellas. Yo corrí hacia ella para socorrerla. En ese momento, una mujer de cabellos blancos y rasgos bellos, que al parecer se estaba haciendo cargo de nosotros, se acercó corriendo. Vicky lloraba, pero lo hacía con más rabia que dolor.

—¡Amaya, ha sido tu hijo! ¡Ha sido él! —gritaba mientras lo señalaba con el dedo índice y una mirada de odio.

Entonces comencé a ver su rostro. Era él, el Logan que yo conocía en la actualidad. Él tiró de mi mano y salimos corriendo mientras reíamos nerviosos. Quería escapar de la regañina de su madre y yo lo estaba ayudando. Éramos cómplices.

Las imágenes desaparecieron de pronto. Todo negro. Al fondo, una diminuta luz se iba acercando.

La escena ocurrió en un acantilado donde el atardecer era una de las

cosas más hermosas que jamás había visto. Yo me había cortado la palma de la mano con una rama que había incrustada en la nieve y estaba llorando. Entonces Logan vino hacia mí para calmarme con una de esas sonrisas que siempre me dedicaba. Los rayos del Sol anaranjados se reflejaban en sus cabellos azabaches. Puse toda mi atención en él y apenas escuchaba lo que me decía, excepto prometerme que siempre me querría. De repente, vi cómo hizo un peculiar anillo doblando la rama que me había hecho tanto daño y lo puso en uno de mis dedos.

—¿Por qué has cogido esa rama? —pregunté enfadada.

—Quería transformar algo que te hizo daño en algo que te haría feliz.

Decidí no dejar que mi genética curase la herida de mi mano. Y lo decidí pensando que así nunca olvidaría aquel momento. La cicatriz sería nuestra promesa.

Todo negro de nuevo. Tenía ganas de llorar, pero estaba en un inmenso sueño del pasado, así que solo me quedaba observar lo que tenía que mostrarme aquel suero. Otra luz se acrecentaba hacia mí con ímpetu. Frenética.

Mi madre y yo estábamos sentadas en un amplio sofá. Ella me peinaba con dulzura y acariciaba mi extenso cabello azabache. En el sofá del frente, estaban Amaya y Vicky jugando al ajedrez. Creo que tendría unos doce años y mi hermana unos dieciséis. En una holopantalla enorme, un hombre recitaba las noticias de última hora: asesinatos incesantes, ataques de metahumanos a humanos, etc.

—Algún día conviviremos todos en paz. Lo conseguiremos, ¿verdad, Amaya? —preguntó mi madre con su dulce voz.

—Sabes que no soy muy partidaria de tener amigos humanos. Son traicioneros.

—Solo tienen miedo. —Añadió mi madre tristemente.

—¿Cómo podéis ser mejores amigas con esos pensamientos tan diferentes? —preguntó Vicky antes de reír a carcajadas.

—Al final, lo único que importará es el pensamiento que tenga Erika, ¿verdad, cariño?

¿Por qué me preguntaba a mí? Vicky me miró bruscamente y de manera muy extraña. No sabía que mi hermana pudiese hacer ese tipo de expresiones. Me estaba comenzando a odiar.

—Me convertiré en la reina de nuestra especie y cambiaré el mundo, mamá. —Afirmé. Realmente deseaba eso.

—Esta niña es demasiado ambiciosa para lo pequeña que es.

—Tranquila, Amaya. Tiene buen corazón y su habilidad es perfecta para el cambio que el mundo requiere.

—Yo nací antes que ella. —Dijo Vicky levantándose de su silla y dejando la partida de ajedrez a medias.

—Cariño, ya hemos hablado de esto antes.

—¡Yo soy la verdadera heredera!

Vicky echó a correr y Amaya fue tras ella. En los ojos de mi madre se podía contemplar la tristeza que albergaba. Antes de poder ir tras mi hermana, ella me cogió de la mano y susurró a mi oído que yo era la heroína que el mundo necesitaba. “Los humanos te odiarán por lo que eres, pero tú serás capaz de cambiar el mundo porque eres fuerte. En cambio... tu hermana sería capaz de acabar con el mundo si se sintiese odiada. Sufriría toda su vida. Tú tienes que ser la reina, no ella. No lo olvides, mi amor”.

Salí corriendo en busca de mi hermana. Si era verdad lo que ella me decía, no podía permitir que Vicky fuese jamás la reina. No podía permitir que mi preciada hermana sufriera. La protegería, aunque todo el odio me lo llevase yo. Deseé todo el odio de la humanidad. La habitación donde se encontraba aquella persona tan importante para mí tenía la puerta entreabierta. Amaya estaba abrazándola mientras lloraba desconsoladamente.

—Podemos hacerlo hoy, cariño. ¿Estás preparada?

—No lo sé.

—Vicky, no podemos esperar más. Sabes que esta es la única forma de alcanzar tu sueño. Nos vengaremos juntas de la humanidad y aniquilaremos a esa basura de especie.

Mi hermana asintió. Las palabras de aquella mujer la prepararon para sentir más odio que nunca. Un flash me trasladó a una escena en la que mi padre fue a casa de Logan para apartarme de su lado y llevarme con él. Íbamos a huir a otro distrito. No pude despedirme de él. Tampoco mi madre ni mi hermana llegaron jamás tras nosotros.

Capítulo 19

20:38 – Octubre – Periferia de Crawford.

—¿Me ha llamado, mi señora?

—Aíslanos.

Zora cerró los ojos que se iban tornando carmesíes lentamente. Alzó sus brazos y de ellos salió un viento transparente y deformado que las envolvió en una especie de burbuja imaginaria. Al abrir sus ojos, contempló la verdadera condición de Amaya. Se había vuelto una mujer de apenas cuarenta kilos. Era toda huesos. El cabello se le estaba cayendo y un color ennegrecido comenzó a aparecer en su rostro. Los carrillos hundidos.

—Lo entiendes, ¿verdad? Me estoy muriendo. —Dijo mientras se presionaba las sienes con sus huesudos dedos—. Ya es domingo y ese estúpido no va a matar a aquella condenada niña.

—¿Quiere que vaya en su lugar?

—No, Zora. Quiero que protejas a mi hijo. Nadie más entregaría su vida incondicionalmente por él aparte de ti. Es lo que siento, que eres la única a la que le puedo confiar su vida.

—Pero soy una Villín.

—Lo sé. Tu linaje desertó como muchas otras familias metahumanas que no querían pertenecer a Orpheus, pero estáis pagando por ello. Y por eso mismo, ahora te pido que pagues la deuda de tu linaje protegiendo a Logan.

—Lo protegeré, se lo prometo.

—Cuando llegue la medianoche, su vida correrá peligro por habernos traicionado. Quédate junto a él hasta entonces.

—¡Sí, mi señora!

Los ojos de la chica centelleaban en la oscuridad de la tarde que se adentraba. Al bajar sus brazos, la burbuja insonorizada desapareció y Amaya volvió a ocultarse bajo un aspecto más saludable.

—Llama a Vicky y vete.

Desde las cristaleras de la habitación se contemplaba la gran altura a la que se encontraban. Era una montaña enorme, desde donde se podía apreciar la luna llena espectacularmente. Amaya se acercó a la ventana arrastrando una sábana de seda en la que estaba envuelta y llevándose consigo el polvo

esparcido por el suelo. El chirriar del pomo delató la entrada de Vicky. La joven vestía unos pantalones de cuero negro y un corsé con una cazadora por encima. Un cigarro sin encender sobre sus labios. Cola de caballo y cintas alrededor del cuerpo donde llevaba sus armas. Sin los guantes que habían cubierto toda su vida sus manos letales.

—¿Sabías que me estaba muriendo?

—Desde el primer día.

—¿Vienes a acabar conmigo, Vicky?

—Primero escucharé lo que tengas que decirme.

—Voy a ir a por el hombre que arruinó mi vida.

—Está bien. Te llevaré con él.

—¿Qué harás cuando vuelvas?

—Matar a tu hijo y reinar.

Amaya se encogió ante un dolor agudo en su cabeza. Reunió fuerzas para levantarse y dejó caer un par de lágrimas mientras miraba el hermoso paisaje. Su pulso iba volviéndose más lento con el pasar de los minutos.

—Si hubiese sabido que algún día amaría a mi hijo, habría acabado contigo aquella noche.

—Lo sé.

—No olvides encontrar al metahumano que buscamos. Nos iremos una vez me haya preparado.

La niebla rodeaba aquella mansión al igual que lo hacía décadas atrás. Esta vez, el número de escoltas se triplicaba y había cámaras de vigilancia por todas partes. Era obvio que sus dolores de cabeza aumentaban al disminuir la distancia entre ella y el hijo del amor de su vida. El chico con el que una vez compartió su condición y el mismo que la estaba matando. Al bajar de la moto, Vicky le entregó una daga del mismo material que estaban hechas las balas de las armas antimeta y le susurró al oído que la usara en caso de que aquel niño se entrometiese antes de tiempo. Amaya sonrió y desapareció entre la niebla.

Silencio. Lo único que se escuchaba en aquella mansión era el silencio. La nieve incrustada en sus botas iba derritiéndose y extendiéndose sobre el mármol del suelo. Pequeñas manchas de sangre mal limpiadas por los pasillos revelaban que el demonio que ella misma creó había despertado. A medida que caminaba, recordaba cada lugar de la mansión y cada recuerdo que tenía

en ella con aquel hombre. Era tan nostálgico como doloroso. A medida que iba dejando sus huellas por aquel hogar, crecía su tristeza preguntándose por qué nunca pudo ser amada. El rechinar de la puerta que abrió la sobresaltó. Ahí estaba él, tendido sobre su cama y durmiendo plácidamente. Una mano temblorosa guardó el arma y sacó la daga en su lugar. Ya casi era medianoche. Se acercó a él y acarició su cara con suavidad.

—Si que has envejecido...

Connor abrió los ojos mansamente y sujetó la mano de ella. Pero la sujetó con la misma suavidad que ella lo acariciaba. Las alteradas palpitaciones de sus corazones eran lo único que vencieron a aquel silencio.

—Sabía que vendrías a por mí algún día. Te he estado esperando. —Dijo él, aliviado.

—A pesar de estar a punto de morir, sigues mintiendo. Maldito traidor.

Los ojos de Amaya se ahogaron en lágrimas cuando la daga atravesó el corazón de Connor. Cuando acabó con la vida del ser humano que más había amado en su vida. El mismo que le hizo odiar a todos los demás. Él gimió de dolor y ella lo hizo de terror.

—Te amé, Connor. Te di mi vida y tú la destrozaste.

—Yo también... Amé los experimentos que hicimos juntos y lo que me revelaste acerca de tu especie. Amé que me otorgaras la llave para destruirlos. Eres la musa de tu propia destrucción. Gracias, Amaya.

Aquellos ojos hundidos se cerraron para siempre cuando consiguió sustraer la daga de su pecho. Las lágrimas cesaron y también sus ganas de vivir. Amaya se puso en pie tras haberlo asesinado para mirar cara a cara al joven, que observaba petrificado desde la puerta. Ella comenzó a reírse. Era tal y como aquella vez en el pasado, cuando descubrió que Connor le había traicionado y cuando introdujo su sangre en la de aquel niño. El ojo carmesí que se había incendiado en Lex al observar a su padre muerto y al escuchar que ambos habían sido amantes revelaba que Amaya había cumplido su propósito. No pudo reírse con más ganas. Estaba feliz. Tan feliz que estaba más preparada que nunca para morir.

Lex corrió hacia ella como un animal endemoniado y Amaya dejó caer la daga al suelo para aceptar su destino.

Era medianoche.

Capítulo 20

00:12 – Octubre – Periferia de Crawford.

Una espesa capa de niebla ocultaba el lugar del crimen del mundo exterior. Marcaban las 00:12. Medianoche. El suelo helado comenzaba a derretirse bajo las gruesas ruedas de su moto. Con el tacón de la bota, Vicky hizo trizas el culo del cigarrillo consumido. Tras lanzar un par de ojeadas a su alrededor por cautela, sacó del bolsillo derecho de su cazadora unos guantes de fibra de kevlar para ponérselos. Era un tejido extremadamente resistente con propiedades excepcionales, como la inmunidad al fuego. En caso de que hubiese una explosión, esos guantes tendrían más posibilidades de vivir que la persona que los llevase puestos. Aunque el poder que Vicky albergaba en sus manos era mucho peor que el fuego. Era la destrucción. La disgregación. La descomposición de cualquier objeto material o persona que tocara. La desintegración de la materia. Era la muerte.

—Espérame aquí mientras juego un rato. —Dijo al dar un par de palmaditas a su moto.

A una velocidad diez veces más rápida de lo que un ser humano podría correr, Vicky atravesó la manta de bruma nevada que envolvía a aquella mansión. Ni un solo escolta había recuperado la conciencia.

Silencio.

Estaba perdida en aquel enorme lugar con decenas de habitaciones y escaleras que llevaban a cualquier lugar. Sus sentidos estaban aplacados por la desorientación. Por primera vez en mucho tiempo, le temblaban las piernas con cada paso que daba. Era extraño caminar a través del territorio enemigo donde Amaya, supuestamente, había asesinado a una persona y que todo se mantuviese tan silencioso.

Un chirrido despertó todos sus sentidos.

Vicky corrió sin dilación hacia la cocina y sacó de su pernera un par de dagas antimeta. Un charco de sangre hizo que sus botas patinasen. Por unos segundos, el sonido de su espalda crujiendo al caer contra el suelo invadió la mansión. Otro chirrido procedente de la cocina. Vicky se deslizó por el suelo para asomar uno de sus ojos a través de la pequeña abertura que la separaban de aquel animal. Se reincorporó y entró en la cocina apresuradamente. No lo podía creer. Lex estaba comiéndose el cadáver de Amaya. Dedo por dedo.

Vicky empezó a reír a carcajadas hasta que sus mejillas se tornaron rojas.

—¿Qué es esto? ¿Canibalismo?

Lex mantuvo la mirada hacia el plato haciendo caso omiso a cualquier estímulo exterior. De repente, la daga de Vicky atravesó uno de los dedos que él estaba a punto de meterse en la boca.

—Te he hecho una pregunta, maldito animal. ¿Qué crees que estás haciendo?

—O la devoro o me devoran ellos.

—¿Ellos?

—Ellos. Los dolores de cabeza. —Señaló a sus sienes tras soltar el tenedor—. Esta mujer me pertenece.

Vicky se acercó, cortó la muñeca y cargó el cadavérico cuerpo de Amaya en sus hombros. Sus ojos advertían más terror que amenaza. ¿Cuándo había visto ella a un ser humano hacer tal cosa? El joven se quedó unos segundos observando el plato con la muñeca putrefacta de Amaya. Luego levantó la vista para ver cómo desaparecía por la esquina de la cocina.

Una de las vértebras de la médula espinal de Vicky pareció crujir cuando el cuchillo que ella misma había lanzado le atravesó desde atrás. El intenso dolor que aquel material engendraba dentro del cuerpo de un metahumano al ser atravesado redujo sus posibilidades de huir corriendo a cero. Tenía que desquitarse de aquel animal si quería salir con el cuerpo de Amaya por la puerta. Estaba tendida sobre las rías de sangre que delataban el recorrido que aquel cadáver había hecho momentos atrás cuando sintió unos dedos rodeando sus tobillos para embestirla contra la pared.

El panel de madera se resquebrajó.

Un guante se deslizó a través de sus dedos cuando Vicky tiró del extremo y el trozo de revestimiento que había caído sobre ella desapareció. Solo quedó una capa de polvo que espesó el derrame del suelo. Se apoyó en la mano enguantada para ponerse en pie y enderezar su espalda.

—Me estás cabreando. —Susurró ella con la mirada al suelo.

El ojo encendido de Lex chocó con sus irises carmesíes. Desenvainó la daga con forma de garza de su pernera y la hendió en el estómago de Lex antes de poder esquivarla. Se oía cómo un chorro espeso de líquido caía a borbotones sobre aquel mármol pulido. La garza de Vicky seguía cortando su cuerpo a la vez que Lex la levantaba del suelo aprisionando su frágil cuello. Todo su rostro comenzó a tornarse de un color violáceo. Los dedos del joven endemoniado no dejaban correr la sangre y las venas de su frente cada vez

estaban más gruesas. Ella estaba tocando la piel de aquel mutante híbrido, pero no se descomponía. No se desintegraba. ¿Acaso era un espectro? No. Su detonante como híbrido era la regeneración. Los tejidos y músculos que ella destruía, él los restauraba a su punto original.

Las múltiples cuchilladas que Vicky estaba asestando por todo su torso no conseguían que aflojase su cuello. Era terrorífico observar cómo al sacar la garza de su estómago, la herida se regeneraba en milésimas de segundos. Parecía inmortal. No tenía escapatoria; iba a asesinarla allí mismo. Vicky comenzó a toser sangre después de que oprimiese su cuello con más fuerza aún. Sus últimos pensamientos la trasladaron a su niñez, a sus deseos, a sus ambiciones.

—Soy... Soy la rei... na. —Murmuró.

Sonó un *blup* cuando ella hundió sus globos oculares con los pulgares. Aprovechó entonces para utilizar la defensa personal y las llaves que aprendió durante más de diez años en las academias de artes marciales. Las heridas podían no ser mortales, pero el dolor sí podía ser real. Una vez que consiguió librarse de Lex, se apresuró con esfuerzo hacia el cuerpo de Amaya, lo cargó en sus hombros y echó a correr.

La huida era la mejor opción ante aquella bestia poseída.

Había pasado más de una hora cuando Vicky volvió al Instituto donde se alojaba junto con el clan de Orpheus. Decenas de miradas la seguían al cruzar la puerta. Contemplaban su ropa empapada en sangre, los moratones alrededor de su cuello y las profundas heridas que recorrían su esbelto cuerpo de guerrera. Sonrió y extendió sus brazos para respirar hondo.

—Que comience mi reinado. —Dijo alzando su voz para que todos pudiesen escucharla.

Enseguida entendieron que Amaya había muerto. Entre alaridos de victoria y alegría, Yakal dio un paso al frente para ofrecerle lealtad a la nueva reina. Aquel titán era más alto que Vicky incluso de rodillas.

—¿Cuáles son sus órdenes, mi señora?

—Exterminar el linaje de los Villín y traerme la cabeza de Logan. Esas serán mis primeras órdenes.

El ambiente se tornó mudo cuando todos se miraron entre sí analizando quiénes eran los asesinos y quiénes serían los asesinados. Aquella sala se

convirtió en una aterradora situación de matanza masiva. Damon apareció entre la aglomeración para proteger a Vicky y echar un ojo a sus heridas. Su rostro expresó una clara preocupación.

—¿Y Amaya?

—Enterrada en el cementerio de la colina. ¿Dónde está Zora? —preguntó ella moviendo sus ojos con avidez entre la multitud.

—Se fue hace poco. Drake también ha desaparecido.

—Tráeme la bazuca de la sala de armas.

—Vicky, tus heridas.

—Soy tu Señora. Obedéceme, Damon.

—Como desee.

—¡Por un reinado caótico que nos libere de las cadenas que los humanos nos impusieron el día que nacimos! ¡Somos la evolución biológica de la naturaleza misma! —Gritaba Vicky sin cesar antes de recibir el lanzacohetes antitanque portátil e ir a por Zora.

Aquel día, se inauguraba el verdadero exterminio entre las especies.

Capítulo 21

Poco antes – Octubre – Distrito de Crawford.

Cuando desperté y comprendí que Logan siempre había sido mi primer amor fui capaz de admitir lo mucho que me gustaba en la actualidad. Tanto, que mis labios quemaban al recordar los besos de Niels. El desprecio con el que me trató haciendo parecer que yo nunca existí en su vida fue idóneo para olvidarle en aquellos meses atrás. Aún no sabía si de verdad me quiso en algún momento de nuestra relación tanto como yo lo quise a él.

En mis recuerdos, mi madre me pidió que fuese la reina de la organización de nuestra especie. En aquel entonces no había adoptado el nombre de Orpheus, así que no me quedó otra que suponer que, como me contó el Gerente, nos traicionaron y la nueva reina fue la que le dio ese título tan macabro. Estaba un poco perdida en el asunto y la cabeza me daba vueltas cuando intentaba atar cabos. La primera idea que se me pasó por la mente fue una idea vengativa. Vengarme de los traidores que intentaron acabar con mi linaje. Acabar con su linaje tal vez.

El par de palmaditas con agua fría que me di en los mofletes fueron suficientes para dejar de pensar en mi viaje al pasado y aterrizar en el presente. Miré la hora que marcaba la pulsera en mi muñeca: 00:28. Era demasiado tarde para llamarle, pero no me importó. Desplegué el holograma y pulsé el icono de Logan dentro de la lista de contactos. Comunicaba. Volví a intentarlo, pero fue en vano. No iba a rendirme tan fácil, así que le mandé un mensaje citándolo en aquel acantilado de Crawford tan parecido al que tanto nos gustaba visitar cuando éramos críos. Pensé que lo más apropiado era informar a Einar de lo sucedido en la Universidad y del retorno de mis recuerdos, por lo que también le envié un mensaje contándole todo lo que me ocurrió. Además, le informé de que iba a encontrarme con Logan. Me respondió al instante:

“Ya no estás segura en Crawford. Avisame cuando te despidas de Logan y te trasladaremos de inmediato. Cuidate.”

Cogí un chaquetón de plumas rojo, mi color favorito, y salí de mi piso más decidida que nunca. Corrí. Lo hice como nunca pensé que sería capaz. Y mientras corría como una loca hacia el acantilado, recordé que el rojo era el color que más odiaba mi hermana.

Mi cabello expuesto al viento se había vuelto azabache. Oscuro como la noche que me envolvía. Si hubiese sabido que podía correr a aquella velocidad, la habría usado para ganar competencias en la escuela. Aunque hubiera sido bastante peligroso si llegaban a sospechar de mis habilidades. Y entonces reí ante aquellos pensamientos tan banales. Me sentía segura de mí misma, liberada del peso que había estado cargando desde que mis transformaciones se hicieron incontrolables. Ya no tenía que preocuparme ni ser sometida a aterradores dolores. Podía ser yo misma. Erika Ayers. Tampoco me preocupaba que algún telépata me detectase, pues uno de los científicos de *Jaeger*, la organización que trabajaba para el Estado, ya había descubierto mi existencia. Probablemente, en esos momentos estaría preparando un ejército de mutantes para acorralarme y darme caza. No me importó, estaba preparada. Ahora lo sabía.

Yo era la reina de los metahumanos.

Sea quien fuese la persona que estuviese al mando de mi clan, no era la adecuada. Prueba de ello eran las incesantes noticias que acusaban a Orpheus de los asesinatos que ocurrían en gran parte del continente. Los metahumanos y los humanos siempre habían luchado entre ellos por sus diferencias y por el miedo, pero jamás habían cometido canibalismo o asesinato por placer. Al contrario, detestábamos que la humanidad creyera que éramos monstruos.

La nieve que crujía bajo mis pies iba desapareciendo a medida que me acercaba al acantilado. Las vías de uno de los buses eléctricos que habían puesto en funcionamiento años atrás separaban el acantilado del bosque digitalizado a través de quitamiedos. Busqué a mi alrededor, pero Logan no estaba allí. Decidí esperar. Salté los quitamiedos y asomé la mirada al precipicio donde las olas rompían contra las enormes rocas arcaicas. Ni siquiera en un lugar como aquel, las estrellas podían apreciarse bien. Habría sido maravilloso visitar una vez más el planetario a hurtadillas. Pensé que me habría encantado compartir ese tipo de experiencias con mi mejor amiga, Sue, pero entonces recordé que yo para ella no significaba nada, solo un espécimen ideal para experimentar y encontrar una cura para su hermano. Arranqué la pulsera que me había regalado la vez que fuimos juntas a Hampton y leí una vez más lo que grabamos en ellas. “Por siempre”. ¿Por siempre? Resonaba una y otra vez en mi cabeza. Me enfurecían aquellas palabras tan hipócritas. Sue era una embustera. Si de verdad nuestra amistad sería “Por siempre”, no me habría delatado sin siquiera saber si yo era o no metahumana. Es que ni siquiera lo sabía. Pero ante la sospecha, ¿qué mejor cosa podía hacer que

traicionar a su mejor amiga? Éramos como hermanas. Ya no.

El crujir de la nieve escarchada al otro lado de los quitamiedos me sobresaltó y dejé caer la pulsera en aquel precipicio antes de decidir qué quería hacer con ella. Era Logan. Traía consigo una expresión fúnebre. Parecía más alto de lo normal con aquella gabardina negra. Hombros anchos y un caminar de lo más elegante. De pronto, metió una mano bajo la gabardina y sacó un arma que cargó y apuntó en mi dirección. Giré la cabeza buscando algún enemigo al que debiera dirigir esa bala que estaba a punto de disparar, pero no había nadie más aparte de mí. Comprendí que estaba apretando el gatillo para acabar con mi vida. Los cabellos azabaches que caían por su frente hacían resaltar el ojo escarlata. Di un paso al frente.

—Soy yo, Logan. Soy Erika. —Extendí mi brazo y le enseñé la palma de mi mano. La cicatriz.

Su respiración temblaba y su mano aún más. ¿Qué le obligaría a apuntarme? Se resistió unos segundos más antes de bajar el arma y dirigir su mirada al suelo, pareciendo que había fracasado en algo. Sus ojos delataron la tristeza que su interior no se atrevía a expresar. A pesar de todo, Logan seguía siendo aquel chico noble que siempre me protegía y sonreía. Corrí hacia él y lo abracé como si no le hubiese visto en años. De hecho, así era. Su cuerpo era fuerte y la espalda ancha. El sonido de su respiración entrecortada y sus latidos agitados me oprimió el pecho. Le estaba abrazando y aun así quería abrazarle más, con más fuerza. Mis mejillas estaban ruborizadas y yo nerviosa, feliz.

—Eres realmente poderosa. —Me susurró—. No puedo creer que tengas más influencia en mí que las dos organizaciones más peligrosas del continente. —Sonreí.

—Me han descubierto. *Jaeger* sabe que existo y que vivo en este distrito. Estuvieron a punto de darme caza.

—Tienes que irte de aquí. Orpheus también irá a por ti ahora que mi madre ha muerto. Y a por mí, por dejarte vivir. —Me dijo, apartándome de él y agarrándome por los hombros para fijar su mirada en la mía.

¿Qué había dicho exactamente? Su madre fue la mejor amiga de la mía y ahora estaba muerta. Eso llegué a comprenderlo, pero no su deber de matarme. ¿Qué tenía él que ver con Orpheus? Más importante que eso, dijo que también lo matarían a él. Un escalofrío recorrió mi médula espinal.

—Logan, van a trasladarme a otro distrito. Ven conmigo, ¡allí estaremos a salvo!

—¡Ah, aquí estás! —gritó una voz tras nosotros.

Era una chica. La misma que lo acompañaba a todas horas en la Universidad. En el holo que su pulsera proyectaba en el aire aparecía un mapa GPS. Al parecer, Logan tenía un localizador y nos encontró de esa manera. Supuse. Él extendió su brazo dando a entender que me protegía.

—Zora, esta chica va a vivir. Oye, ¿cómo me has encontrado?

—Ese asunto no me importa ahora. Logan, Orpheus ha levantado una revolución en contra de la humanidad ahora que el trono no le pertenece a Amaya. Sabes que Vicky te quiere muerto. No puede dejar al heredero con vida como si nada. Tenemos que escapar ya. ¡Vienen a por nosotros! —Gritó Zora—. Y todos tenemos localizadores en el clan, ¿recuerdas?

En mi cabeza había una sobrecarga de datos. Me acababa de enterar de que Logan era el heredero del clan. De que Amaya era la reina antes de morir. Reina del clan que asesinó a mi madre y a mi hermana. Estaba tan alterada que no podía pensar con claridad. Por eso mismo decidí confiar en el Logan que no había sido capaz de matarme. Le preguntaría cuando estuviésemos a solas, más tranquilos y en una zona segura.

—Ven con nosotros. —Le ofrecí a aquella chica.

—No seas ridícula. No hay lugar para una Villín en este mundo. Somos la escoria de la escoria.

—Puede que sea el momento de encontrar tu lugar. No estoy en contra de que vengas. —Dijo Logan con un orgulloso tono de voz. Ella comenzó a reír—. De todos modos, Zora, si tú has llegado hasta aquí significa que...

—Estoy realmente feliz de que pienses eso, Logan. Si crees que puedo ser aceptada en algún lugar es porque tú ya me has aceptado. Gracias.

No comprendí muy bien qué pasó a continuación. Mientras sonreía, su mirada se llenó de lágrimas amargas. Zora corrió hacia nosotros y hendió una daga en el antebrazo de Logan. Algo cayó al suelo. Se giró y levantó los brazos dejando salir de ellos un viento transparente que creó una especie de escudo. Me percaté de que había alguien más aparte de nosotros en las vías. Y ese escudo absorbió la explosión que causó aquella persona de rostro familiar.

Logan y yo caímos por el precipicio.

Capítulo 22

Horas más tarde – Octubre – Distrito de Crawford.

Aquellos despiadados ojos verdes abiertos de par en par centellearon contemplando cómo caía por el precipicio. Estaba segura de que esa mirada hostil me la había dedicado a mí.

Logan me abrazó en el trascurso de la caída para protegerme del impacto contra el agua. Perdió el conocimiento y casi me ahogué en un intento de sacarlo con vida del mar. Si hubiésemos sido humanos no lo habríamos soportado ni de broma. En su lugar, nuestros cuerpos estarían por ahí flotando hasta que el océano hubiese decidido tragarnos. Ahora teníamos que buscar la manera de sobrevivir. Estábamos sobre una húmeda orilla de apenas un metro y medio de ancho por dos de largo. Una pequeña isleta con vegetación en su cumbre. Decenas de arañazos vestían mi piel pálida y Logan seguía inconsciente. Me quité el chaquetón y rompí las mangas de mi camiseta empapada para mantener cerrada su herida y frenar la sangre. Y de paso, también intenté apretar el tajo que me abría la rodilla en dos. Éramos más resistentes que un humano, pero no inmortales.

Eso era lo que todos ellos no comprendían. Creían que éramos seres agresivos y eternos que habíamos nacido con sed de sangre. Con ganas de aniquilar. Pero no. Se confundían con ellos mismos. No éramos los mismos animales que aquellos humanos ni destruíamos todo cuanto teníamos por ignorancia. Jamás hubiésemos llevado a la naturaleza al borde de la extinción. Jamás hubiésemos permitido una guerra que liquidase a frondosos árboles verdes o a frágiles lirios hermosos. Teníamos el poder para resucitar al mundo, para devolver a la vida todo lo que ellos lapidaron. Yo tenía el poder de crear vida donde solo había muerte. Pero la avaricia de la humanidad les cegó. Sus juicios estaban completamente anulados, alienados por las propagandas que el Gobernador sin rostro y los presidentes de los distritos popularizaron. Nos odiaban, pero convertirse en uno de nosotros a través del Proyecto Génesis les otorgaba un salario mensual de por vida y, entonces, ellos lo hacían encantados. Qué ironía.

Comprobé si mi pulsera de alta tecnología seguía funcionando, pero no reaccionaba a ningún botón flotante. Tampoco a los comandos de voz. Debió

reiniciarse de manera que yo era una desconocida para el inútil aparato. Y, por desgracia, aquellos inútiles aparatos no obedecían a extraños.

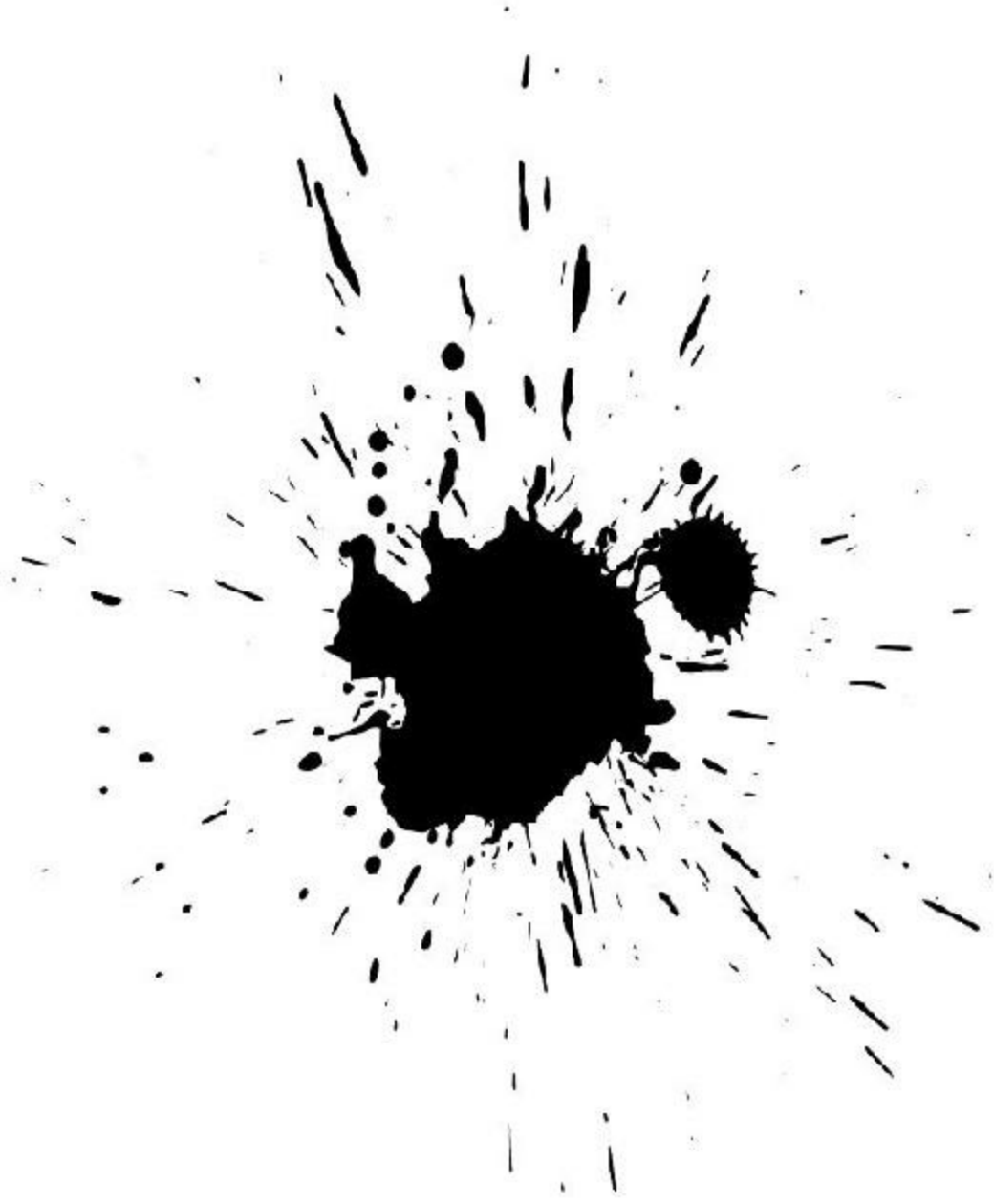
Estaba sola ante aquel opaco escenario.

El rostro de Logan era realmente atractivo a la luz de la Luna. La combinación formada por sus ojos rasgados con unas espesas pestañas y sus firmes labios me cautivaban. Sonreí. ¿Desde cuándo me empezó a gustar de esa manera? Entonces se me vino a la mente. Aquellos ojos infundados en odio que me miraron al caer. Eran tan familiares que aterrorizaba, pero no podía ser cierto lo que mi intuición me advertía. Comencé a sentir frío y no tuve más remedio que desvestirme y encoger las piernas hacia mí. Las rodeé con mis brazos e intenté pensar que vendrían a salvarnos. Que uno de esos barcos que existieron siglos atrás navegaría por este mar angosto y nos encontraría. No quería llorar. No tenía tiempo para comportarme como una cobarde teniendo a un cuerpo desfallecido a mi lado. Su vida también corría peligro. Acurruqué a Logan junto a mí para que no se enfriase y cerré los ojos.

Una luz.

Habían pasado muchas horas cuando un destello me hizo abrir los párpados bruscamente. Era mi pulsera. Un holograma estaba proyectando la llamada que Einar me estaba realizando. Acepté y conseguí establecer comunicación con él. Quizá la pulsera había dejado de comprender los comandos de mi voz al caer al agua, pero un “no” o un “sí” era muy fácil de interpretar para aquel tipo de artefacto primitivo. Le conté lo ocurrido y el Gerente accedió a mi base de datos para conocer la ubicación de mi dispositivo.

El Sol nos azotaba desde lo más alto del cielo, pero el cuerpo de Logan seguía enfriándose. Mi frente era una cascada de sudor helado. Tiritábamos y yo no sentía mi pierna lesionada. De repente, una vibración en la línea del mar. El terreno tembló junto al agua cuando un aerodeslizador aterrizó ante nosotros y desplegó unas patas que se sujetarían a la movediza arena. Venían a salvarnos, por fin. Antes de poder ver quiénes bajaban a por nosotros desde la rampa, mis párpados cayeron relajadamente.



**SEGUNDA
PARTE**

Capítulo 23

Base de Renegados n° 17 – Distrito de Cunningham.

Cuando desperté, la habitación estaba tan oscura que pensé que había muerto.

Claustrofobia.

No sabía que la padecía hasta que me enfrenté a ella. Mi pulso comenzó a acelerarse dentro de aquella cápsula que aseguró mi supervivencia. Unos cables que parecían tener vida me envolvían los dedos de las manos y de los pies. También me percaté de que envolvían mi cabeza. Mi pulso seguía acrecentándose. El sonido de la respiración agitada y de los latidos del corazón, que parecía que iba a salirse de mi pecho, no ayudaban. “Voy a morir”, pensé. Por mi cabeza rondaron todo tipo de pensamientos angustiantes. ¿Y si no era el Gerente quien vino a por nosotros? ¿Y si eran los Jaeger? Grité, pateé y golpeé con mis puños lo más fuerte que pude aquel receptáculo.

La cubierta se abrió y le embestí una patada a una de las personas que habían entrado en aquella sala para comprobar el alboroto que yo estaba formando.

—¡Eh, eh! Tranquila. —Dijo una mujer alta y musculosa.

—Sargento, apártese. No sabemos cómo puede reaccionar. —Aconsejó otra que vestía una bata blanca.

A juzgar por cómo empezó a inspeccionarme, parecía una doctora. Era anciana y muy delgada. Sus ojos habían recorrido mil batallas junto con las bolsas oscuras que los adornaba. Su nariz aguileña y sus labios casi imperceptibles no encajaban en aquel rostro. Parecía una de esas típicas personas difíciles de llevar y desconfiadas, que no tardarían en acabar con tu vida si las cosas se torcían. La Sargento era esbelta y fornida. Un completo cuerpo de luchadora. Cientos de cicatrices visibles en las partes que tenía al descubierto la ornamentaban junto a varios tatuajes incoloros por el pasar de los años. Tendría unos cuarenta años. Su cabello había sido cortado al estilo militar y tintado de azul. Pero no de un azul normal, sino de uno ártico. Resplandecía casi más que sus centelleantes ojos grises. Era atractiva, a su manera.

Aparté bruscamente los huesudos dedos de la doctora que clavó en mi

brazo al inyectarme un suero y me gané una mirada asesina.

—¿Qué es eso? —pregunté al observar el líquido que había introducido en mis venas. Negro como la noche.

—Es un complejo vitamínico concentrado con un añadido de células restauradoras. En definitiva, tus heridas sanarán más rápido, dejarán menos cicatrices y tus esguinces se repararán pronto.

—¿Cuánto tiempo es pronto?

—Un par de días. —Respondió la Sargento.

—Jamás he visto que unos esguinces se curen en un par de días.

—Niña, eres metahumana. ¿Lo has olvidado? Además, nuestra tecnología no es a la que estás acostumbrada.

¿Que no era a la que estaba acostumbrada? La medicina era la medicina. Desconocía que existiesen fármacos o sueros tan potentes como para regenerar el cuerpo óseo de una persona en cuestión de días. La gente moría en la mayoría de los distritos por enfermedades que los médicos no eran capaces de detectar o sanar a tiempo. La gente moría porque sus débiles cuerpos se lesionaban trabajando y no podían seguir ganando dinero para alimentar a su familia. Se morían de hambre. ¿Y esa persona me estaba diciendo que el suero era tan potente como para restaurarte en un par de días? Me pregunté si aquel líquido era tan escaso como para repartirlo o si simplemente lo reservaban para quienes creían que merecían vivir.

—¿Quiénes sois? —pregunté desconfiada.

—Mi nombre es Marcia y el suyo, Ava. —Respondió la Sargento señalando a la anciana con su pulgar—. Soy la Sargento de tu nuevo equipo y de esta Base. Ava es la mejor médica y científica que hemos tenido hasta el momento. Fue trasladada a esta Base para ocuparse de ti. Así que muéstrate agradecida de que sigues viva por sus esfuerzos.

—Gracias, supongo. —De repente, caí en la cuenta de que había hablado en singular—. ¿Y Logan!?

—Sigue vivo, pero en estado crítico. En coma.

Mi corazón dio un vuelco.

—Tenía fracturas por todo su cuerpo cuando le realicé el análisis. Eso significa que cuando impactó contra el agua estaba tan débil que ni su condición de metahumano lo salvó del inmenso daño que recibió. Los resultados revelaron que su estado de debilidad se debía a que había estado siendo envenenado desde hace un tiempo atrás. Meses, quizás. —Me explicó Ava.

—También tenía hipotermia. Es un milagro que ese chico siga con vida. Agradéceselo a esta condenada mujer. La he visto resucitar muertos. — Bromeó la Sargento Marcia.

Las tres reímos en un intento de quitarle importancia al asunto, pero la verdad es que yo estaba muriéndome por dentro. Totalmente desesperada por visitar la habitación de Logan y observar cómo alguna de aquellas máquinas daba señales de que su corazón seguía palpitando. En el monitor que había a mi derecha apareció la alteración de mi pulso.

—Tranquila, podrás hacerle una visita cuando te recuperes. —Dijo Marcia. Escuchaba su voz más lejos de lo normal. Más suave y apagada. Sentí un picor en mis pestañas—. Es el efecto del suero, no te preocupes. Duérmete.

—Sargento Marcia, me gustaría hablar con el Gerente. Perdón, con Einar.

—Hace días que no sabemos nada de él. De vez en cuando desaparece, pero tranquila, volverá.

—¿Días? ¿Cuánto tiempo me he llevado durmiendo en esta cápsula?

—Diez días. Tu cuerpo estaba en muy mala condición. Autodestrucción y sobredosis del suero RDM. —Dijo Ava entre suspiros—. Supongo que ni siquiera sabías quién eras.

—Diez días...

Mi voz se ahogó en la garganta y me pesaban los ojos cada vez más.

—¿Esta niña es... la reina? —escuché susurrar a Ava mientras me contemplaba con desdén. Pensó que ya estaba dormida.

—Eso ya lo veremos.

Congreso del Continente – Distrito de Strafford.

Una docena de aerodeslizadores volaban sobre Strafford como termitas sobre incansables focos de luces de un millar de tonalidades, esquivando rascacielos y carreteras flotantes donde la clase social alta manejaba sus vehículos eléctricos bañados en oro o plata. Ridículos vehículos de lujo que delataban qué tipo de persona los conducía según el color, el brillo o la elegancia que desprendían. Más abajo, donde los peatones transitaban calles metalizadas suspendidas en el aire, no existía el verde real. Ni el más diminuto atisbo de un ser vivo fotosintético. En su lugar, cientos de cajas blancas con rendijas, que sobrevolaban las zonas más afectadas por la

ausencia de la naturaleza, se pasaban el día expulsando una nube húmeda de aire que supuestamente convertía el dióxido de carbono en dióxígeno a la vez que engullía el gas carbónico que las personas producían. Aún así, los habitantes de la ciudadela seguían sonriendo e ignorando las consecuencias de sus crímenes.

La disposición del distrito permitía una mayor seguridad para los políticos del continente. Era el más alejado de los distritos inseguros o en cuarentena del continente, de manera que para que el Congreso sufriese un ataque, los enemigos tendrían que atravesar Hampton y la ciudadela entera. Era un afortunado método de seguridad.

Hasta el momento, Strafford había sido impenetrable para la metahumanidad.

Varios de los aerodeslizadores aterrizaron sobre una superficie férrea en lo más alto de los rascacielos que componían el Congreso y los políticos que albergaban dentro comenzaron a salir formando filas de hormigas hasta entrar al interior. El Gobernador salió el último, con un sombrero de ala corta negro que ocultaba su rostro y una gabardina oscura, cabizbajo. Recorrieron unos pasillos antes de subir a los ascensores que los llevarían hasta la planta de la reunión. Cincuenta y seis plantas menos y la ciudad seguía siendo diminuta desde aquellas cristalerías que envolvían la sala. Y2S la insonorizó creando un panel que se adhirió a las paredes, inhabilitando cualquier dispositivo de transferencia de datos, de comunicación o con interacciones que pusieran en peligro cualquier palabra que el Gobernador dictase. Así mismo, eliminó la posibilidad de que algún mínimo sonido pudiese escucharse desde el exterior de la sala.

Los Y2S eran androides inteligentes capaces de hacer cosas increíbles. Podían asistir a personas enfermas y moribundas, descubrir a un ladrón y proteger a su amo de él o capturarlo, anular comandos de dispositivos de menor inteligencia e incluso obedecer órdenes ilegales como lo sería la orden de matar a alguien. Los Y2S solo podían adquirirlos personas de altos cargos relacionadas con la política, el ejército o la sanidad. Nadie más, porque sabían el caos que podrían suponer de caer en las manos equivocadas.

—¿Estamos todos? —preguntó el Gobernador antes de proceder a mostrar su rostro a los presidentes de los distritos existentes. Lanzó una mirada al asiento vacío—. Bien, procedamos. —Se aclaró la voz—. Tenemos un asunto que resolver: quién ocupará el lugar de Connor.

—Tiene dos hijos, ¿no es cierto? —preguntó el Presidente de Hampton

mientras leía en un holograma los datos personales del Presidente Connor.

—¿¡Estás loco!?! ¡El varón tiene una enfermedad indeterminada de lo más extraña y su hija es una chiquilla! —Espetó el Presidente de Townsend.

—Ya tiene diecinueve años. Creo que no es tan chiquilla. —Aclaró la Presidenta de Cleveland.

—Es un genio de la ciencia. —Especificó el de Cunningham—. Tiene significativos premios, este año dejará la carrera de Ingeniería Genética Humana con matrícula de honor, como el año anterior, para dedicarse exclusivamente a la investigación y, además, la he visto por mis Centrales ensayando experimentos junto al lunático ese, Cox. Odia a los metahumanos.

—Es importante que la persona que ocupe el lugar represente al Proyecto Génesis tanto como lo hacemos nosotros. Una persona capaz de soportar la verdad que esconde el proyecto y que no salga corriendo, sino que le entusiasme. Una persona fría y cruel. —Dijo el Gobernador y aclaró de nuevo su voz—. Ya sabéis qué les ocurre a los traidores. No quiero más muertes sobre esta mesa.

—Voto por la niña.

—Yo por el científico loco que lleva a cabo el proyecto.

—¡Ese no sabe nada de política!

—¡Ni la chiquilla esa!

—Pero podemos enseñarle de la manera correcta. —Murmuró el Gobernador—. Quiero verla con mis propios ojos. Realizad vuestros votos aquí. —Pulsó un botón flotante en su holo y lo deslizó de manera que a todos les llegase el enlace—. Luego de tener una charla con Sue McMahon llegaré a una conclusión. Puede que entonces necesite vuestros estúpidos consejos o vuestros inútiles votos.

El Gobernador se puso de nuevo el sombrero que proyectaba en su rostro una sombra oscura y se levantó de la silla con aspecto airado. Estaba caminando hacia la puerta para dar por finalizada la reunión cuando la Presidenta de Cleveland lo detuvo.

—¿Va a mostrarle su rostro a esa chica?

—Un presidente debe conocer la cara de su gobernador. Vámonos Y2S.

Capítulo 24

Base de Renegados n ° 17 – Noviembre – Distrito de Cunningham.

Los rayos del Sol que azotaban las cristaleras de mi habitación como ráfagas centelleantes me impidieron dormir más de lo que necesitaba. Mi cuerpo se sentía exhausto. Eché un ojo a mi nueva holopulsera adherida a la piel y marcaban las 06:54. Ni siquiera había sonado el despertador; aún faltaban seis minutos. Seis maravillosos minutos que habría disfrutado de no ser porque el Sol se levantaba antes con la llegada del invierno.

Dos días atrás, en la segunda semana de Noviembre, desperté de aquel receptáculo regenerador y me asignaron un dormitorio en la base de Cunningham. Era una habitación amplia con suelos y paredes blancas, repleta de cristaleras con vistas al océano, al bosque, al desierto o al ambiente que escogieras en un pequeño cuadro de configuraciones que habían habilitado los Renegados en mi holopulsera. Las mías tenían vistas al acantilado protagonista de mi infancia. Siempre había amado el verde propio de la naturaleza, pero los bosques evocaban el sabor amargo que Niels dejó en mi vida. Me negaba a recordar los buenos momentos que pasamos en aquella maldita cabaña en medio de árboles digitalizados.

Finalmente, sonó el despertador. Era un pitido ensordecedor que provocaba migraña si se tardaban más de cinco minutos en apagar. Me levanté de la cama y gemí de dolor. Las agujetas habían invadido mis abdominales y mis cuádriceps en el entrenamiento del día anterior. Entré en un cilindro similar a una ducha que cubrió mi cuerpo con un fluido espeso de color azul neón. Luego, el agua lo aclaró. De mi extensa melena azabache se encargaban unos pequeños robots. Antes de salir, emergió del suelo un fulminante aire a presión que no me dejó una sola gota en el cuerpo. Vestí el uniforme regular compuesto por pantalones largos, camiseta de tirantes, guantes, botas militares y cola de caballo. La mayoría de los atuendos eran ajustados a la piel, de manera que facilitase la flexibilidad y el movimiento en los entrenamientos. Apagué la cristalera que nos hacía olvidar que nos encontrábamos bajo tierra y salí de aquel dormitorio ajeno a mí.

Cada mañana, sobre las 07:15, un timbre recorría los pasillos y habitaciones de la Base. Señalizaba el comienzo del día, aunque para mí era

como la Universidad. Todos los Renegados salían de sus habitaciones vestidos de la misma manera, a la misma hora, hacia el mismo lugar. Después de desayunar los macronutrientes que nos servían, comenzaba el entrenamiento.

Einar seguía desaparecido, pero mis dudas no dejaban de aumentar. Echaba de menos a mi padre, a mi familia fallecida, a mi mejor amiga Sue. Recordé que había sido su décimo noveno cumpleaños semanas atrás y sacudí la cabeza intentando dejar ir la soledad que me acechaba. Pronto habría pasado un mes desde que llegué a aquella guarida subterránea. Era desolador.

Todos desayunábamos, almorzábamos y cenábamos juntos en el comedor, pero casi nadie hablaba con sus compañeros. Se suponía que éramos iguales, pero cada uno tenía un pasado aterrador del que no quería hablar. Sus miradas perdidas, sus ojeras, los gemidos causados por las pesadillas nocturnas. Nadie entendía muy bien su objetivo allí dentro, pero se conformaban con tener una cama sobre la que dormir, comida y actividades que les hiciesen olvidar el dolor que desgarraba sus corazones.

Estaba mirando el puré naranja que había sobre mi cuchara deseando dejar de comer. El estómago me rugía enfurecido, pero cada día sentía menos apetito. Mi cabeza se llenaba de pensamientos de Logan, de culpabilidad y desesperación. Quería que despertase de una vez para contarle los esperanzadores planes que los Renegados tenían o, al menos, los que Einar me había contado. Por otro lado, me horrorizaba seguir pensando en mi padre como hacía cada día. Me horrorizaba mantener una esperanza ilusa.

Dejé caer la cuchara sobre el plato y cogí la bandeja para desechar los restos.

—Estamos juntas. Come, te hará falta. —Me susurró una chica de menor estatura que yo al pasar por mi lado.

—¿Qué?

Su delgada mano sostenía mi hombro con firmeza.

—Pues eso. ¿No has visto las listas que han publicado? Ya tenemos escuadrones asignados para nuestra misión.

—¿Dónde están?

Me señaló con el índice un pasillo a mi derecha. Casi todos estaban allí de pie, observando su destino. Caminé rápidamente y me hice paso hasta situarme en frente del visor holográfico donde yacían nuestros nombres y una letra al lado de cada uno. Era la dificultad de la misión que se nos había asignado, aunque de ello me enteré mucho más tarde. En ese momento, cuando vi mi SSS, no entendí por qué todos me observaban sorprendidos. Me sentí inquieta.

—Es ella... —Susurraban algunos.

—¿La verdadera reina? —preguntaban otros.

—Venga ya, mirad qué enclenque es.

Mis mejillas se ruborizaron. Se sentían calientes y un mareo me aturdiría mientras no sabía cómo reaccionar. No me gustaba oír aquellas burlas, ni que todas las miradas se posasen en mí. Una mano fuerte me sacó de aquel alboroto. No vi su rostro en el momento, pero era un chico alto y musculoso, de piel morena y cabello corto caoba. Tiró de mí con fuerza hasta que llegamos a un almacén de suministros. Luego de soltarme, se giró y me miró de frente con sus enormes irises aceitunados. Brillaban.

—¿Tú eres la reina?

—Sí, se supone. ¿Para eso me has traído aquí?

—Te vi agobiada. No me costaba nada sacarte de ese aprieto. Soy Aaron, tu nuevo compañero de escuadrón.

—Yo Erika. Gracias, siento que habría sido devorada por sus miradas si no me hubieses sacado de ahí. —Reímos y luego caí en la cuenta de que era mi nuevo compañero—. ¿Eso significa que tu misión es la misma que la mía?

—Así es. Cuando necesites ayuda, acude a mí. Vamos, el entrenamiento está a punto de empezar.

Nos dirigimos al aula de combate donde cada uno de nosotros aprendíamos a lanzar armas blancas y a disparar con exacta puntería, a crear nudos con cuerdas que podrían salvarnos las vidas, a retener nuestra respiración más segundos que el día anterior. Aprendíamos a nadar, a conducir vehículos en simuladores, a sobrevivir en una posible guerra. Aquel día tocaba aprender defensa personal y combate cuerpo a cuerpo.

—Siguiente, Erika Ayers. —Comunicó una voz femenina a través de unos altavoces.

Después de los entrenamientos, una vez a la semana, poníamos en práctica lo aprendido. Era mi primera vez y no había tenido tiempo de aprender mucho antes de tener que pelear cuerpo a cuerpo contra una joven. No olvidaré su extenso cabello dorado recogido en una cola de caballo alta. Era esbelta, delgada y vigorosa. Parecía tener aproximadamente mi edad. Se colocó frente a mí y separó sus pies para adoptar una postura de lucha.

—Está prohibido cualquier uso de poderes o excederse con las habilidades físicas metahumanas. ¿Queda claro? Si peleamos con humanos y los queremos vivos, debemos saber cuánta fuerza emplear. —Dijo Marcia mientras se acercaba desde una de las esquinas.

Supuse que lo dijo porque sabía que yo no tenía ni idea de qué iba aquello. De nuevo, las miradas fulminantes. Entre ellas, estaba la chica que me sujetó del hombro y, por algún motivo, me sentí aun más presionada. ¿Cómo podrían tomarse que su compañera de escuadrón no supiese defenderse? O peor, la supuesta reina.

La voz femenina de los altavoces dio por comenzado el combate. Antes de poder adoptar cualquier postura, la joven me propinó un puñetazo en la cara que me hizo tambalear y caer al suelo. Se acercó a mí, me levantó y golpeó su rodilla contra mi estómago. Escupí sangre.

—Se está pasando... —Alcancé a oír entre mis compañeros.

—Debería rendirse ya si no piensa luchar.

“¿Cómo me rindo?”, pensé desesperada. Un segundo rodillazo que hizo sonar un crujido en mis costillas me dejó sin respiración. Caí de rodillas, totalmente perdida en aquel combate imprevisto. Jamás había pegado a alguien y, cuando lo hice, fue mi instinto metahumano el que me controló. Intenté introducir aire en mis pulmones mientras no cesaba de jadear y de salivar sangre.

—Paso. A este paso voy a matarla. —Dijo la joven—. ¿Acaso sabes cómo rendirte, “reina”? No pienso seguir golpeando a una chica que no sabe defenderse. Este combate no es justo. —Gritó mi contrincante, enfurecida.

Si no hubiese sido por lo que pasó luego, habría seguido pensando que Aaron era un compañero maravilloso. Una persona noble. Caminó hasta ella y tiró de su cola hacia atrás para mirarla de forma amenazante. Al instante, volvió sus ojos hacia mi presencia devastada y derrotada.

—¿Se lo has hecho tú? —preguntó él.

—Sí, Aaron, pero he dicho que...

No dejó que ella explicase qué había ocurrido. Que le dijese que me había golpeado de esa manera porque pensó que yo estaba desafiándola y no que ni siquiera sabía cómo se expresaba la rendición en un combate. No dejó que ella le dijese nada, ni que no estaba dispuesta a seguir con el combate, aunque eso significara su humillación por abandonar antes de acabar la pelea. No. Aaron se limitó a romperle su muñeca diestra y patearle el cuerpo hasta el desfallecimiento. Nadie hizo nada por miedo a acabar igual. Más tarde, tuvieron que recogerla del suelo y trasladarla hacia las cámaras de cuidados intensivos.

Capítulo 25

Base de Renegados n ° 17 – Noviembre – Distrito de Cunningham.

—En cuanto ha recuperado la conciencia, la hemos transferido a otra base donde se encontraba su hermano mayor. ¿Por qué razón no te rendiste y dejaste que la situación llegase a tal punto?

—No sabía rendirme. Jamás he luchado, Marcia.

—Soy tu Sargento, no Marcia. —Se dirigió hacia la puerta del despacho y dejó paso a dos jóvenes—. Entrad y presentaos, escuadrón.

—Hana. —Dijo sin más la chica que días atrás me sujetó el hombro en el comedor.

—Yo soy Jason. —Dijo un gigante chico con voz infantil.

—Llámalo Primitivo; todos lo hacemos. —Se burló ella.

—Calla, pecas.

Hana era de baja estatura, cabello oscuro por los hombros y ojos cristalinos. Su cara estaba repleta de dulces pecas. Era una chica bonita y delicada, a pesar de su atlético cuerpo. Se comportaba de manera distante y seria. Fría como la nieve. Jason, o Primitivo, era un chico de piel morena, muy musculoso y demasiado grande para hacerse pasar por un humano. Quizá medía más de dos metros de altura y un metro de anchura. Era como los cíclopes que aparecían en libros antiguos. Sin embargo, no albergaba ni una pizca de maldad en aquel cuerpo colosal.

—¿Este es el escuadrón? —pregunté ante la escasa gente que lo formaba.

—Erika, en tu holopulsera tienes acceso al registro de tu escuadrón. Lo formamos nosotros cuatro junto a Aaron y Logan, si es que despierta algún día. Se me encogió el pecho.

—Claro que despertará. —Me pasé la mano por la frente para recolocar el flequillo que se había vuelto largo y molesto—. Entonces somos seis.

—Somos diez. Marcia, ¿aún no le has contado nada? —saltó Hana—. Paso de hacer misiones de esta manera.

—Tranquila, Hana. Seré breve. Erika, la misión se llevará a cabo con nosotros seis, Einar y tres personas más. Aún no sabemos cuándo la llevaremos a cabo, pero tenemos que estar preparados, así que entrena con estos dos y ponte al día. Ahora, largaos. Quiero fumarme un cigarro

tranquilamente. —Sacó uno de la cajetilla que tenía sobre su escritorio y lo posó sobre sus labios—. Y se hace dando un par de toques al suelo, para la próxima.

Supuse que se refería a cómo debía rendirse un perdedor.

—La próxima sabré pelear y no me rendiré. —Fanfarroneé.

Fui derrotada dos veces más. Aun así, estuvimos entrenando diariamente en el aula de combate durante las lecciones con nuestros compañeros y superiores, y durante las noches a hurtadillas sin cesar. Mi cuerpo estaba lleno de vendas y hematomas que demostraban cómo nuestros combates ya no eran de principiantes. Al principio, la relación entre Primitivo, Hana y yo fue muy tensa, pero luego estrechamos lazos gracias a la infantilidad de nuestras conversaciones y de las contestaciones de Primitivo. Entrenar se volvió algo divertido cuando empleaba los pasos aprendidos y no era derrotada tan fácilmente. Se volvió aún más divertido cuando combatíamos en grupos y nosotros tres éramos más cómplices que guerreros. Eso derrotaba a cualquier grupo que se nos enfrentara. El almuerzo se convirtió en un festín de comida donde celebrábamos nuestras victorias como guerreros dentro de la base y donde reíamos hasta dolernos los abdominales magullados.

Pasaron tres semanas. El rutinario, pero divertido tiempo que pasé junto a mis compañeros de escuadrón, me hicieron olvidar por completo los problemas. Estaba demasiado cansada al final del día como para pensar en otra cosa que no fuese en descansar las cuatro horas que me quedaban antes de que sonase el despertador. Einar seguía sin dar señales de vida, pero estaba conforme con ello, pues durante ese tiempo pude aprender muchas cosas de las que no tenía ni idea, como manejar armas y esquivarlas, o derribar a una persona en milésimas de segundos. Claro que, dentro de aquella base, todo era mucho más fácil. Al fin y al cabo, peleaba con personas que no querían matarme, sino enseñarme sin hacerme daño.

El pasillo por el que caminaba se estaba haciendo más largo de lo normal. El cansancio, supuse. Necesitaba descansar más y comer mejor. En mis manos se apreciaban heridas y cortes junto a todas mis uñas rotas que tardaban en regenerarse. La cola de caballo que debía cogerme todas las mañanas tiraba de mi cabello tanto que dolía y el flequillo ya podía sujetarse tras mi oreja. El tiempo había pasado más rápido de lo que podría haberme imaginado jamás,

pero me sentí feliz estando ocupada. Solté mi melena y coloqué la goma en mi muñeca. Unos pasos acelerados me alarmaron.

—¡Erika! ¡Erika Ayers! —gritaba una chica que corría sin parar hacia mí, jadeando y limpiando el sudor de su cara—. Erika. —Dijo sin aliento. Apoyó sus manos sobre mis hombros para recuperar la compostura—. Logan ha despertado.

Lamenté no agradecerle que viniese tan emocionada a comunicarme la noticia que había estado esperando durante más de un mes, pero mis pies actuaron por su cuenta. No pasó ni un minuto cuando ya había llegado a su habitación. Me quedé frente a la puerta sin saber cómo reaccionar. Agarré el pomo inútil de la puerta con miedo y pulsé el botón que la deslizaba hacia un lateral. Logan estaba sentado en la cama con la parte superior de su cuerpo al descubierto. Un cuerpo delgado y un rostro demacrado que no llegaba a reconocer. Sus ojos no se querían encontrar con los míos. Me dirigí hacia la doctora, quien dejó caer la aguja ante el susto, y la sujeté por el cuello de la camisa.

—¿¡Qué le habéis hecho!?

—Cálmese, señorita. Cálmese, por favor.

—Explícame por qué su cuerpo no se ha regenerado como lo hizo el mío.

—Le susurré a la doctora. No quería ofender a Logan.

—Él es un paciente normal; usted era especial. Él es un híbrido y medio corazón le pertenece a la débil humanidad, por tanto, su regeneración es peor que la suya.

—Los híbridos son la especie más poderosa que haya existido. — Confirmé con seguridad.

—Poderosos, pero débiles. Ahora suélteme, por favor. Necesito administrarle un suero vitamínico.

Delante de Logan, me agaché y sujeté una de sus manos lacias. Su mirada estaba perdida en una noche oscura e infinita. Había olvidado la sensación que me causaban esos ojos afilados y solo bastó que los dirigiese hacia mí para recordarla por completo. Apreté con fuerza sus dedos mientras soportaba las ganas de llorar. Su condición era culpa mía, por ser débil y tener que ser salvada por él. Logan acarició mi barbilla con dulzura y sonrió frágilmente.

—No te culpes, ¿está bien?

—Está bien. —Mentí.

—Me recuperaré pronto, Erika. —Llevó la mano hacia su cabellera y la despeinó confuso—. ¿Dónde estamos?

—En Cunningham. En la Base subterránea de los Renegados.

—¿Y qué ha pasado con Crawford?

—Ahora es un distrito en cuarentena. Ya habría sido destruido si no fuese por la conexión que tiene con los demás distritos.

—Te ves fuerte. —Reí—. Erika, tengo algo que decirte.

—Dime.

No pude evitar vacilar ante sus palabras. Sentí miedo y horror, como si mis oídos quisiesen cerrarse y no oír absolutamente nada. Logan se mantuvo unos segundos en silencio y luego me miró con unos ojos decididos, pero preocupados. En aquel momento, yo supe perfectamente que él no quería decirlo para protegerme, pero no tuvo otra alternativa.

—La persona que intentó matarnos en el acantilado era Vicky, tu hermana mayor.

Capítulo 26

Base de Renegados n ° 17 – Noviembre – Distrito de Cunningham.

El último día de Noviembre alguien me trajo de vuelta a la realidad. Mis pies se deslizaban pesadamente sobre aquellas baldosas de acero opaco hacia el ascensor mientras recordaba las esmeraldas centelleantes que me vieron caer. Siempre lo supe, pero fue como ver a un fantasma. No podía creer que ella estuviese viva para verme morir. No quería creerlo. Miré hacia abajo para contemplar mi cuerpo y giré las palmas de mis manos. En ellas veía callos y cortes. Heridas de una guerra simulada. Más allá de esas magulladuras no existía el dolor.

Aún así, quería verla cara a cara. Preguntarle por el pasado y que me explicase qué ocurrió aquella noche lluviosa del pasado. Preguntarle por cuántas experiencias dolorosas tuvo que pasar para que un gesto tan monstruoso se adueñase de su hermoso rostro. Y, ante todo, quería abrazar a mi hermana mayor.

Dentro del ascensor estaba Hana, comiéndose un caramelo con palo de color violeta. Estábamos a metros, pero desprendía un dulce aroma a mora que invadió mi sentido del olfato.

—¿A dónde vas? —le pregunté al llegar a la plataforma.

—Marcia me ha ordenado arreglar un conducto de ventilación que hay en la superficie.

A la superficie, dijo. Era la oportunidad perfecta para ver Cunningham con mis propios ojos por primera vez. Se trataba de un distrito inconstantemente peligroso, que había estado en cuarentena decenas de veces. Me apetecía observar en qué podía convertirse Crawford. Crucé los brazos y me dejé caer sobre la pared de la plataforma.

—Bueno, supongo que tendré que encubrirte si alguien te ve en la superficie conmigo. —Murmuró Hana entre risitas de complicidad.

—Diremos que yo sólo me aseguraba de que llevases a cabo tu labor correctamente.

—¡Pero si no tienes ni idea de mecánica!

Ambas reímos. Cinco minutos aproximadamente se tomó el ascensor para subir los kilómetros que nos separaban de la superficie. Luego, ascendimos

por las escaleras que se encontraban al final del pasadizo y, entre las dos, empujamos una cubierta que daba paso a la húmeda tierra del exterior. Fue realmente complicado para mi vista adaptarse a la atmósfera de aquel lugar debido a la espesa neblina naranja que lo invadía. Era de lo más inquietante no poder ver qué había más allá de un par de metros desde nuestra ubicación. Me encontraba en un desierto polvoriento. Apenas había luz solar y las recientes ráfagas de arena incrustaban diminutas piedras en mis brazos desnudos. Supe que Hana ya conocía estas condiciones cuando se abrochó la chaqueta hasta el cuello y se puso una especie de malla térmica adaptable a la piel que cubrió casi todo su rostro.

—¡Es el precio que debes pagar! Ya sabes, no deberías estar aquí. —Gritó ella por encima de los estrépitos del viento.

Levanté la vista hacia el distante cielo de Cunningham para contemplar un océano negro, sin vida alguna. Sin esperanza. Y apenas eran las cinco de la tarde. ¿Cómo podía ser tan diferente un distrito del otro? La enorme diferencia que existía entre lo que estaba observando y Crawford me hizo sentir como si estuviésemos en un mundo distinto al habitual. Hana estaba arreglando el conducto cuando oímos alaridos, que no provenían especialmente de animales, seguidos de numerosos disparos. Guardó de inmediato sus herramientas en la mochila que colgaba de su espalda y volvimos a entrar en el pasadizo. Se aseguró de que la cubierta estuviese bien cerrada y suspiró.

—Me pregunto si nos habrá visto alguien. —Susurró Hana con un gesto de preocupación a la vez que se aflojaba la malla. Parecía agobiada.

—Hana.

—¿Sí?

—¿Qué es esa atmósfera que acabo de ver? ¿Cómo puede Cunningham estar en este estado?

—Los Renegados rompimos la pantalla atmosférica digital de Cunningham y de un par de distritos más.

—No te entiendo, Hana. —Un escalofrío horripilante recorrió mi piel cuando vi en el suelo gotas de sangre. Sangre que goteaba desde mi nariz.

—Joder, Erika. No tienes ni idea de cómo funciona el mundo en el que vives. Eres desesperante. —Sacó de su mochila un pañuelo de un tejido áspero y me lo ofreció—. Eso que acabas de ver es la radiación y contaminación que nos envuelve. Crawford aún está protegido por una pantalla que, cuando sea destruida, causará una epidemia mortal a los humanos. Es lo mismo con todos los distritos, Erika. Solo los metahumanos más fuertes

sobreviven a ello, puesto que somos la evolución de la radiación que causó una guerra. ¿Por qué crees que las misiones en distritos peligrosos se asignan a los más fuertes?

—Porque los demás no sobrevivirían.

—Exacto. Los demás mutan y se transforman en metahumanos fuera de control; monstruos sin conciencia. Esos disparos que hemos escuchado proceden de los soldados del Estado que vienen a acabar con ellos.

El hecho de que hubiera sido engañada toda mi vida era lo que menos importancia tenía en aquel momento. No podía frustrarme al saber que incluso el cielo, el sol y las nubes eran una proyección artificial. No podía porque había algo más importante: la aniquilación masiva que estaban cometiendo.

—¿Por qué cargarse las pantallas que nos protegen? ¿Estáis locos? ¡Eso que hacéis no os diferencia del Estado! ¡Incluso estáis matando a los de nuestra especie!

—Órdenes de Einar. No hay esperanza en este continente, Erika. Ya lo entenderás.

Claro, entonces lo entendí. Miles de personas, al igual que yo, no tenían ni idea de todo aquello que Hana me estaba contando. Luchaban por vivir entre epidemias y experimentos que no hacían más que desfigurar a la naturaleza hasta acabar con ella. ¿Acaso todos los Renegados sabían la verdad que encerraba el Estado menos yo? Einar me afirmó creer en la convivencia entre humanos y metahumanos, pero sus órdenes no cuadraban. No, es más, destrozaban mis esquemas.

—¡Hana, Erika, a vuestros puestos! —gritó Marcia, que corría desesperadamente hacia nosotras. Bajé el rostro para evitar que sospechase al ver la sangre—. Salimos en cinco minutos.

—¿Qué ocurre? —Hana parecía inquieta.

—Crawford ha caído. Debemos deshacer la pantalla antes de que evacúen a los humanos del distrito. Preparaos.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Hana una vez que nuestra Sargento se alejó. Señaló su nariz—. Por esto, digo.

—Dímelo tú. Aquí todos saben mejor que yo qué ocurre. Desde luego, yo no tengo ni idea de a dónde queréis llegar con lo que estáis haciendo. —Pasé mi dedo por la parte superior de mis labios y le miré con desconfianza—. ¿No soy lo suficientemente fuerte para respirarlo?

—Lo eres, pero no estás acostumbrada. Verás, Erika, perteneces a nuestro escuadrón, pero si vienes a la misión es para acatar órdenes, no para hacer

preguntas. No sé qué hablaste con Einar antes de llegar aquí, pero serás expulsada si no colaboras por muy especial que seas. Los tiempos se están volviendo más y más difíciles cada segundo que pasa. Así que, vivir en el exterior no es la mejor opción. Sobrevive aquí, como hacemos todos, y deja de pensar en lo que está mal o bien. Aunque no lo creas, casi nadie en esta base tiene idea alguna del trasfondo de nuestras misiones, pero las cumplen por seguridad. Por seguir protegidos de lo que se cuece allí fuera. —Señaló hacia arriba—. En el exterior.

Algo andaba mal. Sin embargo, indagar en el asunto podría ponernos en peligro a Logan y a mí, así que preferí dejarlo para más tarde. Afirmé con un movimiento de cabeza y corrí hacia mi habitación para vestir el uniforme que nos habían asignado en aquella misión urgente. Nuestros pantalones, adaptables, era más gruesos y resistentes de lo normal. En la parte superior, una camiseta térmica de color plata apretaba nuestros músculos. Encima, una cazadora negra con capacidad de camuflaje. Me puse la malla en la cara, como Hana había hecho en el exterior, y resultaba realmente agobiante sentir mis mejillas a presión. Claustrofóbico. Ya listos, seguí a Aaron hasta una zona que no había conocido antes: las pistas colmadas por aerodeslizadores que salían a la superficie a través de un conducto. Lo miré de reojo y parecía un agujero negro en el que podrías perderte y no salir jamás. No me apetecía nada atravesar esa oscuridad.

Subimos al aerodeslizador y adherimos nuestros cuerpos a los asientos de él mediante un mecanismo de protección que conectaba el sistema con las holopulseras. Mi corazón latía a mil por hora. Más aún cuando despegamos sin Logan y nadie notaba su ausencia. Marcia estaba sentada a mi lado con un cigarrillo entre sus dedos tatuados. Tenía las uñas con forma de garra y me pregunté cuál sería su poder. Su apariencia era como un amanecer en la Antártida. Había muchos detalles en aquella organización que me inquietaban. Desde que desperté, no vi a nadie utilizar sus poderes ni a ningún superior con intención de ayudarnos a controlarlos. Estábamos siendo entrenados como soldados, no como metahumanos. ¿Para qué nos entrenaban exactamente? ¿Para desatar epidemias y dejar que miles de personas muriesen? Zarandee mi cabeza e intenté no seguir pensando en ello. Cuando llegásemos de la misión, hablaría con Marcia sobre Logan. Le preguntaría cuál sería su futuro en los Renegados.

Salimos del orificio negro y comenzamos a sobrevolar Cunningham a una velocidad desmesurada. Al menos, tuve la oportunidad de ver la ciudad del

distrito compuesta por cientos de rascacielos cayéndose a pedazos. Ni siquiera podía considerarse una ciudad aquel escenario. Desde el cielo, Cunningham era un montón de escombros que ardían consumiéndose entre sí. No quería imaginar qué podía estar ocurriendo en aquellas calles inundadas en gritos, disparos y desesperación. Quizá mis compañeros no sentían nada al verlo. Quizá ni se dignaban a contemplarlo. Sin embargo, a mí me abrumaba una empatía desoladora capaz de hacerme sentir lo que cualquier ser estuviese sintiendo. Tenía ganas de llorar y gritar en nombre de todos aquellos a los que no podía ayudar. La culpabilidad se apoderaba de mí como si estuviese en mis manos solucionar la catastrófica situación de algunos distritos.

El estruendo de un impacto procedente del exterior alertó a mi escuadrón. De inmediato, pudimos divisar un gran agujero en una de las esquinas superiores de la cabina que posteriormente provocaría nuestra caída en picado.

Capítulo 27

17:53 – Noviembre – Periferia de Crawford.

No quería morir. No quería perder la oportunidad de cambiar el mundo, como Einar me prometió que haríamos. No quería que a mi padre lo convirtiesen en un monstruo como hicieron con aquellas personas experimentadas que salían en los recortes de noticias de su despacho. No quería que todo acabase así.

—¡Abrid las compuertas! —grité al levantarme del asiento adherido. Mis compañeros estaban atónitos.

—¡Está prohibido usar los poderes, Erika Ayers! ¡Totalmente prohibido, así que toma asiento ahora mismo! Intentaremos controlar la caída. —Me ordenó Marcia. Sin embargo, yo no podía aceptar ser dirigida por alguien cuyo tono de voz delataba cuán insegura estaba de lo que decía.

—No podemos, Marcia. El estabilizador vertical ha sido dañado, al igual que el timón de dirección. ¡Abrid las compuertas!

—Te dije que me llamasas Sargen... Espera, ¿cómo sabes todo eso, recluta?

Ni yo misma lo sabía.

—¡Marcia, abre las compuertas! —gritó Primitivo.

Acto seguido, ante las miradas de mis compañeros, que depositaron su confianza en mí, la Sargento abrió en su holopulsera un cuadro de mandos donde ejecutó la acción que abriría la compuerta trasera. Caminé sujetándome a barras metálicas que sobresalían de las paredes aceradas de la nave y me acerqué lo más que pude al borde para calcular cuánto aguantaríamos hasta estrellarnos contra el suelo. Ni treinta segundos. Demasiado poco tiempo incluso para saltar con los paracaídas. Necesitaba colocarme en el centro de la nave, pero la corriente de presión que corría de un extremo a otro me desestabilizaba por completo.

De repente, Primitivo canceló en su holopulsera su adhesión al asiento y caminó hacia mí de una forma tan pacífica como aterradora. No podía explicarme cómo conseguía mantener su cuerpo sobre el suelo tan serenamente, sin sujetarse a ningún lugar. Lo comprendí cuando extendió su mano envuelta en una gruesa piel parda para que me agarrase a ella y pudiese

llegar al centro sin salir volando. En aquel entonces, no sabía qué poder tenía Primitivo, pero estaba segura de que el tamaño monumental de aquel chico había crecido al endurecer su piel como una roca. Al sentir que la nave caía en picado con más fuerza que antes. Agarré su mano y nos desplazamos al centro. Entonces le pedí que me sujetase la cintura y abrí mis brazos, extendiéndolos a los laterales mientras cerraba los ojos y me concentraba en una caída lenta. En el motor de la nave frenando a medida que nos acercábamos a las tierras de Crawford. Los alcé con fuerza hacia arriba y abrí los ojos para observar cómo la nave había quedado suspendida en el aire a centímetros de la tierra helada del exterior.

Esperé a que todos mis compañeros bajasen del aerodeslizador para descansar mis brazos y dejarlo caer contra el suelo. El impacto nos derrumbó tanto a Primitivo como a mí. Fueron pocos segundos, pero ambos nos encontrábamos débiles. Cansados. Mi abdomen ardía y, cuando levanté la ropa que lo cubría, pude observar los hematomas que los enormes dedos de mi compañero me habían provocado en la cintura.

—No quería hacerte daño. Lo siento mucho, de verdad. —Se disculpó él con tristeza en sus pupilas.

—Ayers, nos has salvado. —Me dijo Marcia al bajar del aerodeslizador, posando su mano sobre mi hombro izquierdo—. Gracias.

—Eres fantástica, como imaginé. —Comentó Aaron mientras sacaba armas que luego repartiría entre nosotros.

—Escuadrón, en posición. No sabemos quién o qué ha atacado a nuestra nave. —Marcia se pasó el asa del arma por su hombro—. Ni cuándo volverá a hacerlo.

—La nave es del Estado. No pueden haber sido los soldados del ejército estatal. —Añadió Hana.

—No, supongo que no, pero debemos estar preparados para todo. Aaron, divisa a cuánta distancia nos encontramos de la muralla de Crawford.

—¿Cómo que las naves son del Estado? —pregunté—. ¿Cómo las habéis conseguido?

—Déjalo ya, Erika. —Susurró mi compañera con su mirada agotada de preguntas.

—Estamos a diez kilómetros, Sargento.

—En marcha. Todos.

Lo sentía si para Hana mi curiosidad era agotadora, pero no podía ignorar el peligro del que mi intuición me advertía. Iba a pasar gran parte de mi vida

junto a ellos si seguía formando parte de su organización de Renegados y no quería ser la única que se sintiera al margen. Solo eso. Necesitaba que me explicasen todo sin tapujos ni omisiones. Y es que el silencio que todos me guardaban acerca de la situación era lo que más me aturdía. Olía a chamuscado. Caminé con disimulo para acercarme a Hana y agarré su muñeca.

—Solo es curiosidad, ¿sabes? Ponte en mi lugar. —Le murmuré.

—No, Erika. No es curiosidad; es desconfianza.

—Puede ser. Lo siento, no haré más preguntas. —“Por ahora”, pensé.

—Somos tus compañeros, no tus enemigos. Así que procura confiar en nosotros. De lo contrario vas a romper la formación de nuestro escuadrón. — Suspiró—. Ya te lo dije hoy. Calla y acata órdenes. No hay más.

—Sí. Tienes razón. Lo siento.

¿Qué hay más peligroso que el conocimiento? “El creer que tienes poder sobre alguien”, me contesté a mí misma. Aún era pronto para saber si debía confiar o no realmente en aquellas personas, pero si había algo que pudiese hacerme más poderosa era que creyesen que tenían poder sobre mí. Que pensasen que yo estaba bajo control. De esa manera, no estarían alerta a mis movimientos, sino que se sentirían confiados y mi presencia dejaría de ser el principal punto de mira al que vigilar. Desde luego, con mi actitud iba a conseguir lo contrario, así que llegué a una conclusión: sería una más. Sería una Renegada orgullosa de cumplir con sus misiones y de servir a sus superiores. Me ganaría el respeto y la confianza de mi Sargento e intentaría ascender antes de que Einar apareciese de nuevo para que, cuando supiese de mi progreso, su favoritismo hacia mí aumentase. Así, el supuesto líder de los Renegados y el antiguo jefe de mi trabajo depositaría toda su confianza en mi persona.

Mis labios se torcieron en una calculadora sonrisa de la que nadie se percató. Bajo mis pies, la escarcha crujía como lo había hecho tiempo atrás cuando aún vivía en Crawford. Supimos que estábamos cerca de la muralla que separaba al distrito del contiguo por las señales que Marcia hacía con su brazo. Me percaté de que nuestras cazadoras nos camuflaban cuando Aaron se puso delante de mí. En la cima de un montículo de arena mojada y nieve derretida rodeado de árboles digitales, la Sargento hizo un gesto para que nos tumbásemos en el suelo mientras observábamos la situación y analizábamos la mejor manera de cumplir con nuestro deber. Más abajo, contemplamos tropas del Estado que controlaban la fila de personas que querían trasladarse de un distrito a otro. La mayoría de ellas llevaban abrigo con capuchas que las

protegerían de las ráfagas de viento y nieve que azotaban el territorio. Mientras Marcia accionaba comandos en su holopulsera y Aaron divisaba el mapa holográfico, Primitivo, Hana y yo hicimos uso de unos binoculares para entender qué estaba ocurriendo allí abajo.

Recuerdo los rostros de las madres preocupadas por los bebés que llevaban envueltos en sábanas entre sus brazos. O por los niños que lloraban asustados. Sus ojos no podían expresar mejor el terror que estaban sintiendo. Me recordó a la noche en la que mi padre y yo escapamos de mi distrito natal. También había ancianos tocando sus articulaciones congeladas mientras esperaban su turno. Muchos de ellos dejaban correr lágrimas por su piel arrugada cuando los soldados les negaban el traslado y debían separarse de su familia. Otras, menos afortunadas, eran descubiertas con algún tipo de enfermedad o mutación. Los soldados las llevaban a una zona más alejada de la fila para ejecutarlas con disparos insensibles. Ninguna imploración era concedida. ¿Cómo íbamos a causar una epidemia que matase a todas estas personas? Eran humanos, sí, pero se trataban de seres vivos inocentes.

—Una nave vendrá a por nosotros en diez minutos. Tenemos el tiempo exacto para eliminar a esos soldados y deshacernos de la pantalla atmosférica. —Nos dijo Marcia antes de prepararse para el ataque—. Aaron.

La Sargento se puso en pie y cerró su puño derecho al mismo tiempo que sus grises ojos, que se volvieron carmesíes, dirigían la mirada hacia el cielo de Crawford. Alzó el brazo con el puño en dirección a la supuesta pantalla que aún mostraba un hermoso atardecer sobre la ciudad. Aaron, que se encontraba a su lado de pie, comenzó a mutar. Su brazo diestro comenzó a tornarse de un color negro acerado y a transformarse en una especie de hoja afilada por ambos lados. El tamaño de aquella arma biológica aumentó considerablemente.

—¿Preparado? —preguntó ella, a lo que Aaron afirmó sin vacilar.

Marcia desplegó sus dedos y de su palma nació un viento rápido y gélido que empezó a solidificar la pantalla atmosférica. Una vez convirtió aquel invento digital en una sola pieza vulnerable, Aaron cortó el aire con su hoja afilada causando una onda expansiva que fragmentaría en pequeños trozos de metal aquella pantalla. Quería morir cuando el chillido que provocó el arma de Aaron agujereó mis oídos. Abrí mis ojos después de que la pantalla fuera destruida por completo.

Oscuridad.

Crawford había sido envuelto por una oscura noche donde los trozos de

holograma destruido caían sobre los edificios provocando explosiones, incendios y mareas de cenizas anaranjadas que sobrevolaban la ciudad. La neblina radiactiva comenzó a descender hasta adueñarse de mi hogar, de mi corazón. Mi cabeza no llegaba a imaginar de cuántos asesinatos me había vuelto cómplice. Si el caos que había nacido en Crawford no acababa con la vida de todos sus habitantes, lo haría aquel aire contaminando sus pulmones. Me pregunté cuántas personas inocentes habrían perdido sus vidas, cuántos niños habrían perdido su futuro, cuánta gente tendría ahora que vivir en un ambiente hostil después de ver morir a sus amigos y familiares. Sentí un desgarrador dolor en lo más profundo de mí que me provocó arcadas y mareo. Mi nariz volvía a sangrar dentro de aquel ambiente.

Tuve que ponerme de nuevo los binoculares para controlar la situación junto a Hana mientras el resto de mi escuadrón acababa con la misión: asesinar a las tropas del Estado y detener a aquellos pobres habitantes, espantados por la catástrofe que acabábamos de desencadenar, para que no pudieran cruzar la muralla. Las ideas se entremezclaban con mis pensamientos. Estaba a punto de apartar mis binoculares de aquellas escenas cruentas cuando uno de los soldados sujetó del pelo a una mujer rubia, que sujetaba la mano de su hijo, para llevarla al pelotón de fusilamiento. Aquel niño no tendría más de seis años. Tenía en mi poder la opción de salvarlos, pero eso pondría en peligro mi lealtad hacia el escuadrón y las órdenes de Marcia.

El sonido de un disparo fue más que suficiente para dejar caer los binoculares y descender a toda prisa por la pendiente. Tropecé torpemente con una roca que sobresalía y mi cuerpo empezó a rodar sin control hacia abajo. Los soldados se percataron de mi presencia y apuntaron hacia mí, lo que obligó a mis compañeros a entrar en acción antes de lo planeado. Recuerdo que una piedra golpeó mi coronilla dejando un hilo de sangre sobre la nieve a medida que rodaba. Cuando el movimiento cesó, abrí mis ojos y me dirigí hacia el maldito soldado que puso en peligro mi vida al despertar mis instintos más profundos. Aquellos que no podía controlar. Ignoré por completo los asesinatos que mis compañeros estaban cometiendo a mi alrededor. La madre de aquel pequeño yacía en el suelo sangrando, con una herida de bala en el hombro izquierdo. A juzgar por la altura del disparo, pude imaginar que aún tenía posibilidades de sobrevivir de aquel incidente. El soldado me apuntó con el arma y disparó, atravesando mi pecho un par de veces.

Era un dolor violento capaz de frenar a cualquier mortal, pero no a mí. Yo ya estaba entrenada para la guerra. Y si había algo que nos recordaban día a

día en los entrenamientos, era que una bala normal jamás acabaría con la vida de un metahumano. Podíamos sentir dolor, agonía, desesperación, pero no moriríamos. No con ese tipo de armas.

Un movimiento rápido seguido de una patada desarmó al soldado en cuestión de milésimas de segundo. Era obvio que se trataba de un hombre musculoso por su altura y complexión. Se abalanzó hacia mí y utilicé su propio impulso para desestabilizarlo y derribarlo después de pasar mi pierna por detrás de su tobillo. Rodeé el cuello de mi oponente con mi brazo dominante y coloqué mi mano libre tras su cabeza, aplicando una llave de estrangulamiento. De pronto, el soldado hizo el gesto de rendición y mi mente se quedó en blanco. ¿Iba a terminar con su vida? ¿O debía soltarlo? En aquel momento de confusión, cometí el error de aflojar mi fuerza y darle la oportunidad de que sacase un arma blanca de su cintura. Me atravesó el abdomen, rozando las costillas, y noté cómo bajo su casco protector reía. Mis pulmones se estaban quedando sin aire.

—Este dolor es muy diferente, ¿verdad? —me dijo con un tono de voz sádico—. Sois muy vulnerables a esta aleación. Me refiero a vosotros, los monstruos.

No sé en qué estaría pensando, pero pensé que moriría viendo cómo me desangraba mientras aquellos cabrones seguían matando a gente inocente, humanos y metahumanos. Cuando se acercó a mí para sustraer la daga que había hundido en mi vientre y dejarme morir, alcancé su arma y le volé la cabeza en pedazos. Mis manos temblorosas dejaron caer el arma sobre la escarcha derretida. Luego, rasgué un trozo de tela adaptable de mi uniforme y la coloqué en mi abdomen a presión. Recuerdo que, al sacar aquella daga, fue la primera vez que sentí un dolor físico tan exagerado. Me dolía mi cuerpo y me dolía el alma. Sin embargo, cuando ese material dejó de estar contacto conmigo, apenas sentía una cuarta parte del daño anterior.

Me giré hacia el pequeño que tenía la cara cubierta con sus brazos y se los aparté inmediatamente pensando que podría haberle pasado algo, pero solo estaba intentando olvidar lo que sus ojos acababan de presagiar. “Lo siento”, le susurré. A mi alrededor, yacía un campo rojo con decenas de cadáveres y personas que huían del lugar masacrado. Una ráfaga de viento advirtió a mi escuadrón de que la nave que venía a por nosotros había llegado. Cargué a la madre del pequeño en mi espalda y a él le sujeté su diminuta mano para dirigirlos hacia el aerodeslizador.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Ayers? —preguntó Marcia con voz

desafiante.

—Los llevo conmigo. Esta mujer aún puede vivir, y más si le aplicamos la tecnología que poseéis.

—No llevas a nadie a ningún lugar. Suéltalos y vámonos. —Caminó hacia mí y puso su rostro cerca del mío—. Ahora.

—Esta mujer y su hijo vivirán. —Contesté. Se había vuelto una situación demasiado tensa cuando vi cómo nuestros compañeros nos observaban—. No pienso discutir. —Añadí.

—¡Estás desobedeciéndome, Ayers! Nunca hemos llevado a humanos a nuestra base. Nunca.

—¡Y tú estás condenando a muerte a estas dos personas! —grité enfurecida—. Me importa una mierda la misión. No está bien abandonar a esta gente herida. ¡Son inocentes y es nuestra culpa que acaben así!

Comencé a llorar y no sabía si era de la impotencia o de la rabia. O de la tristeza. Sujeté con fuerza al niño y los llevé al interior del aerodeslizador. Le cedí mi asiento al pequeño y me agarré a una barra metálica con la mujer en brazos. Mi abdomen sangraba con el esfuerzo de cargar con una persona y cada vez las punzadas eran más fuertes. El resto de mi escuadrón mantuvo un silencio eterno durante todo el trayecto de vuelta a Cunningham, cabizbajos. No me dirigían la mirada ni la palabra. Solo cuando aterrizamos, Marcia pasó por mi lado y me dijo:

—Serás sancionada después de que os curen las heridas. No me culpes, esto funciona así.

—Comprendo.

Las palabras que me dirigió no me importaron lo más mínimo. Mi cuerpo estaba al límite. Ni siquiera podía pensar con claridad. Tenía la sensación de que mi fuerza se extenuaba por segundos, de que la mujer pesaba más de lo normal. El aire escapó de mis pulmones.

Todo se volvió sordo cuando mis piernas desfallecieron y caí al suelo como cayó de mis manos la oportunidad de ser ascendida.

Capítulo 28

Base de Renegados n ° 17 – Diciembre – Distrito de Cunningham.

Dos días después desperté.

Me sentí las pupilas dilatadas, el pulso acelerado y con una frente sudorosa más fría de lo normal. Estaba sobre una camilla, conectada a una vía intravenosa que me introducía un suero rojo y espeso. Sangre, quizás. Intenté incorporarme, pero no pude. Mi cabeza daba vueltas y las dos luces blancas que apuntaban a mi rostro no ayudaban para nada. Los primeros segundos tras despertar, estuve tan aturdida que ni me percaté de que Logan estaba sentado en una silla con su cabeza recostada en la camilla, junto a mi mano. Su cabello había crecido.

—Qué suave... —murmuré mientras pasaba mis dedos entre sus finas hebras azabaches. Olía a champú.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó al llevar su mano hacia la mía. Me alteré y no se me ocurrió nada mejor que apartarla.

Probablemente mis mejillas se ruborizaron. Y más aún cuando una máquina marcaba los latidos de mi corazón acelerándose con sonidos agudos. No sabía cómo actuar. Era la primera vez que nos encontrábamos a solas desde que descubrí quién era realmente y desde el incidente del acantilado. Su cuerpo parecía haberse recuperado, aunque había cierta tristeza en su mirada. Chasqueó los dientes.

—¿Quieres cortarme el cabello?

—Me gusta así.

—¿Y si me rapo?

—No te atrevas a hacerle eso a tu cabello.

—Cuando eras pequeña también te gustaba. —Torció sus labios en una dulce sonrisa y yo me sonrojé más aún.

Entonces los recordé. A la mujer y a su hijo. Se me abrieron de par en par los ojos al mismo tiempo que la respiración empezó a entrecortarse.

—El niño y la mujer. ¡Logan! —grité agarrando su brazo—. ¿Dónde están? Las personas que traje a Cunningham el día de la misión.

—Tranquila, están a salvo. —Contestó Marcia, que había entrado sigilosamente. Logan y yo nos sobresaltamos—. ¿Te sientes mejor?

—Hombre, después de dormir durante dos días, ¿tú que crees? —Contesté con socarronería.

Lo que menos me apetecía en aquel momento era encontrarme con esa mujer. Su forma de pensar no me gustaba, sus reacciones no me gustaban y su trato racista hacia las personas me gustaba aún menos. Marcia se acercó, se sentó en el borde de la camilla entre Logan y yo, y sujetó mi mano con delicadeza.

—Espera fuera un momento, por favor. —Le indicó a Logan, quien se levantó y se marchó sin decir una sola palabra.

—¿Qué quieres? —Desde luego, lo que yo quería era que se fuese.

—Erika, escúchame atentamente. Necesito que sepas que admiro el sacrificio que estás dispuesta a cometer por las personas sin tener en cuenta su especie. Admiro lo valiente que fuiste, algo que no me esperaba de una chica de apenas dieciocho años que hace poco más de un mes no sabía ni defenderse.

—Sí, se notó de sobra tu admiración hacia mí en la misión. Es más, me pusiste en evidencia delante de todos mis compañeros.

—Había un infiltrado.

Mi corazón dio un vuelco.

—Uno de los soldados del Estado que tuve que matar era de los nuestros. No podía sino actuar de la manera más correcta en la que haría un Sargento.

—Prosiguió.

—¿Qué quieres decir, Marcia? Si era uno de los nuestros, ¿por qué estaba allí?

—Lo más probable es que fuese un mártir. Alguien que un superior estaba dispuesto a sacrificar para poner a prueba mi posición como Sargento. Para poner a prueba a todo el escuadrón. —Respondió con una tenue voz estremecida—. Ese chico al que maté vino especialmente a por mí. Y... —Marcia no estaba bien. Tuvo que hacer una pausa para que su rostro no se inundase en lágrimas—. Y tuve que matarlo viendo cómo sus ojos pedían a gritos auxilio.

Era lo que había estado imaginándome: que algo no andaba bien. Muchas piezas no cuadraban. Es más, muchos no sabíamos por qué hacíamos lo que hacíamos. ¿Quién era el supuesto director de aquella organización? Por lo que estaba observando a mi alrededor, lo que menos podía hacer era sentirme confiada como Hana me había pedido. Puse mi otra mano sobre la de la Sargento e intenté tranquilizarla.

—Está bien. Entiendo. Pero, Sargento, ¿por qué alguien querría ponernos a prueba?

—No lo sé. Hay algo que está cambiando aquí dentro tan rápido como lo está haciendo en el exterior. —Dijo ella, esta vez más segura de sus palabras. Sus ojos me miraron fijamente—. He venido a decirte esto porque no quiero que me malinterpretes ni que te delates a ti misma. Si es a ti a quien ponen a prueba, seguro que no estarán contentos con tus actos. Ni conmigo por ser incapaz de controlarte. —Suspiró—. Soy tu Sargento, quien te guía en el escuadrón. Si alguna vez ves que no actúo acorde con mi personalidad, debes ponerte alerta.

—¿Cómo puedo saber eso? Aún no te conozco lo suficiente.

—Ahora sabes que admiro cómo piensas y que tenías mi apoyo en lo que hiciste. Si de verdad no hubiese aceptado a esos humanos, los habría matado antes de que pudieses subirlos al aerodeslizador. Tenlo como referencia.

—¿Puedo confiar en mi escuadrón? —pregunté.

—Eso lo eliges tú. Yo hoy he decidido confiar en ti, Erika. —Miró hacia la puerta—. Y en él. —Se refería a Logan.

—¿Qué va a pasar con Logan?

—Nada, lo incorporaremos a los entrenamientos diarios y se unirá al escuadrón en la próxima misión. Lo dejo a tu cargo mientras tanto.

Marcia se levantó y aclaró su voz, intentando recuperar la compostura. Su respuesta no me había esclarecido nada, pero ahora sabía que no era mi enemiga ni el tipo de persona que yo había creído. Al menos, sentí que ella era la primera en la que podía confiar en aquel lugar bajo tierra. La Sargento se estaba dirigiendo hacia la puerta cuando emergió en mí una idea incapaz de concebir. Era el hecho de que nuestra gente tuviese acceso a naves, uniformes y demás del Estado.

—Una cosa más, Sargento.

—¿Sí?

—¿Cómo habéis conseguido esa nave del Estado? O el uniforme que llevaba el Renegado que tuviste que matar.

—No lo sé, Erika. Te haces muchas preguntas que no tienen respuesta. —Abrió la puerta y, antes de salir, se detuvo—. Pero no olvides que esas preguntas nos las hacemos todos.

Un “así que era eso” resonó en mi cabeza. Había estado pensando que me ocultaban algo, pero la verdad era que nadie sabía qué estaba pasando. La única intuición que Marcia y yo compartíamos es que muchas cosas estaban

cambiando, pero lo único que había cambiado era mi llegada con Logan a la organización. Quizás éramos una pieza que no encajaba con el puzle. Quizá era solamente yo. Estaba demasiado centrada en mí como para pensar que la pieza que sobraba podía ser Logan. En aquel momento, más que nunca, yo debía actuar correctamente. Debía hacer lo que una Renegada obediente haría: cumplir las órdenes al pie de la letra. Así que me conciencí de eso durante los segundos que estuve sola antes de que Logan volviese a entrar en la habitación. Venía con una sonrisa de tranquilidad y con el pequeño que había salvado agarrado a su mano.

—Aquí la tienes. Venga, corre. —Le dijo él. El niño corrió hacia mí y puso sus pequeñas manos sobre el borde de la camilla. Sus ojitos centelleaban al contemplarme.

—Hola, señorita.

—Hola, pequeñín. ¿Cómo te llamas? —le pregunté. No podía evitar sonreír. Era tan tierno.

—Maddox, pero tú puedes llamarme Mad.

—¿Cómo está tu madre, Mad?

—¡Bien, bien! Ven a verla, ven.

Reí de nuevo. Parecía animado, aunque creo que aquel lugar no le agradaba ya que, con cada ruido que escuchaba en el pasillo, brincaba. Logan se acercó para ayudar a que me incorporase. Sujeté la bolsa que me inyectaba aquel suero espeso y caminamos los tres durante unos minutos por el túnel de enfermería. A cada lado, había puertas de acero que daban a habitaciones donde decenas de heridos dejaban sanar sus lesiones. Sobre las mismas, un hololetrero parpadeante indicaba qué persona había sido internada. También, según el color del fondo, podía conocerse la gravedad de su condición. La mayoría de ellos tenían luces tenues, sin problemas ni complicaciones.

Nuestros pasos retumbaban en las paredes. A veces, Mad decía algo para volver a escucharse en el eco de aquel túnel desolado. Supuse que algunos heridos querrían matar al niño mientras otros se reírían de su inocencia. Aquel pequeño de ricitos rubios era encantador. Y eso que jamás se me habían dado bien los niños. De pronto, sentí en mi interior un halo de tranquilidad, de paz. Nos imaginé como una familia de tres, caminando a través de una verde pradera repleta de hermosas flores e iluminada por un sol real. Lo imaginé porque sabía que el mundo en el que vivíamos estaba muy lejos de ser de esa manera. Si acaso, con todo lo que estaba ocurriendo, lo más posible era que empeorase. Qué desconuelo. Y qué angustia cuando pensé en los niños como

Mad, en los de apenas un par de años, en los que estarían al nacer. Qué angustia pensar en qué les depararía si aquello seguía así.

—¿Podemos pasar? —pregunté al abrir la puerta.

—Claro. —Nos respondió una voz desde el interior.

Dimos un paso adelante y nos acercamos a ella. Su hijo fue corriendo para abrazarla y entendí cuánto se querían. Cuántas cosas habrían pasado juntos. A pesar de la medicina que le estaban administrando, su rostro no tenía un color natural. Era pálido con un atisbo de amarillo y las bolsas de sus ojos estaban comenzando a volverse moradas. Aún así, ella seguía sonriendo.

—Muchas gracias por protegernos el otro día, señorita. Puso su vida en peligro por nosotros, no sabe cuánto se lo agradezco.

—Era lo menos que podía hacer. ¿Cómo estás? —Me aproximé a su bolsa de suero y comprobé el nombre del medicamento. Era un antibiótico de buena calidad.

—Bien. —Contestó a secas.

Si no hubiese sido por la sonrisa tan falsa que plasmó en su rostro, no habría sospechado como lo hice.

—Ya veo. Ahora vuelvo.

—Señorita, no. —Murmuró al sujetar mi brazo para detenerme—. Por favor.

Lanzó una veloz mirada hacia su hijo y Logan, que jugaban juntos, y tiró de mí. Quería contarme algo al oído. Algo que rompería el corazón de su pequeño si se enterase, pero que el mío sería capaz de soportar por ser ajena a la familia.

—Estoy contagiada. —Sabía que era algo malo.

—¿A qué se refiere?

—La epidemia, señorita. Aquel soldado quiso quitarme la vida porque yo ya estaba infectada por la epidemia.

“¿Qué epidemia?”, pensé. “¿La que se suponía que se propagaría una vez que rompiésemos la pantalla atmosférica?”. Cada vez tenía preguntas más peligrosas en mi cabeza. Supuse que ella sabría algo más que yo después de haberme ido de Crawford cuando aún vivir allí significaba despreocupación.

—Por favor, dime todo lo que sepas de la epidemia. —Me aproximé a su rostro.

—Comenzó hace un par de semanas sin ningún motivo. Es todo lo que sé. Creo que tiene que ver con algo que el Estado se trae entre manos.

Sospecha. Duda. Desconfianza. Temor. Indicios de que algo iba de mal en

peor. Eso era lo que yo sabía, pero no podía decírselo a nadie. Ni a Logan. Ni a Marcia. A nadie.

—Protegeré a tu hijo. —¿Qué más podía decirle cuando la tez de su rostro anunciaba muerte? Y ella era consciente.

Mad tiró de ella para llamar su atención.

—¡Mamá! ¿Sabes que los dos son metahumanos? ¡Tienen poderes!

—Son personas, cariño. Esta muchacha es encantadora independientemente de lo que sea. —Dijo ella acariciando mi barbilla.

—Lo sé, mamá. ¡Son mis ídolos y ella es mi heroína!

Por primera vez en mucho tiempo, sentí algo parecido a lo que sería tener a una madre. Si no hubiese sido por la vergüenza, habría empezado a llorar a borbotones.

—Cuida de él. Pronto yo no podré hacerlo.

Aquella mujer se limitó a despedirse con una débil sonrisa. Tras ese día, no volví a verla. Cuánto habría dado por que se recuperase y pudiese formar una vida serena junto a Maddox. Afortunadamente, él encontró un nuevo hogar en una familia adinerada del distrito de Strafford que decidió adoptarlo al conocer su condición de huérfano.

Capítulo 29

Base de Renegados n ° 17 – Diciembre – Distrito de Cunningham.

—¿Eres tonta? De esa manera, te contraatacarían con otra llave que te inmovilizaría. Estarías muerta en cuestión de segundos.

—Oh, sumo caballero de las artes marciales, supongo que tendrás que ser tú quien nos enseñe técnicas en lugar de nuestros superiores.

—Erika, te lo digo muy en serio. He peleado muchas veces cuerpo a cuerpo antes.

—¿Has matado a muchas personas? —le pregunté. El silencio que Logan mantuvo fue suficiente.

—He tenido que hacer demasiadas cosas horribles. Todo por Amaya. Siempre por ella.

—Tu madre fue cruel contigo.

—Jamás quiso ser mi madre.

—¿Qué hay de tu padre?

—Murió el mismo día que ella. —Su mirada se oscureció.

—Lo siento mucho Logan... ¿Quién era?

Aquella pregunta salió de mi boca como si nada. Sin darme cuenta siquiera. Él enmudeció un momento y, luego, me dedicó un decepcionante gesto.

—¿Sabes? Drake, tu antiguo compañero de trabajo, era mi mejor amigo. También obedecía órdenes de Amaya. Nadie lo sabía, pero él era capaz de viajar a través de los recuerdos de las personas. Era capaz de traspasar paredes y mentes. Siempre lo había hecho solo, pero se atrevió a intentar llevarme con él. Un día, mi madre me humilló y decidí vengarme de ella descubriendo alguno de sus peores secretos. —Logan presionó sus párpados con los dedos—. La vi en la cama de una enorme mansión junto a un poderoso científico humano. También pude ver lo que, meses más tarde, le hizo al hijo de aquel humano. Resultó ser todo un éxito el intento de Drake.

Aquella historia me era de lo más familiar. Logan no me dijo el nombre de su padre y yo tampoco me atreví a preguntarle. No parecía orgulloso. Estábamos hablando con normalidad después de mucho tiempo, así que cambié de tema para evitar estropearlo. Íbamos de camino al comedor antes

del entrenamiento cuando Aaron pasó por nuestro lado. Caí en la cuenta de que no le había visto desde la misión. Me resultó de lo más extraño.

—Eh, bonita. —Dijo, llamando mi atención—. ¿Almuerzas conmigo?

—Lo siento, ya tengo compañía. —Respondí, señalando con mi pulgar a Logan, que estaba a mi derecha.

—Una pena.

Aaron siguió su camino ignorando a Logan. Parecía estar cada día más corpulento y temerario. Llevaba puesta una camiseta de tirantes negra que marcaba sus pectorales y dejaba al descubierto sus imponentes hombros. Me pregunté qué sería de aquella joven esbelta de cabellos rubios a la que le rompió la muñeca y varias costillas. Después de aquello, todos temían luchar contra mí.

—¿Os pasa algo? —le pregunté a Logan.

—Pregúntale a ese imbécil. Parece que le gustas.

—Quizás le gustes tú.

Empecé a reírme a carcajadas cuando giré mi vista hacia él y pude contemplar la expresión tan irritada que tenía junto a su ceño fruncido. Su cara era un libro abierto desde que llegamos a aquel lugar subterráneo. Él tiró de mi goma del pelo y me despeinó en venganza. Al final, siempre terminábamos riendo y jugando como dos adolescentes despreocupados. Nos esperaba un gran agobio a la vuelta de la esquina. El comedor estaba repleto. Más que nunca. Aquel día era el combate cuerpo a cuerpo que repetíamos todas semanas para poner en práctica lo aprendido, así que todos almorzábamos a la misma hora. Logan y yo cogimos una bandeja y esperamos en la cola casi veinte minutos. Fue una suerte que en la mesa de Hana y Primitivo quedasen dos lugares libres. Caminamos rápidamente para que nadie pudiese arrebatarlos los asientos, pero justo cuando Logan iba a sentarse apareció Aaron.

Saltaban chispas en sus miradas penetrantes.

—¿Qué haces, bastardo? Este lugar ha sido mío desde hace mucho tiempo. El tuyo está allí arriba con tu panda de asesinos.

Aaron intentó empujarle hacia atrás al presionar la bandeja contra su abdomen, pero lo detuvo con las manos.

—¿Acaso quieres pelea? —le preguntó Logan. Su voz era grave y oscura.

—Para nada.

De pronto, el comedor enmudeció. Aaron había vertido su vaso de agua sobre el cabello de Logan. Juraría que aquella sala iba a ser destruida a manos

de esos dos. Todos observábamos perplejos. ¿Por qué estaba actuando Aaron así? No lo sabía, pero mi sangre quemaba. Estaba aprovechándose de la vulnerabilidad de mi amigo. De la vulnerabilidad que suponía proceder del bando enemigo. En cualquier pelea, fuese de quien fuese la culpa, el que más perdería sería Logan. Eché la silla hacia atrás y me puse en pie junto a él.

—No pasa nada. —Le dije antes de peinar su cabello hacia atrás con mis dedos. Sus labios temblaban violentos—. Aquí tienes dos asientos para ti. Que te aproveche, Aaron.

Le hice una sarcástica reverencia a mi compañero de escuadrón y tiré de Logan para sacarlo de allí antes de que empezase una pelea de verdad. Cuando nos alejamos del comedor, pude dejar que mis manos temblasen sin ocultarme. Pasé mucho miedo al enfrentarme a aquel tío sin escrúpulos. Y al pensar que Logan podía terminar perjudicado. Aquel día sacamos comida de una máquina expendedora. El sabor era horrible, aún peor que la del comedor, pero necesitábamos nutrirnos y recuperar fuerzas antes de luchar con el contrincante que nos fuese asignado.

Más tarde, la peculiar voz femenina comenzó a citar nombres y todos los alumnos nos dirigimos hacia el aula de combate. Algo había cambiado. Había armas blancas como pequeñas dagas con forma de “x” que podían ser lanzadas, hojas curvadas, falcatas, sables y punzocortantes con ambos filos afilados. Al pensar en todo lo que se podía hacer con aquellas armas me invadió una sensación de pavor. Este entrenamiento era diferente y no solo lo expresaba mi cara. Mis compañeros estaban tan confusos como yo. Hana se acercó por mi izquierda y me dio un tímido codazo. En sus labios pude leer “¿De qué va todo esto?”. Y yo qué sabía.

—No os contengáis. Lo único que está prohibido es matar al adversario. Os deseamos mucha suerte, Renegados.

Fue lo único que explicó la voz femenina antes de dar comienzo a los combates. A medida que los alumnos luchaban, iban descubriendo cuántas más cosas podían hacerle a su contrincante. Algunos salieron muy heridos. Otros inconscientes. Apenas un par de ellos utilizaron poderes. Entonces, llegó mi turno. Había estado ganando durante tres semanas consecutivas, pero mi rival lo había estado haciendo durante años. El saberlo me generaba más inseguridad que todo aquel armamento salpicado de sangre y que los murmullos de mis compañeros.

—¿Estás lista, mi “reina”? —preguntó con retintín al dar un paso al frente. Se llamaba Lucius. Nunca lo había visto en el comedor con los demás, ni

en los entrenamientos. Era un chico alto y delgado, a mi parecer con una complexión extrañamente distorsionada. Cabello largo y blanco que ocultaba sus irises ya rojos como el fuego. Lo más probable es que estuviese dispuesto a derrotarme utilizando sus poderes. Tenía un rostro alargado del cual sobresalía su nariz puntiaguda y aguileña. Era imposible calcular la edad de aquel tipo, pero provocaba escalofríos con tan solo observar su retorcida y maniática sonrisa. ¿De verdad existía esa clase de gente dentro de los Renegados? Me parecía sorprendente. Adoptó una postura de combate que jamás llegué a comprender. Tan extravagante como él mismo.

—¿A qué esperas? —le provoqué.

Chasqueó los dientes. Una patada directa a la mandíbula me dejó torpemente bailando sobre la punta de los pies. Crucé mis brazos para bloquear algunos de sus puñetazos y conseguí esquivar algunos otros, pero era demasiado rápido. Demasiado entretenido para él. Intenté mantener la distancia para idear un plan de ataque, pero mi rostro recibió una embestida limpia. Mantuve el equilibrio por instinto mientras la sangre comenzaba a hervir en mi interior. Mandé al infierno el plan de ataque y me abalancé sobre mi rival para devolverle un codazo en el ojo izquierdo tras un rodillazo en el estómago. Gran error. Aquel excéntrico aprovechó la oportunidad para sujetar mi pierna y derribarme. Sentí cinco o seis impactos en mi cuerpo más un par en mi cabeza y se alejó para que yo pudiese ponerme en pie. Era un sádico y no parecía cansado. Al revés, sus labios torcidos me decían que estaba deleitando el enfrentamiento. Mis compañeros me observaban con preocupación, aun sabiendo que lo máximo que podría hacerme era dejarme inconsciente. A Logan ni le miré. Me puse en pie con el cuerpo descompuesto y una ceja reventada de la que escapaba sangre a borbotones. Probablemente una hemorragia. Tenía que acabar pronto, pero no sabía cómo y tampoco estaba dispuesta a ser derrotada o pedir la rendición.

Las armas podían ser una opción.

Corrí hacia ellas y me hice con un par de dagas que lancé a Lucius. Esquivó dos y la tercera le atravesó su mano diestra. Furioso, se la arrancó sin ningún tipo de piedad y la hizo volar en mi dirección. Supuse que querría haberme atravesado la cabeza, pero falló. Su ira nubló su puntería y me reveló su punto débil. El ego.

—¡Eh! —le grité con dificultad para respirar—. ¿A eso le llamas puntería?

Lucius corrió hacia mí lo más rápido que pudo y me embistió con su hombro. Mi cabeza rebotó al caer al suelo. Había cierto sabor a sangre en mi

boca. Esta vez no permitió que yo me reincorporase, sino que pisó mi estómago con su bota militar y se inclinó. Desde el suelo pude observar el brillo que despedían los binoculares de un señor mayor que contemplaba la escena desde las oscuras cristaleras superiores. No pude comprobar de quién era el rostro, pero aquella figura era indudablemente de él. Las horas que pasé en aquel Café junto a mi Gerente fueron suficientes para saberlo. Era Einar. Era mi momento.

—¿Te ha dolido fallar el tiro? Tienes una puntería horrible. Me recuerdas a mi hermanita de tres años. —Le susurré a mi contrincante. Él no sabía que lo de mi hermana era mentira.

—Y tú tienes una boca muy sucia.

—¿Qué se siente al estar a punto de ganar, Lucius?

—Una dulce excitación que te deja con ganas de más. —El talón de su bota se enterró en mi abdomen con más fuerza.

—Lo sé. —Contesté.

Sabía que me haría bastante daño si hacía lo que estaba pensando hacer, así que decidí dejar de pensar. Me impulsé hacia arriba, dejando que su bota hundiese mi estómago e hiciese crujir mis costillas, y le arremetí un cabezazo que consiguió desequilibrar su deformada complexión. Aproveché la ocasión para hacerle tropezar con mis piernas y, una vez cayó al suelo, me arrojé sobre su cuerpo. Concentré mis pensamientos en que mi masa muscular pesaba diez veces más sin saber si funcionaría, pero al verlo inmovilizado me percaté de que mi estrategia de última hora había sido todo un éxito. Aquel sádico no debería de haberse parado a conversar conmigo. Ese fue su gran error. Intentó resistirse con los cabezazos que empezó a dar en el aire y no pude evitar reír. Los cabellos blancos cubrían su rostro desairado. Los aparté y me acerqué a su oído mientras le sujetaba la frente para paralizarlo.

—Qué dulce excitación estoy sintiendo, Lucius.

Segundos después, el cabezazo que le propiné apuntando a su nariz aguileña partiría su tabique y lo dejaría inconsciente.

Gané yo.

Y no solo el combate. Gané la aprobación de Einar y la admiración de mi escuadrón. Cuando dejé de usar mis poderes, mi cuerpo se volvió una pluma encima de aquella persona, aunque apenas podía moverme. Descansé mi mentón sobre el pecho de Lucius mientras todos aplaudían y gritaban orgullosos. Victoria y poder. Algo nuevo estaba naciendo en mí. Pese a todo, en aquel momento lo único que me apetecía era sentir cómo el viento veloz se

estrellaba contra mi casco mientras abrazaba a Logan desde atrás. Como aquellas noches en las que me llevaba en moto a mi antiguo piso. Como aquella noche que me enseñó lo hermoso que podía ser un cielo libre de corrupciones. Libre de artificialidad. Mis párpados se cerraron a medida que el dolor de mi cuerpo iba desapareciendo.

El resultado final fue tres costillas rotas, cinco puntos en la ceja, una contusión cerebral y el ascenso a Sargento Segunda de mi escuadrón por derrotar a un coronel.

Capítulo 30

Central Científica Regional de Cunningham – Diciembre – Distrito de Cunningham.

Aquel sensor de ritmo cardíaco que hacía eco en la sala de experimentos continuaba aumentando con cada segundo que el tiempo dejaba pasar. El pulso del joven que colgaba de unas cadenas al otro lado de las cristaleras opacas comenzó a convulsionar a medida que su corazón rozaba las trescientas pulsaciones por minuto. Su cuerpo temblaba incontrolablemente mientras sus músculos contraídos luchaban por relajarse.

—Señorita, está al límite.

—No se preocupe. —Contestó la joven que vestía una bata blanca y observaba cómo reaccionaba el cuerpo de su hermano ante diversos experimentos.

—Sue, vas a matarlo. —Le advirtió duramente una de las científicas antes de marcharse.

—Aguantaré. —Se dirigió hacia la puerta que separaba ambas salas y entró en la de experimentos—. Adiós, hermanito.

Sue sacó de uno de los bolsillos una aguja de casi quince centímetros que contenía una disolución del color de la muerte. Se la inyectó y esperó unos segundos antes de abandonar el lugar. Tanto el suelo como las paredes eran de un blanco nuclear sin permutaciones. Del techo colgaban las cadenas que mantenían en pie al joven inconsciente. De pronto, dejó de estremecerse. Lex se desvaneció. Por su mentón se deslizó una espesa línea de espuma al mismo tiempo que una de las cadenas se resquebrajó. El sensor del ritmo cardíaco guardó silencio unos minutos.

—Como pensaba, el experimento ha fracasado. —Murmuró Cox cuando ella entró a la sala de observación.

—Ajá.

—No podemos seguir derrochando vidas valiosas, señorita. Su hermano podría haber sido una pieza muy poderosa en nuestro ejército de mutantes.

—Mi hermano no es la pieza de nadie. Solo yo puedo ordenarle qué hacer, ¿entiende?

—Ahora ni usted podrá hacerlo. Mírelo, está muerto.

—Cox, creí que era uno de los científicos más cualificados del continente. ¿Se equivocaron con usted? Solo cállese y observe.

Un sonido silbó. Una vez, otra y cientos de veces más. Tan pronto bajaba como subía. Su corazón estaba atravesando una montaña rusa que no era fácil de detener, pero Sue reía a carcajadas al otro lado del cristal que los aislaba. El ritmo cardíaco siguió subiendo hasta que, en la cuadrigésima nonagésima novena pulsación, el sensor estalló. El torso de Lex convulsionó, sus brazos destrozaron las cadenas y su cuerpo se adhirió al techo como si de un campo magnético se tratase. Algo cambió en su interior y todos los científicos pudieron ser testigos de ello cuando por sus venas ahora corría el líquido que una vez su hermana le introdujo. El joven abrió sus párpados, dejando ver la batalla que yacía en sus irises. Atisbos de rojo, de negro, de amarillo. Atisbos del nacimiento de un nuevo mutante híbrido diferente al que todos pudiesen haber visto. El color de sus ojos cambiaba según qué objeto observasen. Las pupilas del mutante se movieron bruscamente hacia Sue, la chica de cabello rosa con tez pálida, frágil y delgada que acababa de destrozarle la vida egoístamente a su hermano.

Ella empezó a reír a carcajadas.

—He aquí el nacimiento de un mutante inmortal. —Gritó entusiasmada.

—Es un híbrido. —Rectificó Cox.

—Es un mutante superior a cualquiera que hayamos visto antes. —
Comentó otra.

—Se volverá incontrolable.

—Calmaos. Demostraremos que este hombre será el mejor soldado que haya existido.

—Actuará conforme a sus creencias, a su ética y a sus recuerdos, señorita. Eso es algo que define las acciones de los humanos.

—Ese hombre que veis ahí no tiene recuerdos, ni creencias, ni ética. Acaba de nacer tal y como el sensor nos reveló antes. Hará lo que yo le haga creer que es correcto. —Explicó Sue. Pasó la mano por su flequillo para peinarlo—. Me he quedado sin hermano.

—¿Por qué ha hecho esto, señorita? Usted quería curarle. Que fuese humano. —Le murmuró Cox. El hedor de su aliento encarnaba la putrefacción.

—Mis intereses han cambiado. Ahora quiero poder, reconocimiento y dominios. Y los logros que alcance con los experimentos que haré con esta persona —señaló a Lex— me lo otorgarán todo.

Un intenso rubor irrumpió el rostro de la joven cuando la perturbación

junto a la obsesión se instaló en su mirada. El resto de los científicos quedó enmudecido.

Base de Renegados n ° 17 – Diciembre – Distrito de Cunningham.

—¿No crees que dos semanas de recuperación es demasiado poco? —me preguntó Primitivo adoptando su postura de combate.

—Dos semanas y tres días. —Rectifiqué—. ¿Es que queréis que pase mi vida en una camilla?

Tanto Primitivo como yo manteníamos charlas divertidas mientras entrenábamos cada día. Habían pasado dos días desde que desperté y, aunque mis músculos ya se sentían engarrotados sobre aquel lecho de enfermos, mis costillas seguían resintiéndose con cada golpe que recibían. No obstante, lo que más me preocupaba era la cabeza. Ahora que yo era la Segunda Sargento del escuadrón, no podía permitirme desaparecer por tanto tiempo. Recuerdo el susto que me di cuando desperté y lo primero que pude visualizar fue a Einar con un documento de casi veinte páginas en su holopulsera. Era un contrato que debía firmar para ascender mi rango dentro de los Renegados antes de hacerlo público. Fue un alivio saberlo, porque lo único que pude imaginar al principio era mi suspensión como guerrera. Lo que más me impactó de aquel momento fue que Einar, mi antiguo jefe en el Café, también lo pareciese en la base. Le pregunté si era él quien dirigía a los Renegados, pero lo negó rotundamente. “Solo recibo órdenes. Aunque tengo más poder que cualquier coronel, soy un simple mensajero que viaja de base en base por todo el continente”, me explicó. También le pregunté si sabía algo de mi padre, pero recibió una llamada y tuvo que marcharse. Me hubiese gustado conversar un rato más con aquel señor canoso de sonrisa ocre.

El pie de Primitivo que pasó por detrás de mis tobillos me mandó al infierno. Caí de espaldas y sentí un dolor punzante en mis costillas. Y otro más punzante en mi dignidad. No había otro momento mejor. No. Logan tenía que pasar por mi lado en el instante en que fui derribada para que se jactase de mí. Ni el hecho de que ahora fuésemos amigos impedía que siguiera burlándose de todo lo que hacía. A veces, por no decir siempre, me sacaba de mis casillas. Freía mis nervios. “Peleas como una gallina”, me susurró a la vez que extendía sus labios socarrones. No entendí que quiso decir porque no sabía qué era una gallina, pero estaba segura de que intentaba ofenderme con esa palabra.

Primitivo empezó a reírse.

—¿Qué es tan gracioso, titán? De ella solo me río yo.

—Lo siento. —Contestó el inocente gigante que me había tirado al suelo.

—No le hables así a nuestro compañero, Logan. ¿Por qué no entrenas conmigo?

—Oh, vamos, ¿es que quieres acabar con la poca dignidad que te queda?

¿Estaba molesto? ¿O más gracioso que de costumbre?

—Lo siento, Primitivo. Seguiré entrenando con él. —Le expuse. Él aceptó y se marchó cabizbajo. Quizá pensaba que yo me había enfadado por lo anterior. Qué inocente era—. Vamos, pelinegro.

—¿Qué me has llamado?

Intenté asestarle un par de golpes con ambos puños, pero me derribó en cuestión de segundos. Tenía que admitirlo, era ágil y veloz. Bastante bueno en el combate cuerpo a cuerpo. Bastante bueno distraendo con su rostro serio. Era una expresión que jamás había tenido oportunidad de contemplar. Es decir, nunca había peleado contra él ni lo haría, así que supuse que no volvería a ver esa expresión. Me gustaba. Durante unos minutos seguimos resistiendo en pie hasta que volví a caer. Esta vez no pude evitar que mi cabeza chocase con el suelo.

—Eres bastante mala con tu izquierda.

—¿Es ese mi punto débil?

—Tienes muchos. Por ejemplo, tu posición de guardia, el ángulo de tus piernas... —Empezó a enumerar a medida que bajaba todos los dedos que había subido.

—Vale, ya está. No me ayudará saber que soy un desastre.

—Erika, mezclas las técnicas con tus instintos. Eso no es ser un desastre. Podrías ser muy poderosa y derrotar a cualquiera, pero os enseñan técnicas defectuosas.

—¿Qué quieres decir?

—Que, al parecer, se aseguran de que ninguno de vosotros pueda derrotar a sus superiores.

—Pero yo derroté al coronel de esta base.

—Supongo que fue un golpe duro para ellos.

—¿Cuál es tu punto débil, Logan?

—Como si fuese a decírtelo. —Extendió su mano hacia mí—. Venga, levántate de una vez, floja.

Sus ojos se abrieron cuando se percató de mi sonrisa maliciosa. Tiré de él

utilizando toda mi fuerza y enredé mis piernas en las suyas. Logan cayó sobre mí.

—Es tu falta de atención a los pequeños detalles. —Le revelé.

—Me parece que estás un poco desorientada.

Sentía su aliento sobre mis labios. Su cabello negro provocando cosquillas sobre mi frente despeinada. Y su musculoso cuerpo sobre el mío. Sentía su calor corporal. El sudor corriendo desde su cuello y desembocando en el mío. Nuestros ojos se encontraron por unos segundos. Quedé enmudecida.

—Joder, Erika. Qué atrevida eres —Masculló Hana al pasar de largo por nuestra zona de combate.

Logan intentó extender su sonrisa pretendiendo volver a burlarse de mí, pero sus labios imitaron una perfecta línea recta cuando contempló mi rostro ruborizado. Pensé que se me saldría el corazón del pecho y me avergoncé aún más al imaginar que podía estar sintiendo mis latidos en su torso. Mi cabeza daba vueltas. Era imposible pensar con claridad, como si estuviese aturdida, mareada, desorientada. No sabía qué decir ni cómo reaccionar. Si tan solo me hubiese reído y le hubiese seguido la broma a Hana, no habría pasado por aquella tortura.

—Por favor, apártate. —Le pedí con una temblorosa voz avergonzada.

Logan se levantó y volvió a extenderme la mano. No le dirigí la mirada ni acepté su ayuda, sino que sequé el sudor de mi frente y de mi cuello y me marché sin más. Necesitaba respirar. Dejar entrar aire en mis pulmones agitados. No entendía qué había sido todo aquello. Qué había sido esa sensación.

Mi cuerpo estaba fuera de control.

Capítulo 31

Base de Renegados n ° 17 – Diciembre – Distrito de Cunningham.

El mes estaba a punto de terminar. Con él, dejábamos atrás un impresionante año de cambios asombrosos. Todos mis compañeros parecían más alegres que de costumbre. Al parecer, en la base celebraban fiestas para festejar el comienzo de un año nuevo y más próspero que el anterior. Eso decían. Me preguntaba qué tipo de misiones harían aquellos holgazanes de clase baja que se pasaban el día paseando por las instalaciones de brazos cruzados. Es decir, los débiles desde el punto de vista de nuestros superiores. Pero el objetivo de cada misión era secreto y se consideraba una falta grave revelarlo, al igual que nuestros poderes o mejores habilidades. Podíamos utilizarlos durante los combates semanales por el hecho de que, a primera vista, era muy incierto determinar qué poder tenía cada uno. Solamente podíamos hablar del asunto con el escuadrón y ni siquiera eso hacíamos.

Hana y yo estábamos sentadas en las sillas de la mesa cuatro del comedor. Aquel día llegamos pronto y pudimos llevarnos las mejores raciones y el mejor lugar, junto al sistema holográfico noticiero. No fue casualidad, sino que le pedí el favor de acompañarme media hora antes de lo normal. Me sentía nerviosa e incapaz de encarar a Logan después de la expresión que me había visto hacer el día anterior.

—Es un buen lugar, pero apesta si desayunas escuchando a un tío hablar de muertes y desgracias. —Comentó Hana.

—¿Qué esperas, preciosa? Vivimos en un continente en guerra. —Contestó Aaron, que estaba en frente mía.

Desde el día de su discusión con Logan, la Sargento le ordenó que viniese antes tanto a desayunar como a almorzar, de manera que evitase estar en el comedor a la misma hora que él. A Aaron no le quedó otra que obedecer después de que Einar le amenazase con transferirle de base o expulsarle. De esta manera, se volvió muy difícil coincidir con él.

—Me sorprende lo estúpida que puede llegar a ser la especie humana. —Espetó Aaron. Echó su silla hacia atrás y se dispuso a levantarse—. Será mejor que me marche antes de que le tronche el cuello a ese imbécil.

Claro. Entendí perfectamente a lo que se refería. En el noticiero

comunicaron la muerte de más de cincuenta personas por someterse a un experimento que resultó ser una matanza masiva. Entendí que la culpa era de esos humanos que permitieron que sus vidas fueran utilizadas como ensayos. Pero también sentí que no lo habrían hecho de no ser porque se encontraban en una situación desesperada. Quién sabe si eran personas que se estaban muriendo de hambre, de enfermedades o de las epidemias que nosotros habíamos causado. Al final, no existía tanta diferencia entre el Estado y nosotros porque todos estábamos haciéndole daño al mundo. Lo único que nos diferenciaba, quizás, era el fin por el que actuábamos.

Luego, cuando un chico alto y atractivo se sentó en el lugar que antes ocupaba Aaron, entendí lo último que había dicho. Sus pupilas centelleaban mientras buscaba mi mirada con la intención de averiguar algo. De desnudar mis pensamientos. Quién más podía ser aparte de él. Labios rectos como un trazo hecho a la perfección.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—No quería encontrarme contigo.

Sentí una punzada en el pecho. Rabia y despecho por sus palabras. Y una pizca de abatimiento.

—Yo tampoco quería encontrarme contigo. —Le contesté a Logan.

—Qué bonita coincidencia. —Dijo sarcásticamente—. ¿Alguna vez te han dicho que eres como una rosa?

—¿Cómo?

No tenía ni idea de qué estaba diciendo tan de repente.

—Sí, de esas que reclaman a gritos un poco de atención, pero luego no se dejan ni rozar.

—Está bien, Logan. Que te aproveche.

Era innecesario seguir escuchando sus palabras. O debía estar aún dormido o simplemente había empezado a delirar. Estaba decidida a levantar mi trasero de aquella silla cutre y a abandonar el comedor en el que alguien me quitó las ganas de comer cuando una nueva noticia invadió la sala.

Plash.

Fue el sonido que hizo la cuchara que mi mano sujetaba al caer sobre la sopa. Es prácticamente imposible describir lo que sentí cuando vi la cara de la que fue mi mejor amiga en la pantalla holográfica. La cara de Sue. Golpeé la mesa con mis dos puños y me levanté expectante. ¿Tenía miedo de que hubiese muerto? No. Tenía miedo de algo más.

—Hoy, ciudadanas y ciudadanos de este mundo, acontecemos a la entrega

del Premio Nobel de Ciencia e Investigación a la persona más joven de la historia que lo haya recibido desde la Tercera Guerra Nuclear. —La voz del presentador hizo una pausa para permitir que Sue entrase en la sala—. Sue McMahon, galardonada por el descubrimiento de un antídoto temporal contra las mutaciones y por su colaboración con la organización de Ciencia e Investigación mundialmente conocida como *Jaeger*...

Aquella voz aguda dando las gracias a todos por su apoyo me puso enferma. Sentí cómo mi garganta se contraía produciéndome arcadas. Iba a vomitar la sopa. Iba a llorar. Y lo único que hice fue correr y escapar de su oscura voz hipócrita. Casi llegando a mi dormitorio, tropecé y caí al suelo. Mis rodillas se sentían calientes, dolían. En realidad, todo mi cuerpo se sentía así.

Unos brazos fuertes me abrazaron desde atrás. Mis sentidos se sintieron abrumados por su aroma, que olían a viento salitrado. A la fragancia que envolvía aquel acantilado contra el que rompían eternas olas de sal. Mi corazón se calmó al recordar mi atardecer preferido. Perdí las pocas fuerzas que me quedaban.

—Era tu mejor amiga, ¿verdad? —me preguntó Logan, que había venido corriendo tras mi cobarde huida.

—Era mi hermana. —Mascullé. Una lágrima se desprendió por mi mejilla derecha. Los labios me temblaban.

Logan se puso en pie y, sin dudarle ni un segundo, me cogió en brazos para llevarme hasta mi dormitorio. Dolía la delicadeza con la que me tocaba. Como si me fuera a romper. Me senté sobre el filo de la cama y él sobre la silla de mi escritorio. Sus rodillas rozaban las mías.

—Lo siento. —Aclaró su voz. Estaba avergonzado—. Por haberte dicho eso antes.

Mantuve la mirada hacia el suelo. Tenía miedo de enfrentarlo. Y, por supuesto, estaba devastada. Una de las personas que más quise en mi vida se había convertido en una de mis peores enemigas. En una de esas personas que matan a otras por ambición. En una de esas que disfrutarían con mi muerte y la de todos mis compañeros. Me sentía acorralada. Paralizada. ¿Qué debía hacer cuando llegase el momento de volar por los aires la base donde trabajaba Sue? Después de todo, era yo quien seguía queriéndola como una hermana. De eso estaba segura. Ella me odiaba.

—Eh, tú, tonta.

Logan levantó mi barbilla con sus dedos y me confió una de sus miradas

solitarias y preocupadas.

—Estoy aquí para ti. Así que ven.

Se acercó a mí y abrió sus brazos. Comencé a llorar sin reparo. Me pregunté si le hice sentir solo al no devolverle el abrazo en el pasillo, al no querer desayunar con él o al ni siquiera mirarle a los ojos o compartir algunas palabras en aquel momento. Al fin y al cabo, allí dentro solo me tenía a mí. Aproximé mi cuerpo al de él y lo abracé con todas mis ganas. Al apoyar mi cabeza en su pecho pude sentir sus latidos fuertes y acelerados. No fui capaz de expresar lo agradecida que estaba de que estuviese ahí siempre que lo necesitaba. De que llenase el vacío que me consumía en los momentos más duros.

Poco después, nos enteramos de que aquel suero que Sue inventó serviría para anular completamente cualquier mutación o metahumanidad durante un período de tiempo. Habían descubierto la manera de anular nuestros poderes.

Capítulo 32

Base de Renegados n ° 17 – Diciembre – Distrito de Cunningham.

El olor de las amargas colillas que Einar hundía en su cenicero sofocó el aire del despacho subterráneo. Se volvió espeso y oxidado. El hombre canoso estaba sentado sobre una de las esquinas del escritorio, observando un holograma que mostraba el mapa del continente. Dentro del mismo, habían repartidos algunos puntos blancos parpadeantes y otros tantos rojos. Tras Einar, una gran pantalla holográfica mostraba el paisaje de una ciudad deshabitada sumergida en la oscuridad. La puerta provocó un chirrido al abrirse.

—Las puertas están fallando con más frecuencia. —Comentó Marcia al verse obligada a deslizar la puerta hacia la izquierda con sus propios brazos—. ¿Me has llamado?

—Eso creo. —Musitó él—. Te prepararé café.

—Gracias. ¿Por qué tienes de fondo el distrito de Crawford?

—Es ahí donde vivía la mujer que amaba.

—No sabía que tuvieras una esposa. ¿Qué fue de ella?

—La abandoné hace muchos años. Ahora está internada en un centro psiquiátrico. Es un tema del que prefiero no hablar.

—Está bien. Lo siento. —Marcia recibió en sus manos una taza de café que desprendía olor a tierra amarga—. Gracias.

—Hay un tema que me preocupa, Marcia. Quería consultarlo con alguien y terminé llamándote a ti. ¿Por qué crees que será?

—Por favor, Einar. Sin rodeos. ¿Nuestros superiores tienen nuevas órdenes para mí?

—No te precipites. Solo me preguntaba qué podríamos hacer con el hijo de nuestra archienemiga como guerrero. O qué podría hacer él contra nosotros.

—Si te refieres a Logan, déjame aclararte que no es nuestro enemigo. Puede que Amaya lo fuera, pero ella está muerta ahora.

—¡Ese es el gran problema! —gritó Einar—. Habrá cientos de metahumanos buscando al supuesto heredero de su clan.

—Él atestiguó que no le interesaba suceder a su madre. No tiene ningún interés en dificultarnos las cosas.

—No lo entiendes, Marcia. Que ahora mismo esté respirando ya las dificulta. Logan es el rival natural de Erika. Su vida simboliza un gran conflicto entre el trono y ella.

—¿Y qué quieres que hagamos? A Erika no le interesará ser la reina de nadie si no es con Logan a su lado.

—Querida. —Susurró Einar a medida que se acercaba a ella para acariciar el cabello celeste ártico que ya rozaba sus orejas—. Erika nació con el don que creará vida fuera de este continente. Es la única esperanza, la futura creadora de una nueva era fuera de estas tierras putrefactas. Es por eso por lo que la llamamos reina. No tiene elección.

—Estás muy equivocado, Einar. No quiero seguir discutiendo este asunto. Logan es un guerrero excelente y no estoy dispuesta a falsificar una expulsión si es eso lo que querías.

La mujer, furiosa, abrió la puerta empujándola con su hombro derecho y abandonó el despacho sin mirar atrás. El aire concentrado con olor a colillas se dispersó hacia el pasillo. En el escritorio yacía una taza de café con sabor a frustración. Mientras tanto, Einar se colocó un cigarro sobre sus labios arrugados. El tabaco se consumía con cada calada, desprendiendo cenizas por el suelo acerado. Su mirada se mantuvo perdida durante unos segundos, pensativa. Luego, levantó la vista y divisó el camino por el que se había marchado la Sargento que no quiso acceder a su petición.

—Logan no tiene futuro aquí. No con nosotros, Marcia. Es una pena que me hayas decepcionado.

Central Científica Regional de Cunningham – Diciembre – Distrito de Cunningham.

En algún lugar perdido dentro de aquellas instalaciones científicas más parecidas a un laberinto que a un edificio, treinta personas humanas perdieron la vida a favor de sus familias. Treinta alientos a cambio de que sus padres, hijos, nietos o quienquiera que fuese importante para ellos pudiesen llevarse una migaja de pan a su estómago cada día del resto de sus vidas.

Sue cruzó sus brazos cuando el trigésimo humano no fue suficientemente capaz de soportar el experimento al que había sido sometido. Una luz roja se encendió en el laboratorio junto a una aguda señal de emergencia indicando el nuevo fracaso. La joven pateó una estantería.

—¡Esto es una pérdida de tiempo! —gritó—. Son débiles y enfermos, maldita sea.

—Señorita...

—Ahora no, Cox. Mantenga su boca cerrada, por favor. Lo que quiero decir es que necesitamos a un grupo de personas fuertes y sanas.

—Nadie con esas características se presenta voluntario. Si no tienen hambre o enfermedades que curar, no ven necesario arriesgar sus vidas por un dinero que no les falta en casa. —Espetó un chico. Estaba sentado al fondo del laboratorio.

—¿¡Qué diablos hace ese monstruo aquí dentro, Sue!?! —gritó el científico conmocionado al percatarse de la presencia de Lex—. Está... ¿consciente?

—Así es. En momentos como estos quiero que aprenda de manera que el día que me ocurra algo pueda seguir adelante con mi proyecto.

—Ya veo, la observación es uno de los métodos de aprendizaje más efectivos.

—Simple imitación. —Rectificó ella.

De repente, una alerta saltó en todos los pasillos de la Central. Se escuchaban cientos de pasos correr de un lado a otro. Investigadores, científicos y cazadores caminaban agitadamente con sus ojos alarmados y sus corazones a ciento ochenta por minuto. Las gotas de sudor cayendo por las espaldas y las fruncidas frentes revelaban preocupación. Todo era percibido en la mente de Lex. Incluso el tacto del dedo índice que un investigador puso sobre el botón de la puerta antes de abrirse.

—Necesitamos refuerzos. ¡La muralla de Manygoats ha caído y todos los habitantes que escaparon de Crawford ahora están atravesándola!

Manygoats era el distrito contiguo a Crawford. Se caracterizaba por una peculiar despoblación desde hacía años. Dentro de él, yacían numerosas montañas y arduos caminos desérticos sin un mínimo rastro de vida. El beneficio que el Estado obtenía de aquellas condiciones era que el propio distrito hacía de muro entre los más peligrosos y pobres y lo más seguros y ricos. Jamás quisieron que nadie habitase las tierras de Manygoats.

—Si no se presenta nadie con esas características, aprovechemos la ocasión para reclutarlos nosotros. —Propuso ella.

—Sue, se opondrán.

—Está bien. No necesitamos su consentimiento.

La joven abandonó el laboratorio junto a Lex tras vestir un traje negro adherible a la piel, preparado para todo tipo de condiciones climáticas. Tras

ellos, el estrépito causado por la puerta agitó el gélido aire que los envolvía.

Capítulo 33

Base de Renegados n ° 17 – Diciembre – Distrito de Cunningham.

Mis dedos acariciaron la flecha que estaba a punto de lanzar. Me había propuesto atravesar la cabeza y el corazón de aquel holograma humano al menos diez veces antes de abandonar el aula de entrenamiento. Pensé aprovechar la hora de la cena, ya que se quedaba prácticamente vacía, para entrenar en secciones como la del tiro con arco. Hana no tenía hambre, así que decidió unirse a mi plan. Nunca ataba su cabello oscuro y corto, aún siendo una de las reglas primordiales llevar una cola de caballo en los combates. “Si no soy capaz de luchar con el pelo suelto, creo que sería un desperdicio de guerrera”, me decía. Lo más curioso es que nadie, ni siquiera la Sargento, la sermoneó en ningún momento. Era una chica con carácter. Muy seria y concisa, quizá demasiado brusca con sus palabras. Me percaté de que intentaba mantener las distancias y parecer fría para no dañarse a sí misma, así que respeté su comportamiento distante.

Miré el reloj y marcaban las 21:42. Mis compañeros ya habrían cenado de sobra. Algunos incluso estarían en sus camas tan cómodos y somnolientos. Hana soltó el arco y se puso a mi lado, observando mis movimientos, mis posturas.

—Así no. Sujeta el mango de esta manera. —Me explicó, lanzando ella misma una flecha hacia el holograma.

Atravesó sus partes genitales. Se notó que había sido idea suya. Las dos nos echamos a reír.

—Tienes muchas agallas. —Le dije.

—¿Tú crees? —Rio—. Realmente soy una cobarde.

—¿Por qué lo dices?

Supuse que había una historia tras la imagen de chica atlética e impetuosa que reflejaba. Agarré el mango justo como me había indicado y tiré de la flecha hacia atrás para lanzarla con más fuerza. El arco se incendió en una especie de fuego azul neón y la flecha salió disparada. Me encantaba la sensación que recorría mis brazos cada vez que hacía volar una. Como una descarga eléctrica que liberaba a mis músculos en tensión. Hana aplaudió cuando la punta traspasó la frente del holograma.

—Muy bien, muy bien, Segunda Sargento. Te contaré mi historia mientras practicas ese tiro. —Inhaló aire y lo exhaló con fuerza—. Mis padres eran unos simples campesinos que se dedicaban a ayudar a las personas enfermas que transitaban Cleveland. Un día, cuando la pantalla atmosférica fue destrozada, la situación del distrito se descontroló. —Pausó para coger aire. Tenía ansiedad.

—Mi flecha atravesó el holoestómago.

—Mi padre fue asesinado por los soldados del Estado que, en algún momento, descendieron de los aerodeslizadores. Mi madre había sido herida, así que me embadurnó en su sangre y me suplicó que mantuviese la calma para fingir mi muerte. A ella también la asesinaron. Frente a mí.

La tercera flecha que lancé rozó el hombro del holograma humano. Mi corazón había dado un vuelco al imaginar la situación por la que tuvo que pasar la persona que estaba a mi lado. Su voz no temblaba.

—No dejes que los sentimientos te nublen los juicios, Erika. Sigue practicando como si no estuvieras escuchando nada. —Me ordenó—. Quise quitarme la vida por ellos, pero un grupo de Renegados me recogió. Por supuesto, habían sido ellos quienes habían fragmentado la pantalla y provocado mi desgracia. Sin embargo, encontré un nuevo hogar en estos metahumanos despreciables.

—¿Por qué no lucharon tus padres?

—La pasión de mi familia era sanar heridas y enfermedades, no quitar vidas. Supongo que se vieron incapaces. Hasta el último momento, lo único en lo que pudo pensar mi madre era en salvar la vida que tenía a su lado a costa de la suya. Fui tan cobarde al querer quitarme la vida después de que ella muriese por mí...

—¡Oye, Hana! —grité y solté el arco para sujetar sus hombros—. Nunca más vuelvas a decir que fuiste una cobarde. ¿O acaso no tienes en cuenta el valor que tuviste al obedecer a tu madre?

Por primera vez, vi como sus lágrimas comenzaron a fluir. Ella abrió su corazón y me abrazó desconsoladamente. Me pregunté cuánto tiempo habría estado aguantando ese llanto aturdido, cuánto tiempo habría estado soportando la carga de que su madre muriese en su lugar. Su cuerpo tiritaba con sus sollozos. Incluso estuve a punto de llorar junto a ella, pero me contuve para poder animarle adecuadamente.

Después de casi treinta largos minutos, Hana se apartó y limpió su cara con las mangas de su camiseta. Me dio la sensación de que tenía frente a mis

ojos a una niña pequeña que acababa de recobrar la ilusión por algo. Sus pupilas estaban dilatadas y brillaban más que nunca desde que la había conocido.

—Serás una reina espléndida, Eri. Ahora ve a pasar la fiesta de año nuevo con él. Corre.

Había olvidado por completo que aquella noche se celebraba el año nuevo. Y me olvidé de agradecerle a Hana que fuese conmigo con quien quiso compartir el suyo. Me giré y contemplé a un chico con tejanos negros y camisa blanca. Estaba apoyado sobre la pared con los brazos cruzados. Cuando me acerqué a él, pude apreciar un ligero aroma a perfume y champú. Su azabache cabello aún no estaba seco del todo. Dirigió sus oscuras pupilas hacia las mías y ladeó su rostro.

—Estás hecha un desastre.

—Estoy entrenando, ¿sabes?

No podía decir nada agradable. Qué rabia me daba.

—Te recogeré a las 22:45 en tu habitación.

—¿Así es como le pides una cita a las chicas?

—Nunca le he pedido una cita a alguien. —Me ruboricé por ser la supuesta primera y él se dio cuenta—. Y no es una cita, tonta. Solo quiero enseñarte algo. —Dijo, aclarando su voz.

Pasé el resto del tiempo con punzadas en el estómago. No sabía si era el hambre o los nervios, pero maldije a Logan por cómo se comportaba la mayoría de las veces. Luego, volví a ruborizarme por aquello que había dicho. Mientras me duchaba, no pude evitar tener mis labios extendidos formando una sonrisa de lo más tonta. Al salir, me observé en el espejo y me di un par de palmaditas. “No seas idiota, no te creas que eres la primera”, me dije. Una enorme felicidad se apoderó de mí cuando, al abrir el armario, vi un par de conjuntos preciosos de mi talla. Entre ellos había una pequeña nota que decía:

“Ni se te ocurra ensuciar mi ropa”.

Reí. Eran de Hana. Ella probablemente supo que yo no tenía ningún conjunto diferente al de los uniformes que nos entregaban en la base ya que tuve que abandonar mi distrito de repente. Uno de ellos era un vestido blanco con pequeñas cerezas rojas y escote de barco. El otro conjunto se componía por un pantalón negro y un top de tirantes y cuello alto de color rojo intenso. Para ambos, dejó en mi armario unos botines carmesíes y un abrigo oscuro que me cubría hasta las rodillas.

Elegí el vestido.

Ya lista, contemplé la imagen que iba a mostrarle a Logan. La mejor imagen que podía mostrarle de mí en aquel momento. El vestido era corto y me otorgaba un aspecto inocente. Solté mi cabello oscuro, que ya me había crecido hasta las caderas y pinté mis labios de color granate.

Alguien golpeó la puerta con suavidad.

Nerviosa, me puse el abrigo y los botines y salí de mi habitación. Al abrir la puerta, Logan me miró sorprendido. Se ruborizó y yo me reí de su cara molesta. Con el ceño fruncido y en total silencio, tiró de mi mano hasta el ascensor que conducía a la salida de la base. Hacia el áspero exterior.

Al atravesar la cubierta, la charla que mantenían dos guerreros vigilantes nos sobresaltó. Estuvimos unos minutos escondidos en un hueco que había entre los suministros que tenían que ser trasladados a los almacenes y, luego, corrimos hacia una dirección que desconocía. La niebla anaranjada se dispersaba a medida que caminábamos, dejando ver un gran bulto negro a lo lejos. Una extraña nostalgia me erizó la piel. Era una moto parecida a la de Logan, a diferencia de que una especie de cristal con forma de burbuja nos escudaba del aire exterior. Logan soltó mi mano para buscar un par de cascos que había guardado en un hoyo de arena roja y, sin preguntar, se acercó a mí para colocarme el mío.

—Estate quieta. —Me dijo.

Sus manos temblaban más que las mías. Me subí tras él y huimos de los vigilantes que gritaban a nuestras espaldas al haber escuchado el sonido del motor encendido. Rodeé la cintura de Logan y me sujeté a los pliegues que se formaban en su cazadora. Sentí cómo mi pecho se llenaba con cada mínimo contacto que mantenía con él, como si fuese a desbordarse. Se estaba volviendo algo insoportable. Frustrante. Tenía miedo y, sin embargo, me gustaba poder abrazarle desde atrás sin necesitar una excusa. Quizá tenía miedo de ser herida de nuevo en la parte del cuerpo que más tarda en sanar, pertenezcas a la especie que pertenezcas. Quizá tenía miedo del peligro que él imperaba. De su atractivo o de su afilada mirada que parecía penetrar en mi alma. Sabía que tenía miedo, pero las ganas de tocar su piel me sofocaban.

Inmersa en mis pensamientos había comenzado a abrazar a Logan con más fuerza. Él me respondió poniendo su mano sobre mi pierna derecha. Significaba algo como “Tranquila, no tengas miedo”. Estaba segura de que eso intentaba transmitirme. Una roca que sobresalía de aquel terreno arenoso hizo que mi trasero pegase un salto y terminé más cerca de él que al inicio. Era realmente incómodo montar en moto y estar pegada a un chico con un vestido

que apenas me cubría la parte de atrás. Quería morirme.

Llegamos a un lugar desolado y sumergido en ruinas. A nuestra espalda todo era bosque digital y, frente a nosotros, había una especie de barranco que desembocaba en un acantilado. Podíamos escuchar el sonido de las olas romper. Logan cogió mi mano y comenzó a escalar las ruinas para acercarse al borde. Tropezamos unas cuantas veces y yo, como una idiota, raspé mis piernas desnudas. Cuando conseguimos subirnos al escombros más alto de aquella zona, se quitó su cazadora y me la ofreció.

—No tengo frío. —Le dije—. Pero gracias.

—Es para que te puedas sentar, torpe.

La puso en mi lugar y nos sentamos. No podía estar más feliz de lo que era en aquel momento. En mi estómago había una mezcla de sentimientos que no me dejaban pensar con claridad. Estaba muy nerviosa. Logan apoyó sus manos en el escombros y miró el cielo. Yo le imité. Era precioso ver aquel océano negro que nos cubría desde lo más alto del cielo mientras se escuchaban las olas romper. El aire olía a salitre. Al menos, eso no era digital. Si había algo que podíamos proteger, eran nuestros más preciados sentimientos y sensaciones.

—¿Te gusta?

—Me encanta. —Respondí.

—Estás preciosa hoy. —Susurró y giró su mirada hacia mí. Él también estaba guapísimo.

De pronto, el cielo se iluminó con más de cincuenta colores distintos creando una fiesta de tonalidades vivas que encendieron el continente entero. Se escuchaba cómo algo subía hacia el cielo y explotaba desprendiendo chispas en su mayor altura. Estallaba plasmando formas redondas, alargadas y triangulares. También pudimos ver corazones, árboles y estrellas. Era lo más hermoso que había visto aparte de las constelaciones de aquel planetario. Y siempre era con él. Contemplé cómo observaba la celebración del año nuevo con una sonrisa en su rostro. Una sonrisa que me moría por besar.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritó.

—¡Te quiero, Logan! —vociferé yo.

Fue sin darme cuenta. De verdad. Estaba tan feliz que di rienda suelta a mis sentimientos. Desde que le conocí, no hacía más que sentirme ansiosa a su lado. Y, sin embargo, era él quien me protegía en mis peores momentos. Quería abrazarle con todas mis fuerzas y agradecerle que hubiese aparecido en mi vida de nuevo. Agradecerle que me salvase de la humana que yo pretendía

ser antes de conocerle. Agradecer que siguiese siendo el mismo chico travieso y complaciente del que me enamoré en mi infancia.

Los fuegos artificiales cesaron.

—¿Qué dijiste? —preguntó con un gesto dudoso.

¿No se había enterado de mi declaración? ¿Cómo iba a decirlo de nuevo ante aquel silencio? Mis ánimos cayeron en picado.

—Dije que eran hermosos. —Contesté. Frunció su ceño y miró hacia el suelo.

—Ah, sí. Los hacen estallar cada Año Nuevo en el distrito de Townsend y de Strafford.

Eran los distritos más ricos y prósperos del continente, sin contar a Hampton. Ni siquiera los había podido visitar por lo costoso que resultaban los billetes que te permitían cruzar las murallas hacia ellos. Eso significaba que estábamos en el borde de Cunningham, de manera que, a justo en frente, tras aquel océano, se encontraba Townsend.

—¿Nunca le has pedido una cita a una chica?

Logan soltó una carcajada.

—Nunca.

—Eso significa que, a tu edad, eres...

—Eran ellas las que me las pedían a mí. —Añadió antes que yo pudiese terminar la frase.

—Oh. Valiente engreído. No quiero saber más.

—Pero tú has empezado a preguntar. Déjame contarte algunas de mis aventuras amorosas.

—¿Eres idiota? No quiero saber nada de eso. No me importa en absoluto.

Logan me despeinó y yo le propiné varios puñetazos en su brazo izquierdo. Apenas usé fuerza, pero tenía que desahogar mi rabia de alguna manera. Seguimos forcejeando y bromeando y terminé cayendo sobre él. Mi cabeza estaba sobre su regazo. Le miré en silencio y él comenzó a acercar su rostro al mío. Sentí su respiración y el aire que exhaló al sonreír. Sus labios estaban tan cerca que me sentía aterrada.

—Desgraciadamente, solo me ha interesado una chica en toda mi vida. — Me susurró al oído.

Pensé que me iba a besar, pero se apartó y yo me reincorporé con su ayuda.

—¿Qué pasó con esa chica?

—Desapareció y se llevó mi corazón con ella.

—Logan...

—Y cuando la volví a encontrar, no supe reconocerla. Pero cómo iba a hacerlo cuando ni ella misma sabía quién era. Me había olvidado. Sin embargo, mi mejor amigo empezó a trabajar en un lugar en el que también trabajaba ella y así pude empezar a molestarla con mi mal temperamento. Cosas del destino.

Pensé que el corazón se me saldría del pecho. No sabía qué decir ni cómo reaccionar. Eché un vistazo a su rostro, pero no esperaba encontrar en él una expresión tan triste.

—Cuando te encontré, ya estabas llorando por alguien. No sé qué me dolió más, que ese maldito te hiciese daño o que llegase a ti antes que yo.

Tenía razón. Niels me había roto el corazón y sin saberlo se lo estaba rompiendo a él con mis lágrimas. No tenía culpa de haber olvidado mi pasado. De que me arrebatasen mis recuerdos sin consentimiento. De pronto, sentí unas inmensas ganas de llorar y de disculparme si eso le hacía sentir mejor. Agarré su mano y la puse entre las dos mías. Decidida a expresar mis sentimientos, abrí mi boca formando palabras, pero mi voz no se oyó. Una penetrante alarma que procedía de nuestra base secreta me silenció completamente. Tuve la sensación de que algo muy malo habría ocurrido para que su existencia fuese revelada al mundo. Se trataba de una emergencia.

De contratiempos inesperados.

Capítulo 34

Base de Renegados n ° 17 – Diciembre – Distrito de Cunningham.

Veinte metros antes de llegar a la base, lo más parecido a un animal salvaje embistió la moto y nos derribó. Estaba segura de que, de no ser por el escudo y el casco que nos protegía, nos habríamos roto más que un simple hueso contra aquel escarpado suelo de Cunningham. Llegar a nuestra base fue como recibir una bofetada de la realidad. Era imposible saber qué ocurría a simple vista, pues un espeso humo lo envolvía todo. Recuerdo que mi olfato se empapó de olor a quemado y que los guerreros corrían en manadas abandonando el lugar. Agarré con fuerza el brazo de uno de mis compañeros y no tuvo otra opción que pararse en seco. Los dos nos observamos inquietos y asustados.

—¿¡Qué ha pasado!?

—Los *Jaeger*... La bomba que... Conductos...

No entendía nada de lo que quería decirme, pero estaba demasiado turbado para poder expresarse, así que suspiré y lo solté. Desapareció en cuestión de segundos. Estaba a punto de entrar cuando la onda expansiva de una segunda bomba nos hizo saltar por los aires. Mis cuerdas vocales dejaron escapar un alarido. Tenía las piernas y los brazos desollados, con arena radiactiva incrustada que me hacía sangrar más. El vestido estaba roto.

“Lo siento, Hana”.

Entre dos personas tiraron de mí y conseguí ponerme en pie antes de que una tercera bomba cayese sobre nuestras subterráneas instalaciones. Sobre nuestro último hogar. Eran Marcia y Logan. Él también estaba herido. Nos cubrimos tras un enorme escombros que había a unos cien metros y esperamos como cinco minutos antes de que el resto de mi escuadrón apareciese. Yo no parecía ser la única desorientada. Marcia estaba dándonos indicaciones, sin embargo, mis oídos eran incapaces de escuchar algo más aparte de un estridente pitido que me atravesaba las sienes. Hana me entregó una mochila y pronunció con sus labios un “cámbiate, rápido”.

Nos dividimos en grupos de tres para dirigirnos hacia la Base de Renegados n° 3, que se encontraba bajo tierra en el distrito de Cleveland. Para llegar hasta allí era necesario atravesar la muralla de Manygoats y sus

peñascosas montañas nevadas y, cuantos menos voluminoso fuese el grupo, más probabilidades teníamos de ocultarnos y seguir con vida. Por órdenes de Marcia, Logan y Aaron se irían con ella mientras que Hana y Primitivo se quedarían conmigo. Decirle adiós y desear volver a ver con vida al chico del que me había enamorado fue más duro y difícil de lo que algún día creí que sería.

Después de separarnos, estuvimos caminando durante más de dos horas por caminos confusos y abruptos. Las heridas más leves ya habían sanado. Por otra parte, Hana y Primitivo me contaron que los *Jaeger* aprovecharon nuestro despiste a causa de la celebración de Año Nuevo para atacar bases de las que tenían conocimientos. La nuestra fue una de las primeras en darle la bienvenida a las bombas radiactivas con las que estaban experimentando. Suerte que el alcance de la onda era mucho menor del que esperaban. Al parecer, antes de lanzarla, atascaron los conductos por donde salían a la superficie nuestros aerodeslizadores para inmovilizarlos. Querían enterrarnos bajo tierra. Y yo sabía que Sue debía estar con ellos.

—Están tardando más de lo que deberían. —Susurró al aire Primitivo—. Hace frío.

Hana estaba sentada sobre una roca, afilando una daga que guardó del aula de entrenamiento antes de abandonar la base. Mi gigante compañero se encogió frotando sus manos contra sus brazos para intentar entrar en calor. El frío que trasladaba aquel aire no era un frío común. Era tóxico y nos dañaba la adhesión del uniforme al cuerpo haciendo que, por los pliegues despegados, nos congelase hasta el sentido. Cuanto más quietos estuviésemos, peor sería para nuestra temperatura corporal, aunque, de todos modos, tampoco es que pudiésemos movernos mucho por seguridad.

—Ahora vuelvo. —Le dije a mis compañeros en voz baja antes de separarme de ellos.

Caminé unos treinta metros hasta que me topé con un claro en el bosque, iluminado por la Luna que se reflejaba en la densa neblina. El aire era espeso y difícil de respirar. Eso aumentó mi ansiedad. Entre las ramas de los vertiginosos árboles diseñados para engañarnos escuché movimientos fugaces que se dirigían hacia mí. Contemplé la opción de gritar para llamar la atención de Hana o de Primitivo, pero eso significaría revelar nuestra posición a posibles enemigos.

Pensé que, si iba a morir, prefería hacerlo sola.

Algo me empujó contra el tronco de un árbol. Era increíble cómo las cosas

digitales imitaban a las reales. Así como el dolor que sentí en mi espalda al ser embestida. Lo siguiente que sentí fue cómo una mano tapó mis labios y su antebrazo me oprimía el cuello. Podría haber utilizado las técnicas que arduamente aprendí en los entrenamientos. Podría haberme desquitado de sus brazos en segundos si hubiese querido, pero me paralizaba pensar que mis compañeros fuesen los siguientes si yo hacía algún ruido. De pronto, una sonrisa se despertó en aquel rostro de ojos verdes y cabello pelirrojo.

—Hola, preciosa. ¿Acaso te has perdido?

Me susurró Aaron. Quise matarle por la broma tan pesada que me había gastado, pero no tenía energías suficientes como para emplearlas en él. Le miré a los ojos y juraría haber visto en ellos a un asesino desgarrador. En vez de alegrarme el hecho de que no fuese a ser devorada, no pude hacer otra cosa que preocuparme por Marcia y Logan. ¿Dónde estaban? Mis pensamientos se nublaron al mismo tiempo que mis ojos se agitaban de derecha a izquierda buscando un posible rastro de ellos. De pronto, una mano de lo más familiar agarró el hombro de Aaron y tiró hacia atrás de él.

—¿Eres idiota? Apártate de ella. —Dijo Logan.

—¿Qué me has llamado, bastardo?

—Oh, maldita sea. Parecéis dos niños de parvulario. —Comentó Marcia, que estaba ayudándose de una rama gruesa para caminar. Tenía la pierna lesionada.

Mientras la Sargento sermoneaba a mi compañero de carácter irascible, Logan buscó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos en el secreto de la oscuridad. No podía verle, pero estaba segura de que tenía esa típica sonrisa pícaro dibujada en su rostro. Lo sabía. Y, a pesar de todo, era sorprendente cómo su presencia hacía que mi corazón se sintiese seguro en aquella revolución de emociones. Los problemas se volvían diminutos cuando él estaba a mi lado. Me preguntaba cuánto tiempo hacía que no me sentía tan bien con alguien, tan cómplice.

Pasaron dos horas hasta que decidimos hacer un descanso. Eran casi las cinco de la madrugada y nuestras expresiones exhaustas declaraban el cansancio acumulado. Por muy entrenados que estuviésemos, jamás había escalado una montaña nevada y resbaladiza durante más de una hora sin parar. Nuestras piernas temblaban e incluso estaban inflamadas por el sobreesfuerzo. Yo aún tenía las rodillas y parte de los muslos desollados que se intentaban sanar creando placas de sangre seca adheridas al pantalón. Cada movimiento tiraba de mi piel herida. Buscando un lugar en el que cobijarnos las pocas

horas de noche que quedaban, terminamos encontrando algo todavía más fascinante.

Se trataba de una aldea abandonada en lo alto de una pendiente abrupta.

Capítulo 35

Enero – Periferia de Cunningham.

La niebla parecía haberse reducido un poco, aunque seguíamos tendiendo a mover los brazos en el aire para ver si se despejaba el camino. Desde abajo, la pendiente hacia la colina nos había hecho pensar que sería fácil de escalar, pero una vez comenzamos a ascender nuestros pulmones no hacían más que asfixiarse. Para colmo, Primitivo tenía vértigo. Lloriqueaba con cada roca escalada y pedía al Universo que, por favor, no tuviese la mala suerte de caerse. Y no era broma, tenía las lágrimas a punto de desbordarse. Aaron no dejaba de burlarse de él y eso lo empeoraba todo.

—Creo que es el continente el que está rezando para que no te caigas y lo rompas en dos. —Dijo Marcia en un intento de quitarle importancia al asunto.

—Ahí abajo solo hay nieve. —Indicó Logan con su índice hacia todos los metros que habíamos dejado atrás—. Así que tranquilízate.

A nuestro pobre Primitivo se le cambió el color de la cara cuando siguió el dedo de Logan y miró la altura que lo separaba de su seguridad psicológica. Al final, tuve que ponerme a su lado para distraerle mientras terminábamos de escalar. Cuando pisamos tierra firme, me abrazó como si yo fuese su madre. “Eres la mejor”, me susurró.

La aldea estaba abandonada. No supe si era el color de la noche o la neblina que confundía nuestros sentidos, pero las casas unifamiliares que conformaban la zona eran deformes y oscuras. Sus tejas eran negras y verde oliva. Un sudor frío empezó a recorrer mi espalda desde la nuca. Un caminito de arena naranja grisácea conectaba cada puerta con el centro de la aldea, donde yacía un letrero de madera anclado al suelo indicando la dirección a varias tiendas. El viento silbaba y hacía girar unas placas de metal negro con forma de animales ferradas a los tejados del vecindario.

—¿Cuánto queda para llegar a la base de Cleveland? —le pregunté a Marcia.

—Con suerte, poco más de un día.

—Entonces veremos qué nos puede ofrecer esta aldea. —Me re Coloqué la mochila en la espalda para encaminarme a las tiendas, pero la Sargento me detuvo.

—Ahora no. —Me dijo rotundamente—. Ahora tenemos que descansar. Entraremos allí.

No sabía si era la única que se sentía así, pero no me apetecía en absoluto dormir en una de esas casas. Hubiese sido feliz robando un par de cosas necesarias en algunas de aquellas tiendas y marchándome por donde había venido.

La puerta crujió tras nuestra entrada. El suelo envejecido revelaba cada paso que dábamos por muy cuidadosos que fuésemos. Había polvo en el ambiente y arena por todas partes, y las sombras, que se proyectaban en las paredes con la ayuda de la poca iluminación que entraba, eran terroríficas. Logan se asomó desde arriba de las escaleras e indicó que todo estaba despejado. En la segunda planta, había tres dormitorios: uno con cama de matrimonio, otro con dos camas individuales y el último con una litera, que lo requisaron Primitivo y Logan en cuanto lo vieron. Hana y yo compartimos la de matrimonio y a Marcia y a Aaron no les quedó otra que dormir en las individuales. Acordamos hacer guardia de uno en uno cada hora. Yo era la segunda.

Después de que Hana terminase la suya, me tocó bajar al salón y pasar por toda una tortura psicológica mientras mis ojos buscaban ansiosos algún elemento que se moviese en el exterior de la casa y el reloj no avanzaba. Mis párpados parecían ser de plomo y no pude evitar dar varias cabezadas que me frustraban al despertar y percatarme de que aún quedaba una eternidad. Tenía miedo con cada crujido que se escuchaba en las paredes de madera hueca y el olor a humedad me estaba provocando dolor de cabeza. Tras la ventana agrietada, no se movía ni el aire. Había árboles bajos y enclenques sin hojas y más de diez casas sin un atisbo de vida. La noche era tan negra que parecía brillar.

Pegué un brinco cuando Marcia tocó mi espalda con sus heladas manos. Suspiré. Ya era la hora. Subí las escaleras con el mayor cuidado que pude y, cuando estaba caminando hacia el dormitorio, me detuve. Sin pensarlo, terminé yendo a donde se encontraba Logan. Palpé a la persona que estaba en la cama de abajo, pero era demasiado grande para ser él. Primitivo estaba roncando como un condenado. Dando pequeños toques sobre la cama de arriba, descubrí la escalera de madera que tenía a la derecha y, al subirla, me recosté entre Logan y la pared. Mis dedos peinaron su suave cabello. Recuerdo cómo sus mechones cosquilleaban la piel de mis manos.

—Hola, médica. —Murmuró al girarse y poner su rostro frente al mío.

Las pulsaciones de mi corazón se alteraron.

—Hola. —Respondí—. ¿Aún despierto?

—Esperando a que vinieras.

No podía verle, pero podía sentir su respiración cerca de la mía y su mano entrando por la camiseta de mi uniforme para acariciar mi espalda. Me acercó a él y pensé que me estaba volviendo loca. Percibí una ligera sonrisa en él cuando pasé mis dedos por su cara. Su mano empujó una vez más mi espalda contra su pecho, dejando que solo las manos que yo había puesto en sus mejillas interceptaran un beso. Los latidos del corazón me retumbaban en la cabeza y mi piel se erizaba con cada caricia que sus dedos hacían por mi cuerpo. Me estremecí. Cerré los ojos y aparté lo único que nos separaba. Él sonrió. Se incorporó sobre su brazo izquierdo y me besó la frente. Luego, siguió repasando el contorno de mi rostro con sus labios hasta llegar a mi oreja. La mordisqueó y yo le pellizqué en venganza. Besó mi nuca y cada parte de mi cuello para subir a mi barbilla y acercarse a mis labios. Su mano derecha me recorrió una línea recta desde los riñones hasta el cuello y sujetó mi mentón con suavidad. Me estaba provocando muy sutilmente y mi respiración acelerada lo revelaba.

—Me encantaría ver esas mejillas ruborizadas ahora mismo. —Me susurró al oído.

Acercó su rostro al mío y nuestros labios hicieron contacto para darnos un largo beso en la efímera noche. Juraría haber visto aquel brillo en sus ojos afilados que tanto me gustaban mientras nos besábamos y acariciábamos, resolviendo las ganas reservadas que teníamos desde hacía tiempo. Recuerdo el tacto suave y húmedo de su lengua. Pasé mis dedos entre su cabello y perfilé sus labios con mi índice antes de darle un mordisco en el inferior. Ambos reímos en aquel momento.

Rodeó mi cuerpo con sus vigorosos brazos y caímos rendidos al sueño en ese abrazo el resto de la noche.

A la mañana siguiente, nos dispusimos a inspeccionar lo que quedaba de aldea para intentar encontrar algo útil que llevarnos en las mochilas. Yo me dirigí a una pequeña tienda con un mobiliario antiquísimo color crema que guardaba vendajes y algunos tarros con pastillas entre todos los cajones y armarios vacíos. Me miré la yema de los dedos y estaban ennegrecidas de la maldita suciedad que había en aquel lugar. Deseaba marcharme de allí con todas mis ganas; no me gustaba en absoluto. Salí de la tienda furiosa y me agaché para mojar mis dedos en la nieve anaranjada y poder aclararlos.

Luego, caminé hacia un supermercado que debía de ser del 2023 por la fecha en grande que colgaba de la pared del pasillo principal. “Feliz 2023”, decía en todas partes. No podía creer que aquella aldea hubiese sobrevivido casi doscientos años. Qué angustia recorrió todo mi cuerpo cuando pensé en qué podría haber pasado allí para que estuviese en tal estado. Esas fechas correspondían al inicio de la guerra nuclear, cuando empezó todo. Cuando nuestro continente aún conservaba su forma original.

Froté mis brazos intentando que desaparecieran los escalofríos y abrí mi mochila para guardar unas tijeras oxidadas, cuerdas, paños, agua y más vendajes. Recordé que no había comido nada desde el día anterior, así que me dirigí hacia el pasillo de las conservas y coloqué un trozo de pescado con aceite enlatado en mi boca. No estaba delicioso, pero mi estómago lo agradecía. Luego, acabé con unas cuantas latas de gelatina de verduras y media botella de agua. Hacía tanto tiempo que no probaba algo que no fuesen comidas macronutricas, que mis ojos se llenaron de lágrimas. Había muchísimas cosas que extrañaba, como a mi padre. El mejor hombre del mundo, que se encargó de darme una vida tranquila e intentó por todos los medios que fuese feliz. Le echaba mucho de menos. Necesitaba uno de esos abrazos que me daba cada vez que llegaba a casa después de sus interminables viajes. Necesitaba que me gritase con las lágrimas saltadas cuánto le gustaban mis tartas mientras apretaba mis mejillas.

Estuve tan inmersa en mis recuerdos que descuidé todo lo demás. Cuando pude darme cuenta, había alguien tras una estantería observándome que no pertenecía a mi escuadrón. Era Lex.

Capítulo 36

Enero – Periferia de Cunningham.

Mis pupilas encogidas observaban aquel color extraño que había en su mirada perdida. Tenía los músculos en tensión, preparados para defenderme y atacar al más mínimo movimiento que el hermano de Sue hiciese. Cuánto agradecí que ella me presentase a su hermano aun estando inconsciente. De otro modo, no podría haber reconocido su rostro singular.

Lex era un chico seis años mayor que yo que medía cerca de un metro ochenta y cinco. Su cabello era castaño avellanado y sus ojos de un color verdoso transparente, como los de Sue. Sin embargo, aquel día parecía tener un arcoíris en sus irises. Era perturbador. Pero lo era más la forma en la que me observaba embelesado. Mi cuerpo no sabía qué hacer para escapar de aquella situación que parecía no tener fin. Estábamos inmóviles con los ojos abiertos de par en par mirándonos fijamente. Hice el amago de ponerme en pie y sus manos, sobresaltado, tiraron la estantería al suelo.

—¿Qué diablos? —dije sin pensar.

¿Se suponía que él debía estar asustado de mí? Sus párpados se entornaron y con uno de sus dedos me pidió que guardase silencio. Caminó hasta mí muy lentamente y jamás comprendí porque fui incapaz de reaccionar y hacer algo como escapar. Quizá porque me aterraba encontrarme a Sue al doblar la esquina del pasillo. Lex agarró mi rostro y me observó detalle a detalle para luego sonreír. No debía estar muy cuerdo en aquel entonces, pero tampoco parecía ser ofensivo. Más bien, extraviado.

—¿Estás solo? —me atreví a preguntar.

—No dejaré que te encuentren. —Contestó.

—¿Por qué?

—Dime, ¿puede un monstruo sentir amor? —me preguntó.

Mi corazón dio un vuelco. Era una pregunta similar a la que hizo una persona que una vez me abandonó. Para cuando el escuadrón acudió a mí preocupado por el estruendo de la estantería al caer, Lex había desaparecido. No, no era Lex. Esa personalidad no era la que conocí a través de su hermana. ¿Por qué me encubriría? Pensé que su misión sería matarme. Aniquilarme de una vez por todas.

Pero no.

Todo mi ser estaba desconcertado con aquella persona que me acababa de acariciar con tanta meticulosidad.

—¿Qué ha sido eso? —interrogó Hana.

—Me tropecé con algo y caí sobre la estantería. Lo siento si os he preocupado.

Me excusé de la peor manera que pude para ocultarles lo que acababa de ocurrir. La verdad es que no sabía por qué lo había hecho, pero sentí que era algo demasiado extraño para ser contado. Algo así como un secreto que Lex me obligó a guardar. Primitivo se acercó para comprobar que no me había herido mientras que Logan seguía discutiendo con Aaron sobre temas banales. Sin embargo, la única que no me creyó fue Hana, que me observaba de perfil con cierto retintín.

—Vámonos. Marcia nos espera. —Dijo después de hacer crujir el caramelo que tenía entre sus dientes.

Un resplandeciente cielo azul grisáceo brillaba sobre nosotros. El aire se había vuelto ligero pero ardiente con el amanecer. Nuestros pulmones se estaban sobre esforzando por filtrar aquella contaminación invisible que nos acompañaba allí donde fuésemos. Mi nariz ya no sangraba más. Me consideré afortunada al recordar que no todos podíamos soportar este ambiente, pero mi felicidad momentánea por estar viva desapareció cuando me acordé de que todos tuvieron que escapar de la base a pie. Una dolorosa angustia recorrió mis entrañas al pensar cuántos compañeros habrían muerto intentando escapar de este aire asfixiante. Cuántos habrían muerto ahogados.

Y todo por culpa del Gobernador.

Mi odio crecía hacia él aún sin conocer siquiera su rostro, pero no podía culpar a nadie más, ya que eran sus órdenes todo lo que estaba ocurriendo. El Proyecto Génesis, la cuarentena de los distritos y el consiguiente abandono de sus habitantes en lugar de intentar resolverlo, la fundación de los *Jaeger* y los asesinatos masivos que se estaban cometiendo. Todo podría parar si sólo sus labios lo pronunciaran. Pero el Gobernador estaba demasiado ocupado disfrutando en donde quisiera que viviese, alejado de cualquier crueldad que las personas estuviesen atravesando.

Creí que esa persona enmascarada se merecía que alguien como yo le

odiase. Reina contra Gobernador.

Hana llamó mi atención dando un par de toques en mi hombro. Ladeó su cabeza tanteando qué podría estar pensando, pero le sonreí y susurré “no es nada”. Era una chica perspicaz y astuta, incapaz de expresar sus emociones con facilidad. Y con cada momento que pasaba a su lado, más me convencía a mí misma de que era alguien a quien prefería tener como aliada.

—Mirad. —Dijo Marcia al señalar la gran muralla que nos separaba de Manygoats—. A partir de ahora, comienza lo difícil.

Discutimos la alternativa de atravesarla como lo haría cualquier persona normal: por la puerta. La descartamos instantáneamente cuando nos dimos cuenta de que existía una gran posibilidad de que los soldados estuviesen avisados de la huida de los Renegados. Significaba correr un gran riesgo enfrentarse a ellos y no podíamos permitirnos perder a ninguno de nosotros por elegir el camino fácil. Nos preparamos y utilizamos las cuerdas que robé en aquella tienda del 2023 para formar arneses y unir nuestras cinturas por parejas de manera que, si uno resbalaba, no cayese al vacío. Yo decidí acompañar a Primitivo para ayudarlo a superar una de sus experiencias más aterradoras. Mis compañeros no pretendían ofenderle, pero lanzaron miradas preocupadas. Logan incluso se acercó a mí para besar mi frente y decirme al oído que todo estaría bien. Claro, si yo caía no habría ningún problema. El verdadero problema es que cayese Primitivo, nuestro titán de piedra. Acepté la probabilidad de morir antes de que alguno de ellos lo hiciese en mi lugar.

Juraría que la muralla medía poco más de sesenta metros. Estábamos exhaustos y no habíamos llegado ni a la mitad. Solo tenía ganas de llorar. De rendirme, quizá. ¿Por qué teníamos que pasar por todo aquello? No éramos monstruos ni asesinos. No, los asesinos estaban en sus casas almorzando junto a sus familias y sonriendo como si nada fuese con ellos. Primitivo iba dos pasos por debajo de mí y a veces tenía que hacer pausas para esperar a que sus piernas respondiesen ante el miedo. Mientras tanto, los brazos me temblaban intentando resistir mi peso corporal. El resto de mi escuadrón había escalado mucho más, aunque también hacían el esfuerzo de mantenerse quietos para darnos tiempo.

—No puedo más, Erika. —Me dijo Primitivo con sus ojos llorosos—. Tenías unas tijeras, ¿no es así?

No podía creer que me estuviese diciendo eso. No. No podía creer lo que estaba subiendo tras él. Lo que vi al girar mi rostro hacia mi compañero. Miré hacia arriba y aún quedaban unos veinte metros. Volví mi vista hacia abajo y

vi cómo esa cosa negra trepaba ansiosa por alcanzarnos.

—¡Mueve ese enorme trasero y sálvanos a todos! —le grité.

Entonces todo mi escuadrón se alertó y divisó a aquella cosa que iba a por nuestras vidas. Logan intentó bajar hacia nosotros para protegernos, pero le ordené que siguiese escalando lo más rápido que pudiese. No podíamos arriesgar más vidas.

—Dame las tijeras que robaste. —Me murmuró mi compañero mientras una lágrima caía por una de sus voluptuosas mejillas.

—Sube. —Le ordené.

—No puedo, Erika. Mi pie está atascado. Si tiro con fuerza para sacarlo caeremos los dos.

Me dedicó la sonrisa más triste que había visto en mi vida. Intenté tragar saliva, pero mi garganta estaba demasiado seca. El resto del escuadrón ya casi había llegado a la cumbre cuando estábamos a punto de ser alcanzados. Mis labios temblaban de horror y de sacrificio. Bajé hasta Primitivo y lo miré con la expresión de convicción que mejor supo reflejar mi rostro pálido.

—Ni se te ocurra contemplar la opción de morir.

Le susurré una última orden y solté los pedruscos que estaba escalando para dejarme caer al vacío.

Capítulo 37

Enero – Periferia de Cunningham.

El arnés hecho por ásperas cuerdas se hundió en mi estómago al parar mi caída. Estuve a punto de vomitar, pero me contuve. Aquella figura negra subía cada vez más rápido, como si aprendiese cómo debía utilizar su cuerpo para no resbalar. Entonces, mis ojos se abrieron de par en par. ¿Cómo no me había dado cuenta?

Era la figura de una persona.

Jamás podré olvidarlo. Se trataba de un chico robusto que vestía nuestro uniforme. Su piel se había ennegrecido. Tenía el cabello blanco y sus ojos rojo sangre. Parecía haber sido poseído por una bestia salvaje y violenta. Por algo desenfrenado que le carcomía por dentro. ¿Qué le habría ocurrido para acabar en ese estado? De cualquier manera, no iba a permitir que mis compañeros fuesen heridos por aquella persona que no atendía a razones, así que pateé la muralla para coger impulso hacia atrás y enfrentarme a él una vez se acercase lo suficiente a mí.

Estábamos a menos de un metro cuando mi estrategia falló y sus dedos con forma de cuchillas atravesaron el muslo de mi pierna izquierda. Grité del dolor. Intenté que cayese pateando su rostro, pero su otra mano estaba anclada a la muralla. Con razón subía tan rápido. Sacó sus dedos de mi pierna y probó a perforar mi cabeza, pero falló. Le arremetí con mi frente y le propiné un rodillazo en su entrepierna. No tuvo reacción alguna. Ni dolor. Mi pierna dolía y sangraba más de lo normal. Quizá no fuésemos vulnerables a las armas comunes, pero desde luego, lo éramos frente a las metahumanas. Mis pupilas se encontraron con las suyas. Y, aunque fuese por un solo instante, juré haber visto a una persona asustada dentro de aquel cuerpo extraviado. Tenía en mi mano la daga que Primitivo me había prestado, pero me paralicé. ¿Cómo iba a matar a alguien inconsciente? ¿Y si lo capturábamos e intentábamos averiguar qué estaba pasando en su interior?

Estuvo a punto de atravesar mi ojo cuando lo esquivé y cortó mi pómulo.

Un disparo ensordeció nuestro forcejeo.

Aquel metahumano cayó al vacío sin vida. Miré hacia arriba y contemplé a Logan con un arma en su mano. Un arma que había sido capaz de matar a uno

de los nuestros de un solo disparo en la cabeza. Me limité a liberar el pie de Primitivo sin decir una sola palabra y subí a sus hombros mientras él escalaba los metros que nos quedaban. Lo primero que ocurrió al llegar a lo alto de la muralla fue que Logan agarró a mi compañero por su camiseta y lo acercó a su mirada amenazante.

—¿De verdad crees que eres lo suficientemente importante para hacer que ella muera? —le preguntó retóricamente.

—Yo... yo no quería...

Primitivo estaba peor que yo, llorando y temblando. No sé de dónde sacaron a ese chico, pero me dio la sensación de que no estaba hecho para la guerra. Aun así, no era excusa para despreciarlo. Miré al resto de mis compañeros, pero todos guardaban silencio. Quizá atónitos. Paré de vendar la herida de mi pierna y caminé como pude. Mi sangre ardía.

—Apártate de él. —Le ordené a Logan—. ¿Estás bien?

—Sí. Lo siento, Erika. De verdad, lo siento. —Contestó Primitivo mientras secaba su cara.

—Tienes que intentar ser más fuerte. Podríamos haber muerto los dos. —Ladeé y observé a Logan. Perplejo—. En cuanto a ti, agradezco que valores mi vida tanto. Pero —hice una pausa— ni se te ocurra volver a decirle a uno de nuestros compañeros que debe morir en mi lugar.

—No le he dicho eso.

—Pero se lo has dado a entender.

—Bien. Vamos. —Iba a girarse, pero se lo impedí.

—Nadie merece ser tratado así por tus motivos personales. Cuida tu mal temperamento, por favor.

—Bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí? —Dijo Marcia en tono burlón—. Pero si ya estás actuando como la Segunda Sargento que eres.

Creo que ella intentó quitarle importancia al asunto, pero la tensión ya estaba anclada a nuestros corazones. Al descender la muralla, Logan caminó a paso rápido sin esperar a nadie y sin saber que el escuadrón ahora desconfiaba de él por haber sacado esa arma de la nada. Y yo sabía que desconfiaban por el silencio que mantenían junto a esas expresiones serias y dubitativas. Aaron no dejaba de buscar con su mirada dónde la había guardado y yo me acerqué a él para distraerlo. Le pedí que me mostrase el mapa de los distritos en su holopulsera. Aún quedaba mucho por avanzar. Teníamos que atravesar Manygoats y volver a escalar la muralla que separaba el distrito de Cleveland. De repente, el holograma empezó a parpadear hasta que dejó de

funcionar. Y así ocurrió con cada una de nuestras holopulseras. Perdimos el mapa y la oportunidad de pedir un rescate forzoso si la cosa se ponía realmente fea. Al final, tomamos la decisión de obviar el tema y continuar, ya que la situación no podía ser peor.

O eso creíamos.

El reflejo del Sol comenzó a esconderse tras la gran muralla que divisábamos a kilómetros. La bruma gélida volvía a deslizarse hacia nosotros y la escarcha que nuestras botas estaban pisando empezó a ser resbaladiza. Me sentía débil y la visión comenzó a distorsionarse. “Maldita sea”, pensé. No era un buen momento para pensar en descansar, pero mi pierna dolía un horror. Le eché un vistazo a la herida y no había sanado lo más mínimo. Tan solo la sangre había cuajado en aquellas vendas sucias. No quería. No debía, pero empecé a asustarme.

—¿Podemos parar? No me encuentro muy bien.

—Estamos en un campo abierto. Es muy peligroso si nos detenemos aquí.

—Dijo Marcia señalando los pocos árboles sin hojas que nos rodeaban.

—Sube a mi espalda, Erika. —Me ofreció Aaron—. Yo te llevaré.

—Me quedaré un poco con ella para que descanse. Luego os alcanzamos.

—Pronunció Logan después de haber guardado silencio durante más de dos horas.

—¿No has escuchado lo que ha dicho la Sargento? Es muy peligroso. —Aaron se dirigió a él—. Además, no pienso dejarte solo con Erika.

—¿Eres imbécil? No voy a hacerle daño.

—¿Por qué no nos cuentas de dónde has sacado ese arma? —preguntó Marcia.

Aquella situación me daba muy mala espina. El ambiente no era el más propicio teniendo en cuenta que quedaban bastantes horas para llegar a la siguiente muralla. Teniendo en cuenta que nos encontrábamos en un distrito que estuvo en cuarentena y había sido abandonado. Logan se mantuvo callado un momento y subió su mirada hacia todos nosotros.

—Cuando aún pertenecía a Orpheus, recibí la orden de matar a Erika Ayers. Ella era lo único que se interponía entre el trono del clan y yo.

Sentí una punzada en el pecho y lo siguiente fue todo un descontrol. Marcia abrió los ojos más sorprendida que cualquiera de nosotros y Aaron embistió a Logan. Lo derribó y luego lo levantó del cuello. Sus irises se habían tornado rojo fuego y su brazo temblaba en un atisbo de transformación.

—¡Cabrón! —le insultó.

—Por favor, calmaos. Él ya me lo había contado, por lo que no es un enemigo. —Dije intentando encubrirle. Total, le debía una por haberme salvado en la muralla.

—Cierra el pico, Erika. Lo único que yo veo aquí es que este capullo te gusta.

De pronto, los brazos de Aaron se vieron obligados a soltarle el cuello en contra de su voluntad y su cuerpo quedó paralizado. Aunque no había nada a la vista que pudiese estar afectándole, era incapaz siquiera de respirar. ¿Era Logan? ¿Era ese su poder? Su sonrisa me decía que sí. El rostro de Aaron se tornó rojo, hecho una furia. Hana se echó a reír.

—Control de la expansión y retracción, ¿no es así?

No entendía nada, pero ella parecía entenderlo todo con su mirada altiva y sus carcajadas.

—Oíd, deberíamos irnos... —susurró Primitivo.

Cuando nos dimos cuenta, ya era tarde. Habíamos sido rodeados por metahumanos del mismo tipo que el anterior. Eran unos diez de diferentes edades también con la piel ennegrecida y el cabello blanco. Parecía ser lo que les identificaba. Logan soltó con lentitud a su presa y metió su mano dentro de la cazadora para sacar aquella arma letal.

Aaron fue el primero en atacar a una de las mujeres. Era alta y muy musculosa, por lo que se me hizo difícil compadecerla. El arma biológica que su brazo creaba era bastante letal, pero lenta debido a su tamaño. Los demás se aproximaron corriendo para atacarnos y no tuvimos otra opción que utilizar todo a nuestro alcance para defendernos. Logan se puso delante de mí para protegerme y atravesar las sienes de un niño violento mientras era atacado por las espaldas por un hombre mayor. Se parecían a eso que llamaban zombis y salían en las películas antiquísimas que solía ver con mi padre. Por detrás, un brazo me rodeó el cuello para estrecharlo y ahogarme en la angustia. Quería gritar, pero mis cuerdas vocales no tenían suficiente espacio para provocar sonidos. Marcia se acercó y heló el brazo de la metahumana para luego golpearlo con el talón de su bota militar.

Cayó a trozos.

Saqué una daga de la pernera que rodeaba mi pierna sana y le rebané el cuello, que escupió sangre en mi rostro. Habría vomitado de no ser porque aquel líquido viscoso que salía de su carne ennegrecida era de un color azul oscuro. ¿Y se suponía que eso era sangre? Me desquité de un chico menor que yo al chocar su frente contra el abrupto terreno de piedra y nieve. Jamás

imaginé que su cabeza pudiese ser tan frágil. Parecíamos animales, bestias, peleando como locos por seguir respirando un minuto más dentro de aquellas murallas infernales. No solo los extraviados; nosotros también. ¿Qué hacía yo en aquella posición, a miles de kilómetros de mi hogar y de mi única familia? ¿Qué pensaría mi madre de mí si estuviese viva? A mis dieciocho años no estaba en edad ni de entrar en aquellas discotecas de siete plantas con luces de neón, toxicómanos y drogas. ¿Tan reducida era mi esperanza de vida? Y fue justo en ese momento en que parecía que todo había terminado. Cuando un silencio aterrador se había apoderado del campo abierto lleno de cadáveres y mis compañeros se estaban recomponiendo de la pequeña batalla. Justo entonces, levanté mi vista hacia arriba y divisé que aún quedaba un superviviente e iba directo a matarme.

Y, en mi lugar, le arrebató la vida a alguien más que se interpuso entre la muerte y yo.

Capítulo 38

Enero – Distrito de Manygoats.

La hoja afilada que había sustituido el brazo de Aaron cortó en dos al metahumano sin consciencia. Intentamos separarlo de Marcia con cuidado, pero la herida era demasiado grave como para seguir teniendo esperanzas. Arrastramos a la Sargento hacia un árbol y descansó su espalda sobre el tronco de madera digital. Los chicos nos rodearon para protegernos de cualquier peligro mientras esperábamos a que ocurriese algo. En realidad, estábamos esperando a que Marcia muriese porque no éramos capaces de abandonarle aun sabiendo que no saldría con vida de aquel distrito helado. Hana y yo le cogimos las manos y nos arrodillamos a su lado. Marcia empezó a sonreír. Y, maldita sea, era otra sonrisa como la que Primitivo hizo horas atrás. Tan triste. Tan cruel. Me sentía culpable de que fuese su sangre la derramada sobre la escarcha y no la mía. Me sentía como si yo le hubiese asesinado. ¿Por qué todos darían sus vidas por mí?

No quería parecer desagradecida, pero lo odiaba.

Cargaban sus muertes a mis espaldas, como si yo pudiese seguir adelante como si nada. Lo odiaba tanto que comencé a llorar de la impotencia que sacudía mi pecho. De la rabia de ver cómo aquel bastardo había perforado su estómago y sacado sus entrañas.

Marcia apretó mis dedos débilmente.

—Erika, ayúdame a fumarme el último cigarrillo. Ahí. —Señaló un bolsillo de su pantalón donde guardaba el paquete de tabaco.

Saqué un cigarro y lo puse sobre sus labios. Luego, lo encendí y me quedé observando cómo se iba consumiendo por el rojo fuego y se desmenuzaban las cenizas en la nieve. Su sangre alcanzó mi rodilla y comenzó a empaparme el pantalón. La miré y fumaba con una expresión de paz y felicidad. “Por fin podré ver de nuevo a mi linda niña”, murmuró.

La vida del cigarrillo fue de dos minutos y medio. La de ella, uno más.

Un soplo de viento zarandeó el árbol que nos cubría dejando caer la nieve de sus ramas y haciendo parecer que nevaba a nuestro alrededor. Qué hermoso era. Y qué hermosa era Marcia también con aquel rostro ártico y plácido. Su mano ya no sujetaba la mía. Se había tornado de un blanco pálido, como sus

labios. Contemplé cada uno de sus tatuajes y me prometí no olvidarlos jamás. No olvidar su personalidad ni su confidencialidad. No olvidar que, gracias a ella, éramos el escuadrón más fuerte. Y que, por muy mala que hubiese sido aquella realidad, nos dio la oportunidad de encontrar un nuevo hogar.

—¿Qué debo hacer, Hana? ¿Qué debo hacer para que no mueran más personas? —le pregunté desesperada. Ella también estaba llorando.

—Ahora eres la Sargento de este escuadrón. Demuéstrale que las muertes de tus allegados no te intimidarán.

—¿A quién?

—Al mundo.

—Nunca entiendo la mayoría de las cosas que dices, en serio.

—Lo harás en su momento. Yo me encargaré de mostrarte que todo es una mentira. —Pausó y despejó su rostro—. Todo, Erika, no termina allí, donde comienza el océano. Hay algo más allá que no quieren que descubramos. Pero ya lo hemos hecho, ¿sabes? Por eso suponemos un estorbo aún mayor del que lo que suponía nuestra mera existencia.

Afirmé con la cabeza. No llegué a entender lo que realmente significaban sus palabras porque mi puzle estaba incompleto. Faltaban piezas muy importantes que Hana quería que yo descubriese por mi cuenta. Con mi esfuerzo. Pero si era guerra lo que querían, se la daríamos.

El bullicio de un tiroteo acompañado de alaridos y lamentos a menos de un kilómetro nos atemorizó. El sonido se volvía más y más cercano a medida que los segundos trotaban sobre el tiempo. Parecía que un ejército de soldados del Estado estuviese persiguiendo a aquellas bestias que se dirigían hacia nuestra misma dirección. Cabizbajos, no tuvimos otra alternativa que abandonar el cuerpo de nuestra amiga y echar a correr antes de que nos alcanzasen.

“Adiós, Marcia”.

Mi holopulsera marcaban las 00:37. Habíamos parado para descansar tras una pendiente con muchos árboles de densas copas que ocultaban nuestra presencia. Aquellos gritos moribundos se habían alejado lo suficiente como para poder dormir, al menos, un par de horas sin miedo. Sin embargo, estábamos tan inestables emocionalmente que no fuimos capaces de conciliar el sueño. Allí, bajo la sombra de las ramas nevadas, sentí que la calima no podía alcanzarnos y mojar nuestra piel, que seguía pegajosa. Tenía mi pierna herida estirada sobre el suelo y la otra encogida y rodeada por mis brazos. Cerré mis ojos y apoyé la cabeza sobre el hombro de Logan, que parecía estar durmiendo. Mis párpados pesaban demasiado para seguir despierta, pero mi

conciencia no me permitía dormir. Un extraño mareo se fue apoderando de mí hasta ensordecir mi exterior.

Cuando desperté, Hana y Primitivo no estaban.

—Me dijeron que volverían enseguida. —Nos contó Aaron—. Necesitaban tomar un respiro.

¿Tomar un respiro? Ojeé mi holopulsera para ver que ya eran las 03:58. Demasiado tarde para que estuviesen merodeando por ahí como les diese la gana. Y demasiado peligroso. Iba a echar un vistazo cuando la mano de Logan tiro de mí hacia atrás. Su índice me ordenó que guardase silencio. Escuchamos unos pasos cubiertos por botas del Estado que estaban peinando la zona. Pasaron por nuestro lado, pero los árboles eran demasiado frondosos como para vernos fácilmente. Agitábamos los ojos de un lado a otro, preocupados por conocer sus movimientos y no ser descubiertos. Entonces, recordé que mis compañeros estaban en algún lugar de aquel maldito distrito. Qué ganas tenía de salir de allí.

Di un par de toques en el antebrazo de Aaron para que leyese mis labios. “Tenemos que encontrarles antes que ellos”, le dije moviendo muy lentamente mi boca. Después de unos segundos en silencio, miró a Logan y luego a mí con cierto despecho. “Iré yo”, me silabeó.

Desapareció en cuanto creyó que se habían alejado.

Estuvimos inmóviles varios minutos hasta que la zona parecía desierta. Al salir, divisamos a cientos de metros numerosos bultos oscuros fallecidos que daban a entender la masacre que se había cometido mientras nos ocultábamos. No sé por qué, pero pensé que quizás estábamos haciendo las cosas mal. Quizás debíamos salir y luchar, arriesgarlo todo, y mostrarle al mundo que éramos suficientemente fuertes para proteger a los más débiles. Las palabras que Hana me dijo ese mismo día resonaron en mi cabeza. “Demuéstrales que no te intimidarán”. El único problema era que aquellos cuerpos no eran débiles ni personas, sino recipientes sin consciencia. Y arriesgarse por bestias que también nos querían ver muertos no era una idea fácil de aceptar.

—Si te agarras, te resultará más cómodo. —Me dijo Logan al extender su brazo hacia mí. Estaba demasiado distraída y mis ojos lo miraron confusamente—. Lo digo por tu herida.

Tenía razón. Toqué mi pierna y dolía horrorosamente, además de que la carne no pintaba muy bien. Había una especie de baba verdosa rodeando la herida y, aunque la limpiase, seguía apareciendo. Tenía escalofríos y sudaba a pesar del frío que nos abatía. ¿Encontraríamos comida en algún lugar de aquel

desierto blanco? Me moría. De hambre. Y también de dolor. Paramos un instante y cambié el vendaje empapado en sangre por uno nuevo y, con ayuda de él, caminamos sin rumbo durante más de media hora. Los alaridos comenzaron de nuevo, así como el sonido de los pasos al correr sobre la nieve. Nos escondimos tras los árboles del bosque al que nos habíamos aproximado y esperamos a que pasasen de largo sin saber que los últimos soldados llevaban junto a ellos a una especie de animales de cuatro patas casi de mi misma altura. Juraría que eran otro de los experimentos del Estado. Algo artificial o mutado. Aquellas bestias de ojos minúsculos y hocicos enormes se detuvieron. Sobresalían dos colmillos de sus bocas con los que estaba segura de que atravesaban a los metahumanos para hacer el trabajo más fácil. Vimos cómo sus narices hacían movimientos rápidos y alarmantes hasta que descubrieron nuestro aroma corporal. Giraron sus cabezas hacia nosotros y, por unos segundos, sentí que el tiempo se había paralizado.

Sus ojos color plata chocaron con los míos y sus extremidades empezaron a moverse ansiosas por cazar a sus presas. Un polvo brillante se esparció sobre ellas.

Capítulo 39

Enero – Distrito de Manygoats.

Unos dedos huesudos y largos tiraron de mi brazo hacia arriba, desgarrando cada parte de mi cuerpo con las ramas que se enredaban en mi piel vertiginosamente. Maldición, iba a llorar del dolor. Mis pupilas buscaron las del chico que iba alejándose de mí a medida que la altura nos separaba.

—¡Corre! —le grité.

Le miré a los ojos, profundos y afilados, rodeados de cercos oscuros por las noches que llevaba sin dormir. Estaba más preocupado por mí que por las bestias que estaban a punto de abalanzarse sobre él. “Corre”, volví a gritarle. Entonces, aquellos mismos dedos que habían tirado de mí, me sellaron los labios y cegaron mi vista.

Escuchar a los cuadrúpedos alejarse mientras aullaban tan confusos como desesperados me tranquilizó. Era de suponer que Logan había tomado la decisión correcta: huir.

—Ese chico siempre tiene suerte. —Murmuró una voz femenina tan lejana como cercana. Familiar a mis oídos—. Qué pena. De no ser por esos polvos que he dejado caer, habrían cenado esta noche.

—¿La suelto ya? —preguntó la persona que me inmovilizaba. Ésta era masculina.

Supuse que la joven hizo algún gesto para que su cómplice me soltase tan rápido y sin dudarle. Caí de bruces sobre la gruesa rama que había en lo alto de aquel sauce blanco y varias astillas se incrustaron en las palmas de mis manos. Levanté mi cara lo antes posible para contemplar las armaduras que les protegían de cualquier daño y los pasamontañas que ocultaban sus identidades. La chica se acercó a mí para tirar de mi cabello hacia arriba con fuerza y poner mi mirada a la altura de la suya. Sentí que estaba ordenándose que observase. Y lo hice. Con su mano libre se retiró el pasamontaña y me permitió descubrir, perpleja, el rostro de un fantasma antaño. El de mi hermana.

Recuerdo que el cielo era tan negro que parecía engullirme. Ni rastro de una mínima vida en el espacio. En la espesa niebla oscura que nos rodeaba, sus ojos verdes centelleantes eran la cosa más brillante que había podido ver

en días. Por alguna razón, tenía tantas preguntas y tantas perturbaciones en lo más profundo de mis pensamientos que no fui capaz de llorar al verla tras tantos años. Mis emociones se encontraban apáticas. O simplemente no se encontraban. En ningún lado.

—Qué de tiempo.

Ella sonrió maliciosamente. Mis labios seguían sellados por la incertidumbre. Jaló de mi cabello con más fuerza y no pude evitar hacer un gesto de dolor.

—Mírate, siendo la supuesta “reina” de los metahumanos y no eres capaz de defenderte estando sola. Qué patética.

Me soltó. Y las astillas de mis manos se hundieron más profundo al chocar con la rama de nuevo.

—Ya decía yo que me sonaba tu cara de mosquita muerta. Tú eres la zorra a la que Logan defendió esa noche.

—Damon, ¿de qué hablas?

—Tú no estabas, pero esta zorra me propinó una paliza. Se atrevió a humillarme.

—Debes de ser bastante débil si una chica que no sabe defenderse sola te deja en ridículo. —Le solté.

Luego de espetarle aquella frase, me di cuenta de lo temeraria que había actuado, como si mi hermana fuese a estar de mi parte. Sin embargo, me encontraba demasiado débil para pensar con claridad. Para mi sorpresa, ella empezó a reírse a carcajadas. Damon, furioso, me cogió del cuello y me levantó en el aire. Su mirada me vociferaba cuántas ganas tenía de verme muerta.

—No la asfixies. —Le dijo mi hermana, y él aflojo. Ahora podía respirar, al menos—. ¿Sabes cuánto he luchado yo desde que nací para ser tan deseada en el mundo como tú? —prosiguió.

—Me importa una mierda. Suéltame.

Recibí un par de bofetadas y un escupitajo en la ropa al soltarme. Su comportamiento me resquebrajó. Quise comprender que se debía a todo aquello que había sufrido, pero no pude. No quise entender a nadie más que me hiciese daño. ¿Quién se creía que era? Caminó de una punta de la rama hacia la otra un par de veces y se detuvo mientras pellizcaba su mentón tratando de pensar en algo beneficioso para ella. Chasqueó los dedos.

—¿Por qué no la matamos y ya? —preguntó el tipo. Sacó un arma y apuntó a mi cabeza.

La expresión de Vicky se tornó seria, como si alguien le hubiese robado su botín. Como cuando se enfrentaba a sus rivales en aquellos tiempos pasados en los que aún teníamos una familia y ella empleaba su tiempo en practicar artes marciales. Era la mejor de la academia.

—Damon, no dejas de ser un idiota inútil, ¿verdad? Suelta eso antes de que te perfore los sesos.

Vicky se inclinó para retirar los vendajes y observar la herida de mi pierna e hizo un chasquido con sus dientes dando a entender que pintaba realmente mal. Luego, sus labios se extendieron formando una tétrica sonrisa que jamás habría combinado mejor con sus lunáticos ojos cansados. Sacó una daga de su pernera capaz de cortar el tejido de mi uniforme adherible y dejó mi pierna al descubierto desde las caderas. Parecía saber lo que hacía a la perfección, como si hubiese luchado miles de veces en territorios como Manygoats. Exprimió el andrajo de mi ropa rasgada y lo metió entre mis labios para que, cuando cortase la carne infectada de mi herida, mis gritos no alarmaran a los soldados del Estado. Sabía a sal y tierra. Los goterones caían de mis lacrimales sin concesión alguna. Sentí cómo mi cuerpo se debilitaba con aquel dolor desgarrador y me pregunté por qué no estaba ejerciendo resistencia alguna. Para algo me habían entrenado, ¿no?

—Listo. —Comentó ella al retirar la tela de mi boca para dejarla caer al suelo.

—¿¡Acabas de curar a esta zorra asquerosa!?

—Esta zorra es mi hermana y morirá cuando yo quiera. ¿Entiendes? No es el momento.

Damon hizo el amago de enfrentarse a mi hermana, pero ella se despojó de sus guantes y se levantó para agarrarle el mentón con el contacto directo de su piel amenazadoramente. Recordé entonces que el poder que poseía era más peligroso de lo que muchos imaginarían. Ella desintegraba cualquier cosa que tocase con sus manos a voluntad. Aquel Damon debió estar a punto de mearse en los pantalones.

—Espero que sea la última vez que se te pase por la cabeza cuestionar lo que hago. —Le advirtió—. Estoy dejando que sobreviva. Quiero un combate justo. Y diversión, por supuesto.

—¿Desde cuándo eres justa?

—¡Damon! —gritó Vicky—. Asesinarla aquí es en vano. Debe ser delante de todos, ¿entiendes, estúpido? Cuando todos contemplen cómo su sangre es derramada por mis manos, lo comprenderán. Que ella no es más que una

extraviada como los que corren por estas tierras desérticas. Y que la reina no es nadie sino yo.

Vicky se giró hacia mí con sus ojos infundados en odio y me puso su bota militar sobre el estómago.

—Ahora cae. —Susurró.

A pesar de que intenté sujetarme a alguna de las ramas que pasaban por mi lado, no tuve la suerte de toparme con una que soportase mi peso. Así que, destrozada en cuerpo y alma, perdí el conocimiento al caer sobre la hosca escarcha.

Capítulo

40

Enero – Distrito de Manygoats.

Cuánto dolor.

Y cuánta agonía.

Mi corazón palpitaba con más intensidad a medida que me adentraba en la densa oscuridad. Cuántas pesadillas en un solo sueño. Mi cuerpo tiritaba conmovido mientras unas manos me acariciaban el cabello con ternura.

Su cara, la de mi hermana, no dejaba de aparecer ante mí riéndose de mi debilidad. Riéndose de mi incapacidad para proteger a un mundo lleno de malicia. Se reía y me pateaba, dejándome caer desde aquella altura cientos de veces. Luego, mi padre aparecía para irse junto a ella y abandonarme en el olvido. Abandonarme en este mundo loco y genocida.

Quería morir.

Mi cabeza estaba a punto de comenzar a arder. Calor y frío. Sudor que caía desde mis cejas y me recorría el cuello hasta humedecerme la nuca. Algo frío empapó mi cara, palmadita a palmadita cuidadosamente. Entreví a alguien en aquella inmensa oscuridad, como un ángel oscuro que se preocupaba por mi vida. ¿Quién iba a preocuparse por mí? Mi hermana no me quería. Mi madre había muerto. Y mi padre estaba desaparecido. No lucharon por sus vidas y la única superviviente me culpaba de su sufrimiento. El resto del mundo quería verme muerta. Podía simplemente morirme y acabar con todo aquello que me atormentaba. ¿Por qué no me dejaban morir?

“No me cures. Ni me revivas. Vete. Escapa ahora que puedes. No te quedes a mi lado. ¿Qué voy a hacer si te pasa algo a ti también por permanecer junto a mí?”

Mis párpados se sentían febriles e inflamados. ¿Había llorado en sueños? La carga que apenas me permitía ver empezó a engullirme en un eterno sueño mientras el vaho de mi aliento rebotaba sobre algo y volvía a mi piel más frío y húmedo que antes.

“¿Por qué no me abrazaste, Vicky? Yo te amaba. Te admiraba. Quería ser como tú cuando creciese. Quería que me enseñases a luchar y que ambas derrotásemos a cualquier enemigo que se interpusiera en nuestro camino. Y ahora dirigías al clan que pertenecía a nuestra madre y que yo heredaría. Podía

imaginarme qué podría haber pasado años atrás para que el presente tuviese aquella forma. ¿Debía creer lo que mi intuición me advertía?

“¿Qué hiciste con mamá, Vicky?”

La vuelta al pasado fue como un veneno que se inyectó en mi corazón. Ahora el dolor de mi alma pesaba demasiado.

Un instante más tarde, desperté y ya era de día. Sentí dolor en mi pierna, pero no sudaba ni ardía mi interior. Me encontraba recostada, arropada por la cazadora de Logan a la entrada de una cueva. Fuera nevaba horrorosamente. Quizá ya nos daban por muertos. No quería ni preguntar cuántos días había estado dormida después de aquel reencuentro y la caída. Eché un ojo a mi pierna y la baba verde había desaparecido, incluso estaba cicatrizando bien. ¿Por qué me curaste, traidora? Un rugido en el estómago pareció retumbar en las paredes de aquel agujero claustrofóbico. Necesitaba comer. Me sentía muy débil y la tormenta de nieve no ayudaría a encontrar alimento alguno. Menos aún en Manygoats. Odiaba ese lugar. ¿Dónde estaba Logan? ¿Por qué tenía su cazadora?

Maldita sea. Los pensamientos me aturdían. Me ensordecían. No quería pensar ni ser consciente. No me apetecía encontrarme mal de nuevo. Así que volví a dormirme.

Los escuálidos reflejos de los rayos del sol que bailaban sobre mis ojos fueron demasiado molestos para seguir conciliando el sueño. Estaba atardeciendo. Abrí mis ojos cuando el olfato me advirtió que había alimento muy cerca de mí. Logan estaba sentado a mi lado, encendiendo un fuego con el que cocinaría trozos de carne helados. El primer regalo que me hizo fue sonreír cálidamente. El segundo, extender su brazo hacia mí con un pedazo de carne casi quemada. No pregunté de dónde provenía. Aquel lugar estaba desierto, sin casas ni personas cuerdas, sin alimentos que robar. Y la mayoría de los animales se extinguieron décadas atrás. Solo podía proceder de un lugar y, si lo pensaba, perdería el apetito.

Desgarré un trozo con mis muelas a la vez que Logan me ayudó a incorporarme. La herida de la pierna se veía casi curada. Y su cara, pálida y delgada. Sufrí en silencio unos segundos antes de atreverme a abrir la boca.

—¿Cuántos días han...? —pregunté después de tragar. Estaba tan bueno que me sentía culpable.

—Solo una semana.

—¿Solo, Logan? ¿Dónde están los demás?

—Supongo que sobreviviendo en algún lugar de este distrito. Como

nosotros. —Suspiró con suavidad, intentando que yo no me percatase de su preocupación—. La tormenta comenzó poco después de que te encontrase donde nos habíamos separado. Deben de haberse resguardado, de lo contrario...

—Así que el Estado no estaba seguro de la eficacia de su ejército y decidió mandar una tormenta para asegurarse de que muriésemos congelados.

—O de hambre. Es el primero bocado que pruebo en ocho días.

“Ocho días”, repetí en mi cabeza. Joder. No quería que creyesen que habíamos muerto. La esperanza no se había desvanecido aún. Supliqué al Universo que los Renegados de Cleveland siguiesen esperando nuestra llegada.

—Tenemos que irnos, Logan.

—Lo haremos cuando cese la condenada tempestad.

Afirmé inclinando mi cabeza obedientemente y me acurruqué a su lado para apoyar mi mentón sobre su hombro. Le susurré cuánto agradecía que estuviese a mi lado y que me hubiese cuidado a pesar de lo difícil que tuvo que ser ocuparse de él mismo. Que me ofreciese su calidez cada vez que vivía mis peores momentos. Logan extendió su brazo tras mi espalda y dejó su mano descansando sobre mi cintura. Debía estar tan preocupado como yo, o más. Me dolía ver sus pómulos hundidos. Quizá yo estaba igual, aunque tenía la sensación de que mi genética era superior a la suya. Y mi cuerpo más resistente a los acontecimientos que el suyo. A pesar de todo, seguía siendo mitad humano. Cualquier imperfección suya bastaría para amarle más. Para cuidar de él con mayor esmero.

Nos acurrucamos cerca del fuego y me abrazó desde atrás para mantener el calor corporal suficiente y sobrevivir una noche más. Me quedé dormida sintiendo su respiración en la nuca y el palpitar de su corazón. ¿Era demasiado para una chica como yo pedir que todos los crepúsculos fuesen así?

Nuestros dedos se entrelazaron como si nada ni nadie pudiese ser capaz de separarnos jamás.

A la mañana siguiente, la tormenta cesó. Aprovechamos para salir de la cueva y avanzar en nuestra trayectoria a Cleveland. Nos encontrábamos en lo alto de una montaña que nos permitió divisar la muralla a unos diez kilómetros aproximados. Con un poco de suerte, terminaríamos el día con ropa limpia y

comida caliente. Al caminar, sentí cómo mis piernas se habían debilitado. Una diferencia abismal. Aparte, nuestros cuerpos estaban débiles, como envenenados. Se me pasó por la cabeza pensar que aquella carne oscura podía estar tan intoxicada como la conciencia del vivo. Y ahora nos habíamos intoxicado nosotros. No deberíamos haber comido eso. Mejor pasar hambre un día o dos más. Aunque no sabía si el cuerpo de Logan lo habría soportado.

Paramos bajo unos sauces blancos como el que hirió cada parte de mi alma noches atrás. Había rocas enormes sobre las que pudimos sentarnos y descansar un rato mientras intentábamos encender un fuego para cocinar otros trozos negros de carne. Fue imposible y nuestros dientes tuvieron que hacer todo el esfuerzo de desgarrar pedazos congelados. Quería llorar, de verdad. Odiaba lamentarme, pero la situación era deplorable y peor. La amargura que nos invadía nos dejaba sin ganas de hablar siquiera. ¿Cómo se sentirían aquellos pobres vagabundos que vivían en las calles como sobras de la sociedad?

—¿Estás bien?

—Sí. —Afirmé mientras limpiaba mi rostro—. Cansada.

—Me pregunto por qué tardan tanto en venir a rescatarnos si eres tan preciada para ellos.

—Estoy empezando a odiar bastantes cosas.

—Y yo a dudar de si la causa de todo esto es porque algo sobra. Alguien. Quizá estén esperando a que algún infortunio lo haga desaparecer.

—¿Qué quieres decir, Logan?

¿Por qué todo el mundo se andaba con rodeos? Podían simplemente decir lo que pensaban y así sería mucho más sencillo comprender sus preocupaciones.

—No me hagas mucho caso. Yo también estoy cansado. Mira. —Dijo señalando con su índice hacia un claro que se encontraba a metros de nosotros.

—Espero que no estés pensando en ir.

—¿Qué tiene de malo? Es un lago. Puedo sumergirme y nadie me vería. —Pausó—. Puedes sumergirte conmigo.

—Estás loco. Me niego a morir helada, lo siento.

—¿Helada? —se echó a reír—. ¿Por qué no compruebas el agua antes de crear tus propias teorías?

—Sí, claro. Espérame allí que ahora me acerco.

—No. Tú vienes conmigo. Ya.

Sin decir una sola palabra, se puso en pie y me cogió en brazos. Intenté

resistirme golpeando su espalda mientras caminaba hacia el lago, pero parecía haber recuperado energías. Me soltó a orillas del lago y puso sus manos sobre sus caderas, esperando algo.

—¿Qué quieres?

—Que te quites el uniforme. No vamos a caminar con la ropa mojada hasta la muralla.

Él comenzó a desvestirse tan tranquilamente que me puso nerviosa. De los nervios, como siempre. Giró su rostro hacia mí y extendió sus traviosos labios de forma pícaro.

—¿Te echo una mano?

—Aparta. —Le contesté dándole un manotazo.

¿De qué iba? ¿Y de qué iba yo haciéndole caso después de todo? Me avergonzaba de mi cuerpo en ropa interior. De mi delgadez por desnutrición. Puse mi uniforme sobre la mochila para que la nieve no calase el tejido. Logan me pidió la daga que antes llevaba en la pernera y con ella rompió una gran placa de hielo. Segundos más tarde, el hielo que cubría el lago desapareció por completo. Como si se derritiera. Noté cómo agarró mi cintura para volver a cogerme en brazos y saltó hacia el lago.

Nuestra respiración se sumergió bajo aquella piscina salvaje de aguas tropicales. Cuando volvimos a la superficie para coger aire, apreté mis ojos escurriéndome de las pestañas las gotas restantes. No podía creerlo. ¿Cómo podía un distrito tan frío albergar aguas tan cálidas? Me volví hacia Logan. Aquel chico seguía sonriendo y burlándose de mí con la mirada. Se acercó a mí y me elevó sujetándome entre sus brazos.

—Te lo dije.

—No me dijiste que el agua estaba caliente, mentiroso.

Rio y me besó. Mis mejillas debieron ponerse rojas porque él soltó una carcajada. Entonces fruncí el ceño, molesta. Por supuesto que me molestaba que se burlase siempre de mí. Hacía que me sintiese avergonzada y sofocada.

Volvió a besarme, pero esta vez más profundamente. Nuestros labios se enredaron bastante más de unos minutos. Su lengua invadió la mía, dominante. Desplazó sus manos acariciando todo mi cuerpo y yo el suyo. Besó mi oreja derecha, bajó por el cuello y me desabrochó el sujetador. Estaba comenzando a sentir más calor del que las aguas nos ofrecían y pensé que no era buena idea seguir. Puse mis manos sobre su pecho haciendo fuerza para apartarlo.

—Déjate llevar, Erika. —Me susurró al oído.

—Logan... —Gemí cuando rozó mis pechos con sus dedos—. Esto va en

contra de las normas. Igual que pedirme que me deje llevar tan pronto.

Hizo caso omiso y me besó los pezones con suavidad. ¿Cómo iba a ser capaz de detenerle si ni mi cabeza podía procesar los pensamientos con claridad? Sensaciones y emociones. Era lo único que podía apreciar en aquel momento. Mordí su labio, furiosa. Enojada porque, desde que le conocí, siempre terminaba perdiendo el control. Pero me encantaba. Él me devolvió un segundo mordisco y después una sonrisa enamorada.

—No quiero perderte jamás. No como cuando éramos niños. —Le musité.

Estaba asustada. ¿Qué iba a hacer con la vorágine de recuerdos y sentimientos que estaba grabando en mí? Era como un torbellino agresivo y arrasador. Estaba dispuesta a entregarle todo de mí, pero... ¿qué haría él con todo eso? ¿Y con mi corazón?

—¿Qué te hace pensar que puedes deshacerte de mí tan fácilmente? —me contestó con un tono serio y seguro de sus palabras—. Además, señorita, fuiste tú la que se olvidó de mí en primer lugar.

—Me pierdes, Logan.

—Te quiero. —Susurró a mi oído.

Me sentía incapaz de detenerlo. ¿Por qué contener algo bueno después de todo lo malo que habíamos soportado? No encontraba una respuesta negativa al por qué no hacer el amor con la persona que más amaba. Me mordí el labio y pegué mi boca a su oreja para susurrarle el “te quiero” más vergonzoso que había pronunciado en mi vida.

Así, me entregué a él en cuerpo y alma.

Así, me arriesgué una vez más a ser destruida.

Capítulo 41

Enero – Distrito de Manygoats.

A última hora de la tarde comenzamos a escuchar el sonido flotante de las naves del Estado sobrevolando los tóxicos cielos de Manygoats. Apagamos el fuego lo más rápido que pudimos y tiramos al suelo los pedazos de carne chamuscada para coger nuestras mochilas y echar a correr. Era demasiado temprano para ocultarse bajo cualquier sauce blanco con nuestras vestimentas negras y pasar desapercibidos. Alcé mi vista al cielo anaranjado y divisé cómo una nave del Estado planeaba en nuestra dirección y aumentaba su velocidad. La muralla estaba a menos de un kilómetro. Podíamos conseguirlo. Teníamos que intentarlo. Logan y yo intercambiamos miradas poderosas. De esas que te dan fuerzas para seguir adelante. De esas que te dicen que todo saldrá bien.

Hicimos arneses con las cuerdas tan pronto como pudimos y de la mejor manera que nuestras manos pudieron hacerlo y nos dispusimos a escalar la muralla de sesenta metros. No me atreví a mirar hacia atrás. Ni a comprobar cuánta distancia nos separaba de los soldados deseosos por acabar con nuestras vidas.

—¡Vamos! ¡Tú primera!

Hiné con toda mi fuerza la daga en la placa de hielo que cubría el muro y avancé, intentando pensar en nada. Blanco, blanco. Era lo único que repetía en mi mente mientras subíamos poco a poco, sintiendo cómo se hundían en el cuerpo las ásperas sogas. Por unos segundos, el dolor del esfuerzo que los músculos hacían para soportar nuestras enclenques complexiones me hizo olvidar que el Estado nos perseguía. Hasta que la nave se colocó sobre nosotros a diez metros de alcanzar la cumbre.

Mis entrañas se revolvieron. Busqué la mirada de Logan, pero él cerró los ojos. Buscando una solución, quizá. O lamentándose. Arrepintiéndose de haber decidido no ocultarse.

Las compuertas se abrieron y varias figuras del Estado sujetaban un rifle a cada mano. El cristal tintado de negro de sus cascos nos impedía ver sus rostros, aunque era fácil diferenciarlos por el tamaño de sus complexiones. El más grande de ellos levantó su rifle y apuntó hacia nosotros, inmóviles. Logan

me hizo señas a escondidas, intentando decirme que iba a utilizar su arma antimeta para enfrentarlos, aunque no sabíamos si sería eficaz ya que había sido diseñada para matar a metahumanos y no a humanos. Con un poco de suerte, el Estado habría mandado a mutantes de su Proyecto Génesis y el daño del arma sería bastante efectivo. Estaba sacando su pistola con cuidado, cuando el que nos apuntaba llamó nuestra atención.

—Arriba las manos. —Dijo con voz distorsionada. Debía ser el casco que incluía esa función.

—¿Arriba... las manos? —pregunté incrédula. Volví mi voz hacia Logan y bajé el tono considerablemente—. Si nos soltamos, caeremos.

—¿No sería eso mejor? —susurró él.

—¿Estás loco? No quiero hacerme añicos al caer al suelo.

—¡He dicho que arriba las manos!

Parecía que el corazón se me fuese a salir por la boca. Cada palpitación me desconcentraba más y más. De pronto, Logan sacó su pistola con la mano izquierda e intentó girarse hacia atrás todo lo posible con la intención de acabar con aquellos soldados. Mala idea. El cuerpo de Logan se desequilibró y estuvo a punto de caer. Además, el grandullón recibió un tiro en el brazo y los demás adoptaron posición de fusilamiento. No dejaba de gritar. ¿Cómo podía semejante quejica trabajar para el Estado?

Entonces la nave se aproximó a la muralla hasta que la compuerta abierta nos rozaba los talones. Nos ordenaron que nos soltásemos para caer en ella y eso hicimos. Nuestras manos quedaron libres y, en cuanto pisamos la nave, nos arrodillaron para inmovilizarnos y esposarnos con una especie de cinta negra que se adhería a la piel. Sentí cómo el palpar de mi corazón se había trasladado a las palmas de mis manos colmadas de callos y heridas. Pensé que quizás era un buen momento para utilizar mis supuestos poderes, pero los Renegados lo tenían prohibido a menos que se tratase de una misión. Sí, podíamos escapar empleando nuestras habilidades, pero no tendríamos lugar al que regresar. Estaríamos fuera de aquella organización. Era bastante, por no decir demasiado, extraño. Pero era una de las pocas reglas que nos imponían. Nada de poderes contra el Estado. Nada de relaciones amorosas entre compañeros. Nada de retiradas. Y, ups, la segunda casi que nos la habíamos saltado descaradamente. ¿Cuál podría ser la sanción? Lo más probable es que fuese la expulsión de los miembros que incumplieron la susodicha norma.

Uno de los soldados tiro de mi pelo para verme la cara y se desquitó de su casco. Era una chica. Pelo liso y oscuro por los hombros, ojos cristalinos y

piel pecosa. Sonrió. Y yo no hice más que imaginar en mi cabeza cuántas maneras distintas existirían para asesinarla mientras el otro grandullón no dejaba de gritar. El restante también se quitó el casco para dejar su rostro al descubierto. Pelirrojo, piel morena y ojos verdes.

—Bienvenidos a casa. —Gritó Aaron.

—Nos teníais muy preocupados. —Me dijo Hana, que soltó mi cabello y me enredó entre sus brazos.

Cuando vi a mis familiares compañeros, más que alegría sentí terror. Mi cuerpo se estremeció al imaginar qué hubiese ocurrido si hubiéramos utilizado los poderes contra ellos. Habríamos asesinado a nuestros amigos. Horror y agonía. No quise averiguar a quién se le ocurrió la macabra idea de vestirlos como soldados para burlarse de nosotros. Por más remota que fuese la posibilidad de que todo estuviese planeado, no podía obviarse el hecho de que parecían mártires.

“Jamás perdonaré a quienes hagan daño a las personas que ya tienen su hueco en mi corazón”.

El chirriar de las compuertas abriéndose me hizo entreabrir los ojos. Observé cómo un espeso aire verdoso invadía el interior de la nave y, antes de que llegase a mis pulmones, Hana me colocó una máscara negra que cubría tanto mi boca como mi nariz. Además, incluían gafas tintadas de oscuro para proteger la vista. Mis reacciones eran lentas después de haber dormido durante todo el viaje de regreso envuelta en una voluminosa manta de cachemira marrón. Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que conseguí conciliar el sueño tan plácidamente. Antes de salir, Logan y yo fuimos obligados a vestir unas túnicas de color morado y verde, largas y suaves al tacto. Además, tuvimos que cubrir nuestras cabezas con sus capuchas. Era casi imposible reconocer a cualquiera de nosotros con aquellas vestimentas, de no ser porque sabíamos a la perfección la altura y el tamaño de cada uno de nuestros compañeros.

El aire era contagioso, tóxico, epidémico. Fue la primera vez que temí por mi vida al respirar aquella bruma verde. Por ello las máscaras faciales respiratorias.

Al parecer, debíamos abandonar la nave en una especie de plataforma que la sumergiría hasta las pistas subterráneas y, después, avanzar a pie hasta nuestro nuevo hogar, que se encontraba en los suburbios del distrito de Cleveland. Se trataba de un arrabal de cientos de casas y chozas en mal estado, cuyos residentes ocupaban la peor condición de Cleveland. Era pobres

y enfermos, personas infectadas por la epidemia y la contaminación de la atmósfera. Las calles eran estrechas y alzadas, compuestas por niveles de residencias que se acoplaban unas encima de otras. Había infinitos cordeles que conectaban ventanas donde tendían los trozos de tela llamados ropa y zapatos destrozados con más de treinta años. A veces, algunos niños temerarios se atrevían a colgarse de las cuerdas para aterrizar en las ventanas del frente, donde les esperaban sus amigos para jugar con pelotas hechas de tierra y envueltas en telas zarrapastrosas.

Aquel lugar no tenía color.

A medida que avanzábamos hacia el interior del suburbio, encontramos numerosas tiendas muy antiguas de baja calidad con las que los pobres habitantes intentaban subsistir. Igualmente, había incontables prostitutas a cada lado de las calles que miraban a nuestros compañeros de formas lascivas. Eran feas y miserables, consumidas por el espeluznante ambiente que las rodeaba. Me conmovió encontrar a decenas de vagabundos y niños heridos sobre la áspera tierra que conformaba el suelo de los caminos. Sus rostros estaban sucios, con los carrillos hundidos y la mirada perdida. No fui capaz de contemplar por mucho tiempo aquellas costillas marcadas en la piel ni sus extremidades huesudas. Era horrible.

Cuánto me hubiese gustado poder ofrecerles un hogar y comida caliente, así como yo lo deseé desesperadamente cuando me encontré perdida en Manygoats. Y eso que no fue ni un mes. No entendía cómo aquellas personas podían ser tan fuertes pese a sus espantosas condiciones de vida. Cuánto odié que el Gobernador sin rostro permitiese que existiera tal escenario mientras él gozaba comiendo alimentos procesados hasta el punto de sentir arcadas o jugaba a dar órdenes inútiles incapaces de cambiar el mundo en el que vivíamos.

Justo antes de llegar, un hombre moribundo agarró mi tobillo suplicándome que curase a su hija de tres años. Estaba enferma. Por normas de conducta, tuve que rechazar su petición aún sabiendo que teníamos medicamentos capaces de curar una enfermedad mortal en cuestión de días.

Capítulo 42

Base de Renegados n° 3 – Enero – Distrito de Cleveland.

La nueva base estaba escondida en una taberna de tres plantas con paredes de madera oscura y ventanas diminutas. El suelo crujía a nuestro paso. Olía a tabaco y a alcohol allá donde fuésemos y el humo nos turbaba la vista. Apestaba. Sobre la barra, un par de hombres estaban apoyados en sus manos con los ojos medio cerrados, casi durmiéndose. Agotados por la resaca. Entramos en una salita de juegos donde había mesas de billar y dardos, pero estaba vacía. Tras una estantería, la pared se deslizó hacia la izquierda como lo hacían las puertas de los distritos ricos. Frente a nosotros, un váter y lo que parecía ser una placa de ducha antigua se desplazaron a un lado para darnos el permiso de bajar por las escalerillas hacia la base subterránea. Todo aquello fue posible gracias a las nuevas holopulseras que mis compañeros llevaban en sus muñecas.

¿Era normal que no sintiese deseos de bajar?

Otra vez lo mismo. Lo cierto es que nunca estuve disgustada con el estilo de vida que tuve mientras viví en Cunningham. Sin embargo, no pude evitar sentir cómo el pesimismo se apoderaba de mis pensamientos, así como de mi energía. Comencé a pensar que quizá todo fuese en vano. Que nada mejoraría y, en caso de que algo cambiase, lo haría a peor. Una de las mujeres que más había admirado murió por mí. Nuestras manos estaban mancilladas por sangre de personas humanas y no humanas, como aquel soldado al que me vi obligada a asesinar o como aquellas criaturas extraviadas. Y mi hermana... Eso era algo que, por mi bienestar, habría sido mejor no recordar.

“Demuéstrale que las muertes de tus allegados no te intimidarán”.

Aquella frase volvió a mi mente con ímpetu. Ahora podía entender mejor qué significado tenían las palabras que Hana me musitó con tanto esmero. Y también recordé que me dijo que me enseñaría cosas. Todavía quedaba mucho por aprender. No era momento de rendirse. Busqué la mano de Logan y entrelacé mis dedos con los suyos. Sentí cómo su fuerza llegaba a mí. Bajamos juntos las escaleras y llegamos a un pasadizo como aquel de la base de Cunningham. El interior de la base de Cleveland era prácticamente igual. Tan parecido que me erizó la piel. Sin embargo, había una gran diferencia y era el

aspecto de los guerreros. La gran mayoría de ellos caminaba sin mover su mirada, corpulentos e impetuosos, como Aaron. Como asesinos experimentados.

El Coronel Bakari recibió a mis amigos y luego se acercó a mí para inclinarse en forma de reverencia. Logan y yo soltamos las manos rápidamente, sobresaltados por la idea de ser descubiertos.

—Es un placer conocerla, Sargento Ayers. Einar ha hablado muy bien de usted.

—Gracias. —Respondí con otra reverencia.

Bakari era un hombre alto y musculoso, de piel morena y cabeza rapada. En su mirada se podía apreciar el corazón de un hombre noble que había librado miles de batallas, aunque misterioso. Es decir, estaba envuelto en una de esas auras enigmáticas e indescifrables, como si no pudiese adivinar jamás qué pasaba por su mente en realidad. Me ponía bastante nerviosa. Y más aún el tic que tenía en su ojo derecho. Lo cerraba y abría a un ritmo inconstante. Eran tiempos de guerra, pero no podía evitar reírme de los pequeños detalles de la vida que la hacían única. Aguanté la risa y levanté mi rostro para escuchar algo que tenía que decirme.

—El mundo está a muy poco de ser algo mejor. —Musitó él. Tuve la sensación de que solo pude oírle yo—. Estaría encantado de presentarles a mi escuadrón élite, pero salieron esta mañana para cumplir con su cometido. Deben estar al llegar. Por favor, pónganse cómodos.

Nos entregó holopulseras actualizadas con un mejor antifaz que el de las anteriores y nuestros dormitorios fueron asignados al momento. El mío era el más alejado del de los demás, junto a los diferentes Sargentos de la base. Tuve la sensación de que intentaban limitarme el contacto con el resto de mis amigos. Como si quisiesen restringir nuestras relaciones. Era extraño, pero inevitable. Hasta aquel momento, no me percaté de la responsabilidad que ahora yacía bajo mi cargo.

Logan y yo fuimos trasladados por separado a las salas de curas para tratarnos las heridas. Resultó que mi pierna estaba casi recuperada, aunque mi organismo se encontraba muy débil por desnutrición. Para mi sorpresa, fue Ava quien me atendió. De nuevo.

—Así que ha muerto.

—Así es. —Respondí.

Su cuerpo parecía más delgado desde entonces, así como su nariz aguileña. Tener los cachetes hundidos no le favorecía en absoluto. No me

miraba ni tenía la intención de hacerlo. Yo lo sabía. Ella era una mujer desdeñosa con mal carácter, pero sensible. Y en su mirada había una gran tristeza que no le quería mostrar a nadie.

—Era una mujer maravillosa. Cuando la trajeron, se comportó como la niña más rebelde que hubiese conocido nunca. Indomable. Nos causó muchos problemas hasta que se enamoró. Entonces, se quedó embarazada y dio a luz una niña preciosa. Con su mismo cabello y sus mismos poderes. —Suspiró e introdujo una aguja en las venas de mi brazo izquierdo—. No tuvo más remedio que sentar la cabeza.

—¿Y el padre de la niña?

—Quién sabe. Probablemente fue un chico de su escuadrón. Después de que muriese en una misión, se encerró en su cuarto casi una semana. Era una chica demasiado obvia.

—¿Qué pasó con su hija?

—Enfermó y murió a los seis años. Ella quería ser tan fuerte como su madre cuando creciese, pero es difícil crecer bajo esta naturaleza agónica.

—Ava. —Le dije agarrando su brazo y buscando alguna expresión en su rostro—. Teníais medios suficientes para salvar a la niña, ¿por qué no lo hicisteis?

—Órdenes superiores. Marcia lo aceptó y es lo único que importa. —Conectó la aguja mediante un tubo transparente a un artefacto distinto de cualquier otro que hubiese visto antes—. Listo. Ahora debes recuperarte para hacer honor a su cargo.

—¿Crees que seré capaz de hacerlo?

—Marcia me preguntó exactamente lo mismo el día que la nombraron. —Y, por primera vez, clavó su mirada en la mía—. No puedo confiar en ti porque no te conozco, pero confío en lo que ella apreció en tu interior. Te admiraba.

Después de que desapareciera para atender a otros heridos, estuve varias horas pensando en lo que me había dicho mientras aquella aguja inyectada en mi brazo introducía todo aquello que me había faltado los días que estuvimos perdidos. Nutrientes, vitaminas, vitalidad y fuerza. Luego de un par de exámenes y pruebas obligatorias, nos devolvieron a nuestros respectivos cuartos. El mío era gigantesco, con una gran pantalla holográfica que proyectaba el distrito de Cleveland desde lo más alto del cielo. Las paredes y suelos eran de un blanco nuclear. Resplandeciente a mi vista.

Aproveché la soledad para tomar una ducha tranquilamente y comer varios

aperitivos que dejaron sobre mi cama. Decidí dejar mi cabello suelto tras ser secada y vestir el uniforme de siempre. Caminé descalza por el suelo e inhalé energicamente para notar el frío olor a antiséptico que corría por mi habitación. Estaba mascando el segundo aperitivo en forma de barrita sólida de vainilla cuando recordé al señor pobre que pedía auxilio para su hija. El remordimiento acabó con mi apetito.

Aquella noche preferí no salir del dormitorio para descansar en paz. Programé el despertador de mi holopulsera para las 05:30. Guardé los aperitivos en una de mis perneras y las puse junto a la túnica.

Al día siguiente, aún de noche, enrollé una manta entre mis brazos y adherí la pernera a la pierna más sana. Vestí una cazadora negra y salí corriendo hacia el pasadizo que conectaba con la taberna. Una vez arriba, me puse la túnica, la mascarilla respiratoria y elevé mi capucha. Nadie podría reconocerme. Nadie. Caminé sigilosamente hacia el exterior procurando no toparme con ningún borracho y me dirigí hacia el lugar donde rechazé a aquel vagabundo desesperado.

Las calles eran silenciosas, exceptuando los alaridos que procedían de enfermos y personas con poco tiempo de vida. También, de vez en cuando, se escuchaban tiroteos. Probablemente, los soldados del Estado acabando con mutantes inservibles para su proyecto. Mis pensamientos volaron al momento en que vi aquellas imágenes y recortes de periódicos donde se hablaba sobre los mutantes que perdían el control. Los experimentos fracasados. Y recordé que tenían el mismo aspecto que los que nos atacaron en Manygoats. ¿Eran ellos humanos fallidos? ¿Metahumanos frutos de experimentos?

Algo me decía que sí.

Llegué al hogar de aquel pobre hombre: un par de cartones húmedos y llenos de suciedad. Estaba durmiendo y se quejaba mientras lo hacía. Atormentado. Puse la manta que había robado sobre su cuerpo huesudo y dejé los aperitivos junto a sus brazos. Su hija no estaba y tampoco quería pensar en qué podría haberle sucedido. Tenía unas inmensas ganas de llorar en nombre de todos los desgraciados que habían nacido para sufrir de esa manera. Cuando la impotencia se apoderaba de mí, entendía que aún no había nada que yo pudiese hacer. No tenía el poder que necesitaba. Con la mirada hacia el suelo, me retiré.

O, al menos, eso intenté antes de que el hombre agarrase con fuerza mi muñeca y me hiciese un hematoma clavando sus huesos en los míos.

—Cúidese de esos parásitos, hija. Cúidese. Yo ya estoy muerto. —

Vociferó con sus ojos lacrimosos.

Me asusté de sus palabras. De aquella expresión que no hacía más que esperar a que la muerte se lo llevara. Estaba corriendo hacia la base cuando dos hombres tiraron de mí hacia un callejón y me empujaron contra unas paredes de ladrillos. Eran más altos que yo, pero delgados y con la piel demacrada. Tenían heridas y cicatrices por todas partes. Sujetaban un revólver y un cuchillo de carnicería con los que probablemente pretendían matarme. Sus ojos estaban asustados, perdidos en la oscuridad. Sentí tanta lástima por ellos que cerré los ojos, esperando a que actuaran y quedasen satisfechos. Al fin y al cabo, ese tipo de arma no me mataría.

—¿Qué haces? ¡Quítate la máscara y dánosla! —gritó uno, amenazándome con su revólver.

—No puedo dártela. Lo siento.

—¡No me jodas! —gritó el otro—. Ya que vamos a morir, deja que no nos ahoguemos las pocas horas que nos quedan.

—Lo siento. —Murmuré.

Una lágrima cayó por mi mejilla. No quería dejarlos morir, pero mi vida no podía acabar ahí.

—Cabrones, ustedes lo habéis planeado todo, ¿verdad? ¡Esos putos insectos que nos contagian la epidemia los habéis fabricado vosotros! ¡Puto Estado! ¡Putas soldados de mierda!

Jamás habría imaginado que me había confundido con alguien del Estado. ¿Era por la túnica? ¿Qué dijo de insecto? No podía creer que el Gobernador hubiese comenzado aquel genocidio. Recordé el momento en que la madre de Maddox me contó que la epidemia había sido extendida mucho antes de que la pantalla atmosférica fuese destruida. Eran aquellos insectos. No podía creerlo. El del revólver perdió el control e intentó dispararme, pero su arma salió ardiendo y se disolvió en cenizas. Ocurrió lo mismo con el cuchillo. Entonces, vimos a una persona que vestía la misma túnica y que caminaba desde el principio del callejón hacia nosotros con su brazo extendido.

—Por favor, no toquéis a esta chica. —Les dijo a mis atacantes antes de poner su mano sobre mi hombro para llevarme de vuelta con él.

Quedaron absortos. Horrorizados al ver que lo que sujetaban entre sus dedos había sido incinerado con una pequeña llama de fuego anaranjada. El joven que me rescató y yo nos incorporamos a un grupo de guerreros —o de soldados— que se dirigían hacia la taberna. Cuando volví en mí, dentro de aquella cantina, me percaté de quién podía tratarse la voz masculina tan

familiar que había sujetado mi hombro minutos atrás. Tan recordada que hacía que mis entrañas se revolvisen. Mi cuerpo comenzó a temblar y me aparté de él de manera drástica. Entonces bajó su capucha y se quitó la máscara respiratoria para mostrarme su rostro triste y avergonzado. Había dejado crecer sus cabellos rubios y ahora entorpecían su mirada. Aquellos ojos del color de los bosques digitales.

Era Niels.

Capítulo 43

Base de Renegados n° 3 – Enero – Distrito de Cleveland.

Varias lágrimas cayeron por mis pómulos. Los labios comenzaron a temblarme y en mi garganta se creó un nudo tan espeso como el día en que me abandonó. Me dolía el corazón cuando nuestras miradas se encontraban y él intentaba decir palabras que se ahogaban a mitad del camino. Se acercó e intentó sujetar mis manos como lo hacía cada vez que pretendía calmarme, pero ese gesto solo me provocó más repulsión. Darme cuenta de que Niels conocía más de mí de lo que yo misma recordaba me atemorizó. ¿Quién era él ahora? Vestía la misma túnica que el resto de mis compañeros y, la última vez que lo vi, seguía siendo humano. Entonces recordé el mensaje, al que no quise darle importancia, que leí en el despacho de mi padre. Aquel que decía que un tal sujeto de experimento llamado Niels había sido eliminado. ¿Eliminado de qué? ¿Sujeto de experimento? La única que no sabía que, al parecer, ya no era humano era yo. A su lado, permaneció una persona mientras que el resto del escuadrón volvió a la base. No tenía ni idea de quién podía ser.

Un hombre de mediana edad, ancho de espaldas y con una barriga redonda alimentada por el alcohol, me hizo perder el equilibrio al chocar con mi espalda. Niels tiró de mi brazo, pero no evitó que aquel degenerado tocara mi trasero.

—¿Estás bien?

—¡Pues claro que no! —le grité.

Utilicé toda mi fuerza para empujarle y apartarle de mí, pero no se movió lo más mínimo. Logan habría matado a aquel viejo asqueroso. Fue lo que pensé. Estaba furiosa y el rencor no ayudaba a pensar con claridad. No sabía ni a dónde ir cuando me tambaleé y su acompañante me sujetó. Era una chica. Más precisamente, mi antigua compañera de trabajo. Aquella llamada Bryanna. Y lo supe porque ni la máscara podría encubrir un rostro tan familiar como el suyo. Me sentí engañada. Traicionada. Sentí que dos personas que fueron importantes en mi vida me hicieron vivir una mentira. Y lo último que sentí hacia ellos fue resentimiento. Algo más parecido al odio que a la indiferencia.

—Cálmate, Rika. —Me dijo mientras me acompañaba hasta un taburete en

el que tuve que sentarme. Mi cuerpo lo necesitaba—. Necesitamos explicarte muchas cosas.

—No me llames Rika. Simplemente, no me llames, por favor. Desapareced los dos de mi vista.

—Escúchame, Erika. Por favor. —Niels intentó sujetar mis manos de nuevo. Falló.

—¿Me escuchaste tú cuando te supliqué que lo hicieras?

—Me sometí al Proyecto para poder pagar los medicamentos que mi madre necesitaba. —Musitó. Se me encogió el pecho. No quería seguir escuchando, pero lo hice—. Se suponía que tú eras humana. No podía permitirme que sigueses al lado de un monstruo que mutaría y moriría al poco tiempo.

—Veo que sigues vivo. —Le espeté.

—Sí, he resultado ser más fuerte de lo que ellos imaginaron. —Sonrió y sentí una puñalada en el corazón—. Perdóname.

¿Perdonar el qué? Actuó mal y tomó decisiones en mi lugar. No se me ocurría nada agradable que responder en aquel momento. Me abandonó. Y su abandono me costó la vida. La vorágine de sentimientos que Niels desencadenó en mí despertó lo que nunca quise aceptar. Y no sabía si alegrarme o no de haber llegado hasta ese punto a consecuencia de él. Sin embargo, muy en el fondo, el chico que estaba de pie frente a mí con sus cabellos dorados y su mirada afligida seguía siendo lo que una vez fue el primer amor de Rika Miller, mi identidad falsa. Y, aunque la nostalgia no dejaba de extenderse por mi interior, ya no podía confiar más en él.

—De lo único que puedo alegrarme es de que tu madre se recuperase.

—Cuando supo lo que hice, la tuvieron que internar en un psiquiátrico. Luego, se suicidó.

—Lo siento. —Susurré. Me sentía incómoda—. ¿Podéis, por favor, dejarme sola?

—Rika. Perdón, Erika. Yo nunca quise engañarte. Créeme, cielo. Eras como una hermana pequeña, pero contarte la verdad habría sido demasiado peligroso. Y a este idiota lo conocí sin saber que era aquel exnovio tuyo al que quería darle un par de hostias. —Rio—. Y se las di, que lo sepas.

—Es cierto, tienes una amiga muy agresiva.

Ambos rieron esperando a que la tensión de la situación disminuyera, pero me estaban haciendo sentir más molesta aún con sus sonrisitas de adolescentes sin preocupaciones. Qué bien se llevaban. Parecía que ahora fuese yo quien

sobraba entre ellos. Aclaré mi voz y me puse en pie.

—Para empezar, ella no es mi amiga. —Me dolió decirlo, pero aquellas palabras rudas aliviaron mi resentimiento—. Me marchó.

—Tía, Erika. Tú tampoco me contaste que eras metahumana. Hablabas del tema como si no tuviese nada que ver contigo. Preguntabas cosas y nunca nombrabas nada acerca de ti. Y, a pesar de todo, tía, te sigo considerando alguien importante.

Tenía razón. Quizá todos éramos culpables de algo, pero creo que fue la presencia de Niels la que lo agravó todo. La que, aun habiendo recuperado la compostura, no me dejaba pensar de forma lógica.

—Tienes razón, Bryanna. Pero la diferencia radica en que tú sí sabías quién y qué era yo y decidiste actuar como si nada.

Me dirigí al cuarto de baño que abría camino a las instalaciones subterráneas y bajé las escaleras a paso rápido. Mis pisadas hacían eco en aquella cueva mal iluminada. Al llegar a la sala principal, descubrí que el escuadrón élite del que el Coronel Bakari hablaba se trataba, ni más ni menos, del escuadrón al que pertenecían Niels y Bryanna. Y alguien más a quien no reconocí hasta que volvió su rostro para saludarme energicamente. Drake. El mejor amigo pelirrojo de Logan. Al parecer, había sido reclutado poco tiempo atrás, pero ahora también pertenecía a los Renegados. Me sorprendió descubrir que fuese un metahumano. Hacía que dudase de la especie de cualquier persona que se presentase como humano de aquel momento en adelante. Entendí por qué el Estado nos temía tanto. Y es que éramos como una plaga que se extendía y dispersaba por el continente. Y lo peor, era casi imposible reconocer a un metahumano a simple vista.

Einar llegó tras Niels y Bryanna. Quién hubiese imaginado que la plantilla de trabajadores de aquel Café se volvería a reunir bajo las tierras de Cleveland. Era tan irónico. Al parecer, Einar ocupaba el cargo de Sargento en el escuadrón de ellos. Tan pronto como me vio, se acercó y me estrechó entre sus brazos. Como cuando mi padre llegaba de sus interminables viajes y comprobaba que su hija seguía sana y salva. Me alegré de volver a verle. En los meses que viví en las bases subterráneas, se había vuelto lo más parecido a una figura paternal. Echaba de menos sus característicos cafés. Me pregunté que tipo de sabor me prepararía en aquel entonces. Aquel señor palpó mi rostro y me dijo cuánto le complacía saber que seguía con vida después de lo que ocurrió en Cunningham. Por suerte, menos de la mitad de los nuestros murieron en la huida. “Por suerte”.

Horas después – Enero – Distrito de Cleveland.

El atardecer se fundía en la bruma que acariciaba a los residentes de Cleveland mientras paseaban por las calles pateando las piedras que se interponían en su camino. Los tiroteos no cesaban y los alaridos no hacían más que empeorar. Algunas personas gritaban de dolor, otras de ira mientras las demás lo hacían de terror. Era difícil saber qué sería más perjudicial para la salud, si la contaminación acústica o la radiación. Desde luego, el distrito hacía honor a su declaración de cuarentena. Sin embargo, la situación había empeorado lo suficiente como para atemorizar a los distritos más ricos. Los soldados del Estado comenzaron a disparar a cualquier persona que excediese el kilómetro que habían fijado como seguridad mínima entre la epidemia y la muralla. Aunque solo fuese por un centímetro, volarían sus cabezas. Y así lo estaban haciendo, pues los gritos delataban la agonía que se sentía al perder un brazo o una pierna. O al volarles media cabeza y seguir respirando. Los suburbios eran más que testigos de esas escenas.

Dos jóvenes caminaban por aquellas calles cuando decidieron entrar en un lugar en el que los soldados jamás buscarían: un prostíbulo. Las paredes hechas con placas de metales reunidos reflejaban la luz roja que desprendían algunos focos en un atisbo de crear un ambiente propicio para el sexo. La música era psicodélica y ensordecedora, capaz de inhibir los sentidos y el razonamiento. Todo estaba pensado en una única dirección: la tentación. Se sentaron sobre un sofá de terciopelo rojo que hacía esquina junto a una barra metálica donde las chicas lucían sus cuerpos desnutridos al bailar.

—Joder, todo el suelo está pegajoso. —Dijo Logan por encima del volumen de la música.

—Siempre tan gruñón. —Espetó su acompañante, Drake, entre risas—. Cuánto tiempo. Echaba de menos escuchar tus quejas y tu mal carácter.

—Pero me traicionaste. Cambiaste de bando de la nada y conjuraste en mi contra con mi madre.

—Ella me amenazó.

—Eres un cabrón.

—Lo siento, Logan.

—Un maldito cobarde.

—Elegí este sitio para que tus insultos no me afectasen tanto.

—Maldito sabelotodo. ¿Para qué me has traído aquí aparte de eso?

Una chica comenzó a bailar con ayuda de la barra metálica. Tenía los labios pintados de rojo a juego con su vestido de látex ceñido. Su cintura

subía y bajaba con movimientos lentos que no pasaban desapercibidos. Drake perdió sus ojos en ella y tocó con sus manos la áspera piel de aquellas piernas delgadas, aunque la joven parecía haberse fijado en Logan. Bajó de la barra y se acercó a él, rodeándole el cuello con sus brazos. Tan frágiles. Iba a sentarse sobre su pelvis para que apreciase su baile más cercanamente cuando el joven la detuvo y la apartó.

—Lo siento, tengo cosas que discutir con mi pareja. —Vociferó señalando a Drake. La chica salió corriendo, humillada.

—Eres un capullo. Podrías habérmela dejado si no te gustaba.

—Céntrate, Drake.

—Está bien. Está bien. —Inhaló aire a través de la mascarilla—. He descubierto cosas que me han hecho tener pesadillas día tras día. El Estado está yendo demasiado lejos, Logan. Y Orpheus también. Se avecina una Cuarta Guerra Mundial, si se puede llamar mundo a este continente.

—¿Cosas como qué?

—Como un distrito reservado para mutantes altamente peligrosos. Bestias sin control. Personas que no han soportado los experimentos, pero que tampoco han muerto. Y el maldito Estado está construyendo murallas distintas a las habituales en los distritos ricos. Mientras tanto, a Vicky no se le ocurre otra cosa que hacer con su poder que aniquilar a la especie humana de los distritos enfermos. No se da cuenta de que al Estado le importa una mierda lo que les ocurra a esas vidas dadas por muertas. Esa niña solo piensa en saciar su sed de sangre.

—Más despacio, por favor. ¿Qué crees que puede significar lo de las murallas nuevas?

—Que muy pronto soltarán a esas bestias incontrolables para que arrasen con todo aquello que no pertenezca a los distritos ricos.

—¿Me estás diciendo que solo dos o tres distritos serán capaces de sobrevivir?

—Así es, amigo. Nuestra misión es destruir el artefacto de ondas que los *Jaeger* construyeron para matar a mutantes y metahumanos porque creímos que querían aniquilarnos a nosotros, pero lo que yo creo es que se construyó para utilizarse cuando el resto del continente haya sido arrasado.

—Sería una manera eficaz de acabar con nuestra especie. Primero, nos mataríamos entre nosotros. Y luego, se repartirían el resto del continente entre los ricos.

—Estamos jodidos. —Murmuró Drake antes de quitarse la mascarilla para

colocarse un cigarrillo entre los dientes.

—Vuelve a ponerte esa mierda, tío. ¿Cómo podemos detenerlo?

—Y una mierda, me estoy agobiando. Verás, siguiendo el plan de destruir el artefacto podríamos frenar el proceso, pero lo único que podrá sacarnos de aquí definitivamente es la vida de Erika. Ella es capaz de crear vida fuera de este continente.

—Por eso todos la protegen: porque tienen la esperanza de poder huir algún día de este lugar. ¿No?

—Exacto. —Drake entrelazó sus dedos para apoyar su barbilla sobre ellos.

—Ve al grano, para qué me has traído aquí.

—Tengo que pedirte algo. No confío en nadie más, así que necesito que seas tú.

—Soy todo oídos, compañero.

—Quiero que te encargues personalmente de destruir el artefacto, aunque te cueste la vida.

Capítulo 44

Base de Renegados n° 3 – Enero – Distrito de Cleveland.

Quizá fuesen los nervios, pero había caído la noche y mis piernas seguían temblando. Tenía que ser eso, demasiadas sorpresas en un mismo día. Demasiada información inesperada. Después de los entrenamientos, tomé una ducha caliente con la esperanza de conciliar el sueño, pero fue en vano. Estuve casi una hora pensando y dando vueltas en la cama intentando encontrar una respuesta a tan solo una de las ciento de preguntas que albergaba mi cabeza, pero nada. Me enrollé en las sábanas cuando mi temperatura corporal descendió y eché de menos aquella manta tan calentita que había regalado. Ni el frío podría arrebatarme la felicidad que sentí al imaginarme a ese hombre vagabundo durmiendo sin tiritar. Mis párpados comenzaron a pesar.

Un sonido agudo.

Procedía de mi holopulsera. Proyecté el holograma para contemplar el mensaje que Einar había mandado al escuadrón. Nos citó a la mañana siguiente en un aula donde recibíamos clases teóricas. Según él, para explicar los detalles de la misión que llevaríamos a cabo en dos días. Sus palabras eran calculadoras y frías, totalmente distintas a las que sus labios recitaban cuando entablaba con él una conversación en persona. Comencé a recordar los pacíficos días en que trabajábamos en el Café como gerente y empleada. Recordé cuando rompía algún vaso y recibía una de sus miradas fulminantes y aterradoras. Quién podría imaginar que ese hombre podía hacer una expresión tan horrible. Me eché a reír. Dejé que los pensamientos volasen hacia mis memorias y, sin darme cuenta, entré en un sueño profundo y ensordecedor.

A la mañana siguiente, desperté sin escuchar ni un rastro del despertador y supe que la migraña que sentía era una mala noticia. Miré mi holopulsera y marcaba las 08:02. Se suponía que ya debería de haberme duchado y desayunado para asistir a la citación, que comenzaba en apenas diez minutos. No quería imaginar qué tipo de imagen tendrían de mí si llegaba tarde. Después de todo, yo era la Sargento de mi escuadrón. Estaba obligada a ser un buen ejemplo para los demás. Y a necesitar la aprobación de mis superiores. Me puse en pie de sopetón y un mareo entorpeció mis movimientos. La migraña era espantosa. Me cambié lo más rápido que pude y corrí hacia el

aula.

Dentro de ella había siete personas, de las cuales tres no pertenecían a mi escuadrón. Eran las sorpresitas del día anterior: Niels, Bryanna y Drake. Permanecí inmóvil contemplando desde fuera cómo todos conversaban y sonreían entre ellos e, inevitablemente, recordé los días en aquella Universidad de Crawford. El hogar que yo misma destruí. Una mano se posó en mi espalda.

—¿Vas a entrar, Erika?

Era Einar con una de sus expresiones amables hacia mí. Me alivió saber que había conseguido llegar antes que él.

—¿Qué es esto? —pregunté señalando a las tres personas sobrantes.

—Lo explicaré ahí dentro, donde todos me puedan escuchar. Vamos.

Abrió la puerta y me cedió el paso. Tomé asiento junto a Hana e intenté no desviar mis ojos hacia los demás. Logan parecía estar más que satisfecho con la presencia de Drake, aunque fue extraño que ni siquiera me saludase al entrar. Era agotador convivir en un ambiente tan pesado. Acaricié los mechones negros que caían de mi cola y respiré hondo. El aire parecía puro e intacto, con el mismo olor a antiséptico que las demás salas. Me pregunté cómo conseguirían ese oxígeno que solo podía degustarse en los distritos ricos como Townsend, Hampton o Strafford. Si los humanos viviesen en bases subterráneas como aquellas, no existirían enfermedades tan graves o epidemias mortales. Recordé que no sólo el aire propagaba las toxinas, sino que también lo hacían los nanobots del Estado con forma de insectos. Habría sido interesante atrapar uno de ellos e investigar qué contenían en el interior.

Einar tosió un par de veces y luego aclaró su voz. Conectó su holopulsera a un sistema de visión holográfica que ocupaba toda una pared para mostrarnos los detalles de la misión. Atenuó las luces de la sala desde el panel de configuración de la holopulsera y procedió a la explicación. El silencio se había adueñado de aquel lugar.

—Aquí tenéis los datos más básicos de la operación, que más tarde os transferiré a vuestro sistema de datos para que podáis consultarlo tranquilamente. Como ya pudisteis leer en el mensaje de anoche, la operación se llevará a cabo mañana al anochecer.

—¿No es demasiado repentino? —preguntó Aaron.

—Sí, lo sé, pero no nos queda otra alternativa. Teníamos que esperar a que llegaseis vosotros y a que llegase el escuadrón élite de esta base. Por desgracia, ya han probado la eficacia de ese artefacto en un distrito y no

podemos permitir que las ondas lleguen más lejos. El tiempo se agota.

Mientras Einar seguía resolviendo dudas a mis compañeros, observé su peculiar manía de apretar un quiste ganglionar que tenía en su muñeca derecha. Algo que hacía desde que le conocí en el Café. Lo rodeaba con todos los dedos de su mano izquierda para luego comprimirlo hasta hacer un gesto de dolor. A veces, incluso dejaba marcas al hundir sus uñas en la piel. Por un instante, me pareció insólito que la genética de un metahumano no fuese capaz de solucionar un pequeño problema como lo era la aparición de una bolsita membranosa en los tejidos de nuestro cuerpo. Einar tosió de nuevo.

—Niels, Drake y Logan entrarán en las instalaciones *Jaeger* mientras el resto del escuadrón vigila los exteriores y se prepara para rescatar al padre de Erika. Una vez destruido el artefacto, las alarmas de la Central se dispararán, por lo que tendréis un tiempo limitado para que irrumpáis en las celdas subterráneas y saquéis a Roger de ese lugar, pues el sonido agudo que escucharéis solo indica una cosa: la aproximación de refuerzos. A cada uno se le asignará un rol específico en la operación que podéis consultar en vuestras holopulseras. —La mirada de Einar se desvió hacia Logan, que levantó su brazo con firmeza—. ¿Tienes algo que decir?

—Me gustaría destruir el artefacto personalmente para que ningún otro compañero arriesgue su vida en la operación.

—Qué osado. —murmuró Bryanna con una de sus sonrisas pícaras.

—Ya tenías ese rol asignado. —Espetó Einar ásperamente.

—Quiero ir con él. —Dije en voz alta.

Algo, quizá mi intuición de nuevo, hacía que no me gustase nada la idea de dejar a Logan solo con aquellas dos personas que habían aparecido sin previo aviso. Aun conociéndolas.

—Erika, querida, te habría asignado encantado ese rol si tu presencia no fuese necesaria en el rescate de tu padre. ¿Acaso crees que alguien más reconocería su rostro o su voz en aquel lugar con ciento de celdas y personas desesperadas por escapar? Cualquiera diría que es Roger.

Tenía razón. No podía negarme, pero ¿por qué sentía que tenía que elegir entre él o mi padre? Quizá solo fuese el aturdimiento de todo lo sucedido lo que me impedía razonar correctamente. Lo cierto es que yo era la Sargento y no debía dejarme doblegar por mis sentimientos o corazonadas, así que asentí aceptando la planificación de Einar sobre la operación. No quería defraudar las expectativas y la confianza que había depositado en mí.

—Tienes razón. Lamento mi petición incoherente.

—Pues bien, sigamos con los detalles.

Miré a Logan y su rostro no era el de él, sino el de una persona ausente y decidida, alguien que no tenía nada que perder.

Durante las dos horas siguientes, Einar explicó detalladamente cada paso que debíamos dar en aquel territorio enemigo. El artefacto estaba oculto en una sala de la Central Científica de Cunningham y tenía que ser destruido en el momento exacto para que el resto del escuadrón tuviese el tiempo justo de irrumpir en las mazmorras subterráneas y rescatar a Roger antes de que acudiesen los refuerzos del Estado. Si todo salía bien, habríamos dado un paso adelante y salvado a miles de vidas. Si algo salía mal, corríamos el riesgo de morir luchando contra los soldados e investigadores expertos en cazar a los de nuestra especie. Era una apuesta que solo nosotros podíamos hacer, pues según Einar, teníamos los poderes exactos que se necesitaban para llevar a cabo la misión.

Sin embargo, era como ir a un campo de batalla con los ojos vendados, ya que debíamos confiar en el resto del escuadrón cuando ni siquiera sabíamos qué poderes albergaba el interior de cada uno de nosotros.

Capítulo 45

Base de Renegados n° 3 – Enero – Distrito de Cleveland.

Un puñetazo en el estómago y otro en la cabeza fueron suficiente para perder el equilibrio y caer de bruces sobre el suelo acerado. Mi contrincante era una luchadora experimentada y no tenía ni una pizca de humanidad en sus ojos. Estaba a punto de recibir una patada justo al reincorporarme cuando sujeté su bota militar y la hice girar en el aire. Luego, cayó al suelo estrepitosamente. Me miró furiosa.

—Los poderes están prohibidos.

—Lo siento. —Levanté mis palmas dándole a entender que había sido sin querer.

Fue de forma inconsciente, de verdad. Tenía tantas ganas de derribarle y devolverle todos los golpes que me había asestado en cuestión de segundos, que mi mente hizo el trabajo en lugar de mi cuerpo. Di gracias a que Einar o Bakari no estuvieran presentes. Corrió con toda su cólera hacia mí y yo la esquivé. Se chocó de frente con una estantería de hierro de la cual colgaban arcos y flechas iónicas y no volvió a levantarse, así que di por finalizado mi entrenamiento con ella y fui hasta las máquinas donde Logan ejercitaba sus músculos. Tenía una atractiva expresión de concentración en su rostro. El sudor le caía por la frente y humedecía su azabache cabello. Sentí ganas de besarle, pero lo único que podía hacer era acercarme y conversar como si fuésemos compañeros de escuadrón. Eso hice. Apoyé mi brazo sobre la máquina y me quedé observándolo con una sonrisa pasmada en la cara.

—¿Has acabado? —me preguntó.

—Sí. La chica quedó inconsciente después de golpearse con una estantería.

—Despertará en unos minutos.

—Eso espero. —Reí, pero él se mantuvo impasible.

¿Era cosa mía o le estaba costando hablar conmigo? Apenas recitaba una frase y volvía a callarse.

—¿Qué quieres, Erika?

—Me gustaría verte luego.

—Me estás viendo ahora.

—Pero a solas.

—Tengo muchas cosas que hacer antes de la misión, ya sabes.

“Si no te apetece solo tienes que decirlo”.

Lo pensé, pero no lo dije. Me iba a marchar cuando él paró su entrenamiento y sujetó mi muñeca como si quisiese decirme algo, pero cerró sus ojos y su corazón. Me soltó. Sentí una punzada en el pecho. Estaba evitando el contacto conmigo. Entonces sonó aquel sonido agudo que recorría los subsuelos cada noche para anunciar la hora de cenar y decidí aprovechar la oportunidad para apartarme de su lado con alguna razón mejor que su rechazo.

Habría dado lo que fuera por tener a mano un manual técnico sobre los cambios de humor de Logan.

Mientras todos avanzaban hacia el comedor, yo me abría paso hacia mi dormitorio. Si hubiese sido un soldado normal y corriente me habrían parado los pies tan pronto como hubiesen visto que caminaba en contra corriente. Estaba prohibido desobedecer las normas básicas. Quizá mi error fue creer que podía seguir incumpliendo mis deberes. O creer que seguía siendo tan libre como cuando vivía ejerciendo aquel papel de humana.

A tres metros, aprecié la figura de una persona que descansaba su espalda justo en la puerta de mi habitación. Tenía los brazos cruzados y vestía nuestra peculiar túnica morada. Mi corazón se aceleró. No supe de quién se trataba hasta que me acerqué y bajé su capuchón.

—¿Qué haces aquí, Hana? —le dije al comprobar su rostro.

—¿Tú que crees? Esperarte.

¿Cómo que yo qué creía? Mi mal humor se acentuó.

—Precisamente es la hora de cenar. No deberías estar aquí. ¿Cómo sabías que vendría?

—Aquí. —Dijo dándose un par de toques en la frente con su índice—. Mi poder.

—¿Ves el futuro o qué? —le pregunté. Me aseguré de haber cerrado bien la puerta después de entrar para que nadie pudiese interrumpirnos—. ¿Hana?

—Digamos que viajo a través de él. Del tiempo. Aunque suelo evitar utilizar mi poder, a veces sueño cosas que luego suceden. Creo que algunas noches lo pongo en práctica inconscientemente.

—Entonces lo ves todo.

—No siempre, pero así es.

Siempre me pregunté qué era capaz de hacer aquella chica silenciosa. Sin

embargo, jamás me habría imaginado que podía caminar a su antojo entre las dimensiones de mi realidad. Como una mensajera fúnebre.

—Quiero mostrarte algo. —Susurró mientras ojeaba mis pertenencias—. Necesitas saberlo.

—¿Por qué? No me interesa saber mi futuro, Hana. —Era verdad. Me faltaba el aire con solo pensar en ello.

—Anoche soñé con el día de tu muerte.

Mis entrañas se agitaron y mis ojos volaron en busca de las palabras que estaban por salir de su boca. Ella sabía que había captado mi atención. Maldición. No entendía por qué tenía que plantarse en frente de mi dormitorio y obligarme a escuchar o ver cosas que yo no quería.

—Morías a manos de tu hermana, Erika. —Susurró—. ¿Sabes por qué? Porque eras débil. Tu corazón era incapaz de hacerle daño a esa persona porque no tenía ni idea de lo que ella había hecho muchos años atrás. Así que decidiste morir en su lugar.

Sus palabras suscitaron un incontrolable temblor en mis piernas. Retumbaron en lo más profundo de mis sienes. Quería preguntarle por qué diablos había soñado eso. Por qué diablos yo me dejaría asesinar. Pero mi voz se ahogó porque en el fondo sabía que Hana tenía toda la razón. Yo sería incapaz de defenderme si así acababa con la vida de Vicky. Y también sabía que mi propia hermana tenía las suficientes agallas de acabar conmigo. Lo vi en sus ojos aquel día. Su avaricia me odiaba.

—Olvídalo. —Murmuré.

—Erika. —Me sujetó ambas manos—. El futuro puede cambiar y es lo que estoy intentando hacer. Lo más probable es que esa situación que vi en mis sueños no suceda después de que sepas lo que ocurrió en tu pasado.

Aparté las manos. Me mantuve en silencio. ¿Cómo podía elegir si debía morir yo o mi hermana? Tampoco me creí eso de cambiar el futuro. Odié aquel momento en el que Hana condicionó mi destino. Inhalé aire con olor a antiséptico y presioné las palmas de mis manos contra los muslos. Se calmaron. Dedicué el último minuto a calcular la situación y pensar en todo aquello que me rodeaba. En todos los acontecimientos sucedidos y en las personas que aún me importaban. “No confíes en nadie”, me dijo una vez la chica que tenía frente a mí.

—¿Por qué te importa tanto salvarme?

—Porque eres la llave a un nuevo mundo, Erika. No tienes ni idea del poder que hay en ti. Eres libre de hacer las cosas como gustes, pero si mueres

el mundo morirá contigo. —Bajó la mirada y entrelazó sus dedos como si le avergonzase expresarse con sinceridad—. Además, no mereces algo así.

No. Yo no era libre. Jamás lo fui, pero le creí.

—¿Cómo sabes que cambiará si me muestras lo que ocurrió?

—Porque el día en que morías estabas buscando las respuestas que yo quiero darte hoy.

Capítulo 46

Base de Renegados n° 3 – Enero – Distrito de Cleveland.

Deseé que hubiera ventanas para poder escuchar la brisa nocturna correteando por mi habitación. Hana estaba sentada a mi lado con los ojos cerrados. Me dijo que, antes de empezar, necesitaba concentrarse y averiguar algo. Esperé pacientemente mientras cambiaba el paisaje que decoraba mis paredes. Las vistas del acantilado pasaron frente a mis ojos tan fugaces como mi niñez. Eso me recordó a Logan y no pude evitar preguntarme qué fue de su infancia después de que mi familia desapareciese y se torciesen tanto las cosas en Orpheus.

Hana despertó.

—¿Lista?

—Lista.

—Necesito que te concentres en tu pasado y en las preguntas que te atormentan.

Había cierto cosquilleo en mi pecho que me intranquilizaba, pero era normal. Estaba a punto de saber cosas que podían cambiar mi vida. Peor aún, de presenciar los hechos que nadie quiso contarme nunca. Mi voz, ahogada, soltó un suspiro de llantos que no llegaron a los oídos de mi compañera. Entonces, pensé que nada cambiaría si seguía sin saber quién fui realmente y quiénes eran las personas que aún me importaban. Mi mayor necesidad era saber que ocurrió con mi madre y qué hizo mi hermana. En el fondo, presentía que todo se trataba de un plan mal calculado. Mi corazón empezó a resquebrajarse antes de siquiera saber algo.

Cuando me encerré en la inmensa oscuridad de mis recuerdos, sentí la mano de mi compañera sujetando la mía. Íbamos a comenzar. Mis sentidos se adormecieron. Ya no olía a antiséptico, ni sentía su mano. Tampoco podía mover mis pupilas hacia ningún lugar. Solo oía el silencio lúgubre que nos envolvía. Como aquella vez que tomé un suero para recuperar recuerdos. De repente, en aquel escenario negro, apareció la figura de Hana tirando de mi mano hacia un precipicio. Descubrí que mi cuerpo estaba apareciendo en aquella dimensión perdida. Que podía mover los pies y correr tras ella. Saltamos. Un frescor azotó mi rostro al caer sobre la espesa nieve de un

parque que me resultaba de lo más familiar. Era aquel donde jugábamos Logan, Vicky y yo.

—¡Logan! —gritó una mujer a lo lejos. Era Amaya—. Vámonos, se está haciendo tarde.

El pequeño corrió hacia ella haciendo brincar sus cabellos azabache. No era más que terror lo que el rostro de aquel niño reflejaba al acercarse a su madre. Amaya apartó su mano cuando él quiso aferrarse a ella y la visión se distorsionó. Hana y yo estábamos de pie en una habitación de color azul. Había animales dibujados por las paredes y juguetes esparcidos por el suelo. Era el dormitorio de él. No entendía por qué estábamos viendo aquello, pero no teníamos otra opción que observar lo que mi mente quería descubrir.

Un estruendo nos sobresaltó.

—¡Sé lo que tramáis! —gritó al entrar en la habitación un Logan mayor que el anterior. Tendría unos quince años.

—Tú no sabes nada. —Prosiguió Amaya.

—Es Erika la heredera. No os perdonaré si la despreciáis o hacéis algo que le haga daño.

—Te he dicho que tú no sabes nada. —La madre caminó hasta él y, tirando de su cabello hacia atrás, acercó los labios al oído de Logan—. ¿Sabes qué pasa con los metahumanos que intentan ayudar a los humanos? Que mueren jóvenes. Son traicionados y asesinados por la humanidad. Orpheus no necesita a un líder así.

—Erika no será traicionada. Ella no es temida por los humanos, sino admirada. ¿Cómo conseguiréis ser admiradas vosotras con ese corazón podrido que tenéis ahí dentro?

Logan hincó su índice en el lado izquierdo del pecho de Amaya. Recibió un bofetón. En ese momento, estaba decidida a entrometerme en la discusión cuando Hana tiró de mí y ladeó su cabeza negando que mis acciones fueran a ser correctas. “No debes interferir en el pasado si no quieres despertar en otro presente”, me susurró. Callé y seguí observando cómo Amaya maltrataba a su hijo. Mis lágrimas comenzaron a desbordarse sobre el suelo de aquel dormitorio desolador.

—Eres igual que tu padre. Jamás te perdonaré haber nacido. ¡Jamás! —le gritaba a Logan—. ¿¡Cómo pudiste nacer después de lo que me esforcé por abortarte!? ¿¡Cómo!?

—Lo siento. —Murmuró él. De su ceja goteaba sangre.

—Eres la maldición que los McMahan descargaron en mí.

—¡Tú fuiste quién le quitó a su hijo por venganza!

No supe si fue la impresión de haber descubierto que Logan era el hermanastro de Sue y de Lex, o si fue la impresión de presenciar cómo Amaya no se cansaba de golpear a su hijo, pero la visión desapareció. Caímos en un agujero negro que nos hacía flotar sobre las brisas inexistentes. Mis extremidades se sentían lánguidas en aquel vacío. Olvidé por completo que Hana seguía permaneciendo a mi lado. Su rostro lucía pálido y exhausto. Quise preguntarle si se encontraba bien, pero mi voz no tenía sonido alguno. Sin embargo, ella leyó mis labios. “Puedo aguantar un poco más”. ¿Aguantar? No sabía que ella estuviese aguantando nada. No sabía que utilizar su poder pudiese afectarle de esa manera. Estaba siendo consumida. Y yo demasiado atónita como para digerir todo lo que estaba ocurriendo.

De repente, aterrizamos sobre una noche lluviosa y pantanosa. El Sol había caído y se escuchaban alaridos. Multitud de personas gritaban y corrían intentado escapar del caos de mi distrito natal, Cleveland. Mi corazón comenzó a doler al percatarse de que era aquella noche cuando mi padre y yo tuvimos que partir. Cuando la pantalla atmosférica de Cleveland cayó. Sentí cómo mi respiración se agitaba entre aquel gentío. Solté la mano de Hana y corrí hacia mi casa desesperada. Aún recordaba el camino de mi antiguo hogar. Corrí y corrí hasta empaparme bajo la lluvia y caer sobre la oscura arena. Mis dedos temblaban y mis piernas también. Lloraba sin cesar y no sabía por qué. Me empezó a dar vueltas la cabeza, a costarme respirar. Como si ya hubiese vivido ese momento. Como si mi corazón supiese qué iba a sentir antes de que mis ojos contemplasen la escena.

A unos diez metros estaba la casa en la que crecí. Donde compartí tantos momentos con mi familia. Donde viví con las personas que más amaba. Yo era feliz en aquel entonces porque nada parecía que fuese a salir mal. Tenía unos padres maravillosos, una hermana a la que amaba, un amigo excepcional y cientos de personas que me admiraban y apoyaban mi futuro liderazgo. Me sentía querida. Necesitada.

Al entrar, mis pies se dirigieron inconscientemente al salón. La oscuridad de la noche no dejaba ver más de lo que los reflejos de la Luna permitían. Aún así, lo vi. Vi cómo mi hermana Vicky asesinaba a mi madre mientras Amaya permanecía a la espera. La muy maldita esperaba ansiosa a que mi madre dejase de respirar para apoderarse del trono de Orpheus. “Buen trabajo. Tienes mi palabra de que cuando yo muera, serás tú quien reine y no tu hermana”, le dijo Amaya cuando mi madre perdió el aliento. “Mamá, no te

vayas, por favor. Mamá, no me dejes. No mueras con esa expresión de tristeza en tu rostro. No mueras, por favor. No así. Lucha. No te rindas. Mamá...” Mis párpados enmudecidos habían olvidado cómo cerrarse. Mi voz, cómo gritar. ¿Podía mi mente comprender aquello? ¿Mi hermana la había asesinado por poder? ¿Por el maldito trono? ¿O por mi culpa? ¿Por mi madre haberme dado lo que le pertenecía cuando nació?

Me ahogaba. Me ahogaba más, hasta no sentir mis pulmones. Quería morir, pero necesitaba vivir para que aquello no quedase así. Las comisuras de mis labios torcidos hacia abajo no querían dar paso a mis palabras. Mi cuerpo, estupefacto, perdió las pocas fuerzas que le quedaban. Caí al suelo de rodillas y sus ojos fueron los únicos que pudieron escucharme.

Aquellos ojos de color esmeralda se clavaron en mi mirada asustada. La Vicky de aquel entonces me había visto.

Capítulo

47

Base de Renegados n° 3 – Enero – Distrito de Cleveland.

Abrí mis ojos y respiré profundamente, como si me estuviese ahogando. Mis manos se alzaron en busca de algo sólido a lo que aferrarse mientras la piel que me envolvía era un océano de sudor y lágrimas. Pero no eran de dolor, sino de ira. Por mis venas corría el fuego de mi odio. Se merecía lo peor. La misma persona a la que tanto alabé y admiré. La misma a la que quise incondicionalmente. Era la desencadenante de mi presente. La asesina de mi familia y de mi felicidad. Por un momento, soñé con tener su vida entre mis manos para reducirla a cenizas. Atravesar su pecho con el arma antimeta de Logan o cortar su cuello con una de mis armas. Quizá si perfeccionaba mi puntería, una de aquellas flechas iónicas sería suficiente para que su corazón dejase de latir. Sentí un manotazo en la mejilla que me devolvió a la realidad.

—¿Estás bien? —me preguntó Hana, agotada.

Afirmé con la cabeza. Aún no podía creer lo que había visto. Como si tan solo hubiese despertado de una mala pesadilla. De repente, echaba de menos la calidez de mi madre. Sus sonrisas y su gentileza. Algo en mi interior se armó de valor y coraje para seguir adelante. Ahora sabía qué había ocurrido exactamente años atrás. Sentí cómo algo nuevo fluía en mi cabeza, dando paso a todos los recuerdos sepultados.

—Lo siento. No pude soportarlo más tiempo, pero espero que las dudas que te atormentaban se hayan resuelto.

—¿Qué consecuencias tiene en ti utilizar tu poder?

—Agota mi vida. La acorta cada vez que lo pongo en práctica.

—¡Hana! —dije exaltada.

Me abalancé sobre ella y la abracé. Me dolió que fuese su vida el precio que había pagado por ofrecirme aquellas respuestas. Sentí que podía confiar en su manera de pensar. En su manera de ser. De pronto, recordé algo. Mi presente no había cambiado en absoluto. Y eso solo podía significar que mi yo del futuro estuvo ahí antes. Que mi hermana sabía que algún día me enteraría de lo que hizo. Me pregunté qué sería capaz de hacer si Vicky apareciese en aquel momento frente a mí. Preferí no saberlo.

—Me siento en deuda contigo. —Murmuré. Aún me costaba vocalizar sin

algún atisbo de llanto.

Me apetecía llorar toda la noche y ella lo sabía. Recibí un par de palmaditas en el hombro y me contagió su sonrisa.

—Ya me las pagarás. —Dijo ella con su tono irónico. Ambas sonreímos—. Lo único que el mundo necesita es que una persona como tú tenga fe en sí misma. Nos vemos mañana.

Hana se puso en pie con cuidado y salió de mi habitación como si nada. Tenía razón. No iba a perder la compostura. Yo había nacido para luchar. Para proteger a mi especie y a la humanidad. La siguiente persona que se me vino a la cabeza fue Logan. ¿Cuántas veces habría sido maltratado por su madre? ¿Cuántas de ellas habría sido por defenderme a mí? No podía permitir que el odio que sentía por Vicky me cegase. Aún tenía a muchas personas importantes de mi lado. Logan era el pilar de mi cordura. Tenía ganas de abrazarle y acariciar su cabello. De comprender su dolor y su soledad.

Después de darme una buena ducha y preparar lo necesario para la misión del día siguiente, decidí escabullirme a su dormitorio. Eran más de las doce, así que la mayoría de mis compañeros estarían dormidos. O eso esperaba. Logan era un compañero de escuadrón, por lo que ir a discutir algo de la misión a medianoche podía ser una buena excusa. Algo creíble, al menos. Supuse.

Los pasillos estaban vacíos. Intenté que mi manera de andar fuese lo más corriente posible mientras caminaba de puntillas. Estaba más que suspensa. Al bajar a los dormitorios, estuve a punto de ser descubierta por un par de hombres altos y corpulentos de piel morena que peinaban la zona. Sus cuerpos tenían decenas de tatuajes y cicatrices que demostraban su experiencia y valía como Renegados. No pude evitar recordar a Marcia. Tragué saliva. Avancé un par de metros e introduje la contraseña que Logan me facilitó al llegar a aquella base.

La puerta se deslizó abriéndome paso.

Recuerdo su reacción nerviosa al verme aparecer. Estaba escribiendo una carta en su escritorio cuando me vio y la guardó rápidamente. Recuerdo cómo mi ansiedad desapareció levemente después de ver su ceño fruncido como de costumbre. Sonreí a duras penas.

—¿Esa carta es para mí? —Intenté bromear.

—Es mi despedida.

Mi corazón dio un vuelco.

—No seas estúpido. Por favor.

Incluso sentí ganas de llorar con aquella broma tan cruel. Después de todo, mis emociones estaban al límite. No se le dibujó una de sus típicas sonrisas burlonas al molestarme con sus palabras y eso me sorprendió. Me senté de frente sobre él y le rodeé el cuello con mis brazos más delgados que de costumbre. Me di el lujo de observar en silencio cada detalle de su rostro durante unos minutos. Sus párpados estaban cansados y sus labios, rectos, pero me encantaba. Y me encantaban también sus ojos afilados y la forma en que agitaba su mirada de un lado a otro, repasando mi piel. La manera en que posaba sus manos sobre mi cintura y me acercaba a él. Me encantaba cada expresión que hacía, cada lunar pintado sobre su tez y cada cabello azabache que descansaba sobre su frente. Me encantaba todo.

—Quiero dormir contigo. —Le susurré al oído. Un beso en el cuello y su piel se erizó.

—Pero no ronques, ¿vale?

Reí.

Me pregunté qué más necesitaba en aquel momento. “Nada”, respondí automáticamente. Ahí estaba él, burlándose de mí como siempre. Queriéndome a su manera. Sonriéndome a pesar de toda la ruina que llevaba a cuestas. Sosteniéndome entre sus brazos y acercando sus labios a los míos con delicadeza. Puede que él no lo supiese o que incluso yo no lo creyese del todo, pero su presencia era los cimientos de mi sensatez. En aquel entonces, yo no tenía ni idea. Ni la más remota idea de lo débil que era en mi interior.

Y es que estaba hecha pedazos.

Aquella noche nos besamos e hicimos el amor hasta el amanecer. Como si no hubiese más noches que le procedieran.

A la mañana siguiente, apenas una hora y media después de que conciliásemos el sueño, vestí el uniforme que me había preparado la noche anterior y salí antes que Logan para mezclarme entre la multitud y no levantar sospechas. Él llegó un poco tarde a las clases de técnicas teóricas. Se llevó la peor parte: una riña de Einar, quien nos estaba enseñando lo necesario para la misión. Miré el reloj y faltaban apenas diez horas para ponernos en marcha. Sentí algo corretear por todo mi cuerpo. Los nervios, la angustia, la incertidumbre. En Cleveland la noche llegaba a media tarde, así que sería el momento clave para dirigirnos hacia Cunningham y entrar en la Central Científica.

Deseaba con todas mis fuerzas poder salvar a mi padre, aunque no sabía con qué cara mirarle después de todo lo ocurrido. Ni sabía si debía contarle lo

que realmente sucedió en el pasado. Lo que Vicky hizo. Contarle que su hija mayor seguía viva. Contarle miles de cosas y llorar juntos una noche entera como cuando hablábamos de nuestra amada familia perdida. La cabeza me daba vueltas.

Dos asientos a mi derecha estaba Niels riendo contagiosamente con Bryanna. Parecía que no se tomaran muy en serio que, en esa misión, cualquier error pudiese cobrarse la vida de algunos de nosotros. El resto de mis compañeros los ignoraban. Mis sienes palpitaban. Más, más y más fuerte. De pronto, me percaté de que lo único que era capaz de escuchar eran sus voces y no pude soportarlo más de un par de minutos.

Golpeé la mesa con las manos abiertas.

—¿Podéis callaros de una vez y dejar que el resto preste atención?

—¿Por qué te pones así, tía? —preguntó Bryanna como si con ella no fuera la cosa.

—Porque vuestra falta de consideración está poniendo en peligro la vida de mi escuadrón. —Respondí. Soné tal y como una Sargento haría. Como Marcia.

Me pregunté qué habría pensado de mí si siguiese con vida.

—Tranquila, Erika. La próxima vez que molesten solo tienes que reportármelo y serán sancionados. —Añadió Einar con su voz áspera y exhausta.

Todos enmudecieron. La presión del miedo me había hecho estallar. Además, no llegaba a comprender cómo Bryanna podía ser tan amiga suya después de criticar tanto su personalidad por el daño que me había hecho. Era un verdadero fastidio verlos juntos y yo no sabía por qué. Me senté en la silla y me dispuse a atender de nuevo. Einar explicó la función de cada uno mientras apretaba una y otra vez el quiste ganglionar de su muñeca derecha. Menuda manía más insoportable. A veces, llegué a pensar que terminaría rompiéndose la piel con las uñas y explotando el ganglio sobre nosotros. Qué asco. Pero era el aburrimiento. O más bien la atención selectiva. Prefería pensar en cosas absurdas que en las probabilidades de morir que tenía aquel día.

Después de estar casi cinco horas sin descanso escuchando la voz ronca que salía de entre los dientes amarillos de Einar, pudimos dirigirnos al comedor y estirar las piernas. Los párpados me pesaban y estaba realmente sorprendida de no haber pegado un cabezazo contra la mesa mientras atendía. Pudo ser por el olor a antiséptico que se incrustaba en mis sienes. Pudo ser la

maldita risa de Niels que se encajaba en mis pensamientos más dolorosos.

—¿Qué ha sido eso de antes, Sargento? —curioseó Aaron al acercarse por mi izquierda—. ¿Sentimientos ocultos por el rubio?

—¿Eres imbécil? —pregunté retóricamente.

Sí, estaba demasiado exaltada aquel día. Y cualquier estupidez lo agravaba aún más, pero aquella pregunta sobraba.

—Será mejor que la dejes tranquila. —Comentó Logan. Apareció de la nada, pero se lo agradecí.

—Vale, vale. Tranquilos. Sólo era una broma.

Aaron subió las manos indicando su inocencia entre risas satíricas y nos adelantó comentando cosas en voz baja para que nadie pudiese oírle. Era un chico difícil de comprender. Tenía un carácter muy complicado y satírico, pero parecía preocuparse por las personas. Parecía tener aquella pizca de humanidad que le faltaba a muchos. Cuando pensamos que nos habíamos quedado a solas por aquellos inmundos pasillos oxidados y nuestras manos empezaron a rozarse para entrelazar los dedos, Drake pasó entre nosotros y le dirigió a Logan una mirada que jamás llegué a comprender. Sus labios se movieron sutilmente en un intento de murmurar algo que no quería que yo escuchase. Pero mis ojos eran más rápidos que su voz muda y podían leer las palabras que aún estaban por terminar. “Tenemos un trato”. Pasó de largo, ignorando mi existencia, y yo sellé mis preguntas, ignorando mis presentimientos. Mi gran error. El irremediable error de no considerar valiosa mi intuición.

Unas horas más tarde, Logan fue sancionado por propinarle una paliza a Niels en los entrenamientos. Le asignaron el papel más peligroso de la misión.

Capítulo 48

Base de Renegados n° 3 – Enero – Distrito de Cleveland.

Las luces anaranjadas que adornaban la lúgubre oscuridad de aquel despacho no dejaban de tintinear. Einar posó la taza de café sobre el escritorio e inhaló el humo que desprendían sus cigarrillos mientras observaba la pantalla holográfica que exhibía el caos de los distritos destruidos. Tras el escritorio, sentado sobre una silla de cuero negra, Niels mantenía un sombrío silencio que parecía estar acabando con su paciencia. Einar se tomó unos minutos para toser y aclarar su voz después de terminarse el cigarro.

—Deberías dejar de fumar. Estás fatal.

El viejo sonrió.

—Tienes razón. —Contestó.

Movió sus dedos hábilmente sobre la holopulsera y proyectó una pequeña pantalla flotante que mostraba la escena en la que Erika desobedecía las normas e interrumpía la misión para salvar a dos personas. Una mujer amedrentada y su hijo. Niels terció sus labios en una fina línea recta. El hombre paró el vídeo justo en el momento en que la chica de cabellos azabaches se interponía entre Marcia y sus órdenes.

—Su voluntad por ayudar es inquebrantable. Humanos y metahumanos ayudándose los unos a los otros. ¿Tú qué piensas? —preguntó Einar.

—No sé a dónde quieres llegar.

La inquietud de Niels se hizo obvia cuando comenzó a peinar una y otra vez los cabellos rubios que caían por su frente y a mover su pierna derecha nerviosamente.

—Yo pienso que es repugnante. —Espetó el hombre, dando su último sorbo al café—. Dime, hijo, ¿qué hay más poderoso que una fuerte voluntad como la de ella?

—¿El orgullo?

—¡Error! —exclamó Einar mientras hacía círculos con la cucharilla sobre el fondo de la taza vacía—. La respuesta correcta es: un corazón herido. La sed de venganza corrompe cualquier voluntad noble.

—¿Y qué crees que sería capaz de hacer una persona devastada? —interrogó Niels en tono satírico.

—Mucho más que una persona que pretende salvar al mundo entero. Al menos, dejaría de soñar estupideces. —La mirada del hombre se tornó oscura y peligrosa al mover sus ojos hacia la puerta entreabierta. Apagó la pantalla bruscamente—. ¿Harás lo que te pedí?

—Sí, padre.

—Bien. Pues márchate y deja que tu compañero entre. Salimos en dos horas.

Niels pegó un respingo en la silla al oír la palabra “compañero”. Se giró para contemplar a Aaron y, luego, observó dudosamente la breve expresión de Einar. Enmudeció y se limitó a salir del despacho con la vista hacia el suelo como si fuese incapaz de enfrentar a su compañero conociendo el destino que le deparaba. Párpados cerrados. Labios sellados. El sonido que dejó tras cerrar la puerta era sordo y angustioso. Einar se puso en pie y caminó muy lentamente hacia Aaron. Rodeó su quiste ganglionar con los dedos y, justo antes de presionarlo como siempre hacía, lo soltó. Aaron seguía en silencio, observando a su superior tal como lo haría una víctima a su verdugo.

—Aaron. —Apuntó Einar con voz seca a medida que se aproximaba al joven.

—Dígame, Sargento. —El chico pelirrojo adoptó una postura más formal.

—¿Te gusta el café?

—Más o menos.

Einar sonrió. Cambió su dirección y se dispuso a preparar uno de sus idílicos cafés a medida. Aquella máquina emitía un ruido capaz de resonar en el despacho y de atravesar hasta las paredes subterráneas más gruesas. Se trataba de alta tecnología. El hombre canoso sonrió de nuevo mostrando su arcaica dentadura ocre con el cese del peculiar sonido y sirvió la bebida caliente en una taza de mayor tamaño que la suya. Disolvió un polvo, aparentemente azúcar molido, y removió una y otra vez. Una y otra vez. El choque del metal con la cerámica alteraba considerablemente los sentidos de los metahumanos. Aaron no era la excepción. En su rostro se comenzaron a ver signos de molestia y ansiedad, aunque intentase mantener la compostura.

—¿Alguna vez le has preguntado a un superviviente qué se ha visto obligado a hacer para sobrevivir? —le preguntó Einar al entregarle el café.

—Gracias. —Su ansiedad le obligó a beber más rápido de lo normal—. No. Jamás. —Respondió el chico antes de que el recipiente cayese al suelo inevitablemente. Su garganta ardía. Frente al miedo, su brazo tembloroso comenzó a transmutar en una enorme hoja afilada.

—Bien, porque hacerlo podría ponerle en el compromiso de acabar contigo. Podrías volverte un impedimento para su supervivencia.

—Si pretende que no reporte sus intenciones de asesinar a uno de mis compañeros...

Sus labios comenzaron a paralizarse.

El hombre canoso comenzó a reír a carcajadas. Posó su taza sobre el escritorio con una línea complacida dibujada en su rostro y arrastró una de las sillas hacia Aaron para que su cuerpo empalidecido tomara asiento. Después de que la tos desapareciera, suspiró.

—Sabía que no serías un chico listo. —Murmuró Einar al pulsar un botón flotante que había desplazado desde su holopulsera. Marcaba una cuenta atrás de diez segundos.

De repente, las extremidades de Aaron perdieron fuerza y cayó contra el respaldo de la silla. Sus ojos asustados comenzaron a mirar de lado a lado intentando encontrar alguna mínima cosa que pudiese salvarle de aquella trampa mortífera. Poco después, la lengua del chico se volvió inmóvil. La saliva resbalaba por sus comisuras al mismo tiempo que lo hacían sus aterradas lágrimas por los pómulos. El rostro impasible de Einar lo observó hasta que la cuenta atrás llegó a cero y el corazón de su guerrero dejó de latir. Entonces sonrió y desplegó una carta de renuncia holográfica. Sujetó el pulgar derecho del joven y pasmó su huella en el documento a modo de firma.

—Renuncia voluntaria efectuada correctamente.

Central Científica Regional de Cunningham – Enero – Distrito de Cunningham.

—Es para ti. —Indicó Lex, estirando el brazo hacia su hermana para que pudiese alcanzar un diminuto aparato.

—¿El Gobernador? —murmuró.

Una videollamada holográfica se desplegó al Sue posar sobre él su anular. Se encontraban en un pequeño despacho situado en las catacumbas de la Central, donde se llevaban a cabo los experimentos más atroces. Donde los gritos no podían sobrepasar el grosor de la tierra que los separaba de la superficie. Donde no habría autoridades legales que pudiesen impedir las barbaries que se estaban cometiendo, a pesar de estar bajo el mando del

Gobernador sin rostro. Lex estaba sentado sobre una silla de plástico duro que se deslizaba por el suelo a su antojo, esperando a que su hermana terminase la llamada. Desvió su mirada hacia una humana desnuda que colgaba del techo y arqueó el rostro. Sus extremidades estaban atadas por cadenas inmunes a las mutaciones que empezaron a nacer de un líquido que inyectaron en su médula. La sangre caía desde sus oídos, su nariz y sus labios, repiqueteando en las baldosas de un color blanco desgastado.

—Ayuda...

El susurro de aquella joven espantó a Lex, que se levantó inmediatamente para atravesar la sala acristalada que los separaba y acercar su rostro al de ella mientras Sue seguía atendiendo la llamada. Olfateó unos segundos antes de recitar la representativa pregunta de los *Jaeger*.

—¿Qué eres?

—Soy humana. Por favor suéltense. Haré lo que me pidan. Se lo ruego.

—Entonces muere.

El llanto de la chica cesó. Las baldosas se tintaron de color escarlata a medida que la sangre descendía. El brazo de Lex hizo un movimiento ágil y conciso para penetrar el endeble cuerpo de la humana con un arma. Su última reacción antes de volver a la silla desde donde lo observaba todo fue de repugnancia. Al terminar la llamada, Sue se dirigió a él y le propinó una bofetada con altanería.

—Eres un inútil, Lex.

—Ese sujeto de experimentos era inviable.

—Eso no lo decides tú. —Espetó antes de pulsar el botón que borraba cualquier información confidencial de su base de datos—. Así nunca conseguirás ser de ayuda para nosotros.

—¿Tú crees? —susurró él. Su iris multicolor centelleó con desenfreno. Ansiosamente—. Ya lo veremos. —Dijo en voz alta.

Sue le ignoró creyendo que todo estaba bajo su control y miró con inquietud cómo el reloj de su holopulsera anunciaba que el anochecer en Cunningham se aproximaba, haciendo caso omiso a las reacciones sádicas de Lex. Antes de abandonar su preciada sala de experimentos, se aseguró de que no hubiese prueba alguna de los hechos en la base de datos de la Central a la que había sido asignada, pues sería juzgada y condenada si todo ello salía a la luz.

—Vamos, tenemos que sacar a alguien de aquí y abandonar este distrito ahora mismo.

Capítulo 49

Base de Renegados n° 3 – Enero – Distrito de Cleveland.

El ascensor temblaba bajo nuestros pies mientras intentábamos soportar el pánico que nos invadía charlando y riéndonos a carcajadas limpias. Mis dedos dolían al notar la ausencia de las uñas mordisqueadas por la tensión. Miré hacia abajo para echar un último vistazo a las botas militares antideslizantes que nos habían proporcionado aquel mismo día. Eran de un color burdeos, parecido al de la sangre. Recordé las escenas de las que había sido presente la noche anterior y apreté los dientes. Mi mandíbula crujió. Probablemente algún molar se me había resquebrajado, pero volvería a sanar. Y si, a causa de ello, se me caía, volvería a crecer una nueva muela. Así era nuestra genética.

—¿Y Aaron? —preguntó Primitivo. Su voz retumbó en las cuatro paredes metalizadas—. Ese capullo se ha escaqueado.

—Quién sabe. —Contestó Hana con aspereza.

—Ha presentado su renuncia.

Las palabras de Niels fueron frías. Tanto como el día en que me abandonó. No tenía ánimos para sorprenderme de que un estúpido como Aaron nos dejase atrás, aunque no dejó de extrañarme que una persona con tanto carácter renunciase sin más. Aaron adoraba a Marcia y apoyaba mi existencia, nuestra causa. Él creía en un mundo mejor y jamás dudó en entregar su vida si gracias a ello estábamos a un paso más cerca de conseguirlo.

—Como me lo cruce por la calle, le voy a dar una buena torta. —Añadió Primitivo infantilmente.

—Estaría bien si te lo vuelves a encontrar.

—Pero ¿qué dices, Hana!?

Hana, como siempre, parecía saber más que cualquiera de nosotros. Y no me extrañaba después de descubrir el poder que tenía en sus manos. A pesar de ello, parecía imposible sonsacarle algo. Era muy astuta.

Un goterón cayó en mi nuca.

“Goteras”, murmuró Hana mirando hacia el techo tras salir del cubículo. Por acto reflejo, eché un vistazo yo también. Al mirar al frente, nos encontramos con un gran aerodeslizador oscuro como la sombra, capaz de camuflarse en la hosca neblina de la noche. Mientras el Coronel Bakari nos

dirigía hacia él, noté que no era la única a la que le temblaban las rodillas. Busqué la espalda de Logan para intentar comprender cómo podía sentirse, pero no encontré ni rastro de sus emociones. No hablaba con nadie, no reía y tampoco nos dirigía la mirada. Era una ausencia entre nosotros. Y ya no me sorprendía una actitud tan típica en él. Subimos y unos cinturones de un material ultra resistente nos rodeó el cuerpo antes de despegar. Las risas habían cesado y las palabras también. Había llegado el momento de asimilar la misión a la que nos íbamos a enfrentar. Aún no me lo creía del todo. Subí la vista hacia mis compañeros para observar cómo sus pupilas se dilataban cada vez más, cómo sobrellevaban el estrés que les carcomía. Cómo el instinto de supervivencia crecía dentro de ellos. No estaban seguros de si volverían con vida. Yo tampoco lo estaba. Quizá con Marcia habría sido diferente. Quizá nos habríamos sentido más seguros de nosotros mismos. O quizá no.

Antes de que posásemos los pies sobre la escarcha de Cunningham, inyectaron localizadores en nuestros brazos por seguridad. No me pareció mala idea, aunque sí excesivo. ¿Acaso creían que íbamos a huir? Ni siquiera éramos prisioneros de aquella masa de soldados. Reí con sarcasmo cuando se me ocurrió que aquellos localizadores serían para recoger nuestros cadáveres.

Bakari me detuvo agarrándome el hombro desde atrás. Sus ojos brillaban en la oscuridad.

—Tú también. —Me dijo.

—¿Yo también?

—Es para comunicaros entre vosotros. Asimismo, sabréis si alguno de vuestros compañeros está en apuros. —Explicó mientras colocaba una especie de transmisor diminuto en mi oído—. Tenéis tiempo limitado, Renegados, pero habéis sido entrenados para que salgáis con vida de esta misión. No muráis.

Mi piel se erizó. Esperaba no morir y que ninguno de mis compañeros lo hiciese. El Sol cayó por completo mientras preparábamos nuestras armas y, para cuando subimos la mirada, todo se había vuelto de un negro ensordecedor. Nos dispusimos a caminar sigilosamente entre los árboles del frondoso bosque que rodeaba a la Central y, justo antes de dividirnos en dos grupos, agarré con fuerza la mano de Logan con la esperanza de que nadie nos descubriese. Él me miró a los ojos por primera vez después de aquel eterno viaje y besó mi mejilla para susurrarme:

—Cuídate, Erika.

—Renegados, área despejada. Concentraos. —Ordenó Bakari a través de los transmisores.

Cuando me volví para responder a las palabras de Logan, él ya se había alejado de mí.

Habían pasado diez minutos aproximadamente cuando un chirrido ensordeció a mi grupo. Mantuvimos la guardia en silencio un par de minutos más y seguimos con nuestro papel en la misión: liberar a mi padre de las catacumbas de aquel lugar. Bajo la fina capa de nieve que pisábamos, el terreno era movedizo debido a la humedad. No era demasiado difícil adivinar que estaba compuesto por arcilla. Arcilla falsa, por supuesto. Subimos y bajamos algunas pendientes rocosas de lo más resbaladizas. Hana caminaba a mi derecha con los ojos bien abiertos y el pelo recogido en una coleta, algo inusual en ella. La mía estaba casi desecha por culpa de las ramas que se tropezaban con nosotros. Recuerdo el olor a bosque húmedo que impregnaba mis cinco sentidos. La humedad se adhería a mi piel como un manto de niebla anaranjada contaminada y los ojos comenzaban a resentirse. Estaba claro que declararían en cuarenta al distrito más pronto de lo que muchos se esperaban.

Un estruendo nos paralizó.

Me volví enseguida en busca del origen de aquel sonido estridente para descubrir que Primitivo se había caído pendiente abajo. Su pie se atascó entre el tronco de un árbol ennegrecido y una roca afilada. Con suerte, saldría con un solo pie de aquella misión.

—¿Estás bien, tío? —preguntó Bryanna con voz de no estar lo suficientemente preocupada.

—¿Es que no lo ves? Está claro que no podrá seguir con esto. —Me interpuse entre ellos con aspereza. No me fiaba de ella—. Te pondrás bien, tranquilo.

—Eres un estorbo. No sé cómo te las apañas para terminar siempre igual. —Le espetó Hana.

—¡Hana!

Me arrepentí al instante. No debí haber gritado en aquel momento a plena noche, dejando que resonara por todo el bosque. Se suponía que estábamos camuflados, acercándonos entre el silencio a la Central. Se suponía que éramos adultos maduros a los que se les encomendaban misiones de gran magnitud para un bien común. Sin embargo, mi estupidez habría llegado a los oídos de Bakari y de la Guardia Nocturna. Mis compañeros me miraron

anonadados durante unos segundos, alarmados por lo que estaría por venir. Por haber arruinado la misión.

Pasaron unos minutos y en aquel lugar no reinaba más que el sonido de las hojas revoloteando con el viento. Me puse en pie y Hana me imitó. Teníamos que seguir con nuestras funciones, aunque no nos quedara más remedio que dividir el grupo.

—Bryanna, te quedarás aquí con él. Escoltándole. Hana y yo entraremos en la Central para rescatar a mi padre antes de que sea tarde.

Supe enseguida que tenía intenciones de protestar y le interrumpí antes de que lo hiciera.

—Harás lo que te ordene. Soy tu Sargento.

—Lo que digas, Erika. —Me contestó resignada.

No alcancé a ver su expresión, pero estaba segura de que estaba comenzando a odiarme. Ella era una chica revoltosa y cabezona a la que no le gustaba que le impusieran órdenes. Mi prioridad era mantener a salvo el mayor número de soldados posible, si con ello tenía que soportar que alguien más me odiase.

Ya no éramos amigas.

Hana y yo retomamos la marcha. Desplegué las coordenadas en mi holopulsera para comprobar la ubicación de la Central y calcular a cuánto estábamos de ella. Quedaba poco más de un kilómetro. Caminamos a paso ligero vigilando nuestros alrededores con precaución. Éramos dos y debíamos estar preparadas para un ataque inesperado del enemigo en cualquier momento. En cualquier situación.

Pocos minutos después, observamos ante nosotras la Central Científica Regional de Cunningham. Todo estaba terroríficamente en calma. Tanto Hana como yo acarreábamos una expresión de extrañez en nuestros rostros, así como un mal presentimiento. ¿Dónde estaba la Guardia Nocturna?

—Estamos dentro. —Nos avisó Drake por los transmisores.

—Recibido. Nosotras también, en un par de minutos. —Murmuró Hana al diminuto micrófono que nos habían incorporado en el uniforme.

—Daos prisa, el tiempo se agota.

Nos aproximamos al portón blindado que conducía a las catacumbas de aquel lugar y comprobamos su seguridad para desactivarla en el menor tiempo posible. Hana sacó de su chaqueta un dispositivo con forma de cilindro alargado y lo adhirió al portón para desplegar un holograma capaz de hackear el reconocimiento de iris, voz y huellas dactilares mientras yo la escoltaba.

Mis piernas temblaban más que nunca. Estaba asustada, pero demasiado feliz de saber que volvería a recuperar a mi padre. Tenía tantas cosas que contarle.

Un estruendo nos advirtió de que las contrapuestas estaban abriéndose de par en par.

—Estamos dentro. —Avisó Hana a mis compañeros.

—Recibido. Diez minutos para la detonación del artefacto.

Nos adentramos en aquellas catacumbas y, tras bajar varios escalones de metal, alumbré la zona por la que pisábamos. Subí el haz de luz y contemplamos, horrorizadas, las jaulas en las que encerraban a los de nuestra especie y a los humanos mutados con los que habían experimentado. Había cientos de personas encadenadas a las paredes y colgadas a los techos, con esposas en las manos, pies y cuellos. Inmóviles. Se escuchaban sollozos y alaridos de ira intermitentes que se entremezclaban con el sonido de las goteras de las catacumbas. A pesar de todo, hubo una anomalía en ellos que me impresionó: sus cabellos largos y blancos, y aquella característica piel negra que pude ver tiempo atrás en Manygoats.

Eran endemoniadas criaturas sin conciencia.

De repente, oímos un nuevo estruendo seguido de chirridos metálicos. Volví la luz hacia el portón para ver cómo volvía a cerrarse, atrapándonos en aquel lugar, mientras las cadenas y las jaulas daban libertad a aquellos mutantes y metahumanos fuera de control. Un escalofrío espeluznante recorrió cada parte de mi cuerpo. Algo iba mal. No, todo iba mal. El cilindro se había quedado al otro lado.

No teníamos manera de escapar.

Capítulo 50

Central Científica Regional de Cunningham – Enero – Distrito de Cunningham.

Las baldosas eran de un blanco nuclear al igual que las paredes, pero aquellas botas militares estaban restregando la arena mojada que acarreaban de las pisadas anteriores. Las luces iban iluminando las salas a medida que aquellos tres chicos uniformados pasaban por ellas. Logan era el primero de ellos. Avanzaba con atrevimiento por el territorio enemigo en busca de señales de vida mientras Drake lo escoltaba. Niels, sin embargo, caminaba pacíficamente tras la espalda de sus dos compañeros. Con cada paso progresado, las irregularidades eran mayores. Aquel lugar se encontraba desierto, sin alguna mínima señal de vida o de seguridad. La presión cardíaca de los jóvenes comenzó a acelerarse cuando se percataron de que mantenerse en guardia era en vano. No había peligro. El enemigo no estaba allí.

—¿Qué coño pasa aquí?

—Tranquilo, Logan. Solo tenemos que detonar el artefacto y volver con los nuestros. —Contestó Drake, algo inseguro de sus palabras.

—Eso no va a ser así, ¿verdad, Niels? ¿Qué narices estás callándote?

—Deja de hacer preguntas, por favor. Solo tienes que hacer lo que te pedí.

—Y una mierda.

Logan se limpió el sudor de la frente y comenzó a caminar violentamente hacia Niels, pensando cuántas ganas tenía de propinarle una paliza al desgraciado que le hizo tanto daño a su chica. A su querida Erika. Era el mismo hipócrita que ahora formaba parte de los Renegados y no tenía ni idea de por qué. Lo levantó del suelo agarrando el cuello de su uniforme con las dos manos y le tumbó la espalda contra las baldosas de la pared. Niels seguía en silencio, aguardando la reciprocidad de odio que sentía por Logan. Sus labios se torcieron en una sonrisa burlona.

—¿Vas a matarme?

—Ya me gustaría.

—Venga, Logan, cálmate. Todos estamos nerviosos por la situación. —Se interpuso Drake, intentando separarlos antes de que aquel enfrentamiento empeorase.

—Tienes razón, todo esto es una trampa. ¿Pero sabes qué? Seré yo quien acabe contigo. —Le murmuró Niels.

Los ojos de Niels se tornaron rojos oscuros y de sus brazos comenzaron a emerger llamas amenazantes que provocaron quemaduras en las manos que sujetaban su cuello. Drake tiró de Logan, que estaba dispuesto a corresponderle el ataque, y lo empujó con todas sus fuerzas hacia la sala contigua. Se aseguró de cerrar bien la puerta corrediza e, inmediatamente, destrozó el dispositivo que permitía que se volviese a abrir. Logan hiperventilaba, con los ojos abiertos de par en par, mientras se sujetaba al escritorio que había a su derecha.

—¿Qué demonios es esto, Drake? ¿¡Dónde está Erika!? ¿¡Dónde está!?! — gritaba Logan, golpeando la puerta que los separaba.

—Logan, no hay nada que podamos hacer. Solo podía salvar a una persona y te escogí a ti.

—¿Me recibís? —repetía una y otra vez al micrófono con la esperanza de que alguien contestase. Con la esperanza de volver a escuchar la voz de Erika. Su ojo izquierdo se tornó de un rojo carmesí vivo y furioso.

—Autorización para la detonación de la Central. —Se escuchó al otro lado de la puerta.

El pitido de una explosión los ensordeció.

De repente, todo a su alrededor comenzó a desvanecerse. Las salas comenzaron a desintegrarse con el paso de las llamas aniquiladoras. Sentían el calor del incendio en sus pieles luchando por regenerarse, el humo que cegaba sus visiones y el dolor de tener que despedirse de cada uno de los recuerdos de su vida. Lo último que Logan alcanzó a oír fue el grito de su compañero mientras lo empujaba hacia el otro lado de la pared, intentando salvarle la vida.

Minutos antes en el mismo lugar.

Jamás había corrido tanto antes.

No dejaba de gritarle a Hana que siguiese corriendo tras de mí y ella lo hacía, pero había algo diferente en su condición física. Estaba muy débil. De pronto, retrocedí y me puse a su lado, protegiéndola de los tres seres sin control que nos habían rodeado. No dudaron ni un segundo en atacar primero. Cuando realmente estábamos a punto de ser asesinadas, nuestras manos y pies se

comenzaron a mover automáticamente en una especie de danza de la muerte. Éramos más fuerte que nunca, más salvajes, pero nos quedaba mucho recorrido por delante. Aún no sabíamos qué era asesinar en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo y teníamos miedo de atravesar la carne de alguien. Temíamos disparar a una persona porque creíamos que nuestra conciencia nos juzgaría. O nos culparía para toda la vida.

Uno tiró de mi cabello y me propinó un puñetazo en la cara mientras los otros me asestaban varios golpes en la espalda y en la cabeza. Sentí cómo me agujereaban el pie derecho y caí al suelo. Entre sus ágiles piernas pude contemplar los cientos de jaulas que seguían abriéndose y ninguno de ellos era mi padre. ¿Dónde estaba? Allí, desde luego, no. Estaba segura. Miré a Hana, débil y palidecida, intentando decirme que escapase. Vocalizando con las pocas fuerzas que le quedaban. ¿Cómo iba a escapar? Tenía un pie herido y el cuerpo magullado. No podía ponerme en pie ni sacarla de allí. No podía proteger a la gente que apreciaba. Volví mi mirada hacia arriba y observé cómo uno de aquellos monstruos descontrolados iba a golpear mi cabeza con un tubo de metal que había arrancado de la pared. Estaban locos. Aquello era el final.

Entonces recordé sus ojos. Aquel color esmeralda que se había clavado en mis sienes mientras mataba a mi madre y destruía mi vida. Mi cuerpo se contaminó de ira. Quería matarla. Quería que me mirase a los ojos cuando yo le hiciese lo mismo que le hizo a mi querida madre. Quería que sufriese. No podía permitirme morir. Noté cómo la sangre hervía por mis venas. Cerré los ojos y alcé mis manos. Tenía que liberar a la bestia que yacía en mi interior, aquella que actuaba por instinto y que nunca quise revelar al mundo. “Está bien”, me dije. Hana gritó “¡Hazlo!”.

Y lo hice.

Cuando abrí los ojos, había resquebrajado el cuerpo de aquellas personas como si nada. Había sangre esparcida por todos lados y no era solo de ellos. Hana y yo teníamos heridas por todos lados. Las jaulas estaban torcidas y deformadas. Los demás chillaban furiosos intentando salir por los huecos amorfos de sus habitáculos. Aproveché la ocasión para poner en pie a Hana e intentar que escapase. Ella podría buscar ayuda y yo podría buscar a mi padre.

Mi garganta emitió un alarido.

Probablemente tendría los huesos del pie roto y alguna que otra costilla. Era un dolor desgarrador, pero necesitaba sobrevivir y sacar de allí a Hana. Necesitaba que mi genética diese todo de sí en aquel momento. Volver con

Logan y el resto de mis compañeros. Abortar la misión e informar de que lo más seguro es que nos hubieran tendido una trampa. Que mi padre no se encontraba en aquellas malditas catacumbas mortíferas.

—Déjame aquí, Erika. Por favor. —Me suplicó Hana.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—Necesito que me ayudes a llegar hasta el portón.

Recordé que nuestras holopulseras tenían la opción de volar en pedazos como medio de mantener la seguridad de los Renegados a salvo. Si alguien nos capturaba o si no teníamos otra alternativa que renunciar a nuestra vida para protegernos podíamos hacerlas estallar. Solo había un conflicto en aquel plan inesperado que se me había ocurrido, y es que la holopulsera debía tener contacto con la persona en el momento de la explosión. Me ahorré pensar en los detalles y seguí avanzando con mi brazo apoyado sobre los hombros de Hana. Subimos los escalones con torpeza y lo más rápido que pudimos mientras escuchábamos cómo aquellos seres se liberaban y avanzaban hacia nosotras con sed de sangre. Estábamos viviendo una pesadilla. No quería imaginar cuántas de esas habían vivido todos aquellos Renegados que ya estaban muertos. Pestañeeé suavemente, respiré profundo y empuñé mi arma, decidida a matar sin compasión a cualquiera que se nos acercase. No iba a morir por aquellos experimentos del Estado. No en aquel momento. O al menos, iba a intentarlo.

El tiroteo aniquiló a la primera oleada de ellos.

—Tenemos que hacerlo ya. —Le dije a Hana—. Una de nosotras debe detonarla y no vas a ser tú.

—Tú menos aún.

Hana se alejó de mi lado y bajo los escalones. Pasaron unos segundos hasta que la vi volver con las manos repletas de sangre y el brazo de alguien que ella misma había mutilado. Estuve a punto de vomitar.

—Maldita sea, Hana. Qué ideas tienes.

—Esto nos salvará a las dos.

—¿Servirá?

—Espero que sí.

Adherí la pulsera a la muñeca inerte y fría y ordené el estallido en diez segundos. Esta vez nos abalanzamos hacia abajo, tropezando con los escalones y cayendo al suelo de la manera más precipitada que pudimos hacerlo. Aquel tipo de explosión estaba diseñado para desintegrar a la persona que llevase la

holopulsera puesta y poco más, así que no nos mataría. Tampoco haría añicos al portón. Sin embargo, solo necesitaba que el sistema de seguridad detectase algún error y que, al fallar e intentar corregirlo, se desactivase durante unos segundos. Con eso bastaba. Teníamos que estar preparadas para subir y utilizar mi poder. Alcancé a contar hasta nueve.

La onda expansiva nos revoleó casi dos metros atrás. Mis oídos no respondían y mi cabeza estaba a punto de explotar. Volví mi mirada hacia el fondo del pasillo. Había cinco de ellos corriendo hacia nosotras. Le grité a Hana que corriésemos, pero me percaté de que tampoco sería capaz de escucharme, así que me intenté poner en pie por mí misma. Enseguida me ayudó a correr hacia el portón. Me senté sobre el primer escalón mientras ella me escoltaba con los últimos alientos de fuerza que tenía. Vi que empuñó su arma en una mano y su daga en la otra.

Cerré los ojos.

Sentí fluir una especie de descarga eléctrica por mi cuerpo, como si de mis manos saliese una bruma oscura inexplicable, poderosa, insaciable. Recuerdo que me asusté y me atreví a abrir los ojos. Entonces me asusté de verdad cuando contemplé aquello. Solo quería abrir la puerta, pero estaba haciéndola desaparecer. Aquel material estaba desintegrándose frente a nosotras. Me arrastré a duras penas hacia el exterior gracias a una abertura que mi cabeza dejó en el portón y llamé a Hana desde fuera. Supuse que me escuchó porque volvió su rostro inmediatamente. Corrió hacia mí y me reincorporé en mi pie sano. No podía creer que hubiésemos salido vivas de aquel lugar.

—¿Por qué no has hecho eso antes? Me habrías ahorrado tener cercenarle el brazo a alguien.

No entendí todo lo que dijo, pero pude leer algo en sus labios. Me encogí de hombros con cara de asombrada y seguimos caminando con el terror de que aquellos seres que nos estaban siguiendo nos alcanzasen. De hecho, estábamos a pocos metros de ser asesinadas cuando nuestros pies rozaron el borde de un acantilado. Hana se quitó la holopulsera y la colocó en mi muñeca. Recuerdo que fue la sonrisa más triste que me había dedicado.

—Lo siento, Erika. —Susurró.

Puso sus manos ensangrentadas sobre mi pecho y me empujó al vacío.

Capítulo 51

Central Científica Regional de Cunningham – Enero – Distrito de Cunningham.

Todo estaba oscuro. Corríamos en busca del camino de regreso. En busca de ayuda. Desesperadamente. Y todo lo que alcanzábamos a hacer era oír nuestras respiraciones entrecortadas. Nuestros jadeos aterrorizados. Volví mi mirada hacia Hana y se había separado de mí. Entonces fue cuando sonrió y caí al vacío. ¿Estaba triste? Parecía feliz al empujarme. ¿Feliz de asesinarme o de intentar salvarme? Recuerdo que un sujeto fuera de control tiró de ella y, probablemente, se la estuviesen comiendo mientras yo descendía la pendiente. Recuerdo también que, justo en el momento en que resbalé hacia una muerte casi segura, vi luces parpadeantes ante mis ojos. Era una sincronía tan perfecta y bella como la que un día Logan enseñó. Aquello llamado fuegos artificiales. ¿Estaba a punto de morir y por eso podía ver tantos colores entremezclados? De pronto, el calor comenzó a quemar mi piel y las virutas de cenizas ennegrecidas se incrustaron en mi rostro. El cielo era una revolución de estrellas rojas y grises que se elevaban por encima de mí.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla.

Aquello no eran fuegos artificiales, era la Central haciéndose añicos. Sentí un dolor violento en mi corazón rompiéndomelo a pedazos. Logan, Hana, Primitivo, Drake, Niels, Bryanna... Al final del acantilado, las hoscas olas del océano se encontraron con mi cuerpo.

Todos mis huesos se resquebrajaron.

Pestañeé. Había secreciones pegajosas alrededor de mis párpados y no me dejaban ver con claridad. Mi organismo era un infierno de dolor. Y mi cabeza, peor. Apenas tenía movilidad cuando intenté arrancar varios tubos que inyectaban sueros y líquidos extraños en mis venas. ¿Qué era aquel lugar? ¿Me habían atrapado los investigadores? No. No podía ser eso. Hice un esfuerzo en recordar y sentí cómo algo atravesaba mis sienes. Mis pensamientos se nublaban cada vez más, pero conseguí acordarme de lo último que fui capaz de

contemplar antes de perder la conciencia.

La Central estallando en pedazos.

Aquellos pedazos me reventaron el cuerpo. Las olas sobre las que caí también. Y aquellos seres infernales que se encontraban en las catacumbas. Qué repaso le dimos Hana y yo. ¡Hana! ¿Dónde estaba? La última vez que la vi fue con un rostro triste y empujándome hacia la inmensidad del océano. Todo me daba vueltas. Estaba realmente confundida. ¿Dónde estaba mi padre? Si era verdad que me habían atrapado los *Jaeger*, al menos podría hablar con él. Qué alivio sentí. Suspiré y sentí las náuseas típicas de la anestesia. Mi camilla parecía flotar.

—Logan... —susurré.

Y me desmayé.

La siguiente vez que abrí los ojos pude ver con claridad. Me encontraba en una sala fría, de baldosas blancas y de luz plateada. Tan brillante que dañaba mis pupilas. Mis brazos estaban vendados, con jeringas incrustadas en ellos que se extendían hasta una barra metálica que colgaba del techo. Inhalé un aire extremadamente gélido que me congeló los sesos. O casi. Me acomodé y giré la cabeza hacia la derecha, en busca de algo más que me permitiese saber dónde me encontraba, pero para mi sorpresa había una camilla donde yacía otra persona. Su respiración era áspera y no se podían apreciar rasgos faciales en su rostro. Tenía la piel totalmente calcinada. No sabía quién era, así que entorné los ojos para intentar leer el holograma incorporado a su camilla.

“Drake Reed”.

De pronto, todos mis recuerdos volvieron a su lugar. Arranqué las jeringas de mi brazo y me reincorporé inmediatamente. ¿Dónde estaban los demás? Comencé a sudar y mis entrañas se revolvían con cada paso que avanzaba. Me acerqué a Drake y observé el rostro achicharrado de lo que fue un metahumano atractivo. Le faltaba un ojo y no tenía orejas ni labios. Su vida pendía de un hilo. Miré a todos lados y empecé a hiperventilar. Me estaba ahogando cuando salí de aquella habitación, con un solo camisón blanco y descalza. El pasillo repleto de colores blancos parecía infinito. El frío suelo entumecía mis pies y subía por mi piel hasta erizarme los vellos. Tuve que apoyarme a la pared para que las piernas no perdieran su fuerza y me hiciesen caer. ¿Dónde estaba Logan? Quizá Drake y yo éramos los heridos más graves y por eso estábamos apartados, pero palpé mi cara y todo estaba en su sitio. Mi cuerpo estaba vendado por todas partes, pero podía caminar, aunque fuese a medias. ¿Y Hana? Había una sola idea que no dejaba de asestar a mis pensamientos y era

la que menos quería creer.

Después de entrar en tres habitaciones y comprobar a los enfermos, confirmé que me encontraba en la planta de cuidados intensivos. Sin embargo, ninguno de ellos eran mis compañeros. Parecían Renegados y eso me tranquilizó. De repente, divisé a una enfermera saliendo de una de las habitaciones. Corrí hacia ella y me caí a medio camino. Ella, aterrorizada al verme, se aproximó a mí y me levantó sujetándome el antebrazo.

—¿Qué haces aquí, Erika?

¿Cómo sabía mi nombre? Quería preguntar demasiadas cosas a la vez y estaba tan asustada de conocer las respuestas que comencé a llorar.

—¿Dónde estoy?

—En la base de Renegados, Cleveland. Vamos, te llevaré a tu habitación. Llevas mucho tiempo inconsciente y es peligroso que hagas estas cosas.

—¿Mucho tiempo? —pregunté atontada.

—Sí, han pasado tres semanas. Es un milagro que estés viva.

Tres semanas. Se repetía una y otra vez en mi cabeza. Tenía que averiguar cuanto antes dónde estaban mis compañeros, pero me daba miedo. Me horrorizaba escuchar lo que tendría que decirme. Por alguna razón, tenía un mal presentimiento. La enfermera me sentó en la camilla y empezó a preparar una mezcla de sueros que iba a inyectarme con una jeringa. Sabía que volvería a dormirme. Tenía que saberlo ya. Mis labios temblaban.

—¿Dónde está el resto de mi escuadrón?

—Despertaron antes que tú, excepto ese chico. —Señaló a Drake—. Cuando te recuperes, podrás visitar las placas de honor de los fallecidos. Te sentirás orgullosa de lo preciosas que son.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Los fallecidos? ¿Qué fallecidos? ¿Quién murió en la misión?

—Estira tu brazo, Erika. —Me ordenó—. Ahora te confirmo los nombres de los fallecidos, pero solo porque eras la Sargento del escuadrón.

—Así que ya no lo soy.

—No, lo es Niels.

La enfermera clavó la aguja en una de mis venas y pestañeé del dolor. No recordaba a mi cuerpo tan sensible. Así que Niels seguía sumando a su lista cosas que me había arrebatado. Me parecía increíble. Un holograma se desplegó de un dispositivo cuadrado que la enfermera tenía en sus manos. Apareció una redacción de todo lo ocurrido en la misión con detalle y, más abajo, varios nombres divididos en dos categorías que no pude leer porque

ella lo apartó de mi alcance.

—Dos chicos y una chica. —Me dijo.

Qué agonía estaba viviendo en aquel momento.

—¿Nombres? —pregunté titubeando.

—Bryanna Bellamy. —Leyó en voz alta.

Sentí una punzada en el corazón y no pude evitar llorar por ella, aunque me alegraba saber que no era Hana. Sin duda, lo peor estaba por llegar a mis oídos.

—Aaron Baudin.

—Aaron renunció. —Espeté torpemente.

—Aquí figura que ese chico murió en la misión. —Sus cejas se fruncieron, molesta por haber sido interrumpida—. Como sea, el último fallecido es Logan Crow.

—No. No, no. No, por favor. Debe ser un error.

—Logan Crow falleció hace tres semanas en la misión, Erika. No hay ningún error.

Lo negué mil veces en mi cabeza. También en murmullos. Mis labios temblaban mientras seguía diciendo que no. No, no, no. Sentí cómo perdí la capacidad de oír con claridad. Intentó detenerme cuando me levanté, pero le empujé y salí corriendo a trompicones por el pasillo. Todo se desvaneció bajo mis pies, como si me estuviese hundiendo. Quizá fue el mareo. La impresión. El horror. Me ahogaba. No podía ser. Caí de bruces y vomité sobre las baldosas. Ya no eran blancas, aunque estuviese dejando de ver. No podía respirar. Necesitaba verle, abrazarle y tocar su piel para comprobar que seguía siendo real. Que seguía a mi lado, apoyándome y queriéndome.

Pero estaba muerto.

Me ahogaba cada vez más. Mis pulmones se negaban a seguir funcionando. No, no eran los pulmones, sino yo. No quería seguir viviendo. Varias personas me sujetaron por los brazos para controlarme, pero ya era inútil, porque aquel maldito suero me estaba dejando inconsciente.

Lo supe con certeza. Que ellos me convirtieron en el monstruo que jamás quise ser.

Varias semanas después, reuní el valor de leer una carta que Logan había dejado sobre el escritorio de mi habitación antes de marcharse:

“Hola, Erika. Por primera vez en la vida, estoy asustado. No quiero que te sientas insegura en tu misión o que estés más pendiente de mi seguridad que de buscar a tu padre, así que te escribo esta carta para expresar lo que podrían ser mis últimas palabras.

Cuando te conocí, mi vida estaba hecha pedazos porque mi única familia era una madre avariciosa y maltratadora y un padre humano que prefería verme muerto. Todavía me acuerdo del día en que nos presentaron. Mis ojos vieron a una chica fuerte y vivaz. Tu amabilidad y tus ganas por salvar a cualquier persona del mundo sin importar su especie me hicieron pensar que, tal vez, no estaba todo perdido. Que nuestra nueva reina podría hacer de este lugar en el que vivimos un mundo mejor. Tenías las agallas necesarias.

Luego te perdí, pero por algún motivo mi corazón no se rindió, pese a haberse ido gran parte de él contigo.

Cuando volví a verte en la estación sentí una mezcla de sentimientos. Felicidad de pensar que podrías ser esa chica que daban por muerta y rabia de que te parecieras a ella. Siento si fui demasiado grosero cuando solo querías devolverme la cartera. Estabas hermosa.

Erika, he hecho un trato con Drake. Si sale bien, habré asegurado nuestra supervivencia y eso nos dará algo de tiempo para seguir actuando. Si sale mal, me arrepentiré de haber muerto y no haber pasado lo que me quedaba de vida a tu lado. Pero, si sale bien, necesitaré que aceptes salir conmigo. Sí, me refiero a una cita.

Hay algo muy importante que debo pedirte.

Te quiero”.

Capítulo 52

Marzo – Distrito de Strafford.

Las calles flotantes del distrito más rico del país centelleaban bajo los rayos del Sol. Eran de color plata y oro, como casi todos los edificios. Strafford se trataba de la mayor fantasía que un ciudadano podía soñar para vivir. Un océano de colores dorados y plateados entremezclados con los celestes y blancos del cielo. El oxígeno era puro y limpio, sin el más mínimo indicio de contaminación, y la naturaleza eran tan detallada que parecía imposible que fuese un plagio artificial de la realidad. A menudo, los niños que corrían por las calles suspendidas en el aire asomaban sus pequeñas cabezas al precipicio para quedar asombrados y soñar con algún día bajar al abismo. Luego, los guardias de la capital, que no eran más que androides o imágenes proyectadas desde arañas nanobots, soltaban una regañina y se marchaban. Todo se trataba de una simulación de vida perfecta construida a base de dinero y riquezas, tecnología y una pequeña parte de la población, mientras el resto del país moría, con suerte, envenenado o de hambre.

Los aerodeslizadores, personalizados a gusto del consumidor, sobrevolaban las cientos de cabezas coloridas que avasallaban la Plaza Central de Strafford. En el centro de ella, varios nanobots desplegaron un holograma tridimensional que transmitía una entrevista en directo. Los ciudadanos se emocionaron al ver aparecer a la chica junto a un presentador. Era delgada, de rasgos suaves y dulces, y tenía un precioso cabello rosado que apenas rozaba sus hombros. Su mirada era tan firme como lo era su inclinación por aniquilar a la especie metahumana.

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches a todos! —exclamó el presentador enérgicamente.

Era un hombre de mediana edad. Tenía las cejas plateadas y, sobre ellas, caían sus tirabuzones. Su sonrisa despampanantemente blanca encajaba como todos aquellos que habían crecido allí.

—Buenas noches. —Respondió la chica a la cámara con timidez mientras recolocaba su flequillo.

—Durante los próximos minutos hablaremos aquí, en el Palacio de Strafford, con Sue McMahon. Le damos las gracias por concedernos su

primera entrevista tras ganar las últimas elecciones de Crawford. Díganos, Señora Presidenta, ¿cuál será su próximo objetivo para el país?

—En primer lugar, aceleraremos el Proyecto Génesis ya que, como todos los ciudadanos saben, encontrar una cura definitiva podría salvar a nuestro continente. Aumentaremos las bonificaciones y garantizaremos la seguridad de todo aquel que se ofrezca voluntario para el proceso. Aparte de centrarnos en la redistribución de la economía, los presidentes de los distritos hemos acordado el comienzo de un nuevo proyecto.

—¿Y de qué se trata ese nuevo proyecto?

—Como ya sabéis, un salvaje ataque al distrito de Crawford ha inutilizado sus tierras, su aire y la posibilidad de seguir coexistiendo en él. De modo que utilizaremos el territorio para levantar la mayor central científica que se haya construido antes, así como para construir un enorme apartado de edificios conectados a ella para todos aquellos que quieran ayudarnos a encontrar una cura. Vivirán en ese espacio sanos y salvos del exterior. Podrán respirar sin miedo a contaminar sus pulmones. Además, la conexión con la central garantizará que cualquier enfermedad o inconveniente se examine lo más pronto posible.

—Fantástico. Simplemente, maravilloso. Sabemos que hace muy poco recibió su tercer Premio Nobel de Medicina en el campo de la Investigación de la Genética. Aunque se expanda en la entrevista conveniente al tema, nos gustaría, tanto a nosotros como a los ciudadanos, que nos adelantase algún detalle. ¡Estamos todos impacientes!

Sue cerró los ojos y rio para sí misma mientras entrelazaba los dedos sobre sus rodillas. Hizo un sonido perverso que intentó ocultar tosiendo. Nadie se percató.

—Bueno, he de decir que hemos hecho un avance grandioso en la investigación. Todo ello gracias a los voluntarios que se han prestado para ello. En primer lugar, quiero agradecer a los ciudadanos dedicados y con la vocación necesaria para ayudar a la humanidad. —Hizo una pausa y repeinó su flequillo—. El único detalle que puedo anticiparos es que, tal vez, no, muy probablemente, hayamos encontrado una cura parcial a todas las mutaciones y enfermedades genéticas derivadas de la radiación.

—¿¡He escuchado cura parcial!?

Todos los ciudadanos plateados y dorados comenzaron a gritar y a saltar emocionados. De pronto, la Plaza Central se tornó en una especie de celebración insólita.

—Sí. Una cura capaz de aplacar esas mutaciones por un período de tiempo indeterminado. Hemos encontrado a los sujetos perfectos, así que estamos en ello. Aún queda mucho por trabajar. —Explicó ella.

—Tal y como diría la primera persona que, con tan solo diecinueve años, ha conseguido un significativo valor en la investigación más importante del mundo. Sin mencionar que ahora es la Señora Presidenta de Crawford. ¡Fantástico! Díganos, Señora Presidenta, ¿fue difícil abandonar la vida cotidiana y la Universidad para dedicarse a ello? —el presentador intentó hacer un gesto de compasión que no convenció a nadie.

Sue soltó una carcajada.

—Debes estar de broma. Para nada. Desde siempre, mi única vocación fue aniquilar al enemigo biológico que pusiese nuestra existencia en peligro. De hecho, pienso dedicar mi vida a conseguir mi objetivo.

—Sabemos que tiene y tendrá el valor de alcanzar su sueño y nuestra seguridad en la Tierra. ¡Un aplauso para Sue McMahon, la nueva Señora Presidenta de Crawford!

Aquel festín de risas y felicidad permanente no hizo más que empeorar. En la Plaza Central del distrito más rico, Strafford, los humanos y los no tan humanos bailaron y bebieron juntos, glorificando lo que sería el principio del final de la raza metahumana.